



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

CRUCES ROTAS Y LÁGRIMAS DE DIOS: ANTICATOLICISMO, BLASFEMIA Y
PROFANACIÓN DURANTE LA CAMPAÑA DEL GENERAL WINFIELD SCOTT EN
LA GUERRA CONTRA MÉXICO (1847-1848)

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN HISTORIA

PRESENTA:
ELIUD SANTIAGO APARICIO

TUTORA:
DRA. ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

CIUDAD DE MÉXICO, OCTUBRE 2016

A la memoria de Jesús Escobar Juárez

Agradecimientos

Agradezco encarecidamente a la Dra. Ana Rosa Suárez Argüello quien dirigió el presente trabajo con mucha paciencia y entusiasmo. Además, al cronista de Xico Amado Manuel Izaguirre por brindarme acceso a su archivo personal. A la Mtra. Fabiola García Rubio, Mtro. Rubén Ruíz Guerra, Mtra. Maribel Uraga Hernández, Dr. Miguel Soto Estrada, Dr. Peter Guardino, Dr. Brian Francis Connaughton Hanley, Dr. Silvestre Villegas Revueltas, Dra. María Cristina Gómez Álvarez, Dra. María Gayón Córdova, Dr. Pablo Mijangos, Dra. Marta Eugenia García Ugarte y a los colegas de los seminarios de investigación del posgrado por sus comentarios y sugerencias. Cualquier error es responsabilidad mía.

Por otro lado, doy las gracias a las autoridades municipales, religiosas (curas párrocos) y al personal de los archivos históricos consultados por autorizarme el acceso a sus acervos. Asimismo, ADABI merece especial atención porque ha realizado una gestión vital en el inventario y catalogación de documentos. Esto fue de sobrada ayuda en mis estancias de investigación.

Tengo una deuda muy importante con mi familia. A mi hermano por elaborar los mapas del capítulo I y editar las imágenes de toda la tesis. A mi madre, hermana y padre por su apoyo moral y acompañarme en mis estancias de investigación archivística en diversos puntos del país.

Finalmente, esta investigación recibió un importante apoyo económico de Beca UNAM, Conacyt-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PAEP-UNAM y Palabra de Clío-Fundación UNAM. A todas estas instituciones agradezco su interés en mi trabajo.

Índice

Introducción.....	5
Capítulo I. El ambiente de los futuros guerreros. Anticaticolicismo estadounidense entre 1821 y 1846	
Introducción.....	13
1.- Segundo Gran Despertar, nativismo e inmigración católica.....	14
2.- Anticaticolicismo con palabras. Las monjas y su experiencia conventual.....	32
2.1 Rebecca Reed.....	32
2.2 Maria Monk.....	36
3.- Anticaticolicismo con hechos.....	40
3.1 Las armas y el <i>arson</i>	40
3.2 El alquitrán y las cenizas de Charlestown, Massachusetts.....	43
3.3 El incienso de Filadelfia, Pennsylvania.....	47
4 Consideraciones finales.....	56
Capítulo II. La guerra en tercera persona. Anticaticolicismo con palabras	
Introducción.....	60
1.- Soldados regulares y ciudadanos soldados.....	61
2.- Fe y guerra.....	69
3.- Catolicismo: superstición, paganismo y fanatismo.....	76
4.- El Papa y su conquista espiritual.....	82
5.- Iglesias y conventos.....	86
6.- Gestando la profanación de iglesias y conventos.....	91
7.- Los “siervos de Dios”, esos infieles “monstruos”.....	97
8.- Cómo la religión determinaba el comportamiento del hombre en armas.....	106
9.- Consideraciones finales.....	109
Capítulo III. Sacrilegio y blasfemia	
Introducción.....	112
1.- Granos de arena y el camino a los palacios de Moctezuma.....	114
2.- Las fortalezas, tridentes y sotanas.....	122
3.- Profanación y blasfemia en la ruta de Hernán Cortés.....	136
4.- Consideraciones finales.....	154
Capítulo IV. Los “perros”, botín de guerra y profanación: Los <i>Texas Rangers</i> y el general Joseph Lane	
Introducción.....	160
1.- Texas, colonos y anticaticolicismo (1821-1846).....	163
2.- Los “diablos texanos”.....	171
3.- Huamantla, Atlixco, Nopalucán e Izúcar de Matamoros.....	180
4.- Tehuacán, Orizaba, Córdoba, Tulancingo y Zacualtipán.....	193
5.- Consideraciones finales.....	204
Consideraciones generales	
La profanación, la blasfemia y la ocupación.....	210
La Historiografía.....	215
Anexo 1.....	226
Anexo 2.....	234
Anexo 3.....	235
Anexo 4.....	237
Archivo, Hemerografía y Bibliografía.....	238

Introducción

El otro lado de la moneda aún es desconocido. Los voluntarios saquearon casas, profanaron iglesias, arruinaron familias y realizaron toda clase de excesos. Nada de esto se dice pero las miserables víctimas sí lo saben. Los ultrajes cometidos aquí nunca serán conocidos por la gente de Estados Unidos.^I

Teniente Theodore Laidley

La guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848) ofrece diversas perspectivas desde dónde analizarla. Una de ellas se refiere a la cuestión religiosa, la cual pretende ser explorada en la presente tesis, haciendo énfasis en la postura anticatólica de muchos invasores que en el conflicto vieron la oportunidad para expresar sus opiniones en contra del catolicismo mexicano.^{II}

Marco Antonio Landavazo y Wolfram Wette, quienes analizaron las atrocidades durante la lucha de Independencia de México y los crímenes de guerra del ejército alemán en la Segunda Guerra Mundial, respectivamente, señalan la importancia de analizar las

^I James M. McCaffrey (ed.), *Surrounded by Dangers of All Kinds. The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley*, Texas, University of North Texas Press, 1997, p. 120.

^{II} El término anticatolicismo significa aversión hacia la doctrina católica y sus instituciones, tales como conventos, monasterios, iglesias, ritos y cualquier persona relacionada con dicha doctrina. John Christopher Pinheiro, “Extending the Light and Blessing of Our Purer Faith: Sentiment Anti-Catholic among American Soldiers in the U.S.-Mexican War”, en *Journal of Popular Culture*, otoño, 2001, vol. 35, núm. 2, pp. 129-152. Las palabras sacrilegio y profanación se definen como “Lesión de cosa, persona o lugar sagrado”. *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima segunda edición, Tomo II, Mateu-Cromo Artes Gráficas, 2001, pp. 2005-2006. La blasfemia, en cambio, es “una palabra injuriosa contra Dios, la Virgen o los Santos”, *Ibid.*, Tomo I, p. 325.

imágenes negativas en el imaginario de los combatientes, las cuales engloban las concepciones hostiles hacia el otro (persona, religión, país o ideología política). En otras palabras, la hostilidad no siempre es esporádica o aleatoria, más bien resulta de un resentimiento, prejuicio u odio albergado en la mente del soldado que termina por convertirse en su realidad, pese a que ésta sea exagerada o totalmente equivocada.^{III} En el conflicto entre México y Estados Unidos se pretende demostrar cómo las blasfemias desembocarían en el sacrilegio de los lugares católicos.^{IV}

Juan Ortega y Medina señala cómo algunos viajeros, diplomáticos y aventureros protestantes reaccionaron cuando llegaban a México décadas antes del estallido de la guerra mexicano-estadounidense:

Viene de nuevo a punzarles la vieja herida espiritual e histórica de las disensiones y pugnas religiosas acontecidas con la Reforma. El diálogo con México se convierte, por tanto, en reanudación del que en el siglo XVI hendió angustiosamente la cristiandad en dos mitades tan espiritualmente distintas como ética y económicamente opuestas. La vieja y odiosa máscara católica y papista se les aparecerá de nuevo con toda su hedionda y repulsiva significación hispánica y, por si fuera poco, dejando también traslucir en bárbaro sincretismo religioso la condenación del mundo pagano indígena.^V

^{III} Marco Antonio Landavazo, “Para una historia social de la violencia insurgente: el odio al gachupín”, *Historia Mexicana*, vol. 59, núm. 1, (julio-septiembre), 2009, p. 196 y Wolfram Wette, *La Wehrmacht. Los crímenes del ejército alemán*, Crítica, Barcelona, 2006, p. 5 y 6.

^{IV} Si bien a lo largo del capítulo III se desarrolla la idea de que la profanación no es propia de los invasores, pues existen casos realizados por mexicanos, el único estudio que conozco sobre ello señala que los nacionales lo hacían con el fin de obtener curaciones, remedios o una reliquia. Véase Guillermo García Mar, “Entre saqueo, aroma de humo y reliquias prohibidas: el santuario de la Santísima Cruz de Tepic, 1619-1812”, en *Letras Históricas*, núm. 8, primavera-verano, 2013, pp. 41-69.

^V Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Antigua Librería Robledo, 1955, pp. 96-97.

Los ingleses (entre ellos religionarios) emprendieron durante los siglos XVIII y XIX expediciones contra las colonias españolas en pequeña escala.^{VI} Sin embargo, fue durante la guerra del 47 que ocurrió el primer encuentro masivo entre protestantes y católicos en el continente americano. Esto representa una oportunidad para observar cómo sería la interacción entre personas que profesan religiones con una misma raíz teológica, pero que expresan sus ritos y conciben lo sagrado de manera muy diferente, a veces antagónicamente.

Pese a que los generales estadounidenses ordenaron a sus combatientes no involucrarse violentamente con el pueblo mexicano para no hacer de la guerra un conflicto religioso, muchos de ellos transgredieron los templos en múltiples ocasiones. En este sentido, mi hipótesis sostiene que la agresión de los invasores al catolicismo fue, salvo en el caso de los sacrilegios realizados por el general Joseph Lane, totalmente independiente de sus superiores quienes se oponían a tal conducta. Con otras palabras, de manera aislada y a veces en contingentes que comprendieron a regimientos, batallones o brigadas completas, profanaron iglesias y mancillaron altares, no por cuestiones militares, sino por ambición económica, aversión, burla e indisciplina.

Asimismo, propongo que la violencia de los invasores contra el catolicismo no fue producto de la coyuntura bélica, sino que poseía fuertes antecedentes en la sociedad estadounidense, donde serían reclutados miles de combatientes. En el país vecino del sur encontraron un lugar y las oportunidades (como la inseguridad de las ciudades) para expresar

^{VI} De acuerdo con el diccionario, religionario significa “sectario del protestantismo”. Este término será utilizado como un sinónimo de protestante. Julio Casares, *Diccionario ideológico de la lengua española*, Gredos, Madrid, 2013, p. 719.

su intolerancia religiosa. Así, la guerra del 47 se convirtió en la historia de Estados Unidos, junto a las acciones del Ku Klux Klan, en uno de sus momentos más anticatólicos.

En términos particulares, esta investigación estudia las blasfemias y las profanaciones realizadas por los combatientes, quienes estaban bajo el mando del general Winfield Scott en la vieja ruta de Hernán Cortés (actualmente comprende los estados de Veracruz, Tlaxcala, Puebla, Estado de México y la capital del país), y durante el tiempo que duró la expedición (1847-1848).^{VII}

Ahora bien, la cuestión del anticatolicismo ha sido estudiada por Peter Guardino, Ted C. Hinkley, James McCafrey, Paul Foos, John Christopher Pinheiro y Richard Bruce Winders.^{VIII} Sin embargo, sus investigaciones dedican muy poco espacio a las profanaciones y se centran en las blasfemias escritas en los diarios de los combatientes o en la prensa

^{VII} Si bien los estadounidenses no siguieron con exactitud los pasos de los conquistadores españoles, utilicé las palabras de “ruta de Hernán Cortés” por tres motivos. El primero es que ambos llegaron por Veracruz, marcharon a Puebla, Tlaxcala y atravesaron lo que hoy en día es el Estado de México para arribar a la Ciudad de México, en aquel entonces Tenochtitlán. El segundo porque los mismos invasores anglosajones denominaban los pasos de su expedición como la ruta de Cortés. Finalmente, empleo dicho término como una herramienta que hace más fácil la lectura de la presente tesis.

^{VIII} Peter Guardino, “La Iglesia mexicana y la guerra con los Estados Unidos”, en Brian Connaughton y Carlos Rubén Ruíz Medrano (coords.), *Dios, religión y patria. Intereses, luchas e ideales socioreligiosos en México*, San Luis, El Colegio de San Luis, 2010, pp. 237-264, Peter Guardino, “‘In The Name of Civilization and with a Bible in Their Hands:’ Religion and the 1846-48 Mexican American War”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 30, núm. 2, (verano, 2014), pp. 342-365, Ted C. Hinkley, “American Anti-Catholicism during the Mexican War”, en *Pacific Historical Review*, vol. 31, núm. 2, (mayo, 1962), pp. 121-137, James McCaffrey M., *Army of Manifest Destiny. The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848*, Nueva York y Londres, Universidad de Nueva York, 1992, John Christopher Pinheiro, “Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-1848”, Tennessee, Universidad de Tennessee, Tesis de Doctorado, 2001, pp. 1-263 y Richard Bruce Winders, *Mr. Polk’s Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997, pp. 181-183.

estadounidense. En este sentido, Marta Eugenia García Ugarte ha planteado la necesidad de explorar el sacrilegio a través de los archivos históricos de ambos países.^{IX}

Por otra parte, María Gayón Córdova lleva a cabo un esfuerzo para reconstruir la composición geográfica de la Ciudad de México mediante el censo realizado a finales de 1847 y principios de 1848. Con base en la información obtenida en él y en algunos planos anteriores, presenta una importante lista del acuartelamiento de las tropas estadounidenses en conventos, monasterios e iglesias,^X aunque no relaciona qué regimientos emplearon como cuarteles o cuáles sufrieron atentados.

Después de esta breve revisión de la literatura especializada, puede observarse el interés que ha existido por estudiar las profanaciones de los lugares católicos. En este sentido, la presente tesis pretende realizar una pequeña aportación analizando el sacrilegio y, como se verá más adelante, sus difentes expresiones, matices y particularidades.

Otro objetivo es englobar dos momentos geográficos y un periodo de veinticinco años para observar la continuidad del anticatolicismo de los estadounidenses, primero en su país y, más tarde, en la antigua ruta de Cortés. Se intentará, asimismo, completar los estudios realizados por la historiografía estadounidense, que si bien es pionera en cuestiones de la religión durante la guerra del 47, generalmente se basa en documentos de archivos de ese

^{IX} Marta Eugenia García Ugarte, *Poder Político y religioso. México Siglo XIX*, Tomo I, H. Cámara de Diputados LXI Legislatura/Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM/Asociación Mexicana de Promoción y Cultura, A. C./Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana/Miguel Ángel Porrúa, 2010, p. 266.

^X María Gayón Córdova, 1848. *Una ciudad de grandes contrastes. I. La vivienda en el censo de población levantado durante la ocupación militar norteamericana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013, pp. 102-103.

país, olvidando la riqueza que proporcionan los acervos mexicanos.^{XI} Recurrirémos entonces a materiales inéditos y que reflejan la perspectiva regional de la ocupación.

Finalmente, se revisarán diversos episodios de violencia que mostrarán otro aspecto de la guerra, es decir, que hubo actos hostiles cometidos por los invasores en los que el objetivo fue el saqueo de los templos católicos. Para una mayor comprensión de la profanación, se presentará un catálogo de las iglesias mancilladas que identifican los puntos donde los recintos sagrados sufrieron mayor impacto por el pillaje.

Para observar las profanaciones, la destrucción de crucifijos o la interrupción violenta de las misas, se utilizarán despachos oficiales del ejército mexicano, cartas particulares, algunos diarios privados de la población invadida, folletos, la tradición oral popular, entrevistas con cronistas de pueblos así como documentación de archivos históricos municipales, parroquiales, estatales, privados y obras literarias.^{XII}

Para estudiar el anticatolicismo expresado en sentimientos y pensamientos estadounidenses, me valdré de algunos diarios y cartas escritas en tiempos de guerra. Ante la

^{XI} La excepción a la regla es Guardino quien, sin embargo, no utiliza el Archivo del Cabildo Catedral Metropolitano, el Archivo Histórico del Arzobispado de México y diversos acervos parroquiales, estatales y municipales mexicanos.

^{XII} *El pistol del Diablo* de Manuel Payno, *Mi Guerra del 47* de Guillermo Prieto y *El Monedero* de Nicolás Pizarro fueron obras escritas por contemporáneos a la guerra y su carga de realidad es importante, aunque se tomaron los datos con el debido cuidado. Si por ejemplo, e hipotéticamente hablando, estudiara la desertión en el ejército invasor, *El Monedero* ofrece el caso de un toluqueño sentenciado a muerte porque ayudó a un par de estadounidenses a abandonar su unidad. En una búsqueda sobre la ocupación del convento de San Francisco en el Archivo Histórico del Municipio de Toluca, encontré el caso en el que el mexicano se libró de la muerte, pero a cambio recibió de una corte marcial estadounidense la sentencia de: “ciento cincuenta azotes en medio de la plaza principal a razón de veinticinco diarios, y queda desterrado de esta ciudad”. Archivo Histórico Municipal de Toluca, Actas de cabildo, vol. 5, exp. 4, sin número de fojas. Puedo concluir, entonces, que las novelas dan indicios de hechos históricos.

dificultad de entender la concepción completa de él, me limitaré a realizar una reconstrucción parcial. Como apunta Peter Burke, “los testimonios de viajeros son, naturalmente, múltiples y extremadamente diversos”.^{XIII} Es decir, y en este caso, las posturas de los estadounidenses son un mosaico de interpretaciones sobre un país que apenas conocieron y pocas veces comprendieron.

De tal modo, en el capítulo I se observará cómo hubo blasfemias y profanaciones contra católicos en Estados Unidos durante las décadas de 1820 y 1830, en especial en los lugares donde serían enlistados los voluntarios (civiles reclutados especialmente para la guerra) y quienes participarían en las regiones que abarcan la ruta de Cortés. Además se analiza el surgimiento en esa misma época de agrupaciones conservadoras que combatían la supuesta influencia del Papa en su país y se verá cómo la amenaza se cernía sobre los irlandeses católicos. También cómo la literatura contemporánea estaba cargada de anticatolicismo y contribuiría a los prejuicios de los invasores.

En el capítulo II se estudiará esta aversión de los combatientes durante la guerra con México, para comprender cómo veían, pensaban y entendían a la religión católica, sus ritos, ceremonias, feligreses, iglesias y conventos, así como algunas de las motivaciones que explican por qué profanaron lugares santos cuando sus generales se los prohibían.

Con base en una breve descripción cronológica de la campaña del general Scott, en el capítulo III se analizará por qué, cómo y para qué los invasores profanaron templos, imágenes y cometieron desacatos contra sacerdotes. También cuáles fueron los lugares donde

^{XIII} Peter Burke, *The Historical Anthropology of Early Modern Italy*, Nueva York, Cambridge University Press, 1987, p. 15.

el sacrilegio se repitió en mayor medida, qué edificios ocuparon como cuarteles y, cuando fue posible, se identificó el nombre, rango y regimiento al que pertenecía el transgresor.

En el último apartado se abordará la guerra de guerrillas, a los voluntarios encargados de exterminar a los guerrilleros y se revisará cómo el liderazgo de algunos sacerdotes católicos mexicanos ocasionó, en determinados casos, profanaciones y blasfemias por parte de las fuerzas estadounidenses durante sus expediciones militares.

Capítulo I. El ambiente de los futuros guerreros. Anticaticolicismo estadounidense entre 1821 y 1846

Introducción

Como es sabido, durante el dominio inglés de las Trece Colonias existió una intensa animadversión hacia el catolicismo. Dicho sentimiento se mantuvo dormido durante los primeros años de Estados Unidos como nación independiente.¹ Sin embargo, éste despertó de nuevo en el siglo XIX, cuando hubo protestantes que llamaron nuevamente a la Iglesia católica “la puta de Babilonia” y manifestaron violencia contra sus edificios y sus feligreses, a quienes otra vez dirigieron los epítetos despectivos de “papistas” y “romanistas”.

El objetivo del presente capítulo es analizar el anticaticolicismo en el plano cotidiano, en el de las letras y en el de la violencia contra las instituciones católicas. En la primera parte se presentarán el Segundo Gran Despertar, el nativismo y la inmigración católica. En la siguiente se analizarán dos escritos sobre la experiencia conventual: *Awful Disclosures* de Maria Monk y las memorias de Rebecca Reed, que exponen la propaganda anticatólica a través del impreso. Finalmente, me ocuparé de los hechos violentos contra el catolicismo. Los incendios, las blasfemias y las profanaciones fallidas fueron algunas de las expresiones protestantes contra el Papa, su “séquito de esbirros”, sus instituciones y sus ritos. Con todos estos elementos, pues, me propongo recrear la atmósfera en la que estuvieron inmersos los

¹ La literatura sobre el anticaticolicismo colonial es inmensa. Véase, por ejemplo, a Jacob K. Javits, *Discrimination-U.S.A.*, New York, Harcourt, Brace and Company, 1960, p. 23 y J. T. Headley, *Pen and pencil sketches of the Great Riots. An illustrated history of the railroad and other Great American Riots Including all the Riots in the Early History of the Country*, New York, H. W. Kelley/H.H. Natt & Co./Louis Lloyd & Co., 1877, p. 40. No quiero decir que todos los protestantes decimonónicos fueran anticatólicos, pues sus percepciones eran complejas: había opiniones ofensivas, neutrales y algunas amistosas. Para mi estudio me concentraré en las primeras.

jóvenes que se convertirían en los futuros voluntarios, también llamados ciudadanos-soldados,² durante la guerra contra México (1846-1848).

1. Segundo Gran Despertar, nativismo e inmigración católica

Aunque es difícil estudiar el impacto del Segundo Gran Despertar en los voluntarios durante los años 1830 y 1840, la mayoría crecieron en el periodo mencionado. Su edad y su origen son los factores más importantes para constatarlo. Por ejemplo, los miembros de la compañía E del 2º Regimiento de Pennsylvania tenían entre 18 y 38 años cuando los reclutaron.³ Si los más jóvenes quizá no lo experimentaron de manera directa, sus padres y abuelos sí lo hicieron y probablemente les transmitieron su anticatolicismo pues, como señala el historiador Gregg Cantrell, era frecuente que los adultos heredaran a sus hijos y nietos algunos sentimientos, valores y experiencias.⁴

Los demás regimientos de voluntarios bajo el mando del general Winfield Scott, que también estarían en contacto con esas ideas, provenían de Massachusetts, Illinois, Indiana, Nueva York, Kentucky, Louisiana, Ohio, Carolina del Sur, Tennessee, Georgia, Alabama, Mississippi, Maryland, Distrito de Columbia, Nueva Jersey, Florida y Texas.⁵ A continuación

² Véase el capítulo II.

³ George W. Hartman, *A private's own journal: giving an account of the battles in Mexico, under Gen L. Scott, with descriptive scenes, and a Roll of Company E, 2nd Pa. Regiment, with the Age, Height, Occupation and Residence of Officers and Men: Also; a table of heights and distances from Veracruz to the City of Mexico*, Greencastle, Impreso por E. Robinson, 1849, pp. 29-30.

⁴ Gregg Cantrell, "Lyndon's Granddaddy: Samuel Ealy Johnson Sr., Texas Populism, and the improbable Roots of American Liberalism", en *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 118, núm. 2, (octubre, 2014), p. 153.

⁵ José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) Por un joven de entonces*, Tomo I, México, CONACULTA, 2003, p. 209 y Hugh Robarts, *Mexican War Veterans. A complete roster of the regular and volunteer troops in the war between The United States and Mexico, from 1846 to 1848*, Washington, Bretanos's, 1887, pp. 57-58 y 67-70. Texas presenta diferencias con los demás estados y será tratado con amplitud en el capítulo IV.

describo las características del ambiente en el cual crecieron, ya que esto se reflejaría en un país sustancialmente católico como México.

La religión era un elemento importante para la sociedad decimonónica de Estados Unidos y, como apunta Peter Guardino, mucha gente la consideraba “parte esencial de la identidad nacional”.⁶ En efecto, agrega Ángela Moyano, el culto protestante era visto “como un instrumento formativo del carácter nacional. De manera creciente, el protestantismo evangélico fue utilizado como la única fuerza que podía unificar a la comunidad y dar orden y coherencia a la vida social.”⁷

El crecimiento en la devoción protestante dio lugar a la proliferación de sus sectas. En 1800 había 5 000 templos, cinco décadas más tarde existían alrededor de 30 000. Los feligreses naturalmente aumentaron. A principios del XIX solo un siete por ciento de la población total era religionaria, cifra que se duplicó durante los siguientes años.⁸ En suma, el protestantismo, con sus múltiples denominaciones, fue la religión predominante de los voluntarios.

⁶ Peter Guardino, “‘In The Name of Civilization and with a Bible in Their Hands:’ Religion and the Mexican American War 1846-48”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 30, núm. 2, (verano, 2014) p. 344.

⁷ Ángela Moyano Pahissa, *et al.* (comps.), *EUA: Documentos para su historia política*, vol. 8, México, Instituto Mora, 1988, p. 392.

⁸ *Ibid.* A nivel estatal: “En 1820, Kentucky, que suele considerarse el estado más típico de toda la región [de los estados interiores], sobre una población global de 565 000 personas, apenas se confesaban creyentes 46 000 personas, y de ellas, 21 000 baptistas y otras tantas metodistas, repartiéndose el resto. Sin embargo, a mediados del siglo XIX, las confesiones protestantes tenían la siguiente cuantificación en todo el territorio: metodistas, casi 1 500 000; baptistas, cerca de 1 000 000; presbiterianos, aproximadamente 500 000; congregacionalistas 200 000 y 100 000 episcopalianos. José Luis Mora Mérida, *Iglesia y religión en los Estados Unidos y Canadá*, Madrid, Mapfre, 1992, p. 85.

El principal móvil del crecimiento religioso fue el llamado Segundo Gran Despertar (1790-1830), combinado con la explosión demográfica y el despunte económico-industrial del siglo XIX.⁹ El objetivo de este movimiento era reavivar la fe, fortalecer los valores protestantes, tener un acercamiento con Dios y extender la palabra del Evangelio a la mayor cantidad posible de individuos. Se cantaba, confesaba, rezaba y hacían conversiones. El impacto de esta clase de fervor religioso en la sociedad era significativo. Según el historiador Thomas Stacy, el Primer Gran Despertar, que precedió a la Independencia de las Trece Colonias (1730-1769), había sido uno de los motores de la separación de Inglaterra.¹⁰ El Segundo inició en los pueblos rurales de Connecticut y se caracterizó por la expansión de la Iglesia metodista, la presbiteriana, la episcopal, la baptista y el surgimiento de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, es decir, los mormones.¹¹

¿Cómo se efectuó el Segundo Gran Despertar? El movimiento se iniciaba cuando los ministros más entusiastas del clero recorrían el país y entraban a las ciudades por docenas, cientos si era necesario. Dependiendo de la población y el tamaño de cada asentamiento,

⁹ Mora, *op. cit.*, p. 87.

¹⁰ Thomas Stacy Capers, "The Great Awakening in the Middle Colonies", en *Journal of the Presbyterian Historical Society (1901-1930)*, vol. 8, núm. 7, (septiembre, 1917), p. 314. La Iglesia anglicana había decaído después del Primer Gran Despertar (PGD) y a la migración de su clero causada por la guerra de independencia (se le consideraba fiel a Inglaterra), otorgando así a las denominaciones protestantes mayor fuerza durante el final del siglo XVIII. Bret E. Carroll, *The Routledge Historical Atlas of Religion in America*, Routledge, Nueva York/Londres, 2000, pp. 30-31. El PGD fue el primer intento para acercarse a Dios.

¹¹ Richard Carwardine, "The Second Great Awakening in the Urban Centers: An Examination of Methodism and the 'New Measures'", en *The Journal of American History*, vol. 59, núm. 2, (sep., 1972) p. 330 y Richard D. Birdsall, "The Second Great Awakening and the New England Social Order", en *Church History*, vol. 39, núm. 3, (septiembre 1970) p. 352. El Tercer Gran Despertar sucedió en 1850-1920 y el último de 1960 a 1990. Para una discusión de estos movimientos religiosos, véase Michael Barkun, "The Awakening-Cycle Controversy", en *Sociological Analysis*, vol. 46, núm. 4, (invierno, 1985), pp. 425-443.

predicaban en los templos durante días, meses o años. En las zonas rurales estas escenas eran adaptadas a las particularidades de la vida campestre. En las espesuras de algún bosque se despejaba un espacio determinado y se colocaban tiendas de campaña en cuyo interior se realizaban ceremonias “privadas” y de las que salían lamentos, rezos, oraciones y cantos. Estos actos eran interrumpidos a medianoche cuando sonaba un cuerno que anunciaba la apertura de las ceremonias “públicas”. Algunas mujeres realizaban entonces invocaciones a Dios mientras otras admitían culpas y pecados frente a todos los presentes.¹²

Los valores proyectados en esta oleada de movimientos religiosos encarnaron en los creyentes y se fortalecieron frente a la creciente afluencia de inmigrantes católicos que arribaban diariamente a las costas estadounidenses. En efecto, en las zonas más conservadoras, las personas cambiaron sus costumbres y sustituyeron las tabernas por los templos:

Cualquiera que pueda ser causa, es evidente que estos espectáculos religiosos han producido una palpable mejora en los hábitos, maneras, usos y costumbres del pueblo [...] Han disminuido y desaparecido en muchos puntos las tabernas y casas de juego, y los que anteriormente concurrían a estas casas, van a las asambleas religiosas. Los metodistas también han hecho grandes e incalculables beneficios a las costumbres.¹³

El impacto del Segundo Despertar no fue soslayado por viajeros como Lorenzo de Zavala, para quien la población estadounidense era en general religiosa, al grado de parecer “fanática”,¹⁴ o como Charles Dickens, quien opinó que en el Boston, Massachusetts, de 1830

¹² Fanny Trollope, *Usos y costumbres de los americanos*, Barcelona, Alba Editorial, 2001, pp. 97-103 y 183-191.

¹³ Lorenzo de Zavala, *Viage a los Estados Unidos de Norte América*, París, Imprenta de Decourchant, 1854, pp. 130-134.

¹⁴ *Ibid.*, p. 77.

se manifestaba este ardor, y que la ciudad de Cincinnati, por ejemplo, parecía la Ginebra calvinista del siglo XVI. Cuenta este autor que lo mismo sucedía en otras partes de Estados Unidos. Las mujeres veían con total agrado los actos religiosos mientras expresaban aversión hacía entretenimientos como el teatro. Según él, la gente vivía con muy pocas o con nada de diversiones. No existía el juego. Billar y naipes estaban desterrados y el baile público solo podía ser gozado en las fiestas navideñas. Los ministros protestantes ejercían influencia sobre todo en las féminas quienes a su vez transmitían estas enseñanzas a sus hijos pues “es la mujer quien hace las costumbres”.¹⁵

Por lo demás, según Fanny Trollope, otra viajera inglesa, a los templos de las ciudades acudía un gran número de personas de todas las clases sociales, géneros y edades, especialmente adolescentes: “Estoy tentada a pensar que un extranjero del continente europeo tendría a suponer, en una primera exploración de la ciudad, que los sitios de culto son los teatros y los cafés. No hay tarde de la semana que no traiga un tropel de gentes jóvenes y hermosas a las capillas y a las casas de reunión”.¹⁶

Guardino opina que el Segundo Gran Despertar fue el causante del “dramático incremento del sentimiento anticatólico”.¹⁷ Por ejemplo, en Nueva Inglaterra (región que engloba a los estados de Maine, Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode Island y Connecticut), los pastores describían a la religión católica como enemiga de su Iglesia y en

¹⁵ Charles Dickens, *American Notes*, New York, The Modern Library, 1996, pp. 74-75.

¹⁶ Trollope, *op. cit.*, pp. 96-97.

¹⁷ Guardino, *op. cit.*, p. 345.

sus sermones daban muestras de aversión hacia ella. Como veremos más adelante, esto debió de contribuir a la destrucción de un convento de monjas en Massachusetts.¹⁸

Por otro lado, es seguro que el anticatolicismo derivado del Segundo Gran Despertar se difundiera en las calles, donde se intercambiaban ideas y pareceres. Desde muy pequeños, algunos infantes decidían portar el estandarte del anticatolicismo. En Nueva York (1844), por ejemplo, decenas de niños y jóvenes (¿futuros voluntarios?) marchaban en los vecindarios católicos con pancartas que decían “*NO POPERY*”.¹⁹ Además, a los infantes protestantes y a los mismos católicos se les inculcaba el “antipapismo” en las escuelas públicas. En efecto, los libros de texto servían como propaganda religiosa y los alumnos aprendían que la Iglesia católica había causado la degeneración a las naciones europeas.²⁰ En el caso de los jóvenes de Filadelfia, su anticatolicismo era alimentado por el Instituto Protestante y por el material que distribuía la American Bible Society en las ciudades.²¹ Aquellos que ingresaban a las universidades de Harvard (Massachusetts) o Princeton (Nueva Jersey) también leían obras de carácter “antirromanista”.²²

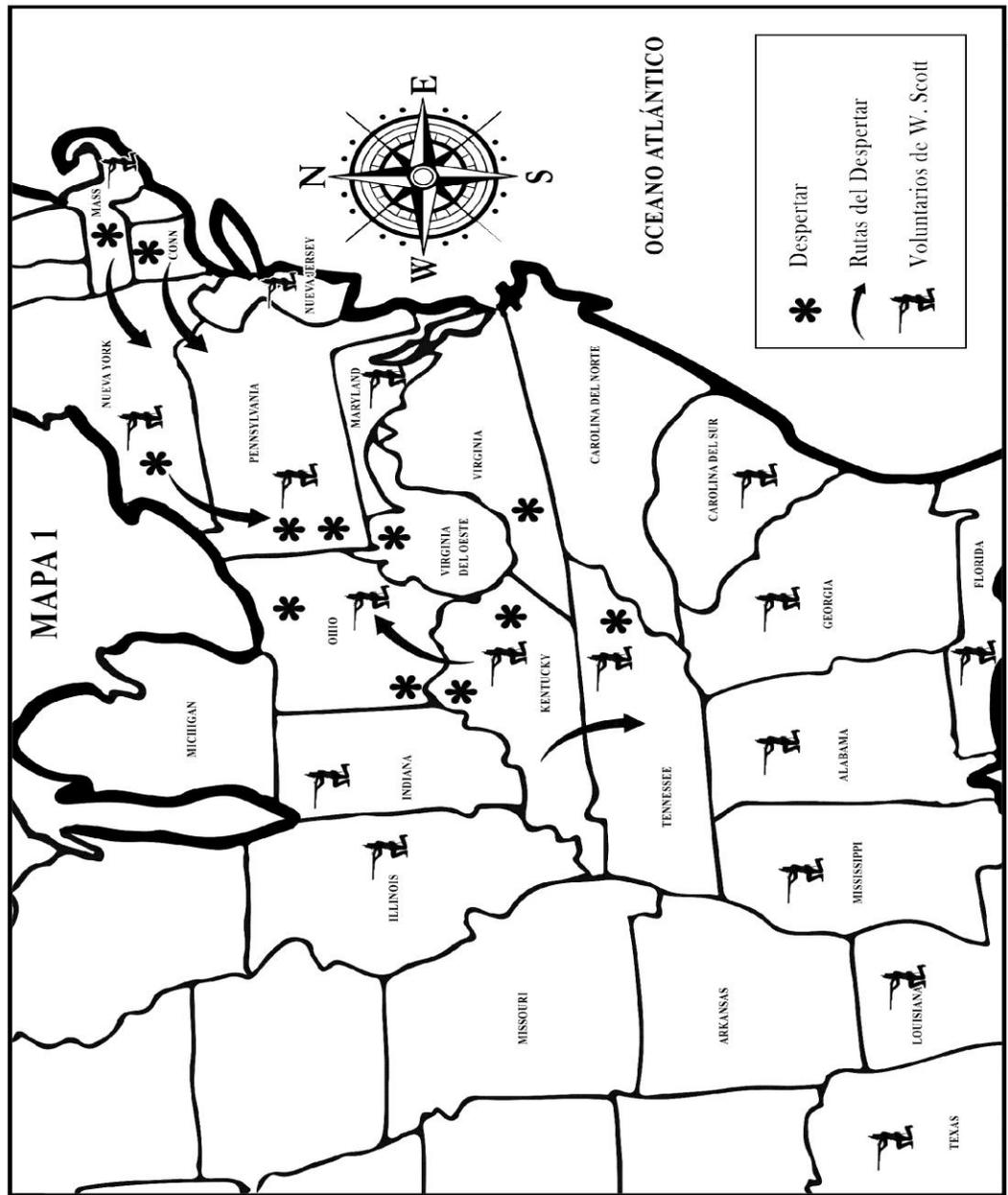
¹⁸ James Phinney Munroe, “The destruction of the convent at Charlestown, Massachusetts”, en *New England Magazine Co.*, 1901, p. 642.

¹⁹ John Hughes, *A letter on the moral causes that have produced the evil spirit of the times; adressed to the Honorable James Harper, mayor of New-York. Including a vindication of the autor from infamous charges made against him by Jas. Gorfon Bennet, William L. Stone and others*, Nueva York, J. Winchester/New Worl Press, 1844, p. 4.

²⁰ Dennis C. Rousey, “Catholics in the Old South: Their Population, Institutional Development, and Relations with Protestants”, en *U.S. Catholic Historians*, vol. 24, núm. 4, (otoño, 2006.), p. 3.

²¹ Tracy Fessenden, “The Nineteenth-Century Bibles Wars and the Separation of Church and State”, en *Church History*, vol. 74, núm. 4, (Diciembre 2005), p. 789.

²² Thomas J. Curran, “Assimilation and Nativism”, en *International Migration Digest*, vol. 3, núm. 1, (verano, 1996), p. 20, Elizabeth M. Geffen, “Violence in Philadelphia in the 1840’s and 1850’s”, en *Pennsylvania History*, vol. 36, núm. 4, (octubre-1969), p. 399, Pauline Maier, “The Pope at Harvard: The Dudleian Lectures, Anti-Catholicism, and The Politics of Protestantism”, en



FUENTE: BRETE CARROLL, *THE ROUTLEDGE HISTORICAL ATLAS OF RELIGION OF AMERICA*, NUEVA YORK/LONDRES, ROUTLEDGE, 2000, P. 63 Y VÉASE NOTA AL PIE DE PÁG. 5.

Proceedings of the Massachusetts Historical Society, vol. 97, (1985), pp. 16-41 y Jerome L. Clark, 1844. *Religious Movement*, Sin lugar de publicación, Teach Services, Inc., 2005, p. 255.

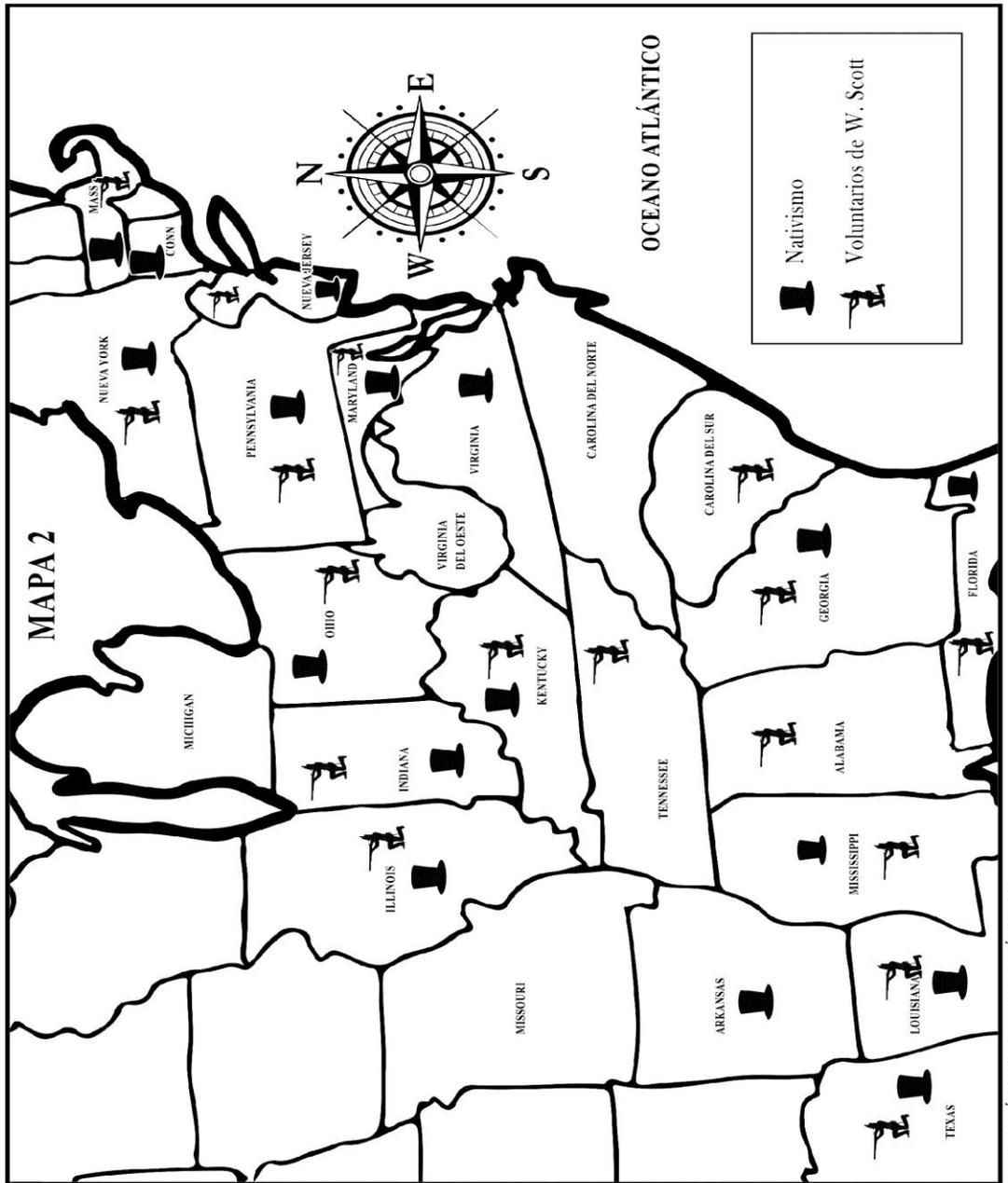
A modo de síntesis, y como puede apreciarse en el mapa 1, los futuros voluntarios de Massachusetts, Tennessee, Ohio, Pennsylvania, Nueva York y Kentucky estuvieron en contacto con el anticatolicismo derivado del Segundo Gran Despertar, el cual fue probablemente uno de los elementos que hizo aumentar la animadversión contra el “papismo” mexicano en 1847, si consideramos que la juventud se mostró receptiva a las ideas de este fenómeno religioso.²³

Ahora bien, uno de los resultados del fortalecimiento del protestantismo fue la proliferación de sociedades secretas, asociaciones y partidos políticos conocidos como nativistas o *Know Nothing*,²⁴ cuyos integrantes mostraban animadversión hacia los extranjeros (principalmente irlandeses, chinos y alemanes), sus instituciones, religión e ideas.²⁵

²³ Birdsall, *op. cit.*, p. 352.

²⁴ Entre organizaciones nativistas, los Hijos del 76, los Druidas y los Hijos de Norteamérica se unieron durante la década de 1850 para formar una organización nacional y política denominada Orden de la Bandera de las Barras y las Estrellas. No pasó mucho tiempo para que se hiciera evidente “que sus propósitos eran defender el protestantismo contra el catolicismo, restringir la inmigración, aumentar el número de años requeridos para la naturalización y privar a sus nuevos compatriotas del derecho de votar”. Moyano *et al.*, *op. cit.*, vol. 8, p. 380.

²⁵ Algunos historiadores consideran al nativismo no solo como una sociedad secreta, sino también como una actitud negativa contra la inmigración. John Christopher Pinheiro, “‘Religion without restriction’: Anti-Catholicism, All Mexico, and the Teatry of Guadalupe Hidalgo”, en *Journal of the Early Republic*, vol. 23, núm. 1, (verano, 2013), p. 69. Emplearé el término nativista como actitud y como sociedad secreta, según sea el caso.



FUENTE: VÉASE NOTA AL PIE DE PÁGINA 28.

Pero el nativismo requiere ser matizado de manera más amplia, pues engloba diversos elementos: xenofobia, racismo (supremacía del anglosajonismo) y superioridad del protestantismo frente a otras religiones.²⁶ Aunque todos estos elementos van de la mano, me enfocaré primordialmente en el tercero. De acuerdo con el historiador John Higham, los nativistas buscaban proteger sus instituciones políticas de la amenaza extranjera, pues temían que los inmigrantes establecieran una teocracia adicta a Roma. En el sur también defendían su economía y el derecho a tener esclavos. En 1834, por ejemplo, pretendieron matar al obispo John England y quemar la Catedral y un convento de Charleston, Carolina del Sur, donde se había establecido una escuela para negros libres. Cuando, para colmo, el esclavismo fue condenado por el Papa Gregorio XVI en 1839 con la encíclica *In Supremus Apostolatus*, dos irlandeses fueron atacados en un disturbio porque se les consideró conspiradores en una revuelta de negros.²⁷

El historiador George Stephenson considera que la concentración más grande de nativistas estuvo en Nueva Inglaterra, en la costa norte y sur del Atlántico y que su influencia se dejó sentir incluso en aquellos lugares donde existía una fuerte tradición católica arraigada

²⁶ John Higham, *Strangers in the Land. Patterns of American Nativism 1860-1925*, New Jersey, Rutgers University Press, 1955, pp. 3-6. En un texto publicado en Louisiana en 1839, los firmantes exponían lo siguiente: “en la mente de algunos extranjeros se recrea usurpar todos los poderes políticos de Estados Unidos”. *Address of the Louisiana Native American Association to the citizens of Louisiana and the inhabitants of the United States*, Nueva Orleans, D. Felt, 1839, p. 5. El ciudadano Spencer, por su parte, sostenía que la religión católica no congeniaba con las ideas republicanas, como sí lo hacía el protestantismo. Otro ciudadano argumentaba que el protestantismo era indispensable para un pueblo democrático. Mr. Spencer, “Conversation with Mr. Spencer; Canandaigua (17-18th July 1831)” y Clay, “(2nd October 1831)”, en Alexis de Tocqueville, *Journey to America*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1959, p. 31 y 65.

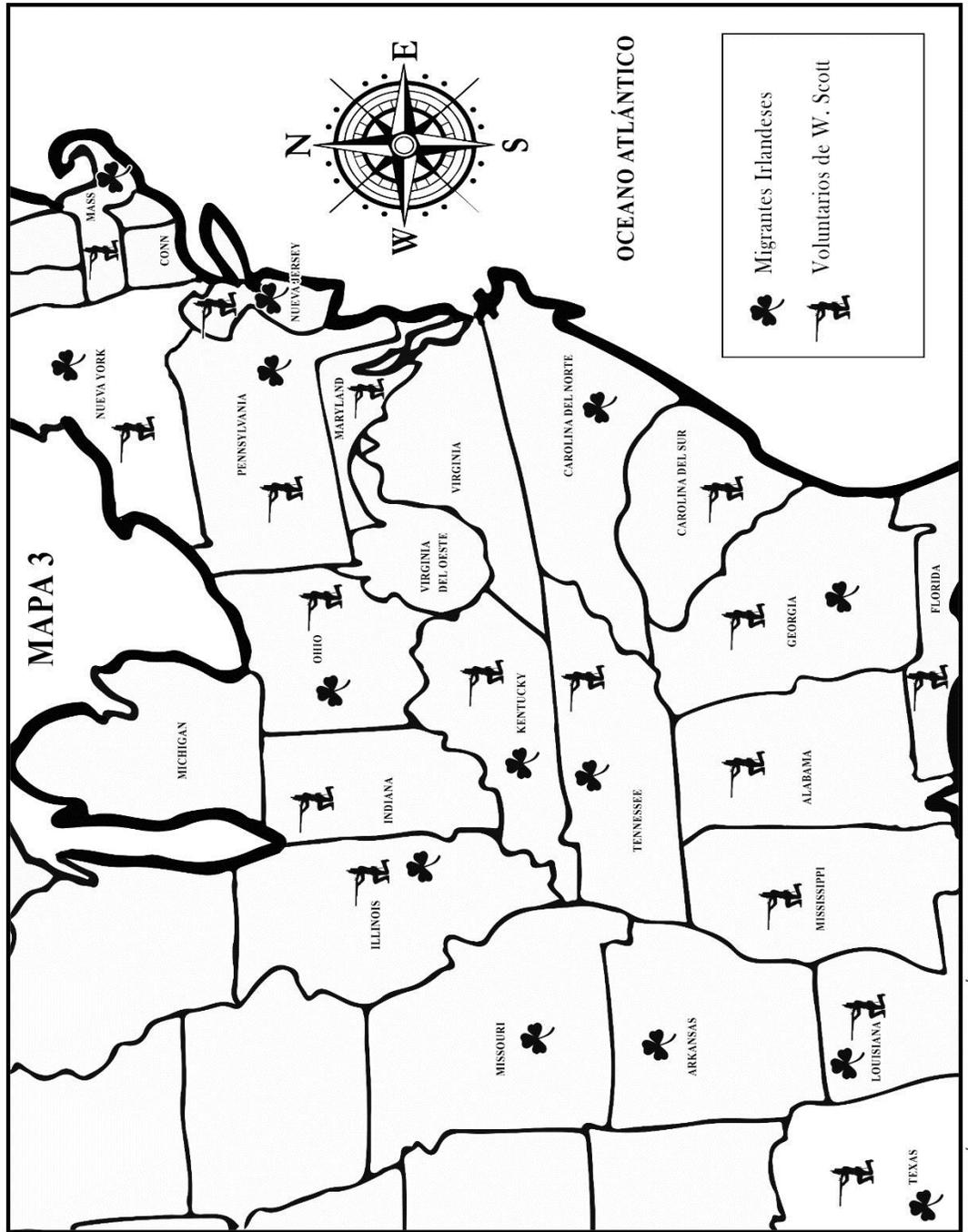
²⁷ Roughey, *op. cit.*, p. 11.

desde la colonia como Texas y Louisiana.²⁸ El mapa 2 ilustra las ciudades donde existían nativistas y se embarcarían tropas hacia la guerra contra México. Es probable que los voluntarios percibieran su influencia si pensamos que el máximo apogeo de estas ideas ocurrió entre 1830 y 1850. Además de que los nativistas ganaban adeptos a través de encuentros públicos donde exponían a la sociedad la amenaza del Papa y sus feligreses y que no solo difundieron cientos de libros, panfletos y periódicos anticatólicos,²⁹ sino que no dudaron en pelear contra los católicos y acudir a prácticas intimidatorias tales como sumergir la cabeza de un extranjero en una cubeta llena con sangre de animales.³⁰

²⁸ George M. Stephenson, "Nativism in the Forties and Fifties, with Special Reference to the Mississippi Valley", en *The Mississippi Valley Historical Review*, vol. 9, núm. 3, (Diciembre, 1922), p. 185, William Starr, "Know Nothing and Ku Klux Klan", en *The North American Review*, vol. 219, núm. 818, (Enero, 1924), p. 3, Elliot Gorn, "Good-Bye Boys, I Die a True American": Homicide, Nativism, and Working-Class Culture in Antebellum New York City", en *The Journal American History*, vol. 74, núm. 2, (septiembre-1987), pp. 388-410, Harold T. Smith, "The Know-Nothing in Arkansas", en *The Arkansas Historical Quarterly*, vol. 34, núm. 4, (invierno, 1975), pp. 291-301, Carl Fremont Brand, "The History of the Know Nothing Party in Indiana", en *Indiana Magazine of History*, vol. 18, núm. 1, (marzo, 1922), pp. 47-81, Royce McCrary, "John Macpherson Berrien and the Know-Nothing Movement in Georgia", en *The Georgia Historical Quarterly*, vol. 61, núm. 1, (verano, 1977), pp. 35-42, Philip Morrison Rice, "The Know-Nothing Party in Virginia, 1854-1846", en *The Virginia Magazine of History and Biography*, vol. 55, núm. 1, (Enero, 1947), pp. 61-75, Bruce Levine, "Conservatism, Nativism, and Slavery: Thomas R. Whitney and the Origin of the Know Nothing Party", en *The Journal of American History*, vol. 88, núm. 2, (septiembre, 2001), pp. 455-488 y Howard Harris, "'The Eagle to Watch and the Harp to Tune the Nation': Irish immigrants, Politics and Early Industrialization in Patterson, New Jersey 1824-1836", en *Journal of Social History*, vol. 23, núm. 3, (verano, 1990), pp. 575-597.

²⁹ Ray Allen Billington, "Tentative Bibliography of Anti-Catholic Propaganda in the United States (1800-1860)", en *The Catholic Historical Review*, vol. 18, núm. 4, (Enero, 1933), pp. 492-514 y Guardino, *op. cit.*, p. 246.

³⁰ *Account of the terrific and fatal riot at the New-York Astor Place Opera House, on the night of may 10th, 1849; with the Quarrels of Forrest and Macready. Including all the causes which led to that Awful tragedy*, Nueva York, H. M. Ranney, 1849, pp. 5-6.



FUENTE: VÉASE NOTA AL PIE DE PÁGINA 37.

Además, el nacionalismo imperante se intoxicó con la idea milenaria de que Dios había bendecido a la nación porque sus ciudadanos contaban con libertad política.³¹ Cuando el nativismo alcanzó su máxima intensidad mostró a los feligreses de la Iglesia católica como peligrosos agentes extranjeros del Papa y se temió que la marea del “trébol” celta y católica destruyera a la “nueva Israel”. De ahí que los católicos sufrieran muchas veces de discriminación racial y religiosa, lo cual se expresó por ejemplo en 1845, cuando algunos soldados de origen germano e irlandés se negaron a participar en los servicios protestantes (promovidos por el ejército) y como correctivo fueron enviados a corte marcial y castigados.³²

En la guerra contra México continuó dicha discriminación: “vete al diablo irlandés hijo de puta” fue la expresión de un militar bajo el mando del general Zachary Taylor. La agresión oral terminó más tarde en un enfrentamiento entre la compañía de *Savannah’s Irish Jaspers Greens* (voluntarios irlandeses) y la de *Kennesaw Rangers* (mayoritariamente anglos y protestantes).³³ Por otro lado, aunque faltan investigaciones sobre estas actitudes nativistas en el ejército del general Scott, algunos acercamientos sugieren su continuidad: actitud violenta (fuera del campo de batalla), racismo, xenofobia expresada en hispanofobia³⁴ y,

³¹ James Anthony Froude, “Romanism and the Irish Race in the United States. Part. I”, en *The North American Review*, vol. 129, núm. 277, (diciembre, 1879), p. 531.

³² Richard James Matson, “The Mexican-American War: Patriotism despite religious persecution”, Tesis de Maestría en Artes, Universidad de Utah, 2008, pp. 24-25.

³³ Tyler V. Johnson, “Punishing the Lies on the Rio Grande: Catholic and Immigrant Volunteers in Zachary Taylor’s Army and the Fight against Nativism”, en *Journal of the Early Republic*, vol. 30, núm. 1, verano (2010), pp. 63-84.

³⁴ Eliud Santiago Aparicio, “Las atrocidades en la guerra entre México y los Estados Unidos (1846-1848)”, México, UAM-I, Tesis de Licenciatura en Historia, 2013, pp. 83-128. Por lo demás, cuando un inmigrante germano y protestante se acercó a los reclutadores en 1846, comenta que “los oficiales me rechazaron porque era extranjero. En ese tiempo el nativismo florecía en los Estados Unidos y, los inmigrantes, especialmente los alemanes, sufrían algunos agravios”. Cuando por fin logró

como se verá en los capítulos siguientes, anticatolicismo en escritos y materializado en profanaciones.

El impacto de los Despertares y la expansión del nativismo en la sociedad deben entenderse en un contexto donde el arribo de miles de irlandeses jugó un papel decisivo. Vale la pena estudiar a los hijos del “trébol” que bien pueden ser representados como una analogía del pueblo mexicano: víctimas de la pobreza, la crisis alimentaria y el despotismo en su país de origen y merecedores de apelativos despectivos por los estadounidenses, tales como “comepapas” y “romanistas”.

Como se sabe, la migración “es un movimiento demográfico originado por motivos de supervivencia, es decir, la búsqueda de seguridad en todos los campos de la vida”.³⁵ A fin de huir de la miseria y las hambrunas que asolaban a Irlanda desde la primera crisis de la papa en 1821, cientos de miles de sus habitantes la abandonaron. Una vez en Estados Unidos, intentaron establecer una nueva Irlanda: construyeron iglesias, escuelas parroquiales y llevaron sacerdotes y monjas.³⁶ A lo largo del siglo XIX, los principales estados en los que se concentraron, y de donde se embarcarían voluntarios hacia México, fueron Nueva York, Pennsylvania, Ohio, Massachusetts, Kentucky, Illinois, Iowa, Louisiana, Tennessee,

alistarse, un germano desconocido se le acercó y le dijo: “¿No te avergüenzas de pelear por éstos que te tratan peor que a un negro?” Frederick Zeh, *An Immigrant Soldier in the Mexican War*, Texas, Texas A. M. University Press, 1995, pp. 4-5.

³⁵ Amílcar Carpio Pérez, “Todo rezo esconde un miedo. Miedos y rito en el proceso migratorio actual”, en *Signos Históricos*, núm. 30, julio-diciembre, 2013, p. 112.

³⁶ Como señaló un granjero irlandés del Bajo Canadá, sus compañeros inmigrantes buscaban en el Nuevo Mundo asilo, libertad política y tierras fértiles como las del jardín del Edén. *Memoranda of a settler in Lower Canada; or the emigrant to North America. Being a compendium of useful practical*, Montreal, Lovell and Gibson, 1842, pp. VI-VII.

Georgia, Carolina del Sur, Arkansas, Nueva Jersey, Missouri y Texas.³⁷ (Véase la relación con las tropas del general Scott en el mapa 3)

En el país que los “acogió” pronto se desarrolló una intensa predisposición y violencia en su contra porque se les acusó de trabajar el doble que un negro y aceptar salarios más bajos que cualquier otro ciudadano.³⁸ Esta aversión se explicaba también por motivos políticos pues, desde que ponían un pie en tierras estadounidenses, eran cooptados por los demócratas (enemigos políticos de los *whigs*), quienes les daban alcohol y trabajo a cambio de votos. Las cuestiones raciales no dejaban de estar presentes, pues no eran considerados blancos por los nativistas,³⁹ quienes desde su desembarco los agredían físicamente.⁴⁰ Sin embargo, “la religión fue el motivo más importante de esta xenofobia. Hasta 1830, casi todos los estadounidenses eran protestantes pero, para 1860, gracias a la llegada masiva de irlandeses y alemanes, la décima parte de la población estaba formada por católicos [...] Su influencia aumentó y con ello resucitó el anticatolicismo de los días coloniales”.⁴¹

En el caso de los germanos, su arribo comenzó durante la segunda década del siglo XIX. Había luteranos y judíos, pero también muchos católicos. Amaban la cerveza y las comidas al aire libre durante los días de ocio, ganándose así la animadversión de los nativistas más conservadores quienes veían profanado el sagrado Sabbath. Pese a la mejor adaptación de este grupo en las ciudades y en el campo, los nativistas consideraban que todos los

³⁷ David Levinson y Melvin Ember, *American immigrant cultures. Builders of a Nation*, vol. I, New York, Simon & Schuster MacMillan, 1997, pp. 460-464 y Mora, *op. cit.*, p. 101.

³⁸ Trollope, *op. cit.*, pp. 305-306.

³⁹ Guardino, *op. cit.*, p. 346.

⁴⁰ David Grimsted, “Rioting in Its Jacksonian Setting”, en *The American Historical Review*, vol. 77, núm. 2, (abril, 1972), p. 392.

⁴¹ Moyano, *et al.*, (comps.), *op. cit.*, vol. 8, p. 379.

inmigrantes eran irlandeses y, por lo tanto, católicos fanáticos, alcohólicos empedernidos y militantes del partido demócrata.⁴² Si bien la Constitución de 1790 y sus enmiendas al artículo primero estipulaban que: “El Congreso no podrá dictar ninguna ley por lo cual se establezca una religión [oficial]”,⁴³ muchos ciudadanos estadounidenses no ejercieron la tolerancia y se mostraron reacios a permitir la religión de los “invasores papistas”.

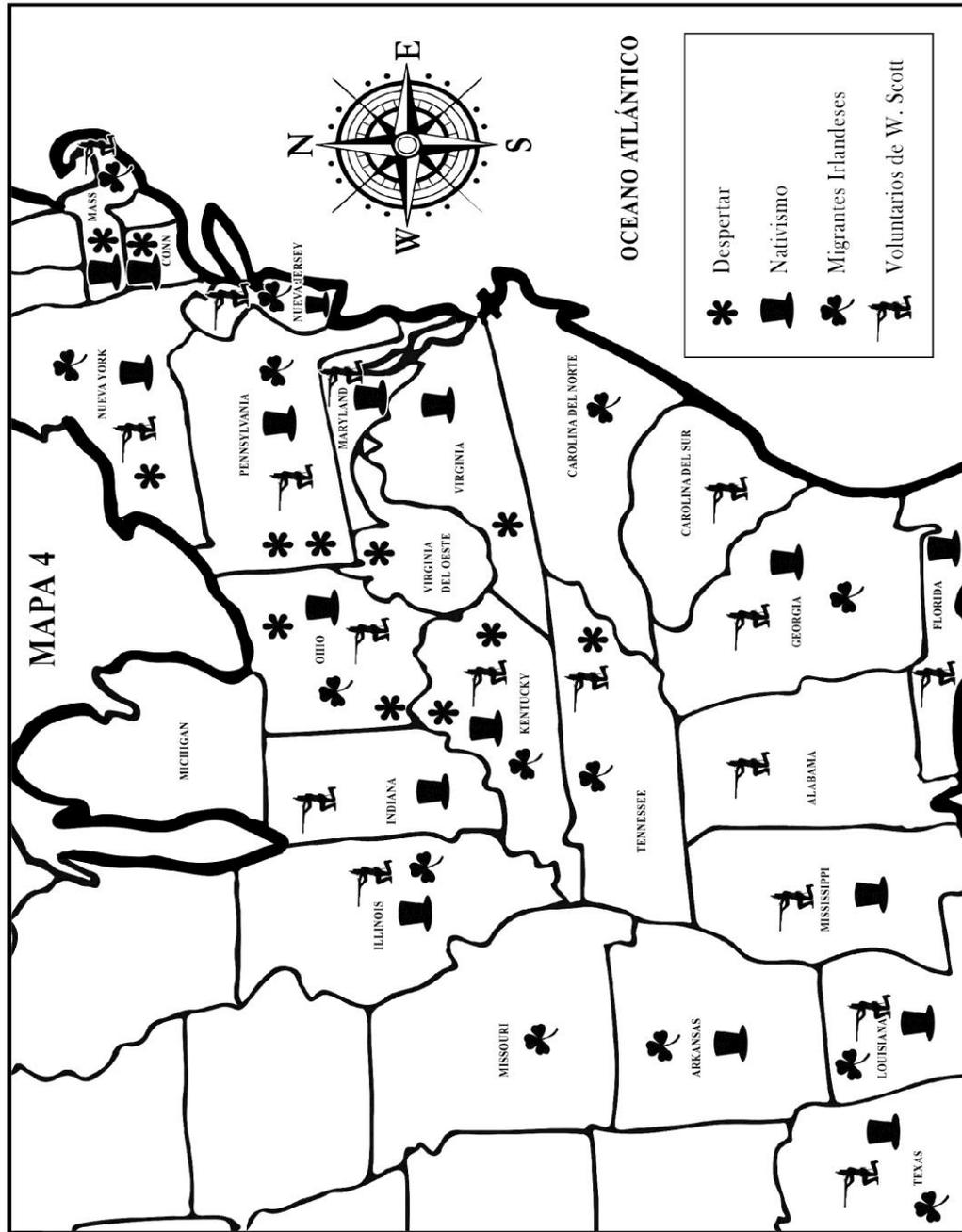
Esto explica en buena medida la proliferación de sociedades nativistas, libros contra la religión católica y enfrentamientos entre ambas partes pues, como colonia inglesa o como nación independiente, Estados Unidos jamás había tenido una población tan grande de “papistas”. En efecto, en 1785 los católicos contaban con un obispo, 50 sacerdotes y un puñado de iglesias. No existían escuelas parroquiales, conventos o monasterios. Catorce años después, solo representaban el uno por ciento de la población y por lo general eran de origen francés y español. Sin embargo, al finalizar las guerras napoleónicas en 1815, había comenzado la llegada masiva de alemanes. Seis años más tarde, 62 000 inmigrantes entraron a la Unión Americana desde Irlanda y los reinos germanos. En la década de 1830 arribaron casi 600 000 y 800 000 para los primeros años de 1840.⁴⁴ Esta inmigración se recrudeció en 1845 cuando estalló la gran hambruna en Irlanda. Más de un millón perecieron de desnutrición y se estima que un tercio de la población de la isla llegó a Estados Unidos y Canadá (1.8 millones).⁴⁵

⁴² Curran, *op. cit.*, p. 17.

⁴³ “Las primeras diez enmiendas a la Constitución (1791)”, Moyano Pahissa y Jesús Velasco Márquez (comps.), *Documentos para su historia política*, vol. 1, México, Instituto Mora, 1988, p. 294. Pese a esta disposición, algunas entidades estatales actuaron de manera diferente. Carolina del Norte, por ejemplo, fue uno de los últimos estados en otorgar puestos públicos a católicos. Rousey, *op. cit.*, pp. 2-3.

⁴⁴ Froude, *op. cit.*, p. 521 y Levinson.

⁴⁵ Ember, *op. cit.*, vol. I, pp. 318-322.



FUENTE: VÉASE NOTAS AL PIE DE PÁGINA 5, 28 y 37.

Las fricciones entre nativistas y germano-irlandeses desembocaron en duros combates callejeros y profanaciones de iglesias católicas pues, como señala Samuel Huntington, los estadounidenses, quienes se definían como un pueblo anticatólico, se sintieron invadidos y amenazados por el enemigo.⁴⁶ A decir de muchos nativistas, la inmigración era una avanzada de conquista para dominar, a beneficio del Papa, los vastos territorios legados por George Washington.⁴⁷ En palabras de un ciudadano, tal parecía que su país no tardaría en convertirse en la cloaca apestosa y católica de Irlanda.⁴⁸

Hemos presentado, a grandes rasgos, al Segundo Gran Despertar, el nativismo y la inmigración católica que seguramente formaron parte del bagaje anticatólico de los voluntarios. El mapa 4 nos aproxima al origen de los combatientes y a su contacto cotidiano con el anticatolicismo. En tanto que en los estados de Massachusetts, Nueva York, Kentucky y Pennsylvania se observa la presencia del Segundo Gran Despertar, el nativismo y la inmigración irlandesa, en Illinois, Louisiana, Nueva Jersey, Georgia, Tennessee y Texas, en cambio, solo estuvieron presentes los dos últimos. Los voluntarios procedentes de Indiana, Florida, Mississippi, Maryland y Alabama estuvieron en contacto con el nativismo mientras que esto apenas se vio en Carolina del Sur.

Lo anterior sugiere, sin duda, que los voluntarios pudieron percibir las diversas expresiones del anticatolicismo. Por otro lado, aunque ellos fueron los responsables del mayor número de profanaciones de iglesias en México, los soldados regulares también

⁴⁶ Samuel P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 120.

⁴⁷ Casino, *op. cit.*, pp. 292 y 296-297.

⁴⁸ Vincent P. Lannie, "Alienation in America: The Immigrant Catholic and Public Education in Pre-Civil War America", en *The Review of Politics*, vol. 32, núm. 4, oct., 1970, p. 504.

tuvieron su parte, al menos aquellos bajo el mando del general Joseph Lane y quienes provenían de todas las regiones de Estados Unidos.

2. Anticatolicismo con palabras. Las monjas y su experiencia conventual

Durante la década de 1830 fueron publicadas numerosas obras con la función de atacar a la religión católica. Algunos títulos se referían a la experiencia de ciertas monjas en los conventos y estaban escritos en primera persona, con un estilo ameno y sencillo para su mayor difusión. No eran nada nuevo: daban continuidad a la vieja tradición de la narrativa de cautividad estadounidense y de literatura contra el Papa en Gran Bretaña, Francia y España.

La típica novela o memoria de monjas comenzaba describiendo la infancia de una niña y su afición por una existencia de enclaustramiento. Tomados los votos, la vida se tornaba gris y depravada. La única luz de esperanza consistía en abandonar el convento a través de puertas resguardadas por perros y porteros.⁴⁹ Fueron los casos de Maria Monk y de Rebecca Reed, las escritoras estadounidenses más populares de la década de 1830.

2.1 Rebecca Reed

La literatura sobre los conventos constituyó una reacción contra aquellas instituciones que habían logrado instalarse en territorio estadounidense como cabeceras del “papismo”, pues significaban el enemigo en casa. La propaganda escrita fue una acción contra el catolicismo,

⁴⁹ Susan M. Griffin, “Awful Disclosures, Womens’ Evidence in the Escaped Nun’s Tale”, en *Modern Language Association*, vol. 111, núm. 1, (Enero-1996), p. 94 y Rebecca Reed, *Six months in a convent, or, the narrative of Rebecca Theresa, who was under the influence of the roman catholics about two years, and a inmate of the Ursuline convento n Mount Benedict, Charlestown, Mass. nearly six months, in the years 1831-2*, Boston, Russell, Odiorne & Metcalf, 1835, p. 156.

religión que representaba la tiranía, un baluarte de la opresión y una férrea enemiga de la democracia.⁵⁰

Las memorias de Rebecca Reed son uno de esos documentos basados en la supuesta experiencia personal de una mujer enclaustrada en un convento. Reed ingresó en 1832 al de la hermanas ursulinas en Charlestown, Massachusetts, cuando tenía 18 años de edad. Hija de un granjero protestante, se convirtió en postulante para poder continuar con sus estudios.⁵¹ Más tarde, durante su estancia, decidió tomar el velo y entregarse a Dios. A partir de ese momento la madre superiora se volvió más dura en su trato, de modo que, pasados seis meses, Reed huyó. Una vez fuera relató su experiencia en la obra titulada *Six months in a convent*, que concluyó en 1832. El manuscrito circuló primero entre amigos, familiares y personas de su vecindario. Fue publicado en 1835 como respuesta a los ataques católicos que responsabilizaban a Reed de la destrucción del convento de las hermanas ursulinas en el año anterior (véase apartado 3.3).

El primer día se vendieron más de 5 000 copias, 10 000 en la primera semana, 25 000 en un mes y para finales de 1835 sumaban cerca de 50 000. Era el primer gran *best seller* estadounidense contra el Papa.⁵² La población y la prensa católica no tardaron en culpar a la autora de inflamar con su libro el anticatolicismo protestante durante las siguientes décadas.

⁵⁰ Reed, *op. cit.*, p. 182.

⁵¹ De acuerdo a Daniel A Cohen, en Estados Unidos las postulantes son las candidatas a novicias, quienes a su vez lo son a las monjas. Daniel A. Cohen, “Miss Reed and the Superiors: The Contradictions of Convent Life in Antebellum America”, en *Journal of Social History*, vol. 30, núm. 1, (otoño-1996), p. 157.

⁵² Griffin, “Awful Disclosures”..., *op. cit.*, p. 93, Daniel A. Cohen, “The respectability of Rebecca Reed: Gentel Womanhood and Sectarian Conflict in Antebellum America”, en *Society for Historians of the Early American Republic*, vol. 16, núm. 3, (otoño, 1996), p. 421 y 451 y Nancy Lusignan

Al igual que en la obra de Maria Monk, la finalidad de Reed era prevenir a las mujeres de la severidad que se vivía en los conventos y: “Dar a una verdadera y fiel descripción de aquello que observé durante mi residencia con los católicos en el monasterio en Mount Benedict [...] Soy un humilde instrumento de Dios para prevenir a otros de los errores del romanismo y para que no caigan en sus *redes*... [Si logro cumplir con esto] me sentiré altamente recompensada”.⁵³

Reed narró la austeridad de la vida conventual y la contrastó con la ostentación del obispo Edward Fenwick, quien, entre otros lujos, bebía vino en una copa de oro. Relató cómo quedó sorprendida por las continuas penitencias y las largas sesiones de rezo y cómo sintió gran temor ante una vida llena de dolor y sufrimiento en las “entrañas del infierno”, resultado del maltrato psicológico que sufría todos los días.⁵⁴ Por otro lado, solía esbozar a la madre superiora como un ser desalmado que se negaba a dar agua a las monjas,⁵⁵ y cuyos castigos corporales variaban dependiendo de la gravedad de las faltas:

Algunas veces las monjas eran castigadas porque se rehusaban a decir oraciones a los santos, lo cual hacían porque sus padres lo desaprobaban. También sufrían suplicios porque se negaban a leer la historia del catolicismo romano. La señorita T fue llevada ante la superiora quien la castigó por haber escrito a sus amigos que no deseaba permanecer en el convento. Otra fue reprendida con dureza porque había dicho a otra señorita que estaría muy contenta cuando llegara el momento de abandonar el convento. La superiora, sacudiéndola con severidad, la obligó a arrodillarse y permanecer en posición de penitencia, a besar el piso, decir que estaba muy avergonzada y a suplicar su perdón.⁵⁶

Schultz, *Fire & Roses: The Burning of the Charlestown Convent, 1834*, Boston, Northeastern University Press, 2002, p. 4.

⁵³ Reed, *op. cit.*, p. 186. Cursivas propias de la fuente

⁵⁴ *Ibid.*, p. 96 y 114.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 132.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 160.

Según Reed, los conventos parecían lugares hostiles a la historia estadounidense: “El obispo comentó que los *Yankees* celebran el día de la Independencia para festejar a *hombres* y *nombran* días para honrarlos, en lugar de celebrar el cumpleaños de nuestro Salvador”.⁵⁷

Todo aquello relacionado con la exaltación de la nación era censurado:

En otro momento el obispo estaba con nosotras y me sugirió interpretar mi canción favorita. Canté la “*Ode on Science*”, la cual, como todo mundo sabe, es sumamente patriótica. Al finalizar la primera estrofa, él dijo unas cuantas palabras en francés a la superiora, quien me hizo una señal para que dejara de cantar pero, no entendiéndola, continué hasta que me hizo otras tantas señales. Me di cuenta de que estaba muy enojada por mi canción.⁵⁸

Hay que agregar que en la década de 1820 y 1830 emergió una ideología que historiadores modernos han designado como la “domesticidad” (domesticity), “esfera separada” (separate spheres) o “culto de la verdadera feminidad” (the cult of true womanhood). Sus simpatizantes enfatizaban los roles de los hombres y las mujeres, es decir que, en tanto los primeros debían emplearse en la esfera política y de servicios, o en otras palabras, ser los proveedores del hogar y los constructores del Estado, las segundas habían de dedicarse a la esfera privada de la casa y la familia, ser las educadoras de los futuros hombres de bien y las mujeres “domésticas”.⁵⁹ Es claro que, ante los ojos protestantes, la vida conventual trastocaba estas relaciones. Una monja aislada del mundo, en lugar de ser el vínculo moral en la familia, agredía el “culto a la verdadera feminidad”. Esta concepción de la mujer sería perturbaba aún más por la obra atribuida a Maria Monk, que tendría mucha influencia en Estados Unidos.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 118. Cursivas propias de la fuente.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 141.

⁵⁹ Griffin, “Awful Disclosures”..., *op. cit.*, p. 94 y Cohen, “The respectability...”, *op. cit.*, pp. 151-152.

2.2 Maria Monk

Awful Disclosures es considerada una de las obras más importantes de la propaganda nativista durante el periodo que precede a la Guerra Civil. Fue presentada como una crónica genuina, supuestamente escrita por Maria Monk. Sin embargo, el reverendo J. J. Slocum era el verdadero autor del libro y fue su difusor más importante. Si bien la información expuesta es falsa se convirtió en un verdadero baluarte contra el catolicismo. Publicado en 1836, se vendieron más de 300 000 ejemplares durante tres décadas, siendo uno de los títulos más adquiridos en el siglo XIX después de *Uncle Tom's Cabin*.⁶⁰ Sus ejes temáticos son la pasividad sexual, las relaciones carnales y la agresión física. Era, pues, una novela pornográfica muy atractiva para un público ávido de descripciones crudas y llenas de violencia.⁶¹

La obra contiene particularidades sobre la vida conventual. Relata misteriosas desapariciones, muertes, enclaustramientos forzosos, promiscuidad y desesperados suicidios en los que las monjas drenaban su sangre haciéndose incisiones en las venas de los brazos para escapar de la realidad.⁶² También se mencionan los castigos corporales, tales como arrodillarse, besar el piso o los zapatos de otras religiosas o bien comer alimentos que

⁶⁰ Ray Allen Billington, "Maria Monk and her influence", en *The Catholic Historical Review*, vol 22, núm. 3, (octubre, 1936) pp. 283-296 y Marie Anne Pagliarini, "The Pure American Woman and the Wicked Catholic Priest: An analysis of Anti-Catholic Literature in Antebellum America", en *Religion and American Culture: A Journal a Interpretation*, vol 9, num. 1, Winter, 1999, p. 100.

⁶¹ En un estudio sobre bibliotecas privadas, David M. Stewart señala que el propietario de una de ellas había adquirido *Awful...* tan pronto se publicó y que la leyó con entusiasmo. Michael Floy. David M. Stewart, "The Disorder of Libraries", en *The Library Quarterly*, vol. 76, núm. 4, (octubre, 2006), p. 407.

⁶² Maria Monk, *Awful Disclosures, by Maria Monk, of the Hotel Dieu Nunnery of Montreal*, New York, 1836, Publicado por la autora, pp. 170-171.

repugnaban -a Monk, por ejemplo, la torturaban con ajos-. Un castigo muy común era beber el agua con el que la madre superiora se había lavado los pies.⁶³

Monk señala que el objetivo de su obra era informar a los padres de familia sobre los peligros de la vida conventual. Como supuesta víctima del abuso de monjas y sacerdotes, la narradora dice haber sentido la necesidad de evitar que la juventud cayera en la telaraña de la depravación católica: “estoy resuelta, en la medida que dependa de mí, a que ninguna otra víctima caiga en las manos de estos enemigos de cuyo poder fui presa. Sé lo que es estar bajo el dominio de monjas y sacerdotes y sostengo que son una de las más grandes ofensas contra la virtud y la decencia. Así pues, es necesario exponer sus crímenes”.⁶⁴

La obra ofrece dos clases de relatos. Uno acerca de “lo que escuché/lo que me dijeron” y otros sobre “lo que vivió en carne propia”. Los primeros hacen referencia al resultado de la convivencia con otras niñas, novicias y monjas. Según una hermana, las monjas pasaban hambre en oscuras celdas durante días, meses o años y sus cuerpos podían ser marcados con hierro incandescente hasta llegar a los huesos o ser asesinadas con crueldad inhumana.⁶⁵

La segunda clase de relatos resultaba de la interacción de Monk con su entorno: el Convento Negro (*Black Nunnery*), donde se preparó para convertirse en sierva de Dios. Cuenta cómo llegó el día esperado para entregarse en cuerpo y alma a su Salvador Jesucristo. Con un atuendo negro, caminó hacía el altar de la capilla mientras el olor del incienso la sofocaba bajo el velo. Los himnos en latín daban un toque solemne a la ceremonia mientras

⁶³ *Ibid.*, pp. 175-176.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 4. Más adelante la autora agrega que su objetivo es: “publicar para el mundo algunos de los crímenes de los sacerdotes y describir escenas guardadas en secreto dentro de los muros del convento”. *Ibid.*, p. 53.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 20 y 186.

que el obispo dirigía estas palabras a la madre superiora: “Mantén pura e inmaculada a esta joven virgen a quien Cristo consagra para sí en este día”.⁶⁶ El acto religioso terminó con música pero el terror apenas comenzaba.

Una vez convertida en monja, Monk pudo visitar todos los espacios del convento, incluso el sótano, lugar donde encontró a dos hermanas que cumplían con un castigo. Pronto se percataría por sí misma de su terrible situación, pues la superiora le ordenó obedecer siempre los deseos de los “pérfidos” sacerdotes o sufriría las inclemencias de la prisión. Para su horror, esto significaba que, para obtener el perdón de sus pecados, las monjas tenían que copular con ellos. Si las monjas resultaban embarazadas, daban a luz dentro de los muros del convento. Los recién nacidos eran bautizados en una simple ceremonia. Después, una anciana religiosa les tapaba la nariz y la boca hasta asfixiarlos. Los pequeños cadáveres eran depositados en el sótano y quemados. Según la superiora, los bebés irían al cielo porque siendo tan pequeños y sin pecado, Dios los recibiría en la eternidad tras haber recibido el bautizo.⁶⁷

Ahora bien, cuenta Monk que el infanticidio no era la única forma de asesinato que se practicaba dentro del convento. También existieron casos en los que las autoridades religiosas condenaban a la pena capital a sus subordinados. En efecto, tras una breve deliberación sobre la gravedad de los actos de una hermana a quien se la escuchó decir que

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 46-47.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 47, 49, 74-75, 82 y 155-156. Con base en los relatos de sus hermanas, Monk calcula que entre 18 y 20 bebés fueron asesinados de esta manera. *Ibid.*, p. 157.

deseaba escapar o morir en lugar de asesinar bebés, el obispo, la superiora y cinco sacerdotes la sentenciaron a muerte. Fue así colocada entre dos colchones y asfixiada.⁶⁸

De tal modo, las obras de monjas cautivas contribuían a develar los presuntos ritos católicos y los horrores escondidos detrás de unos muros de piedra. Lo grave fue que muchos protestantes creyeron en las falacias de Monk⁶⁹ y en las historias de Reed, lo cual los impresionó de tal modo que vieron en la religión católica un peligro para Estados Unidos, sus personas, su propia religión y forma de vida. En efecto, John Hughes, obispo de Nueva York, dirigió en 1844 al alcalde de esta ciudad las siguientes palabras: “el origen de las tendencias anticatólicas que los nativistas han manifestado está en libros desagradables, enseñanzas prejuiciosas e influencias protestantes”.⁷⁰

Si bien aún no existen trabajos que expliquen el impacto de esta clase de escritos en los voluntarios, es posible que, por el enorme tiraje de las obras de Monk y Reed, las hubieran leído pues se sabe que una buena parte de la población gustaba de la palabra escrita.⁷¹ El historiador Robert W. Johannsen ha demostrado que muchos soldados regulares y voluntarios eran afectos a las novelas, las obras de historia y filosofía, que algunos llevaban libros al campo de batalla e incluso instalaban pequeñas bibliotecas móviles en sus campamentos o en los barcos de transporte. También que compraban periódicos, escribían diarios personales

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 101-103

⁶⁹ Pagliarini, *op. cit.*, p. 116.

⁷⁰ Hughes, *op. cit.*, p. 8.

⁷¹ Koïchiro Matsuura, *Education for all Literacy for life*, París, UNESCO, 2005, p. 191. No olvidemos que el protestantismo obligaba a aprender a leer y escribir a la sociedad, pues la lectura de la Biblia era indispensable para la salvación de sus almas. Fabiola García Rubio, *La entrada de las tropas estadounidenses a la ciudad de México. La mirada de Carl Nebel*, México, Instituto Mora, 2002, p. 30.

y enviaban cartas a sus familiares.⁷² Eran, pues, un público acostumbrado a beber de las letras.

3. Anticatolicismo con hechos

En su viaje a Estados Unidos, Lorenzo de Zavala describió la armónica convivencia entre católicos y protestantes; según él, todos los hombres, sin importar religión o condición social, se comportaban como hijos de Dios, hermanos entre sí y herederos de la gloria con iguales títulos. No existían, pues, disputas por cuestiones religiosas.⁷³ Pero Zavala era un simple viajero que no logró dilucidar más allá de lo que sus ojos veían y en su crónica hace alusión a ciudades como Boston donde creía haber tranquilidad y escasa expresión de violencia, lo cual en realidad había terminado cuando llegaron los primeros irlandeses católicos huyendo de la crisis de la papa de 1821.⁷⁴ Las tempestades de acero y fuego envolvieron a partir de entonces a católicos y protestantes una y otra vez.

3.1 Las armas y el *arson*

El nativismo y la propaganda escrita contra la religión católica deben considerarse, de alguna manera, como expresiones contra el Papa y sus instituciones materializadas en actos violentos. Durante la primera mitad del siglo XIX, las ciudades estadounidenses fueron testigos de múltiples ataques religionarios contra católicos, ya fuera a pequeña escala y aislados o comprendiesen a un número considerable de personas. Resultaban de la total

⁷² Robert W. Johannsen, *To the Halls of the Moctezumas*, Oxford, Oxford University Press, 1985, p. 149.

⁷³ Zavala, *op. cit.*, pp. 25-26.

⁷⁴ Michael S. Hindus, "A City of Mobocrats and Tyrants": Mob Violence in Boston, 1747-1863", en *Issues in Criminology*, vol. 6, núm. 2, (verano, 1971), p. 66.

incomprensión hacia el otro y del miedo que suscitaba el contacto cotidiano de las prácticas de ambas religiones. Como dice Natalie Zemon Davies, el objetivo de la violencia entre católicos y protestantes era “librar a la comunidad de una contaminación que inspira temor”.⁷⁵

Algunos ejemplos de la intolerancia religiosa son los siguientes. En 1823, un yanqui se internó en un vecindario irlandés de Boston y arrojó piedras a las ventanas de las casas. Seis años más tarde, en el mismo lugar, un grupo de protestantes, después de escuchar un electrificante discurso religioso, apedreó varias casas durante tres días. Cuatro años después, ahora en las calles de Charlestown, Massachusetts, un puñado de irlandeses ebrios golpeó a un ciudadano estadounidense. A la noche siguiente, 500 nativistas buscaron venganza, pero solo lograron saquear y quemar unas casas pues el ejército les cortó el paso. En Maine, a un miembro del clero católico le untaron alquitrán en el cuerpo y lo cubrieron con plumas como a un pollo.⁷⁶

Hubo casos en que la religión fue más importante que la nacionalidad compartida, pues esta dividió a las personas en más de una ocasión. En Filadelfia (1831) medio millar de irlandeses protestantes salieron a las calles a celebrar la batalla de Boyne y festejar así el establecimiento del protestantismo en el norte de Irlanda. De acuerdo con reportes judiciales, iban armados y preparados para golpear a los irlandeses católicos que encontraran a su paso, como efectivamente sucedió. En Boston (1837) una comitiva funeraria irlandesa se cruzó con dos compañías de bomberos voluntarios y el encuentro terminó en un enfrentamiento

⁷⁵ Natalie Zemon Davies, *Sociedad y cultura en la Francia Moderna*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 154.

⁷⁶ Hindus, *op. cit.*, p. 66 y 70, Guillemin, “Conversation with Mr. Guillemin, French Consul at New Orleans (1st January 1932)”, en Tocqueville, *op. cit.*, p. 105 y Lannie, *op. cit.*, p. 506 y 512,

callejero. En ese mismo lugar y año, varios bomberos se enfrascaron en una pelea contra católicos y más de 700 protestantes se unieron a la lucha destruyendo casi todas las casas irlandesas de la calle Broad. En muchos de estos combates, la mayoría de los amotinados eran jóvenes cuyas edades oscilaban entre los 16 y los 20 años,⁷⁷ lo cual nos lleva a suponer, insisto, tan solo a suponer, que algunos pudieron alistarse en las compañías voluntarias cuando estalló la guerra contra México pues estaban en edad militar.

Por otro lado, las agresiones a católicos en ocasiones transportaron a lo cotidiano las acusaciones hechas por Maria Monk y Rebecca Reed. En Kentucky (1836), un capellán “romanista” fue acusado de abusar sexualmente de una joven, dando lugar a una intervención legal en su contra. Seis años más tarde, en Indiana, se siguió un proceso judicial a un sacerdote acusado de raptar a una joven protestante. En 1835, decenas de irlandeses intentaron romper un *meeting* anticatólico celebrado en las calles de Nueva York. Sin embargo, en 1840 sucedió uno de los ataques más violentos contra el protestantismo cuando un sacerdote quemó una Biblia religionaria en las cercanías del mismo lugar.⁷⁸ Hechos como

⁷⁷ *A full and accurate report of the trial for riot before the mayor's court of Philadelphia, on the 13th of october, 1831, Arising out of a protestan procession on the 12th of july, and in which the contending parties were protestants and roman catholics. Including the indictments, examinations of witnesses, speeches of counsel, recorder's charge, verdict and sentences*, Philadelphia, Jespera Harding, 1831, p. 4, Francias W. Hoeber, “Drama in the Courtroom, Theater in the Streets: Philadelphia's Irish Riots of 1831”, en *The Pennnsylvania Maganize of History and Biography*, vol. 123, núm. 3, (Julio, 2003) y John Dowling, *The History of Romanism: From Earliest Corruptions of Christianity To The Present Time*, Nueva York, Edward Walke, 1845, p. 191. La batalla de Boyne fue un enfrentamiento ocurrido en 1690 donde se vieron envueltos los ejércitos de Guillermo III (protestante) y Jacobo II (católico) en el oeste de Irlanda. Los protestantes ganaron la batalla.

⁷⁸ C. Walker Gollar, “Early Protestant-Catholic Relations in Southern Indiana and the 1842 Case of Roman Weinzapfel”, en *Indiana Magazine of History*, vol. 95, núm. 3, (septiembre, 1999), p. 233, David Montgomery, “The Sutrlle and the Cross: Weavers and Artisans in the Kemsington Riots of 1844”, en *Journal of Social History*, vol 5, núm. 4, verano, 1972, p. 425 y 612-613 y Carl E. Prince, “The Great ‘Riot Year’: Jacksonian Democracy and Patterns of Violence in 1834”, en *Journal of the Early Republic*, vol. 5, núm. 1, (Primavera, 1985), p. 19.

éstos podrían ser tratados ampliamente, pero me concentraré en los acontecimientos más representativos de la violencia entre ambas religiones durante 1830 y 1840: el incendio de un convento en Charlestown y la destrucción de tres edificios religiosos en Filadelfia.

Antes de continuar, conviene aclarar un concepto indispensable para entender los eventos hostiles de aquellos días y que se manifestaría en la guerra del 47 en la lucha contraguerrillera. Una forma de violencia muy difundida entre el pueblo anglosajón era el *arson*, definido como el incendio deliberado de una propiedad, lo cual abundaba porque las casas estaban hechas de madera, material que es devorado con prontitud por las llamas.⁷⁹

Además, como señaló Natalie Zemon Davies, la violencia “por cruel que sea, no es fortuita e ilimitada, sino que va dirigida contra blancos definidos y es seleccionada de entre un repertorio de castigos y formas de destrucción tradicionales”.⁸⁰ El *arson*, pues, fue uno de los métodos preferidos para destruir iglesias católicas o quemar a sus feligreses. Por otro lado, debemos considerar posible que en la mente de algunos estadounidenses del siglo XIX, como en la de los protestantes del siglo XVI, se considerara al fuego “como un medio sagrado de purificación” establecido por el propio Deuteronomio.⁸¹

3.2 El alquitrán y las cenizas de Charlestown, Massachusetts

Fue en el convento de Santa Úrsula en Charlestown y su colegio, donde estuvo internada Rebecca Reed. Construido en 1818, acogió a niñas cuyos padres eran ricos y generalmente protestantes, a las que no se les enseñaba la doctrina católica, sino materias como francés,

⁷⁹ Albert C. Smith, “Southern Violence Reconsidered: Arson as Protest in Black-Belt Georgia, 1865-1910”, en *The Journal of Southern History*, vol. 51, núm. 4, nov., 1985, p. 528.

⁸⁰ Davies, *op. cit.*, p. 151.

⁸¹ *Ibid.*, p. 177.

matemáticas, danza, etc. Algunos religionarios estaban convencidos de que la mujer debía vivir bajo reglas muy estrictas y para ello enviaban a sus hijas a los conventos.⁸²

Sin embargo, el miedo al creciente número de irlandeses católicos en Boston (7 000 para entonces, casi una octava parte de la población total), las tensiones socio-económicas y de clase, el prejuicio racial, la influencia del Segundo Gran Despertar, los sermones anticatólicos de algunos pastores protestantes así como los rumores sobre la imposición del catolicismo a las jóvenes internadas en los conventos, se tradujeron en una acción violenta contra Santa Úrsula.⁸³

Contó también la paranoia de algunos sectores de la sociedad, expresada en una pancarta pegada en un muro que decía: “no dejar piedra sobre piedra de ese convento que prostituye la virtud femenina así como la libertad bajo el disfraz de sagrada religión. Cuando Bonaparte abrió los conventos de Europa encontró cráneos y cadáveres”.⁸⁴ Finalmente, y como ha señalado el historiador Ray Allen Billington, la campaña de intolerancia realizada con impresos fue decisiva ya que expuso ante la sociedad la supuesta inmoralidad de los sacerdotes, quienes fornicaban con las monjas y arrojaban a los bebés a la basura. Se pensó que los conventos eran burdeles a su disposición.⁸⁵

⁸² Louisa Whitney, *The burning of the Convent. A narrative of destruction, by a mob, of the Ursuline school on mount benedict, Charlestown, as remembered by one of the pupils*, Boston, James R. Osgood and Company, 1877, pp. 2-3 y Jeanne Hamilton, “The Nunnery as Menace: The Burning of the Charlestown Convent, 1834”, en *U.S. Catholic Historian*, vol. 14, núm. 1, invierno-1996, p. 41.

⁸³ Taguer, *op. cit.*, p. 104.

⁸⁴ Theodore M. Hammett, “Two Mobs of Jacksonian Boston: Ideology and interest”, en *The Journal of American History*, vol. 62, núm. 4, Marzo, 1976, p. 848.

⁸⁵ *The Charlestown Convent; its destruction by a mob, on the night of august 11, 1834. With history the excitement before the burning, and the strange and exaggerated reports relating thereto; the feeling of regret and indignation afterwards; the proceedings of meetings and expressions of the contemporary Press. Also the trials of the rioters, the testimony and the speeches of counsel. With a*

La causa inmediata del incendio fue el escape de la hermana Mary John Harrison el 28 de julio de 1834. Esto fue distorsionado con rapidez a pesar de que la monja no tardó en reingresar voluntariamente al convento. Se dijo que Harrison había sido forzada a volver y enviada a las mazmorras más profundas e incluso asesinada. En la noche del 11 de agosto, una muchedumbre protestante cruzó el puente y se dirigió hacia el convento mientras las residentes dormían. Zapateros, albañiles, marineros, bomberos y jóvenes truhanes convencidos de todas las historias de crueldad, sexo y depravación sobre el convento llegaron armados con garrotes, mosquetes y piedras. Para ocultar su identidad usaban máscaras. A decir de Billington, era el primer gran acto violento y nativista contra la religión católica en Estados Unidos.⁸⁶

De inmediato se dio la señal de alarma y el convento se convirtió en un verdadero caos tanto adentro como afuera. En el interior, las monjas y novicias caminaban en todas direcciones gritando “seremos asesinadas”, mientras en el exterior se preparaban para asaltar la “fortaleza religiosa”. El ataque comenzó cuando una hermana intentó negociar con la turba

review of the incidents, and sketches and records of the principal actors; and a Contemporary Appendix. Compiled from authentic sources, Boston, Publicado por Patrick Donahoe, 1870, pp. 6-8 y Ray Allen Billington, “The Burning of the Charlestown convent”, en *The New England Quarterly*, vol. 19, núm. 1, (marzo, 1937), p. 3. A todo esto se debe sumar que muchos estadounidenses vivieron en un ambiente muy violento durante el año de 1834, pues hubo más de veinte motines en todo el país y una cifra similar ocurrió el año siguiente. Prince, *op. cit.*, p. 6. Grimsted proporciona una cifra mayor. Según este autor, en 1835 al menos ocurrieron 60 disturbios y 37 para el año siguiente. Grimsted, *op. cit.*, p. 362.

⁸⁶ “Report of the committee to the destruction of the Ursuline Convent, august 11, 1834”, en *Documents relating to the Ursuline Convent in Charlestown*, Boston, Samuel N. Dickinson, 1842, p. 8, Billington, “The Burning...”, *op. cit.*, p. 3, Hammett, *op. cit.*, p. 846 y Daniel A. Cohen, “Passing the Torch: Boston Firemen, ‘Tea Party’ Patriots and the Burning of the Charlestown Convent”, en *Journal of Early Republic*, vol. 24, núm. 2, (invierno, 2004), p. 538. Los amotinados eran probablemente competidores laborales de los inmigrantes católicos y el asalto al convento puede entenderse también como un conflicto de trabajo. Hindus, *op. cit.*, p. 70.

enfurecida desde las puertas. La madre superiora también probó aplacarlos con amenazas, intimidándolos a dispersarse “o el obispo, quien tiene bajo su mando a 20 000 irlandeses en Boston, los arrojará al mar” o, según otra versión, “20 000 irlandeses les cortarán la garganta”.⁸⁷ Esto solo logró enardecer más a la masa iracunda, la cual reaccionó con múltiples descargas de fuego.⁸⁸

Los amotinados, algunos felizmente ebrios, se lamentaron por la suerte de las “pobres niñas,” pero, según ellos, tenían que “hacer volar con pólvora ese maldito edificio”.⁸⁹ A las once de la noche, como luciérnagas en la oscuridad, fueron encendidos múltiples barriles de alquitrán. Unas campanas se escucharon al unísono y la luz de las llamas iluminó el cielo cuando los barriles se estrellaron contra los muros del convento. Los “profanadores”, en evidente muestra de mofa y desprecio, blasfemaban y bailaban frente al fuego, en tanto que otros bombardeaban el edificio con piedras y toda clase de proyectiles.

El asalto se consumó en cuestión de minutos. Tan pronto las puertas fueron destrozadas, los agresores entraron a las celdas para “liberar” a las monjas, pero no encontraron nada que probara los rumores sobre el salvajismo del catolicismo. Algunos se dirigieron a las criptas y abrieron tumbas y ataúdes. También destrozaron altares mientras reían a carcajadas y gritaban *Hurrah!*, como harían en 1847 cuando ascendían la montaña llamada Cerro Gordo, en Veracruz, y ganaban una trascendental batalla contra las fuerzas mexicanas. Finalmente, desde el interior prendieron fuego al convento y arrojaron a las

⁸⁷ Whitney, *op. cit.*, pp. 112-113.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 42-43.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 116.

llamas las casullas, vasos sagrados, copones, Biblias y una cruz. Más tarde se dirigieron a la biblioteca del obispo y defenestraron pinturas y libros religiosos. También los quemaron.⁹⁰

Mientras tanto, los bomberos de Boston, Charlestown y Cambridge arribaron a las cercanías pero, al conocer las intenciones de los nativistas, una parte regresó a su casa, otra permaneció pasiva y algunos más se mostraron dispuestos a adherirse al festín. Como ha señalado Paul Gilje, al tolerar los disturbios, las fuerzas del orden muestran simpatía hacia los amotinados, lo que finalmente ocurrió con aquellos bomberos enviados a apagar el incendio. A la siguiente noche, un puñado de hombres y jóvenes marchó sobre las ruinas del convento y quemó cercas, árboles y todo aquello que encontró entre los ladrillos ennegrecidos y las cenizas,⁹¹ y con tal que los “esbirros” del Papa no volvieran a poner un pío sobre Charlestown, no dejaron piedra sobre piedra.

3.3 El incienso de Filadelfia, Pennsylvania

La destrucción del convento de Charlestown alimentó la animadversión contra el “romanismo” y Filadelfia fue testigo de la ira protestante diez años más tarde. Las continuas publicaciones contra el Papa y sus instituciones contribuyeron de igual manera al crecimiento de la intolerancia religiosa en esta ciudad. David Montgomery sugiere que uno de estos libros

⁹⁰ “Report of the committee to the destruction of the Ursuline Convent, august 11, 1834”, en *op. cit.*, p. 15 y Whitney, *op. cit.*, pp. 123-133.

⁹¹ Billington, “The Burning...”, *op. cit.*, p. 17, *The Charlestown Convent; its destruction by un mob...* *op. cit.*, p. 11-20, Paul A. Gilje, “The Baltimore Riots of 1812 and the Breakdown of the Anglo-American Mob Tradition”, en *Journal of Social History*, vol. 13, núm. 4, (verano, 1980), p. 547 y Hamilton, *op. cit.*, p. 43. Se calcularon entre cinco y seis muertas; el resto consiguió escapar.

fue *Awful Disclosures*,⁹² lo cual pudiese explicar la destrucción del seminario donde estaban algunas monjas durante los días del disturbio. Un testimonio cuenta que:

Un gran número de reverendos protestantes ha realizado un asalto conjunto contra la Iglesia católica. Por mucho tiempo, el lenguaje más inflamatorio contra sus miembros se ha proyectado en esta ciudad desde el púlpito sagrado. Los jóvenes, por su parte, han vendido folletos que contienen artículos contra el catolicismo y, por un amplio tiempo, algunos periódicos se unieron también a esta cruzada.⁹³

Esto nos ayuda a entender la explosión de intensos motines en Filadelfia durante varios días (7 al 9 de mayo de 1844). Sin embargo, la explicación de estas agresiones contra dos iglesias y un seminario requiere de una matización particular, en especial por haber sucedido en una etapa de crecimiento demográfico y urbano.⁹⁴ En efecto, si bien una explicación responde al conflicto racial entre irlandeses (celtas) contra nativistas (anglosajones),⁹⁵ otra refiere a un enfrentamiento laboral entre tejedores (irlandeses) y artesanos (estadounidenses).⁹⁶ Finalmente, como señaló un observador, también estuvieron presentes “el fanatismo y la intolerancia practicada por algunos protestantes en nuestro país contra la Iglesia de Roma”. El mismo testigo apuntaba más adelante: “Los disturbios de la ciudad están siendo ahora considerados, lo cual es acertado, como producto de la intolerancia

⁹² Montgomery, *op. cit.*, p. 427.

⁹³ A protestant and native Philadelphian, *The truth unveiled; or, a calm and impartial exposition of the origin and immediate cause of the terrible riots in Philadelphia, on may 6th, 7th and 8th, A.D. 1844*, Philadelphia, Impreso por M. Fithian, 1844, p. 10.

⁹⁴ Katie Oxx, *The Nativist Movement in America: religious conflict in the 19th century*, Nueva York, Routledge, 2013, p. 64.

⁹⁵ Para estudiar la perspectiva racial, véase Michael Feldberg, *The Philadelphia Riots of 1844. A Study of Ethnic Conflict*, Connecticut, Greenwood Press, 1975.

⁹⁶ Montgomery, *op. cit.*, pp. 411-446.

y la persecución religiosa”.⁹⁷ Como puede apreciarse, diversas causas explican la violencia que hubo en Filadelfia.

Por lo demás, solo era necesario un poco de pólvora para hacer explotar la ira de ambos bandos. Esto sucedió cuando inició la disputa de las Biblias. La Constitución federal de 1789 promovía el establecimiento de escuelas gratuitas y la inclusión en ellas de niños de escasos recursos. En 1818, en Filadelfia se amplió esta legislación a los indigentes. Ante el aumento paralelo de la población urbana y las escuelas públicas causado por el crecimiento industrial, una ley de 1834 fortaleció la enseñanza pública. Ahora bien, aunque la legislación no hacía mención alguna sobre el empleo de las Sagradas Escrituras en los centros educativos, se leía la Biblia del *King James*, protestante y sin anotaciones como la católica. En 1838 una ley convirtió a la Biblia en un texto obligatorio en las escuelas, aunque nuevamente no se especificó si debía ser la versión católica o la religionaria. Por supuesto, los profesores emplearon la de *King James* en las aulas y se obligó a los niños católicos a leerla. Aquellos que se negaron fueron azotados y humillados frente a sus compañeros. En 1843 se llegó aún más lejos pues otra ley excluyó de las escuelas a las Biblias con comentarios. Todo lo anterior acrecentó aún más las fricciones entre “papistas” y religionarios, pues los primeros consideraron estos hechos como hostiles.⁹⁸

Como en Charlestown, los rumores fueron vitales para la expresión de la violencia. Se dijo que los católicos intentaban remover las Biblias de las escuelas públicas. Los

⁹⁷ *A protestan and native Philadelphian...*, *op. cit.*, p. 6 y 18.

⁹⁸ Vincent P. Lannie y Bernard C. Diethorn, “Fort the Glory of God: The Philadelphia Bible Riots of 1840”, en *History of Education Quarterly*, vol. 8, núm. 1, (primavera, 1968), pp. 46-58. Como sabemos, los protestantes no aceptan la interpretación de otro individuo para entender la Biblia. Este es un punto de conflicto con los católicos, quienes suelen leer las Sagradas Escrituras en grupo o aceptar las interpretaciones de los sacerdotes.

sentimientos explotaron contra ellos, el Papa y los sacerdotes conspiradores.⁹⁹ El hecho de atacar las Sagradas Escrituras, “un símbolo patriótico y religioso del más alto orden, que incluye lecciones morales y espirituales necesarias para el buen funcionamiento de un país protestante y republicano”,¹⁰⁰ era una grave afrenta contra los estadounidenses.

Solo se necesitaba una gota para derramar el vaso. Esto ocurrió el 3 de mayo de 1844 cuando la sociedad *The Native American* (sus miembros eran anglosajones, protestantes, racistas y anticatólicos) se reunió para expresar sus ideas en un *meeting* que fue atacado por un puñado de irlandeses católicos. Cuatro días más tarde se efectuó otra reunión donde se volvió a denunciar el incremento del papismo en el país. Otra vez los “romanistas” aparecieron armados con proyectiles y garrotes y, en un abrir y cerrar de ojos, regalaron golpes a diestra y siniestra. Siguió una tormenta de ladrillos y balas que dispersó a los reunidos.¹⁰¹

Esta vez los religionarios se reorganizaron y armaron para defender a su país y su religión de los “romanistas”. Cuando el nativista George Shiffler fue asesinado defendiendo una bandera estadounidense se convirtió en un mártir y en una justificación para decir: “¡Mátenlos, mátenlos, sangre por sangre!”.¹⁰² Las casas católicas fueron saqueadas y quemadas y el hogar de un sacerdote desmantelado por completo. Para protegerse, nativistas e irlandeses protestantes colocaron banderas de Estados Unidos en las ventanas o pintaron en las puertas de sus casas la frase “American Native” para advertir a los amotinados que no

⁹⁹ *A protestant and native Philadelphian...*, *op. cit.*, p. 22.

¹⁰⁰ Lannie y Diethorn, *op. cit.*, p. 90.

¹⁰¹ *A full and complete account of the late awful riots in Philadelphia*, Filadelfia, sin editorial, sin año, pp. 4-5.

¹⁰² Lannie y Diethorn, *op. cit.*, p. 73.

devastaran una propiedad amiga. Mientras tanto, se evacuó a los niños del orfanato de San José para evitar que sufrieran los estragos de un fuego cruzado pues, a la vez, los irlandeses católicos devastaron las propiedades de enemigos, saqueándolas pero no quemándolas.¹⁰³ Manifestaban así no haber heredado la práctica del *arson*.

Siguió una pelea general entre “comepapas” y protestantes. Varios nativistas fueron descalabrados o resultaron con enormes chichones en la cabeza. Uno recibió en la cara una bala que lo desfiguró y otro fue alcanzado por un proyectil que le partió el cráneo. A uno más le destrozaron el brazo que tuvo que ser amputado. A un irlandés que asomó la cabeza por la ventana le arrojaron un garrote desde la calle que le estropeó los ojos. Nuevamente apareció el *arson* cuando dos “comepapas” fueron hechos prisioneros, quemados vivos y tirados a la mitad de la calle.¹⁰⁴ La población irlandesa, por su parte, estaba excitada y eufórica. Mujeres y niños se unieron al combate callejero lanzando piedras a los protestantes. De vez en cuando se veía a una guerrera abandonar el grupo y volver con un arma cargada y disparar a sus enemigos. Aquellas féminas quienes no disponían de mosquetes dirigían emotivas palabras a los hombres para enardecerlos.

Por fin, la noche del 7 de mayo arribó a Filadelfia una brigada al mando del general George Cadwalader para frenar el disturbio y establecer la ley marcial. El Estado y el ejército se comprometieron, como lo haría en 1847 el general Scott en todos aquellos lugares donde hubiera un combatiente bajo su mando, a proteger los intereses particulares de la Iglesia

¹⁰³ *The Full particulars of the late riots, with a view of the burning of the catholic churches, St. Michaels & St. Agustines*, Filadelfia, Sin editorial, sin año, pp. 10-23 y *A full and complete account...*, *op. cit.*, pp. 7-8.

¹⁰⁴ *The Full particulars*, *op. cit.*, pp. 9-10 y *A full and complete account...*, *op. cit.*, p. 8-9 y 14.

católica. De igual manera como ocurriría entonces en la guerra del 47, algunos sectores del ejército eran anticatólicos pero fueron obligados a velar por los edificios católicos.¹⁰⁵

No obstante, la tranquilidad no llegó, sino que siguieron los rumores. Uno decía que miles de irlandeses católicos provenientes de los alrededores de Filadelfia tomarían la ciudad a sangre y fuego. Otros declaraban que en los edificios religiosos se estaban concentrando grandes cantidades de armas y parque al tiempo que se fortificaban para resistir un asalto. Lo último causó conmoción entre muchos religionarios, que se dirigieron a las iglesias para destruirlas, aunque en algunos casos solo colocaron en ellas inscripciones tales como la que decía “*POPE PROPERTY*”.¹⁰⁶

La violencia subió de nivel y la iglesia de San Miguel fue incendiada. Igual suerte corrió un seminario católico ocupado por las Hermanas de la Caridad. El templo de San Agustín fue protegido por el ejército y se colocó en la capilla un cuerpo de policía para resguardarlo. Sin embargo, el 9 de mayo una multitud profanó la iglesia. Tomó algunas Biblias e hicieron una hoguera con ellas. No tardaron en quemar el edificio junto con la rectoría. Un testigo ocular dijo: “el fuego creció velozmente y grandes bocanadas de humo e incienso salieron de las ventanas. Nunca antes en mi vida había visto una escena tan hermosa y terrorífica a la vez”.¹⁰⁷ La cruz que coronaba el templo fue también devorada por las llamas y, en el momento de estrellarse contra el suelo, la multitud aplaudió y se regocijó al ver caer ante sus pies el símbolo del “anticristo”.¹⁰⁸ Como ha señalado Eric Hobsbawm, en momentos

¹⁰⁵ Montgomery, *op. cit.*, p. 433.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 19 y 25.

¹⁰⁷ Oxx, *op. cit.*, p. 68 y *The Full particulars...*, *op. cit.*, p. 21.

¹⁰⁸ Francis Patrick Kenrick, *Diary and Visitation Record of the Rt. Rev. Francis Patrick Kenrick Administrator and Bishop of Philadelphia 1830-1851 Later Archbishop of Baltimore*, Lancaster, Wickersham Printing Co., 1916, p. 222.

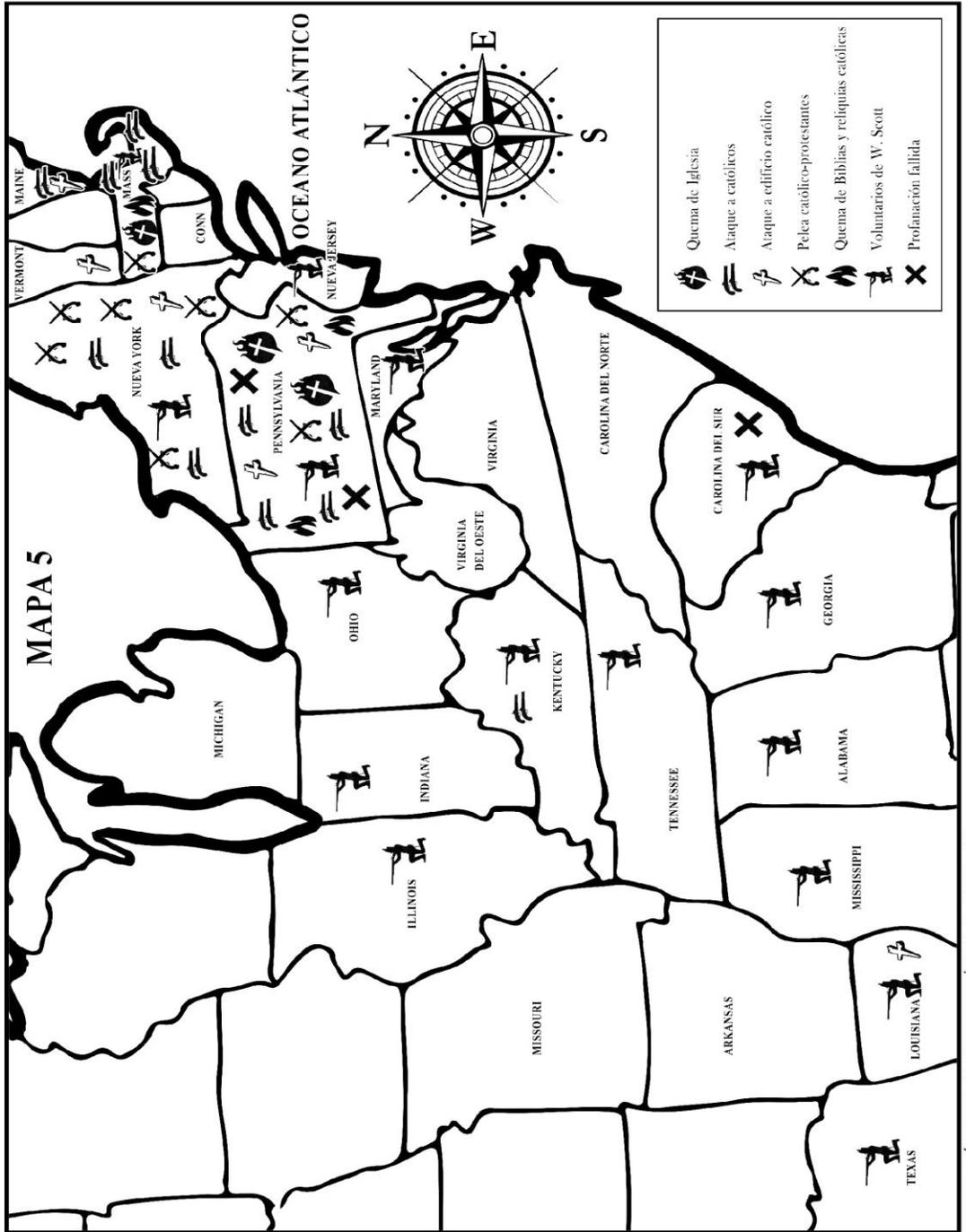
de confrontación nada tiene más fuerza que la caída de los símbolos.¹⁰⁹ Los cuerpos de seguridad finalmente controlaron la situación tras varios días de tensión, aunque no por mucho tiempo.

El 4 julio de ese mismo año un grupo de protestantes desfiló con una pancarta que mostraba una Biblia abierta y una serpiente sin vida, simbolizando así “la muerte del poder de la Iglesia [católica]”.¹¹⁰ Al día siguiente, los amotinados intentaron asaltar la Catedral con un cañón, pero la milicia arribó con una pieza de artillería. Entre el alboroto de los presentes, un puñado de chicos se coló por una puerta y prendió fuego a unas reliquias, de inmediato sofocadas por los custodios. Después de que la muchedumbre apedreara a la milicia, se ordenó a los soldados cortar cartucho y, como por arte de magia, la multitud se dispersó. Sin embargo, todavía el 7 hubo un brutal enfrentamiento entre nativistas e irlandeses.¹¹¹ La paz solo pudo establecerse gracias a la presencia del ejército, el cual permaneció varias semanas en Filadelfia para resguardar el orden.

¹⁰⁹ Eric Hobsbawm, *La Era de la Revolución, 1789-1848*, Buenos Aires, Crítica, 2009, p. 69.

¹¹⁰ Kenrick, *op. cit.*, p. 225.

¹¹¹ Lannie y Diethorn, *op. cit.*, p. 84. Bruce Dorsey, “Freedom of religion: Bibles, Public Schools, and Philadelphia’s Riots of 1844”, en *Pennsylvania Legacies*, vol. 18, núm. 1, (mayo, 2008), p. 17 y Kenrick, *op. cit.*, p. 226.



A modo de conclusión, la violencia en el septentrión estadounidense se explica con base en el aumento demográfico de los irlandeses y germanos. El mapa 5 devela las peleas callejeras, las profanaciones fallidas y la quema de Biblias y reliquias católicas, así como su relación posterior con el levantamiento de compañías voluntarias para servir bajo el mando del general Scott en México. Desde un punto de vista comparativo, el norte estadounidense, región más industrializada y por tanto foco de inmigración católica, presenta el mayor número de agresiones entre protestantes y “romanistas”.¹¹² En lugares donde los “papistas” no representaron una amenaza numérica, como en Carolina del Sur, los estadounidenses distribuyeron alimentos, ropa y dinero para auxiliar a los “comepapas” que huían de la gran hambruna irlandesa.¹¹³ Esto nos dice, de alguna manera, que los protestantes difícilmente podían convivir con los “romanistas” si eran muchos, y que, cuando tuvieron que hacerlo, hubo tensiones y choques violentos entre ambas partes. Esto se presentaría nuevamente en la guerra del 47.

En el mismo sentido, Dennis Rousey ha demostrado que no hubo violencia contra edificios católicos en grandes ciudades sureñas como Galveston, Texas, y Nueva Orleans, Louisiana. Se debió, en parte, a la fuerte tradición católica y franco-española heredada de la colonia, además de que los inmigrantes “papistas” no tuvieron problemas para asimilar la

¹¹² Geffen, *op. cit.*, p. 398.

¹¹³ Harvey Strum, “South Carolina and Irish Famine Relief, 1846-47”, en *The South Carolina Historical Magazine*, vol. 103, núm. 2, (abril-2002), pp. 130-152.

cultura sureña,¹¹⁴ “americanizarse”¹¹⁵ o hacer comunidades autárticas.¹¹⁶ En el noreste, en cambio, iglesias o conventos fueron atacados en las ciudades de Nueva York, Burlington, Charlestown, Dorchester, Filadelfia y en el estado de Maine.¹¹⁷ De acuerdo con los mapas 4 y 5, no parece exagerado sugerir que la violencia contra los católicos aumentó en aquellos lugares influenciados por el Segundo Gran Despertar, se concentró una cantidad importante de irlandeses y emergieron decenas de grupos nativistas. En la guerra contra México hubo una ruptura y una continuidad: por primera vez los voluntarios estarían rodeados de católicos y serían débiles numéricamente hablando, aunque continuarían siendo fuertes gracias a las armas y a su consolidación *de facto* en las ciudades.

4. Consideraciones finales

El antipapismo y la aversión hacia lo católico constituyeron una característica en la conciencia estadounidense, incluso en aquellos lugares denominados tolerantes como Pennsylvania. Según Casino, el anticatolicismo debe entenderse como un instrumento para inventarse un enemigo externo e interno al cual combatir.¹¹⁸

En efecto, la historia de Estados Unidos se ha caracterizado por el temor hacia determinadas personas, religiones o potencias mundiales. En el periodo colonial fueron los franceses, españoles y amerindios. En la época poscolonial continuó el temor a los últimos y

¹¹⁴ Michael Everette Bell, “Regional Identity in the Antebellum South: How German Immigrant Became ‘Good Charlestonians’”, en *The South Carolina Historical Magazine*, vol. 100, núm. 1, (Enero, 1999), pp. 9-28, y David P. Page, “Bishop Michael J. Curley and Anti-Catholic Nativism in Florida”, en *The Florida Historical Quarterly*, vol. 45, núm. 2, (octubre, 1966), p. 102.

¹¹⁵ Huntigton, *op cit.*, p. 213.

¹¹⁶ Winston Lee Kinsey, “The immigrant in Texas Agriculture during Reconstruction”, en *Agricultural Lee Kinsey*, vol. 53, núm. 1, (enero, 1979), pp. 125-141

¹¹⁷ Rousey, *op. cit.*, pp. 3-5 y 13.

¹¹⁸ Casino, *op. cit.*, pp. 308-309.

apareció la paranoia de una nueva invasión inglesa, como efectivamente sucedió en 1812-1814. Además, se vio crecer dentro de las propias entrañas al “germen” católico que parecía enfermar a la fe protestante. El vecino sureño y “romanista”, México, también estuvo bajo observación porque se pensaba que podría intentar la reconquista de Texas cuando ésta era una nación independiente (1836-1845) y después de anexarse a Estados Unidos en 1845. Ya en el siglo XX, Alemania fue el enemigo en las dos guerras mundiales y la URSS durante la guerra fría. En la actualidad el terrorismo, Rusia y Corea del Norte ocupan el lugar preponderante de peligro potencial. Esta clase de amenazas, como señala Huntington, establece lazos entre los individuos y fortalece el sentimiento de pertenencia hacia una nación, país o religión.¹¹⁹

Los católicos, en efecto, representaron en la primera mitad del siglo XIX el miedo a una invasión orquestada por el Papa desde sus aposentos en Roma. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedería en otros momentos con los alemanes, ingleses o soviéticos, los “romanistas” no fueron considerados como un peligro para el Estado, sino para algunas personas que veían peligrar su trabajo. De esta sociedad se obtendría la materia prima para formar las compañías voluntarias destacadas en México.

Como se ha visto, estudiar la relación entre católicos y protestantes necesita numerosos matices. Stern ha señalado la cooperación de ambos grupos en la primera mitad del siglo XIX. Los primeros ayudaron en la construcción de iglesias sin la esperanza de recibir retribución, mientras los segundos, y dependiendo de sus pocos recursos económicos, también colaboraron con ellos.¹²⁰ Sin embargo, como ya se observó, los

¹¹⁹ Huntington, *op. cit.*, p. 35.

¹²⁰ Stern, *op. cit.*, p. 165.

ministros no vieron siempre con buenos ojos al catolicismo. Desde sus púlpitos denunciaron la amenaza “papista” y algunos sectores de la sociedad capitalizaron dicho peligro. Con base en un bombardeo de propaganda difundida ampliamente en sermones y la imprenta, la sociedad estadounidense estaba preparada para explotar contra las instituciones del Papa. Solo una chispa, representada por rumores y mentiras, resultaba necesaria para que sucediera. La violencia contra conventos, iglesias o sacerdotes fue solo una forma de materializar la intolerancia que sentían.

El rumor fue más fuerte que la realidad y la propaganda más tenaz que los esfuerzos por alcanzar la paz entre los diferentes bandos.¹²¹ Como muchas veces en la historia estadounidense, la paranoia producida por una amenaza interna estaba latente. Como señaló Alexis de Tocqueville, cuando un gran crimen llamaba la atención de los ciudadanos, éstos decidían agruparse, nombrar comisiones y sustituir al Estado en materia judicial.¹²² Lo anterior sucedió en los grandes motines de Charlestown y Filadelfia así como en los pequeños combates callejeros de Boston y Nueva York. Las personas obraron por instinto, ajenas a la autoridad pública y confiaron en el *arson* para exterminar “el mal” católico que contaminaba a la sociedad. Desde el punto de vista religioso, el principal estandarte de los amotinados fue el protestantismo, lo cual se repetiría en la guerra contra México.

En suma, el ambiente en el que crecieron los combatientes estadounidenses de la guerra 47, coincidió con el fortalecimiento del anticatolicismo. Como ya apuntó el historiador John Christopher Pinheiro, el nativismo y “el mismo sentimiento anticatólico que permitió

¹²¹ Para el caso de los rumores durante la intervención estadounidense en México, véase el capítulo IV y el caso del supuesto asesinato del capitán Seth B. Thornton, del 2º regimiento de Dragones.

¹²² Tocqueville, *op. cit.*, p. 212. Gregg Cantrell y Scott Barton, “Texas Populists and the Failure of Biracial Politics”, en *The Journal of Southern History*, vol. 55, núm. 4, (nov. 1989), p. 668.

el incendio de la iglesia de San Agustín y la dudosa lealtad del catolicismo [hacia las instituciones de Estados Unidos] continuó durante el conflicto [con México].¹²³ En efecto, y como se verá más adelante, los civiles alistados entonces se hallaban permeados por dicha atmósfera e hicieron de esos años los más agresivos contra el catolicismo, solo que esta vez se realizó contra un país vecino, pues a la guerra no solo llevaron las balas y el fusil, sino sus creencias y prejuicios religiosos. Este fue el caso de los militares que desembarcaron en las arenas de Veracruz.

¹²³ John Christopher Pinheiro, “Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny and the U.S.-Mexican War of 1846-1848”, Tesis de doctorado en Historia, Universidad de Tennessee, 2001, p. 1.

Capítulo II. La guerra en tercera persona. Anticatolicismo con palabras

Según se sabe, las ideas, y más las creencias, tardan mucho en desaparecer o, por mejor decir, jamás mueren del todo.¹

Introducción

En marzo de 1847, el general Winfield Scott desembarcó sus tropas en las arenas de Antón Lizardo, Veracruz, y se dirigió hacia la capital mexicana. Durante la marcha, los invasores prestaron especial atención a la Iglesia católica y registraron sus impresiones en cartas, diarios y memorias.²

Cada combatiente que partió a la guerra guardó en su equipaje viejas costumbres y creencias religiosas, en especial, el revitalizado anticatolicismo de las dos décadas anteriores. En México descubrieron y redescubrieron prácticas “romanistas” que ignoraban, ya que en Nueva Orleans, Louisiana, lugar “papista” y puerto obligatorio para embarcarse, atravesar el golfo de México y pisar las playas veracruzanas, el catolicismo, como observaremos más adelante, era diferente al que contemplarían en las tierras de Moctezuma.

Así pues, en el siguiente capítulo se analizará el “romanismo” a través de los ojos de los invasores. Para tal efecto, se presentará cómo estaba integrado el ejército estadounidense,

¹ Juan Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Antigua Librería Robredo, 1955, p. 95 (México y lo mexicano, 22)

² Utilicé diarios tanto de voluntarios como de regulares pues los primeros en ocasiones no se ocuparon de algunas referencias anticatólicas mientras que los segundos sí lo hicieron. Ambas visiones se complementan entre sí. Por otro lado, la intención del presente capítulo no es analizar si la visión de los combatientes sobre el catolicismo mexicano fue aceterado o no, sino, más bien, entender la relación entre blasfemias y profanaciones.

cuál era su fe, las diversas expresiones de anticatolicismo y cómo la creencia religiosa determinaba su comportamiento. Todo esto servirá para entender el vínculo entre blasfemia y profanación.

1.- Soldados regulares y ciudadanos-soldados

Pueden identificarse dos tipos de combatientes en la invasión aunque ambos eran parte del mismo engranaje y estaban bajo la dirección de un mismo jefe. Los primeros pertenecen al ejército regular, cuyas funciones englobaban suprimir insurrecciones, repeler invasiones (la guerra contra Gran Bretaña 1812-1814), vigilar las fronteras y hacer respetar las leyes.³

En general, los oficiales del ejército profesional eran disciplinados y egresados de la academia militar de West Point. Practicaban el protestantismo aunque también el catolicismo. Aquellos que transgredían el orden eran enviados a una corte marcial donde se discutía su culpabilidad. Si se comprobaba su inocencia no sufrían sanción alguna pero, si resultaban culpables, recibían castigos o la pena capital, según la gravedad de la falta. El *private* o soldado raso recibía la misma disciplina. Se reclutaba de inmigrantes, siendo dos terceras partes irlandeses y germanos y muchos profesaban la religión católica.⁴

³ Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997, pp. 15-31. Cada compañía de infantería tenía un capitán, dos tenientes (teniente primero y teniente segundo), un subteniente, cuatro sargentos, cuatro cabos, dos músicos y hasta 100 soldados rasos o *privates*. Con diez compañías se formaba un regimiento con un coronel, un teniente coronel, un mayor, un ayudante de campo (teniente o capitán) y un teniente mayor. Una división estaba compuesta por más de dos regimientos y era dirigida por un general o general de brigada. Philip Katcher y G. A. Embleton, *The Mexican-American War 1846-1848*, Oxford, Osprey Military, 2000, p. 8 (Men at Arms Series 56). Los dragones (caballería con armas de fuego) y artilleros se constituían de manera similar.

⁴ Paul Foos, *A Short, Offhand, Killing Affair: Soldiers and Social Conflict During the Mexican-American War*, Chapell Hill y Londres, University of North Carolina Press, 2002, pp. 20-23 y Winders, *op. cit.*, p. 54 y 60. Tan solo en el ejército del general Zachary Taylor, 47 % de sus hombres

Durante las décadas de 1820 y 1830, los oficiales regulares buscaron obtener autoridad y prestigio, a fin de identificar sus valores con las élites del viejo mundo. Esto significó un aumento en su refinamiento y gentileza,⁵ actitud que en México serviría para no agredir a la Iglesia católica aunque fueran protestantes y adversos a ella.⁶ Un observador mexicano decía que los profesionales:

Absteníanse de molestar a los vecinos, guardaban compostura en los templos, socorrían a los mendigos y simpatizaban con los vendedores de frutas y baratijas [...] Lo que más llamaba la atención era el respeto a las mujeres, tradicional en los pueblos de su raza: con excepción de algunos casos de raptó, inmediata y severamente castigado, casi nada dieron que decir [...] Por lo demás, si los voluntarios eran, en lo general, gente ordinaria, pocos soldados de la tropa regular no sabían leer y escribir; los oficiales de unos y otros conocían y practicaban sus obligaciones militares, y algunos, principalmente entre los artilleros e ingenieros, eran finos e instruidos y de muy agradable trato.⁷

Los regulares vestían con homogeneidad. El soldado raso utilizaba chaqué o chaquetones de color azul con nueve botones al frente y encaje en el cuello. También llevaban botas negras que solían estar bastante sucias por el polvo, y algunos eran flexibles en cuanto al uso de su uniforme pues empleaban sombreros de paja para cubrir la cara y el cuello del sol. Los oficiales vestían de igual modo pero pocas veces utilizaban otras prendas que no

eran inmigrantes: 24% irlandeses, 10% germanos y el resto franceses, polacos, ingleses, etc. Katcher y Embleton, *op. cit.*, p. 4.

⁵ Samuel J. Watson, "The uncertain Road to Manifest Destiny Army officers and the Course of American Territorial Expansionism, 1815-1846", en Sam W. Haynes y Christopher Morris (eds.), *Manifest Destiny and Empire American Antebellum Expansionism*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997, pp. 73-74.

⁶ Por supuesto, hubo excepciones a la regla, como se verá en los capítulos III y IV.

⁷ José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848). Por un joven de entonces*, Tomo I, México, CONACULTA, 2003, pp. 318-319.

fueran parte del equipo reglamentario y la insignia de rango era la diferencia más visual con respecto a sus subordinados.⁸ En ocasiones, estas características permitieron diferenciarlos de los voluntarios cuando había saqueos de iglesias, pues aquellos se ataviaban, valga la expresión, como Dios les daba a entender.⁹

El enorme territorio por invadir y las muchas poblaciones a ocupar contrastaban con el escaso número de efectivos.¹⁰ Esto hizo necesario echar mano de la población civil para solucionar el problema. Por tal motivo, en mayo de 1846, el Congreso autorizó que 50 000 voluntarios entraran al servicio de las armas.¹¹ En las ciudades se imprimieron proclamas para formar regimientos, en los que asistieron la masa desempleada, obreros, profesionistas e incluso pandilleros. Muchos habían nacido en Estados Unidos, pero también había inmigrantes. La oficialidad era elegida democráticamente por los mismos reclutas (razón por la cual se llamaban así mismos ciudadanos-soldados), ya que preservaban sus instituciones

⁸ James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny. The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848*, Nueva York y Londres, Universidad de Nueva York, 1992, p. 27 y David Cole, *Survey of U.S. Army. Uniforms, weapons and accoutrements*, Texas, Sin editorial, 2007, pp. 11-13.

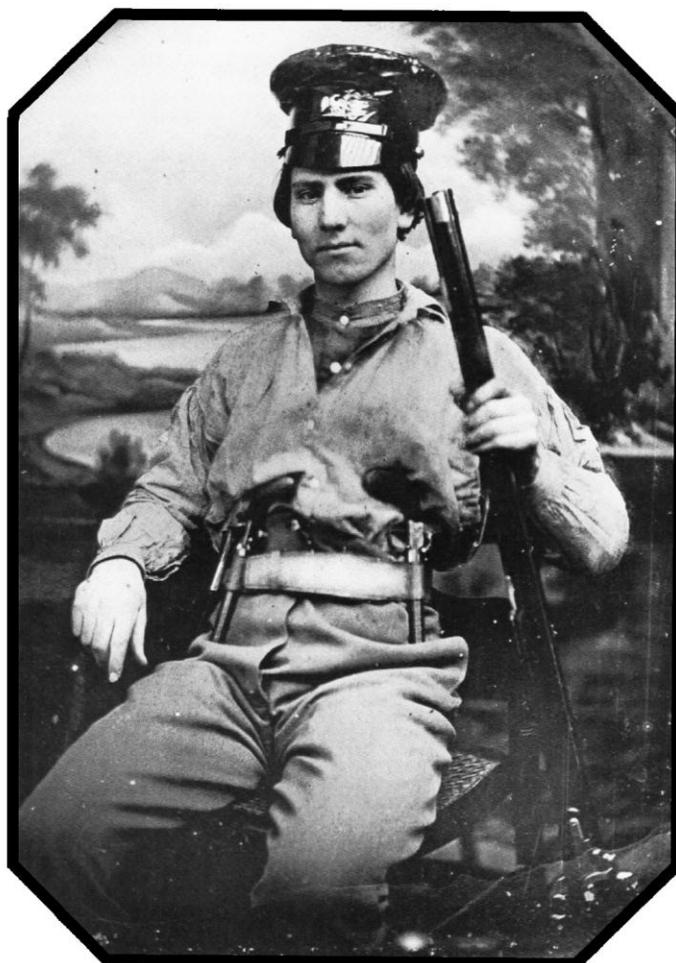
⁹ Katcher y Embleton, *op. cit.*, p. 6. Al respecto, Raphael Semmes dice: “Las costumbres de los voluntarios son demasiado variadas. Con su usual independencia, ellos parecen reunir todas las reglas de la rebeldía. Gorras o sombreros de paja o fieltro, blancos o negros, abrigos de colores y pantalones de apariencias diversas fueron usadas por ellos”. Raphael Semmes, *The campaign of general Scott in the valley of Mexico*, Cincinnati, Moore & Anderson Publishers, 1852, p. 77.

¹⁰ En 1846, el ejército estadounidense contaba con 8 619 plazas, pero las deserciones y las enfermedades disminuyeron el contingente a tan solo 6 562 hombres. Katcher y Embleton, *op. cit.*, p. 3 y Winders, *op. cit.*, p. 9.

¹¹ Como el presidente James Polk y el departamento de guerra creían que sería un conflicto breve, a los nuevos soldados se les reclutó por tres, seis, doce y 20 meses. En el otoño de 1846, Polk y sus generales entendieron que la guerra se prolongaría así que hicieron un nuevo llamado pero esta vez el contrato fue para la duración del conflicto. Entre 1846 y 1848 se reclutaron 73 260 voluntarios. Winders, *op. cit.*, p. 69.

políticas dentro de la organización castrense,¹² a diferencia de los regulares quienes contaban con una jerarquía basada en la academia militar de West Point o combatiendo a los indios. La ausencia de una oficialidad profesional derivó en su indisciplina.

Imagen 1



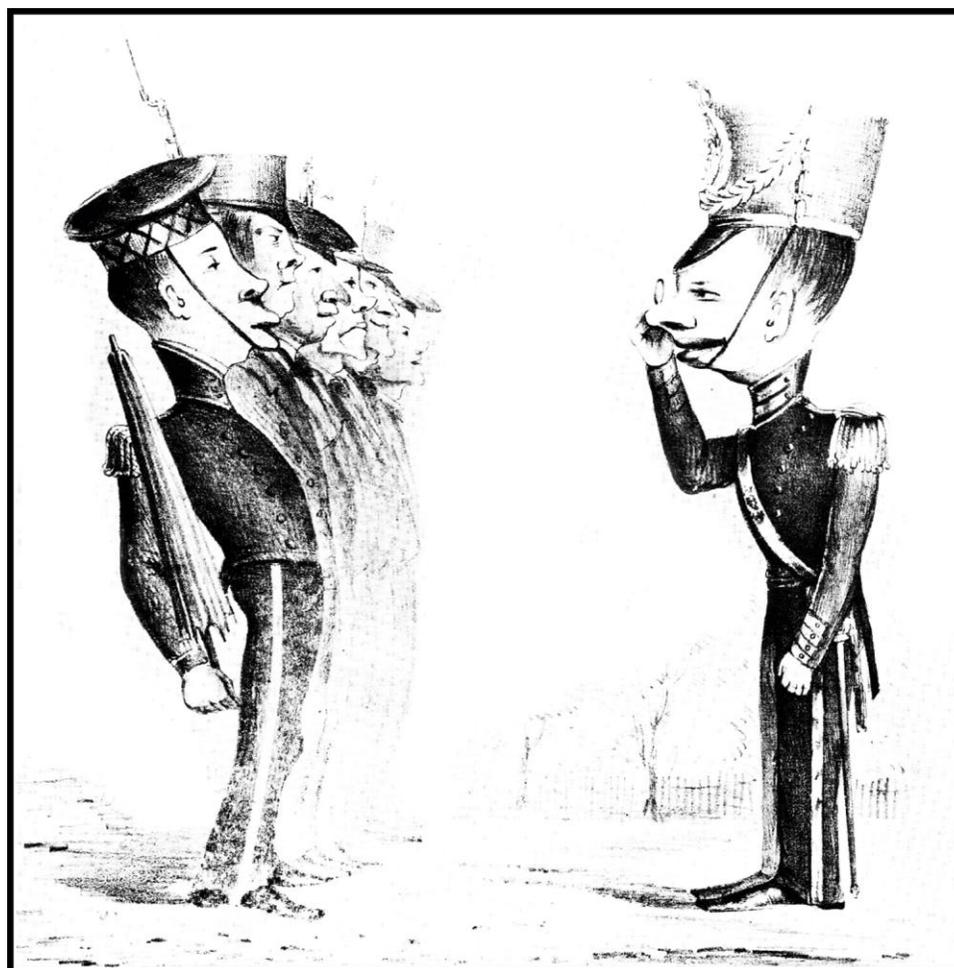
Fuente: Hedley Donovan y David Nevin (eds.), *The Mexican War*, Virginia, Time Life Books, 1979, p. 224.

Nicolás Maquiavelo advertía sobre las consecuencias de emplear a este tipo de combatientes en una guerra (imagen 1). Para él solían ser lo peor de cada región, ya que eran

¹² McCaffrey, *op. cit.*, p. 29, Winders, *op. cit.*, p. 73 y George Turnbull Moore Davis, *Autobiography Of the Late Geo. T.m Davis: Captain and Aid-de-camp Scott's Army Of Invasion (mexico)*, From *Posthumous Papers-Primary Source Edition*, Charleston, Nabu Press, 2014, p. 94.

vagos, blasfemos y jugadores empedernidos.¹³ En la guerra del 47 se pudieron constatar sus afirmaciones pues, en repetidas ocasiones, se observó cómo los voluntarios eran aficionados al pillaje y cometían todo tipo de desmanes.¹⁴

Imagen 2



Fuente: Hedley Donovan y David Nevin (eds.), *The Mexican War*, Virginia, Time Life Books, 1979, p. 41. Caricatura que retrata a un puñado de voluntarios en formación.

¹³ Nicolás Maquiavelo, *El arte de la guerra*, Estado de México, Ediciones Leyenda, 2010, p. 22.

¹⁴ Nathaniel Cheairs Hughes y Timothy D. Johnson (eds.), *A fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA*, Boston, Kent State University Press, 2002, p. 119.

Existe una leyenda poco conocida sobre su embriaguez. Según la tradición oral y popular veracruzana, siendo la última voluntad de Guadalupe Victoria, el primer presidente de México, que sus restos fueran desmembrados y enviados a distintos lugares del país. En la fortaleza de San Carlos de Perote, Veracruz, se hallaban el hígado, un brazo y el corazón, conservados en dos grandes recipientes llenos de aguardiente y vino. Se cuenta que, cuando arribaron las famélicas tropas invasoras, devoraron las vísceras y refrescaron su garganta con tan “paradisiaco” líquido. Poco tiempo después murieron a causa de la intoxicación.¹⁵ Si bien esta anécdota sobre los ciudadanos-soldados es poco veraz, tiene un trasfondo histórico, pues resulta un hecho su fuerte inclinación por la bebida alcohólica:

Entre los voluntarios del Ejército Americano que han quedado en este estado [de Veracruz] hay algunos entregados a los vicios y particularmente al de la embriaguez y que viven en la vagancia y con disposición a convertirse en salteadores [de caminos] para obtener sus vicios por este medio criminal, se hace necesario que se ejerza la más exquisita vigilancia sobre los individuos de que se trata.¹⁶

En términos generales, los voluntarios eran jóvenes con deseos de combate y diversión. A todas horas buscaban la manera de matar el tiempo y el fastidio causado por meses de acantonamiento en las ciudades conquistadas. A menudo se las arreglaban como fuera para satisfacer sus necesidades básicas; así, muchos preferían robar y asesinar que pagar por unos bocados de comida o unos tragos de alcohol. Entre innumerables ejemplos, un

¹⁵ Actualmente esta información se ofrece a los visitantes de la fortaleza.

¹⁶ Archivo Histórico Municipal de Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, Correspondencia oficial, Tomo 118, 1846-1851, fojas sueltas. En una ocasión los voluntarios de Massachusetts se enfrascaron en una pelea con sus oficiales porque estos últimos les prohibieron consumir alcohol. William Jay, *Revista de las causas y las consecuencias de la guerra mexicana*, México, Instituto de Administración Pública del Estado de México, 2013, p. 275.

“caballero” del regimiento de Massachusetts mató a un hombre con la bayoneta porque se había negado a darle un vaso de licor.¹⁷

Los esfuerzos de los generales para frenar sus excesos tuvieron relativo éxito. Cuando los voluntarios de Nueva York llegaron a la capital veracruzana, dieron alcance a un mexicano que huía de la batalla de Cerro Gordo y le partieron el cráneo con las culatas de sus rifles. Al tanto de los desórdenes que cometían, el general en jefe los envió a un lugar alejado de Xalapa, cerca de la iglesia de Santiaguito (campamento Patterson). Sin embargo, los ciudadanos-soldados entonces interceptaban a los comerciantes mexicanos que llevaban animales y frutas a vender en el mercado, allanaban propiedades privadas y “perseguían a las mujeres con tenacidad hasta llegar a herir a algunas”.¹⁸

En términos particulares cada regimiento voluntario tenía su historia. La compañía D del 1° de Pennsylvania estaba compuesta por la pandilla callejera *Rowdy Gang* y conocida coloquialmente como *Killers*. Su compartimiento era extremadamente violento y, antes de partir a México, se habían enfrentado con la policía en Nueva Orleans. La misma actitud fue mostrada por otros ciudadanos-soldados en esta ciudad, incluidas las propias compañías levantadas ahí, mientras los de Alabama mataron a un negro e hirieron a otro. Los de Massachusetts eran libertinos, racistas e indisciplinados al grado que 65 de ellos fueron

¹⁷ Archivo Histórico Municipal de Xalapa “Rubén Pabello Acosta” (en adelante AHMX), Actas de Cabildo, vol. 59, “Acta celebrada el 22 de abril de 1847”, f. 76. Sobre el homicidio véase a Francisco González de Cossio, *Xalapa. Breve reseña histórica*, México, 1957, p. 215 y Jay, *op. cit.*, p. 276.

¹⁸ Manuel Rivera Cambas, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*, tomo III, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1871, p. 894. El voluntario George Turnbull Moore Davis sirvió como miembro de una corte militar que castigó a tres ciudadanos-soldados de Illinois por haber robado “joyas, muebles y otras propiedades personales de Rosalie López (*sic*)”. Moore, *op. cit.*, pp. 133-135.

enviados a la fortaleza de San Juan de Ulúa en calidad de prisioneros. Los yorkers (2º regimiento voluntario de Nueva York) habían sido subvencionados económica y moralmente por nativistas anticatólicos y xenófobos cuando se formaron sus compañías.¹⁹

Por otro último existían los *Camp Followers*. Estos eran combatientes licenciados, aventureros, desertores, jugadores, comerciantes, prostitutas y vendedores de licor que seguían al ejército pero no formaban parte de él.²⁰ Cuando en mayo de 1847 concluyó el contrato de los voluntarios de Louisiana, Georgia, Tennessee, Alabama e Illinois, fueron enviados a sus hogares aunque un puñado decidió reincorporarse al servicio como el mayor J. P. Gaines o el capitán George Turnbull Moore, por citar una par de ejemplos.²¹ Un sector aún más pequeño se volvió *Camp Follower* y su comportamiento se caracterizó por ser amantes de lo ajeno, ya que no recibían paga y vivían fuera de las reglas castrenses para poder subsistir. Tras enterarse de sus atropellos, el cabildo de Xalapa determinó que:

Por medio de la policía se vigile con el mayor escrúpulo y se procure la aprensión de vagos y desertores [estadounidenses], que son los que se sabe cometen dichos excesos presentándolos al mismo señor presidente o al señor Ruíz Sánchez como juez de policía para que se disponga su salida de la población sin la menor demora.²²

¹⁹ Foos, *op. cit.*, p. 42, 57-58 y 96, Brian M. McGowan, “The Second Conquest of Mexico: American volunteers, Republicanism and the Mexican War”, Nueva Orleans, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Tulane, 2011, pp. 98-99, George Wintson Smith y Charles Judah (comps. y edits.), *Chronicles of the Gringos, The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyewitnesses & Combatants*, Nuevo México, The University of New Mexico Press, 1968, p. 47 y Jay, *op. cit.*, p. 277.

²⁰ Foos, *op. cit.*, pp. 98-100 y 125 y Wintson y Judah (comps. y edits.), *op. cit.*, p. 301. Un soldado licenciado es aquel quien concluye su contrato con el ejército y decide no reincorporarse a él.

²¹ Wilnfield Scott, *Memoirs of Lieut-General Scott. Written by himself*, vol. II, Nueva York, Sheldon & Company, Publishers, 1864, p. 507 y Moore, *op. cit.*, pp. 165-167.

²² AHMX, Actas de Cabildo, vol. 59, “Acta celebrada el 28 de agosto de 1847”, f. 117. El caso más brutal cometido por un *Camp Follower* fue realizado por Isaac Kirk. Él acompañaba al regimiento de

En suma, en la guerra se distinguieron tres grupos militares. El regular, que por su dura disciplina y más duros castigos, generalmente no cometió profanaciones. En segundo plano, el voluntario representaba el némesis del primero; indisciplinado, amigo del pulque y el desmán. Finalmente, el *Camp Follower* vivía de la rapiña y del saqueo. Los dos últimos grupos serán, en buena medida, los responsables de los sacrilegios, pero antes de entrar en materia, vale la pena analizar la fe de los combatientes para entender cómo concebían el catolicismo.

2.- Fe y guerra

Mucho antes de ser bautizados en la batalla, los combatientes dieron muestras de devoción en su país. La compañía B del 1º regimiento de Massachusetts, compuesta en su totalidad de irlandeses, fue bendecida por el obispo John Fitzpatrick y el sacerdote Nicolas O'Brien semanas antes de su partida. Este mismo obispo les encomendó no saquear las iglesias mexicanas y O'Brien dio misa en las barracas de los regulares en Boston y en los barcos de transporte.²³

En la compañía E del 2º regimiento de Pennsylvania sucedió la contraparte protestante. El reverendo J. I. Brownson dirigió a los combatientes un sermón sobre la importancia de la familia y entregó una Biblia a cada uno.²⁴ En cambio, la compañía C del 1º de Pennsylvania marchó hacia una iglesia presbiteriana, donde el voluntario Jacob Oswandel atestiguó que “presenciaron un excelente sermón, adecuado a la situación y el más

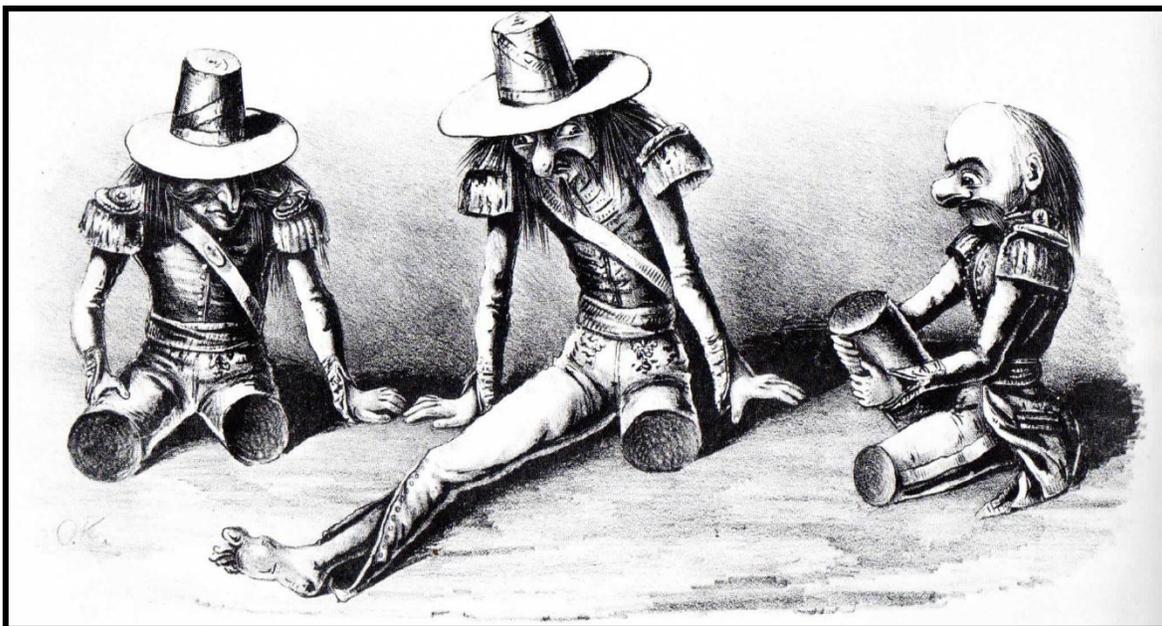
Tennessee y violó a una mexicana en el puerto de Veracruz. Tras su exceso, fue sometido a un juicio militar y ahorcado. Moore, *op. cit.*, pp. 136-137.

²³ Foos, *op. cit.*, p. 68.

²⁴ John William Larnier (ed.), “A Westmoreland Guard in Mexico, 1847-1848: The Journal of William Joseph McWilliams”, en *The Western Pennsylvania Historical Magazine*, vol. 52, núm. 3, (julio 1969), p. 214.

grande decoro prevaleció entre los hombres quienes atendieron al reverendo con gran interés y respeto. Después del servicio la gente nos decía que Dios estaría con nosotros.”²⁵

Imagen 3



Fuente: Hedley Donovan y David Nevin (eds.), *The Mexican War*, Virginia, Time Life Books, 1979, p. 184.

No todos los sermones protestantes fueron tan afables ya que algunos eran verdaderos discursos bélicos y atacaban al catolicismo. El reverendo metodista Henry C. Slicer, pastor en Wesley, Washington, invitó a los voluntarios de Maryland y el Distrito de Columbia a pelear y morir por su país para así salvar sus almas.²⁶ Un capellán episcopal, en cambio, dio un discurso en el Palacio Nacional de la capital mexicana donde atacó al “despotismo

²⁵ Jacob Oswandel, *Notes of the Mexican War 1846-47-48. Comprising incidents adventures and everyday proceedings and letters while with the United States Army in the Mexican War; also extracts from ancient histories of Mexico, giving an accurate account of the first and original settlers of Mexico, etc.; also the names and numbers of the different rulers of Mexico; also influence of the Church*, Filadelfia, Sin Editorial, 1885, p. 21.

²⁶ Clayton Sumner Ellsworth, “The American Churches in the Mexican War”, en *The American Historical Review*, vol. 45, núm. 2, (enero, 1940), p. 306.

espiritual” practicado en México.²⁷ Con ello, los combatientes hicieron suyas las opiniones de los ministros de Dios.

Con el Segundo Gran Despertar, la sociedad estadounidense aumentó su religiosidad y en tiempos de guerra ésta creció más.²⁸ El temor a ser heridos y sufrir una amputación de brazos o piernas o, peor aún, de morir en un país desconocido fortaleció las creencias religiosas de los invasores que les proporcionaron consuelo y esperanza (imagen 3). Esto hacía todavía más incomprensibles las prácticas católicas que tanto contrastaban con las suyas.

Fueron muchas las muestras de religiosidad. Por ejemplo, H. Judge Moore, del regimiento de voluntarios de Carolina del Sur, se regocijaba por la llegada del “sagrado día” aunque lamentaba que “en lugar de prepararme para el solemne y encantador servicio del Sabbath cristiano, afiné los mecanismos de mi mosquete para un día sangriento”.²⁹ El teniente coronel James S. McIntosh, del 5º regimiento de infantería regular, llegaba a los extremos religiosos pues, como cristiano, podía ser un buen samaritano o el hombre más intolerante del mundo. Esto último, combinado con su afición al alcohol, lo convertía en profanador de sitios católicos y en falso profeta. El mayor Martin Scott del mismo

²⁷ John McCarty, *Thanksgiving sermon, preached in the National Palace, city of Mexico, on sunday, october third, A. D., 1847, on the occasion of a public thanksgiving for the victories achieved by the army of the United States, in the basin of Mexico, under command of Major-General Winfield Scott: consummated by the capture of the capital*, México, Publicado por algunos oficiales del ejército estadounidense, 1847, p. 13.

²⁸ Thomas D. Tennery, *Diario de la guerra contra México*, México, CONACULTA, 2007, p. 33 y 41 y Ralph W. Kirkham, *The Mexican War. Journal & Letters of Ralph W. Kirkham*, Edited by Robert Ryal Miller, Texas, Texas University Press, 1991, p. 20.

²⁹ H. Judge Moore, *Scott's campaign in Mexico; from the rendezvous on the Island of Lobos to the taking of the City, including an account of the siege of Puebla, with sketches of the country, and manners and customs of the inhabitants*, Charleston, J. B. Nixon, Publisher, 1849, p. 225.

regimiento, por su parte, era sumamente supersticioso y fanático. Al inicio de cada batalla solía decir que era inmune a las balas por gracia divina, aunque al final no fue así pues murió en el combate de El Molino del Rey.³⁰

Para los militares “papistas” como el capitán tercero de artillería regular, Robert Anderson, la fe también resultaba importante. Este hombre rogó diariamente a Dios por la protección de su familia y la suya. Para aliviar sus penas buscó el nombramiento de un capellán católico en su unidad.³¹ Sin embargo, los soldados tuvieron que conformarse con que la Iglesia mexicana les ofreciera apoyo moral. Algunos buscaban a los sacerdotes para confesarse en un español casi ininteligible, a base de señas o con la ayuda de un intérprete.³² Encontraron en las casas de oración del país invadido un refugio moral frente a los horrores de la guerra.

Los religionarios sí contaron con auxilio espiritual cuando el Congreso estadounidense autorizó la incorporación de ministros protestantes al ejército. Entre ellos se encontraba el reverendo John McCarty que animó a muchos jóvenes con su presencia.³³ En

³⁰ Charles S. Hamilton, “Memoirs of Mexican War”, *The Wisconsin Magazine of History*, vol. 14, núm. 1, (Sep., 1930), pp. 79 y 83.

³¹ Robert Anderson, *An Artillery Officer in the Mexican War 1846-7. Letters of Robert Anderson Captain 3rd Artillery, U. S. A.*, Nueva York y Londres, G. P. Putnam’s Sons y The Knickerbocker Press, 1911, p. 10 y 219.

³² Richard M’Sherry, *El Puchero: or a mixed dish from Mexico, embracing general Scott’s campaign, with Sketches of Military Life, in field and camp, of the character of the country, manners and ways of the people, etc.*, Filadelfia, Lippincott, Grambo & CO., 1850, p. 99 y Gary F. Kurutz (ed.), *Recollections of the War with Mexico. Major John Corey Henshaw*, Columbia y Londres, University of Missouri Press, 2008, p. 145.

³³ James M. McCaffrey (ed.), *Surrounded by Dangers of All Kinds. The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley*, Texas, University of North Texas Press, 1997, p. 81, Emma Jerome Blackwood (ed.), *To Mexico with Scott. Letters of captain E. Kirby Smith to his wife*, Cambridge/Londres, Harvard University Press/Oxford University Press, 1917, p. 145, Paul Foos, *op. cit.*, p. 26 y John William Larnier (ed.), “A Westmoreland Guard in Mexico, 1847-1848: The Journal

efecto, este suceso confortó a cientos de combatientes quienes vieron con tanta nostalgia la celebración de un servicio protestante en México, el primero en la antigua ruta de Hernán Cortés y el primero que escuchaban desde hace mucho tiempo:

Mayo 2 [de 1847]. Es Domingo. Asistí al servicio divino esta mañana. Los hombres acudieron en masa y los oficiales se formaron muy cerca del capellán. Después de leer el servicio, el orador predicó de manera excelente, aunque dio un sermón sin adornos sobre la necesidad de la religión. Es el primer servicio protestante que he escuchado desde que dejé Siracusa [Nueva York] en agosto de 1846.³⁴

El teniente Ralph W. Kirkham del 6° regimiento de infantería regular se alegró al saber que el reverendo McCarty era episcopal, como él, y a menudo acudió a los servicios. Grata fue su sorpresa cuando observó a varios oficiales del ejército regular mostrando veneración y “confesando amor a su creador”.³⁵ El papel del reverendo McCarty fue muy importante. Más que pronunciar sermones estuvo siempre en contacto con los vivos, moribundos y muertos ya que visitaba a los enfermos en el hospital y acudía a los funerales donde leía pasajes bíblicos.³⁶

Como se vio en el capítulo anterior, los combatientes gustaban de la lectura en su tiempo libre. Antes de partir hacia la guerra algunos voluntarios recibieron Biblias de organizaciones religiosas y de sus comunidades. Las Sagradas Escrituras los ayudaron a entender a México ya que los pueblos por donde pasaban se parecían tanto a aquellos de los

of William Joseph McWilliams. Part II”, en *The Western Pennsylvania Historical Magazine*, vol. 52, núm. 4, (octubre, 1969), p. 388.

³⁴ Blackwood (ed.), *op. cit.*, p. 146.

³⁵ Kirkham, *op. cit.*, p. 13, 20, 26 y 30.

³⁶ Sargent, *op. cit.*, p. 18 y Oswaldel, *op. cit.*, p. 178.

pasajes bíblicos.³⁷ Por otro lado, si los combatientes no contaban con un capellán protestante en su regimiento, el sagrado libro podía aliviar en alguna medida sus aflicciones espirituales.

La American Bible Society, organización protestante que se había esforzado en combatir la inmigración católica desde dos décadas antes, distribuyó Biblias durante la guerra. Si bien éstas no siempre fueron leídas,³⁸ algunos combatientes mostraron disposición a leerlas, al menos cada domingo.³⁹ Otros las portaban a todos lados, incluso al campo de batalla. Por ejemplo, en el asalto al castillo de Chapultepec (13 de septiembre de 1847), el teniente Jackson, del 9º regimiento regular de la compañía F, recibió en su pecho una bala de escopeta la cual rebotó y salió disparada a gran distancia. Las Sagradas Escrituras que su hermana le había regalado, junto a una chaqueta gruesa de algodón, y como designio divino, le salvaron la vida.⁴⁰

Por otro lado, la guerra fue concebida como una cuestión religiosa por algunos hombres. Un regular creía que Dios los había favorecido durante su campaña en la Ciudad

³⁷ Robert W. Johannsen, *To the Halls of the Moctezumas*, Oxford, Oxford University Press, 1985, p. 149, John Christopher Pinheiro, “Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-1848”, Tennessee, Universidad de Tennessee, Tesis de Doctorado, 2001, pp. 169-170, McCaffrey, *op. cit.*, p. 67 y Wintson y Judah (comps. y edis.), *op. cit.*, pp. 315-316.

³⁸ Thomas J. Curran, “Assimilation and Nativism”, en *International Migration Digest*, vol. 3, núm. 1, (verano, 1996), p. 20 y Benjamin Ward, *The “high private”*: with a full and exciting history of the New York Volunteers, illustrated with facts, incidents, anecdotes, engravings, &c., including the mysteries and miseries of the Mexican War: in three parts-part first, Nueva York, Publicado por el autor, 1848, pp. 45-46.

³⁹ Alicia Gojman Goldeberg (comp.), “Testimonio de un soldado norteamericano en la guerra con México: William Burgess”, en Alvaro Matute (comp. y ed.), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, México, UNAM, 1992, pp. 141-142.

⁴⁰ J. M. Wynkoop (ed.), *Anecdotes and incidents: comprising daring exploits, personal and amusing adventures of the officers and privates of the army, and thrilling incidents of the Mexican War*, Pensilvania, Sin Editorial, 1848, pp. 40-41.

de México.⁴¹ Un voluntario, por su parte, rogaba al Señor para que la cacería de enemigos fuera fructífera mientras sus camaradas visitaban una iglesia para jurar que saldrían victoriosos en la siguiente batalla contra la guerrilla.⁴²

De acuerdo con un voluntario protestante, los soldados “aman los cambios”.⁴³ Así, unos combatientes estaban convencidos de la necesidad de hacer reformas en el país invadido. Por ejemplo creían indispensable confiscar los bienes de las iglesias para pagar la deuda nacional, aunque no consideraron profanarlas como sí lo hicieron otros invasores.⁴⁴ Más allá de las pérdidas materiales, territoriales y de vidas, esos invasores estaban convencidos que la guerra debería producir beneficios económicos a México.

En resumen, el conflicto bélico acercó más a los hombres con su entorno religioso y revitalizó sus creencias. A los combatientes “papistas” el catolicismo mexicano les recordaba sus días en Irlanda o en los reinos alemanes, mientras que para los protestantes representaba una doctrina antagónica que ofendieron verbalmente. Esto nos permite deducir que el estadounidense “romanista” respetó las iglesias durante la guerra y que los religionarios no. Además, aquellos invasores reclutados en Massachusetts, Pennsylvania o Nueva York, el contacto con tanto “fanático” católico en México se parecía al que tuvieron con miles de “comepapas” y germanos décadas atrás en su barrio, comunidad o ciudad.

⁴¹ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 136.

⁴² Oswandel, *op. cit.*, p. 166 y 188.

⁴³ Frederick Zeh, *An immigrant Soldier in the Mexican War*, Texas, Texas University Press, 1995, p. 46.

⁴⁴ Kurutz (ed.), *op. cit.*, p. 180. Véase el capítulo III.

3.- Catolicismo: superstición, paganismo y fanatismo

De acuerdo con Juan Ortega y Medina, a partir de la Reforma, los ataques verbales contra la Iglesia se originaron a causa del substrato espiritual e histórico de cada observador protestante. Estas embestidas aparecieron en la guerra del 47 y fueron semejantes a las que se desataron a raíz de la Reforma, es decir, contra las simonías, la lujuria de los sacerdotes, la venta de indulgencias, la idolatría, el fracaso misionero y la acumulación escandalosa de riquezas en la casa de Dios.⁴⁵

Así, para los protestantes, el salvajismo de los mexicanos era producto de su fanatismo. La ignorancia e ingenuidad del pueblo emanaban de la religión católica, que era el pesado lastre arrastrado desde la época colonial.⁴⁶ Los religionarios no comprendían la fe y la manera primitiva en que expresaban su devoción. Para ellos, el catolicismo no era más que un vulgar paganismo.

Para el voluntario Milton Jamieson, de la compañía C del 2º regimiento de Ohio, el catolicismo practicado en México no era “inmaculado”. Según él, estaba lleno de errores y supersticiones y no podía, bajo ninguna circunstancia, ser comparado con la Iglesia católica de Estados Unidos que sí representaba pureza.⁴⁷ La religión de los habitantes de México

⁴⁵ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 100.

⁴⁶ George Baker (ed.), *México ante los ojos del ejército invasor de 1847: diario del Coronel Ethan Allen Hitchcock*, México, UNAM, 1978, p. 121.

⁴⁷ Milton Jamieson, *Journal and notes of a campaign in Mexico: containing a history of Company C. of the second regiment of Ohio volunteers; with a cursory description of the country, climate, cities, waters, roads and forts along the southern line of the American army in Mexico. Also of the manners and customs, agriculture, &c. of the Mexican people*, Cincinnati, Sin editorial, 1849, pp. 49-50.

resultaba, a decir de un capitán del ejército regular, una mezcla del paganismo prehispánico y catolicismo.⁴⁸

Así, los funerales católicos parecían realmente ridículos. Según un combatiente, un hombre vestido de rojo corría ante la procesión con una cruz en sus manos y el resto lo seguía con el trote de un perro. No había nada solemne en ello.⁴⁹ Otro militar fue más lejos cuando caracterizó las exequias como una mezcla de invocación al demonio que nos hacen imaginar un aquelarre de las brujas de Salem. De acuerdo con su percepción, las personas bailaban al son de un alegre violín mientras los esbirros del Diablo se ocupaban de la caldera y gesticulaban agudos chillidos y cantos.⁵⁰ Se decía que, casi nada podía impedir a un mexicano celebrar la misa de un muerto, salvo que no tuviera dinero suficiente para pagar al ambicioso sacerdote.⁵¹

A juicio de los combatientes religionarios, la superstición había encarnado en la mente de los mexicanos y sus almas contaminadas no tenían remedio. Vinculaban todas las acciones cotidianas con su religión, al grado de bendecir cada una de sus adquisiciones materiales. Les pareció el colmo que uno de ellos viera como un “animal hereje” a un caballo frisón recién comprado y cómo un clérigo le arrojaba agua bendita por temor a tener a un esbirro de Satanás en sus tierras.⁵²

⁴⁸ Blackwood (ed.), *op. cit.*, p. 78 y 145.

⁴⁹ George B. McClellan, *The Mexican War Diary and Correspondence of George B. McClellan*, Louisiana, Louisiana State University Press/Baton Rouge, 2009, p. 40.

⁵⁰ Blackwood (ed.), *op. cit.*, p. 187.

⁵¹ Jamieson, *op. cit.*, p. 56.

⁵² Kirkham, *op. cit.*, pp. 26-27. Para las décadas anteriores a la guerra, véase a Ortega, *op. cit.*, p. 106.

También reapareció entre los protestantes la actitud iconoclasta propia de la Reforma. En la catedral de Puebla, un observador se detuvo a contemplar cientos de pinturas religiosas colgadas en los muros. Para él eso era una idolatría que rayaba en la incongruencia pues los mexicanos, en vez de venerar a un único y verdadero Dios, rezaban a cientos de falsos ídolos llamados santos y que solo habían sido hombres de carne y hueso tan pecadores como sus adoradores.⁵³ Para el mayor John Kenly, del regimiento voluntario de Maryland y el Distrito de Columbia, los mexicanos eran paganos pues adoraban imágenes de supuestas vírgenes.⁵⁴ No nos sorprenda entonces que, en los siguientes capítulos, veamos representaciones religiosas destrozadas por las botas de los religionarios.

Los invasores apreciaban el fanatismo en todos lados. Las calles recibían denominaciones tales como *El Espíritu Santo*. Plazas y edificios también ostentaban con orgullo el nombre de un santo al igual que su calendario, por no decir que las personas solían llamarse José, María o Lupita. Caminos y sendas atestiguaban la superstición de los “romanistas” que colocaban cruces en los lugares donde algún viajero había sido asesinado, y las mujeres, las criaturas más fanáticas del pueblo mexicano, “hacían el signo católico y oraban” al pasar cerca de una de ellas.⁵⁵ Para regulares y voluntarios, quienes desconocían estas prácticas en su país, el catolicismo influenciaba a las personas en todos los aspectos de su vida, convirtiéndolos así, antes sus ojos, en los individuos más fanáticos que hubieran visto en su existencia.

⁵³ Jamieson, *op. cit.*, pp. 60-61.

⁵⁴ John R. Kenly, *Memoirs of a Maryland Volunteer. War with Mexico, in the years 1846-7-8*, Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., 1873, p. 377.

⁵⁵ John Hammond Moore (ed.), “Private Johnson Fights the Mexicans, 1847-1848”, en *The South Caroline Historical Magazine*, vol. 47, núm. 4, (oct., 1966), p. 127, Moore, *op. cit.*, p. 74 y Oswaldel, *op. cit.*, p. 202.

También en las entradas de las haciendas y ranchos podían verse incrustadas leyendas como la de “No se permite la entrada a quien no cree que la virgen María que fue concebida sin el pecado original”. Por supuesto los invasores entraban pues desconocían el idioma español o porque rechazaban tan absurda advertencia.⁵⁶ Además, para Moore, las reverencias delante de las iglesias parecían idolatría y fanatismo, por no decir locura:

Consideran los portales de las iglesias como divinas y por ninguna razón dejan quitarse el sombrero y santiguarse si las puertas del recinto sagrado están abiertas. Es fácil señalar las irregularidades que existen en la conducta de los católicos. En las calles o en sus ocupaciones diarias suelen ser malos cristianos, pero cuando entran a una iglesia se comportan como verdaderos santos, con decoro y sutileza.⁵⁷

Algunos invasores no aceptaban la importancia de la religión para los mexicanos ya que, en su opinión, tanta devoción era fingida, o, en todo caso, hipocresía exagerada. Así, aunque en las misas predicaran paz y armonía, en su vida cotidiana eran pendencieros, alcohólicos y promiscuos:

Yo creo que la religión romanista de este país es una verdadera idolatría. La gran parte de la población se mantiene ignorante. Todos los servicios de la iglesia son realizados en latín; por supuesto, la población no entiende nada. Van a misa una vez, dos o tres veces en una semana, repiten en latín una oración que les han enseñado, se santiguan, se golpean el pecho y todos sus pecados están olvidados y las personas listas para cometer nuevos crímenes.⁵⁸

⁵⁶ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 164. Algunos soldados como Pierre Gustave Toutant Beauregard hablaban español. T. Harry Williams (ed.), *With Beauregard in Mexico. The Mexican War reminiscences of P. G. T. Beauregard*, Louisiana, Louisiana State University Press, 1956, p. 61 y 97.

⁵⁷ Moore, *op. cit.*, p. 103.

⁵⁸ Kirkham, *op. cit.*, pp. 26-27.

Las celebraciones religiosas, por su parte, también fueron criticadas: “las gentes jóvenes y viejas, muchos viejos —demasiados viejos para tales tonterías— andan con ruidosas matracas semejantes a las que utilizan en Nueva York los guardias para dar alarma en caso de fuego [...] ¿Qué mérito puede tener una nación de semejantes criaturas?”.⁵⁹

Si bien durante la ocupación en la ruta de Cortés se celebraron sin percances las festividades católicas más importantes como la Semana Santa o la Navidad,⁶⁰ sí se ganaron, al menos, la crítica de los combatientes protestantes. El 12 de diciembre de 1847, día de Nuestra Señora de Guadalupe, las campanas tocaban a rebato y los cohetes explotaban en el cielo. En los balcones se colocaban imágenes de la santa patrona mientras miles de personas e invasores arribaban a la villa de Guadalupe para satisfacer su devoción o curiosidad, según el interés de cada visitante. Para los segundos, la credibilidad de esta virgen se desmoronaba pues hasta “el más estúpido de los léperos comenzaba a pensar que [tal vez] Nuestra Señora pudiera no ser tan grande si la nación había sido conquistada y arruinada más allá de la redención”.⁶¹

Como se vio en el capítulo anterior, a los estadounidenses les molestaba el ajetreo ocasionado por el bullicio de los germanos cuando consumían alcohol, en particular, en el séptimo día de la semana, ya que décadas antes se había inculcado en la sociedad el respeto por el Sabbath. Esto significaba no trabajar y hacer celebraciones, pues ese día debía guardarse para el Señor. Cuando los invasores llegaron a México descubrieron con asombro

⁵⁹ Baker (ed.), *op. cit.*, p. 125.

⁶⁰ Para un estudio sobre la Ciudad de México, véase el trabajo de Cristóbal Alfonso Sánchez Ulloa, “La vida en la Ciudad de México durante la ocupación del ejército estadounidense. Septiembre de 1847-junio de 1848”, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Tesis de Licenciatura en Historia, 2012, pp. 204-210.

⁶¹ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 149.

que no solo no se respetaba sino que se empleaba para realizar fandangos y toda clase de celebraciones religiosas que incluían pirotecnia, música y mucho alcohol, generando su desaprobación.⁶²

Por otro lado, para los invasores la vida de los campesinos mexicanos era miserable debido a su fanatismo. Así, se les reunía a mediodía frente a una cruz erigida en la entrada principal de la hacienda, donde cantaban antes de ir al trabajo. En los campos de cultivo podían apreciarse más cruces de madera, construidas para que el Cielo bendijera la cosecha. En la tarde regresaban a la hacienda y volvían a cantar himnos a la Virgen María ante la mirada de un capataz montado a caballo y con una escopeta en la mano. El culto católico, a decir del capitán Kirby Smith, servía para mantenerlos en estado de servidumbre e ignorancia.⁶³ A juicio protestante, el catolicismo no representaba una doctrina de consuelo y esperanza como se suponía debería ser, sino una herramienta del servilismo y sometimiento.⁶⁴

En resumen, muchos invasores religionarios no concibieron al catolicismo mexicano como una verdadera religión. La consideraban más bien una mezcla de paganismo prehispánico, culto a ídolos falsos (santos y vírgenes) y superstición. En otras palabras, la Iglesia tenía pocos elementos para respetarla, pues era una mutación de creencias que nada

⁶² Pinheiro, “Crusade...”, *op. cit.*, p. 168.

⁶³ Blackwood (ed.), *op. cit.*, pp. 148-149 y 154 y Moore, *Scott's campaign...*, *op. cit.*, p. 75.

⁶⁴ Por supuesto los combatientes protestantes sacaron ventaja de la devoción mexicana. Se cuenta que hubo ocasiones en que, al ser perseguidos por la infantería mexicana, se hincaban mostrando sus rosarios, decían profesar la misma religión y pedían piedad en nombre de Dios. Si el guerrero mexicano era engañado y daba la vuelta, el supuesto católico aprovechaba para asesinarlo por la espalda. Manuel Balbontín, *La invasión americana 1846-1848. Apuntes del subteniente de artillería Manuel Balbontín*, México, Imprenta de Gonzalo A. Esteva, 1883, p. 81.

tenían que ver con el primitivo cristianismo que ellos presumían haber recuperado gracias a la Reforma.

4.- El Papa y su conquista espiritual

La opulencia de las iglesias y la pompa de maravillosas procesiones encabezadas por sacerdotes contrastaban con la pobreza de los alrededores. La imaginación del invasor vinculaba estas escenas con la Edad Media, cuando el clero católico gozaba de gran importancia y poder.⁶⁵

Si bien los anglosajones tendían a mostrar una actitud moderna, propia de la sociedad de su tiempo, y a resaltar sus raíces protestantes, por su mentalidad puritana y a veces hermética atacaron las costumbres mexicanas.⁶⁶ En efecto, para ellos la religión católica era retrógrada, depravada y sinónimo del enriquecimiento escandaloso de un puñado de clérigos, mientras los feligreses se vestían con harapos y deambulaban por las calles en búsqueda de asilo y pan.

Así pues, para los invasores, el atraso económico, político, social y cultural de México se debía, entre otros elementos, a que la religión católica mantenía estúpidas a las personas. El capitán Francis Collins, del 4º regimiento de artillería regular, apuntó en su diario que el “romanismo” convertía a los mexicanos en:

Brutos pero muy felices. Nunca comprenderé como en una sociedad el catolicismo puede tener tanta influencia sobre los ricos y pobres a través de sus sacerdotes. Es

⁶⁵ Johannsen, *op. cit.*, p. 79 y 93 y Richard Coulter (comp.), “The Westmoreland Guards in the war with Mexico, 1846-1848”, en *Western Pennsylvania Historical Magazine*, vol. 24, núm. 2, (1941), p. 118.

⁶⁶ Rodolfo Ramírez Rodríguez, “Una mirada cautivada. La nación mexicana vista por los viajeros extranjeros, 1824-1874”, México, Tesis de Maestría en Historia, UNAM, 2010, p. 75.

incomprensible ver a una institución, dignificada con el nombre de religión, tan impía, tiránica y corrupta como lo es la Iglesia católica en este miserable país.⁶⁷

Robert Johannsen y Richard Winders han señalado que los estadounidenses llevaron consigo sus convicciones de igualdad política y económica a México y se impresionaron al descubrir que éstas no prevalecían en una nación que profesaba ser una república. Encontraron incomprensible el poder que el Estado y la Iglesia ejercían sobre el pueblo, desconcertándose aún más con la aceptación indiferente de la población a dicha repartición de poderes. En suma, la actitud de los mexicanos, según la percepción del invasor, era incongruente en una época de progreso y libertad.⁶⁸

A juicio de los combatientes protestantes, un punto clave para entender la relación entre la Iglesia y el retroceso de la sociedad mexicana era la ausencia de libertad. Así, para un voluntario las personas estaban degradadas a un estado lastimoso ya que donde el catolicismo mandaba el país no florecía y es que, según él, “la Iglesia es opuesta a otras religiones y suprime todas las libertades”.⁶⁹ Si en Estados Unidos el anticatolicismo se centró en la supuesta injerencia del Papa en los asuntos de la política nacional, en México este elemento cobró mayor fuerza ante la mirada invasora, ya que el Anticristo, o sea el Papa, sí reinaba sobre las tierras de Moctezuma y los sacerdotes a menudo “abofeteaban al país con revoluciones”.⁷⁰

⁶⁷ Maria Clinton Collins (ed.), “Journal of Francis Collins. An Artillery Officer in the Mexican War”, en *Quarterly Publication of the Historical and Philosophical Society of Ohio*, vol. 10, núm. 2 y 3, (abril-julio, 1915), p. 88.

⁶⁸ Johannsen, *op. cit.*, p. 167 y Winders, *op. cit.*, p. 13.

⁶⁹ Oswandel, *op. cit.*, p. 226. Véase también a Jamieson, *op. cit.*, pp. 49-50.

⁷⁰ M’Sherry, *op. cit.*, p. 153.

Los antiguos edificios de la Inquisición atestiguaban las consecuencias nefastas de otorgar poder al “papismo”. En la capital mexicana muchos invasores pisaron por primera vez un lugar dedicado a la tortura y reflexionaron cuán peligrosa podía ser la Iglesia si administraba justicia.⁷¹ Otro combatiente recordaba la masacre de San Bartolomé en Francia (1572) y pensaba que “cientos de vidas inocentes han sido perdidas y muchas más se perderán si no se destierra al catolicismo de este país”. Él mismo apuntaba que, gracias a interminables atrocidades y matanzas, el imperio del Papa había logrado expandirse hasta alcanzar la hegemonía en naciones como México.⁷²

Antes de arribar a Veracruz, muchos estadounidenses habían leído al historiador William Prescott, de modo que sintieron como si los días de Hernán Cortés volvieran y se viviera otra vez el “largo” y “tiránico” gobierno español y su “crueldad” cristiana.⁷³ La historia de la conquista española se convirtió en fuente de inspiración para ellos y les hizo recordar las antiguas matanzas de indígenas en nombre de Dios y del rey.⁷⁴

Según John Blout Robertson, del 1° Regimiento de voluntarios de Tennessee, el pueblo mexicano era el más oprimido del mundo por el Papa. Para él, la religión católica mostraba en México sus peores características, tales como el fanatismo, la adoración de imágenes y la degradación de las personas a un estado de servilismo:

El catolicismo ha degenerado al pueblo a su nivel más bajo con su idolatría. México nunca podrá ser libre hasta que se sacuda el yugo opresor de la Iglesia y las personas se quiten los grilletes de la superstición. Una religión de imágenes y ceremonias no es la religión para un pueblo que ha sido, por centurias, arrastrado hacia el paganismo y la idolatría [de sus

⁷¹ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 150.

⁷² Oswandel, *op. cit.*, p. 174 y 402.

⁷³ Tennery, *op. cit.*, p. 100.

⁷⁴ Johannsen, *op. cit.*, p. 30.

dioses prehispánicos]. Si bien en todas las casas se puede ver el símbolo del catolicismo, es fácil ver que los ignorantes mexicanos, aunque repitan sus Aves Marías, sus Padrenuestros y sus Rosarios, son incapaces de mirar más allá de lo que sus ojos perciben.⁷⁵

La educación también fue criticada. Un voluntario del segundo regimiento de Ohio señaló que, siendo la ignorancia una herramienta importante para subyugar al pueblo, en las escuelas, además del mediocre nivel de formación, los niños aprendían sobre sus deberes con los sacerdotes y el Papa haciendo a un lado la verdadera educación.⁷⁶ Según un ciudadano-soldado de Tennessee, los infantes aprendían todos los santos del calendario con sus respectivos milagros y solo repetían como pericos el Credo, el Ave María y el Padre Nuestro. También conocían las ceremonias religiosas como el Corpus Christi pero ignoraban si San Petersburgo estaba en Asia o Europa. A estas criaturas se les había enseñado que México era la nación más grande del mundo y España la siguiente.⁷⁷ Ambas eran, desde la concepción del invasor, naciones católicas y retrógradas.

A diferencia de otros países del mundo que habían logrado sacudirse del yugo espiritual del catolicismo, para los invasores México era la prueba de las ambiciones del Papa. Si una nación determinaba abrir sus puertas al “romanismo”, debería ser, como en

⁷⁵ [John Blout Robertson], *Reminiscences of a campaign in Mexico; By a member of "The bloody-first"*, Nashville, John York & Co., Publishers, 1849, p. 272.

⁷⁶ Hammond, *op. cit.*, p. 214, Moore, *op. cit.*, p. 50, Oswandel, *op. cit.*, p. 220 y Zeh, *op. cit.*, p. 52.

⁷⁷ George C. Furber, *The Twelve months volunteer; or Journal a private in the Tennessee cavalry in the campaign, in Mexico, 1846-47*, Cincinnati, J. A. & U. P. James, 1848, pp. 610-611. Parte de la aversión hacia la Iglesia se debe, entre otras cosas, al bagaje anticatólico obtenido por los soldados en Estados Unidos, pero no debemos descartar que muchas de estas interpretaciones negativas fueron el resultado del poco entendimiento del “papismo” o, al menos, al desconocimiento de los ritos católicos. Así, un voluntario del 2º regimiento de Pennsylvania, al observar una procesión, dijo literalmente “no entiendo”. John William Larner (ed.), *op. cit.*, Parte II, p. 406.

efecto lo hacía Estados Unidos, delimitando sus funciones solo a los intereses religiosos y no permitiendo la intromisión en la vida política del país.

El anticatolicismo estadounidense, entonces, debe entenderse como un elemento que, en la concepción protestante, dislocaba las democracias del mundo y perturbaba el libre ejercicio de los derechos individuales. La imagen del Papa se convertía así en la de un tirano que sometía a naciones enteras, no con las armas, como antaño lo hizo en las Cruzadas, sino con las creencias religiosas. Era, pues, una conquista espiritual que solo podía detenerse si los mexicanos conseguían verdadera libertad política y emancipación religiosa.

5.- Iglesias y conventos

Después del bombardeo y la capitulación de Veracruz, los estadounidenses visitaban a menudo esta ciudad portuaria. Muchos de ellos quedaron profundamente conmovidos por la destrucción de las calles y las casas.⁷⁸ Algunos más, sin embargo, se sintieron impresionados por la majestuosidad de las iglesias aunque quedaron asombrados al ver cómo las bombas habían destrozado los altares y arrojado en distintas direcciones los ornamentos, vestimentas de sacerdotes e imágenes de santos.⁷⁹

En efecto, muchos estadounidenses se mostraron maravillados con la arquitectura de los edificios religiosos, como fue el caso de Thomas Bailey, músico de la compañía C del 5° regimiento voluntario de Indiana. Las catedrales de la Ciudad de México y Puebla, por su

⁷⁸ Para una revisión completa del bombardeo sobre Veracruz véase a Cristóbal Alfonso Sánchez Ulloa, “Del golfo a los médanos. Veracruz y sus ocupantes estadounidenses en 1847-1848”, México, Tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto Mora, 2014, pp. 29-36.

⁷⁹ Kurutz (ed.), *op. cit.*, p. 123.

hermosura y gran tamaño, dejaron también boquiabiertos a otros tantos observadores.⁸⁰ Un invasor, por su parte, quedó fascinado porque tanto ricos, pobres, negros, indígenas, mestizos, criollos, en fin, todas las personas habidas y por haber, disfrutaban en general de la misa, sin exclusión, como sí sucedía en Estados Unidos.⁸¹ Pero más allá de la supuesta igualdad que reinaba en los templos o su belleza arquitectónica, el contacto cotidiano con estos lugares reanimó la animadversión contra el “papismo”, ya que en muchas ocasiones serían ocupados como cuarteles durante semanas o meses.

Por lo demás, no todo fue asombro y deleite entre la tropa, también existió abundante crítica. El soldado Theodore Ebbert entró a una iglesia de la ciudad de Veracruz y, al observar la crucifixión y los largos cabellos que caían sobre el rostro del hijo de Dios, mostró indignación al ver la figura ya que el protestantismo condena la representación de las sagradas escrituras en imágenes y estatuillas.⁸² El voluntario William Burgess, del regimiento de Nueva York y de familia puritana, dijo: “Me metí [en] una de sus iglesias más grandes. Son las iglesias más pretenciosas que he visto. No [dicen] nada, para mí que esto es una burla”.⁸³

⁸⁰ Thomas Bailey, “Diary of the Mexican War”, en *Indiana Magazine of History*, vol. 14, núm. 2, (Junio, 1918), p. 142. Véase también Ann Brown Janes (ed.), *Gathering Laurels in Mexico. The Diary of an American Soldier in the Mexican American War*, Massachusetts, The Cottage Press, 1990, p. 11, Ruth C. Carter (ed.), *For honor, glory and unión: The Mexican and Civil War letters of Brig. Gen. William Haines Lytle*, Kentucky, University Press of Kentucky, 1999, p. 47 y Semmes, *op. cit.*, pp. 143-144.

⁸¹ Wintson y Judah (comps. y edits.), *op. cit.*, p. 410.

⁸² Theodore S. Ebbert, *Mexican War Letters, 1847-1848*: http://library.uta.edu/usmexicowar/transcription.php?content_id=451. Consultado el 2 de octubre de 2014.

⁸³ Gojman (comp.), *op. cit.*, p. 144.

A los invasores les parecía que la característica principal de los pueblos, ciudades, ranchos y haciendas eran las iglesias, capillas o parroquias, así como, en el caso de los dos primeros de una plaza y una casa consistorial o Ayuntamiento, pero también la suciedad, las pulgas y la vulgaridad de sus habitantes.⁸⁴ Dos voluntarios del regimiento de Carolina del Sur opinaban que las iglesias valían más, económicamente hablando, que cualquier pueblo.⁸⁵ Un regular estaba convencido de que la opulencia de las casas de oración era la causa de la pobreza, ya que en ellas se acumulaban grandes cantidades de oro mientras sus feligreses vivían en la pobreza.⁸⁶

Así pues, una casa del culto católico podía despertar múltiples reacciones entre los protestantes. Muchos las visitaban, no como creyentes sino como turistas y para deleitar sus oídos con la música.⁸⁷ Para ellos, una iglesia era un lugar extraño, repleto de solemnidad y misterio, aunque también podía parecer oscuro y gris como un matadero. Esto estuvo a punto de suceder en la catedral de Puebla cuando unos guerrilleros capturaron a unos soldados enfermos de diarrea y amagaron con quitarles la vida. Los del 1° de Pennsylvania destruyeron las puertas del recinto y los liberaron. Para los invasores esta acción supuso un vínculo entre el clero y la guerrilla mexicana.⁸⁸

Hechos como el último angustiaron a algunos sectores del ejército. Un teniente del ejército regular, por ejemplo, expresó miedo a ser asesinado si visitaba una iglesia sin

⁸⁴ George Ballentine, *Autobiography of an English soldier in the United States Army. Comprising observations and adventures in the States and Mexico*, Nueva York, Stringer & Townsend, 1853, p. 230, Semmes, *op. cit.*, p. 121, Blackwood (comp.), *op. cit.*, p. 131 y Zeh, *op. cit.*, p. 49.

⁸⁵ Hammond (ed.), *op. cit.*, p. 214 y Moore, *op. cit.*, p. 74.

⁸⁶ Ballentine, *op. cit.*, pp. 232-233. Véase también Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 104.

⁸⁷ M'Sherry, *op. cit.*, p. 37.

⁸⁸ Oswandel, *op. cit.*, pp. 265-266.

compañía.⁸⁹ Otros más presenciaban con temor las misas o describían las celdas de los conventos como frías y tristes.⁹⁰ Unos, en cambio, se divertían con los “Avisos para los fieles”, porque según un voluntario de Kentucky le causaba hilaridad ver comunicados tan terrenales en un lugar de oración.⁹¹

Para Thomas Tennery, de la compañía E del regimiento de voluntarios de Illinois, vio cómo un sacerdote que apareció en el púlpito de una iglesia tenía una apariencia venerable y de respeto. En contraste, los rezos de los fieles y su postura de rodillas frente a imágenes y veladoras le parecieron absurdas ya que no podía concebir tanto fanatismo reunido en un solo lugar.⁹² Cabe señalar que las iglesias podían ser interpretadas por los invasores como los dominios personales de los clérigos y desde donde usurpaban los poderes de Dios.

No era necesario ver una iglesia o entrar en ella para causar molestia entre las tropas estadounidenses, pues el mero sonido de las campanas les parecía “el ruido más horrible que uno puede escuchar en la vida. Casi pierdo la cabeza”.⁹³ Un voluntario, al oír las campanadas, recordó con nostalgia los repiques de un templo luterano y trinitario en Lancaster, Pennsylvania, aunque, recalcaba, allá no era tan frecuente ni tan fastidioso el zumbido. Dado el inmenso número de iglesias en Puebla, ese terrible “ding dong” se repetía cada cinco

⁸⁹ Anderson, *op. cit.*, p. 153.

⁹⁰ Kirkham, *op. cit.*, p. 93.

⁹¹ William Preston, *Journal in Mexico by lieutenant colonel of the fourth Kentucky regiment of volunteers. Dating from November 1, 1847 to May 25, 1848*, s/l, s/e, s/a, p. 28.

⁹² Tennery, *op. cit.*, p. 46. Las leyendas sobre la construcción de algunas iglesias también despertaban el escepticismo de los invasores. De acuerdo con un voluntario, los ingenuos mexicanos creían firmemente que la catedral de Puebla había sido erigida por los ángeles en una sola noche, hecho falso para él, quien calculaba que el edificio había sido construido como mínimo, en más de cincuenta años. Lewis A. Norton, *Life and adventures of Col. L. A. Norton. Written by himself*. Oakland, Pacific Press Publishing House, 1887, p. 172.

⁹³ McClellan, *op. cit.*, p. 40.

minutos y ocasionaba que los “papistas” se santiguaran, orasen y que, incluso, si dos léperos estaban arreglando sus diferencias a golpes, detuvieran su duelo, se hincaran y perdonaran las ofensas.⁹⁴

Los invasores rechazaban las campanas no solo por su sonido molesto, sino por el material con del que estaban hechas, pues servían para hacer armas y proyectiles para matarlos. El coronel David Campbell, del 1º regimiento de voluntarios de Tennessee, tenía entendido que eran bajadas de los campanarios y fundidas para construir cañones.⁹⁵ ¿No serían incluso las campanas las principales responsables de una de las batallas más sangrientas para los invasores, con casi 800 bajas y más de 1 000 heridos? Recordemos que días antes del combate de El Molino del Rey (8 de septiembre de 1847), el general Scott se enteró de “que las campanas de las iglesias habían sido enviadas para ser fundidas como cañones. Así pues, determiné destruir la fundición”.⁹⁶

⁹⁴ Oswandel, *op. cit.*, p. 241.

⁹⁵ Moore, *Scott's campaign...*, *op. cit.*, p. 104, George L Sioussat (ed.), “Mexican War Letters of Col. William Bowen Campbell of Tennessee, Written to Governor David Campbell of Virginia, 1846-1847”, en *Tennessee Historical Magazine*, (junio, 1915), p. 165.

⁹⁶ Scott, *op. cit.*, p. 505, R. S. Ripley, *The War with Mexico*, vol. II, Nueva York, Harper & Brothers, 1849, p. 357, John Frost, *The Mexican War and its warriors; comprising a complete history of all the operations of the American armies in Mexico: with biographical sketches and anecdotes of the most distinguished officers in the regular army and volunteer force*, New Haven & Philadelphia, H. Mansfield, 1848, p. 185 y *General Scott and his Staff: Comprising memoirs of generals Scott, Twiggs, Smith, Quitman, Shield, Pillows, Lane, Cadwalader, Patterson and Pierce; Colonels Childs, Riley, Harney, and Butler, and other distinguished officers attached to general Scott's army; together with notice of general Kearny, colonel Doniphan, colonel Fremont, and others officers distinguished in the conquest of California and New Mexico. Interspersed with numerous anecdotes of the Mexican War, and personal adventures of the officers. Compiled from public documents and private correspondence. With accurate portraits, and other beautiful illustrations*, Nueva York, Books for Libraries Press, 1970, p. 51.

En suma, la animadversión en contra de iglesias, conventos y monasterios, proyectada a través de cartas, diarios de guerra y memorias, se vería reflejada cuando las tropas fueran acuarteladas en estos lugares. En efecto, los combatientes harán patente su anticatolicismo con acciones como saqueos, profanaciones e incluso defecando en los altares de los lugares de oración.⁹⁷

6.- Gestando la profanación de iglesias y conventos

Al contemplar las riquezas de la Catedral capitalina, el viajero anglosajón George Ruxton observó en 1847 que sus ornamentos de oro y plata corrían el riesgo de ser saqueados por los voluntarios.⁹⁸ Más allá de la advertencia de un trotamundos como él, vale la pena escuchar los testimonios de los combatientes. La aspiración de profanar una casa de oración era alimentada en Estados Unidos por los mismos reclutadores del ejército. Fue el caso de los “yorkers”: “A los reclutas se les prometió carne asada y dos dólares por día, whiskey en abundancia, *golden Jesuses* [crucifijos de oro], mexicanas jóvenes y guapas, uniformes nuevos, un rápido retorno a casa y todas las cosas exóticas que pudieran desear e imaginar”.⁹⁹

Durante el alistamiento de los voluntarios de Carolina del Sur se les prometió también crucifijos de oro como complemento de su paga, mientras que los de Massachusetts fueron invitados a saquear las iglesias por los periódicos locales. La prensa nacional hizo lo propio con los demás regimientos del país.¹⁰⁰ Cuando se supo del nombramiento de sacerdotes en el ejército, algunos nativistas de Tennessee formaron una compañía con 92 hombres

⁹⁷ Véase los capítulos III y IV.

⁹⁸ George Frederick Ruxton, *From Veracruz to Chihuahua in the days of the Mexican War*, Nueva York, Outing Publishing Company, 1915, p. 76.

⁹⁹ Ward, *op. cit.*, p. 8.

¹⁰⁰ Paul Foos, *op. cit.*, p. 54 y 67 y Pinheiro, “Crusade...”, *op. cit.*, p. 141.

denominada “Protestantes invencibles”. A los reclutas se les ofreció *golden Jesuses* como parte de su remuneración, aunque el estado de Tennessee rechazó sus servicios porque se negaron a aceptar capellanes católicos en su unidad.¹⁰¹

¿Qué pasaba con los demás ciudadanos-soldados? Es probable que desearan el oro de las iglesias desde antes de pisar el suelo mexicano. Escritores estadounidenses como el ministro Waddy Thompson, el secretario de legación Brantz Mayer o el popular historiador William H. Prescott, así como los primeros conquistadores españoles como Bernal Díaz del Castillo o el explorador Alexander von Humboldt,¹⁰² habían señalado la riqueza de los templos y la abundancia de oro y plata en las tierras descubiertas.¹⁰³ Si los invasores no eran aficionados a la literatura y a la historia cabía la posibilidad de que viajeros y comerciantes

¹⁰¹ Pinheiro, “Crusade...”, *op. cit.*, pp. 138-139.

¹⁰² Eran leídos, al menos, por: M’Sherry, *op. cit.*, p. 196, Preston, *op. cit.*, p. 8, Moore, *Scott’s campaign...*, *op. cit.*, p. 100 y 204, Baker (ed.), *op. cit.*, p. 109, John Sedwick, *Correspondence of John Sedwick Major General*, vol. 1, Carl & Ellen Battelle Stoeckel, 1902, p. 96, Jamieson, *op. cit.*, p. 61 y Kenly, *op. cit.*, p. 417. Veáse también Johannsen, *op. cit.*, pp. 149-150, Pinheiro, “Crusade...”, *op. cit.*, p. 38 y Peter Guardino, “‘In The Name of Civilization and with a Bible in Their Hands:’ Religion and the Mexican American War 1846-48”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 30, núm. 2, (verano, 2014) p. 349.

¹⁰³ Entre múltiples ejemplos, Waddy Thompson señala la riqueza de la Catedral de la Ciudad de México: “El primer objeto que puede observarse en el interior de la catedral es el altar, que está decorado con reliquias pulidas en plata y ornamentos cubiertos de oro puro”. Waddy Thompson, *Recollections of Mexico. Late envoy extraordinary and minister plenipotentiary of United States at Mexico*, Nueva York y Londres, Wiley and Putnam, 1846, p. 39. También menciona que varios edificios tenían acabados de oro. *Ibid.*, p. 40. El historiador William Prescott, por su parte, proyectó en su obra la imagen de un México prehispánico rico en metales preciosos, jade y plumas exóticas. William H. Prescott, *The conquest of Mexico*, vol. I, Londres, Chatto & Windus, 1922, p. 21, 25, 28, 31, 79 y 80.

alimentaran su imaginación con ideas de que México era “la tierra de los tesoros de oro y plata”.¹⁰⁴

Algunos estadounidenses pensaban que, a su regreso a casa, sus seres amados querrían ver las cuantiosas riquezas conseguidas como una compensación a los sufrimientos de la guerra. Fue el caso de B. Sawin, voluntario del regimiento de Massachusetts, quien en una carta dirigida a sus familiares les dijo: “Supongo que piensan que volveré con cargamentos repletos de imágenes de oro conseguidos con el saqueo”,¹⁰⁵ mientras que George McCormic, de un regimiento de Kentucky, ofreció oro y crucifijos a su prometida cuando retornara de los campos de batalla.¹⁰⁶

El historiador Brian M. McGowan afirma que al arribar las tropas a Louisiana, de donde partirían a Veracruz, y pese a ser éste uno de los estados más católicos de Estados Unidos, reservaron todo su anticatolicismo para México, aunque no explica las causas.¹⁰⁷ Por lo demás, una vez en las tierras de Moctezuma, los invasores deambulaban a menudo por las calles esperando encontrar una distracción para matar el terrible fastidio del acantonamiento: “Después de nuestro arribo concluimos ir a la iglesia, la cual encontramos casi repleta de soldados, quienes, como nosotros, fueron para ver qué podía ser visto”.¹⁰⁸ Sabemos que la idea de la profanación creció gracias al contacto visual con las riquezas, ya que muchos

¹⁰⁴ Everhard Welter, *Forty two years of eventual life in two wars, in the great wild west and Washington D. C., of a veteran of Mexican War, now almost blind, whit a appendix*, Washington D. C., Sin Editorial, 1888, p. 12.

¹⁰⁵ B. Sawin, “No. VIII. A second letter from B. Sawin, esq”, en James Rusell Lowell (comp.), *The Biglow Papers*, Londres, Trubner & Co., 1859, p. 90.

¹⁰⁶ Guardino, *op. cit.*, p. 349.

¹⁰⁷ Brian M. McGowan, “The Second Battle of New Orleans: The Crescent City and the Anglo ‘Invasion’ of 1846”, en *Louisiana History: The Journal of the Louisiana Historical Association*, Vol. 51, No. 1 (invierno, 2010), p. 39.

¹⁰⁸ Oswaldel, *op. cit.*, p. 104.

oficiales voluntarios manifestaron preocupación por “el vandalismo que prevalece en el ejército”.¹⁰⁹

En efecto, es claro que en Estados Unidos existían iglesias, pero los mismos estadounidenses católicos resaltaron la riqueza de las de México y muchos voluntarios reflexionaron sobre el valor de las decoraciones religiosas.¹¹⁰ Otros más echaron a andar su imaginación al ver las riquezas de la catedral de México: “¿Qué pasará cuando todos los ornamentos de esta catedral sean sacadas con todo y las inmensas cantidades de piedras preciosas que tiene?”.¹¹¹ Un voluntario de Pennsylvania, por su parte, hizo sesudas reflexiones de cuánto costaría una imagen de la virgen de la Concepción.¹¹² Así pues, una de las causas de que los invasores respetaran las iglesias católicas de Nueva Orleans debió ser porque estas eran hermosas por fuera pero austeras por dentro, como la catedral de San Louis, a diferencia de las mexicanas que por todas partes rebosaban lujo y riqueza.

El pillaje no fue una cuestión espontánea, mucho menos improvisada, al menos no para los ciudadanos-soldados del 2º regimiento de Illinois, quienes calcularon friamente un atraco al clero. El teniente primero, Lewis A. Norton de la compañía I de este regimiento, señaló que en una junta confidencial en Puebla:

Había 25 oficiales que hablaban sobre un asunto con gran recelo. Al dar mi palabra de honor de salvaguardar el secreto que discutían, supe lo que se traían entre manos. Sabían por una fuente confiable que los diamantes y las riquezas del clero habían sido depositados en una hacienda del obispo [...] El plan consistía en que los ahí presentes formaran una partida para robar la hacienda y se vistieran de soldados rasos por si eran vistos saqueando el lugar. Me

¹⁰⁹ Norton, *op. cit.*, p. 179 y 193.

¹¹⁰ Véase en especial a Larner (ed.), *op. cit.*, p. 231.

¹¹¹ Jamieson, *op. cit.*, p. 88.

¹¹² Oswaldel, *op. cit.*, p. 470.

aseguraron que si la empresa resultaba exitosa, todos seríamos millonarios. Me negué a participar en ella.¹¹³

En casos excepcionales los combatientes deseaban reformar la Iglesia mexicana. Uno de ellos fue el general de voluntarios Robert Patterson, quien para realizar dicho cambio consideraba necesario saquear “los tesoros de oro y plata así como las joyas de las iglesias. Esta guerra –continuaba- es para purificar y castigar a esta nación que se ha desviado del camino y muchos de nuestros oficiales concuerdan conmigo. Es por ello que una mano divina nos trajo para emprender esta tarea celestial”.¹¹⁴

Las piedras preciosas, que en ocasiones también adornaban las casullas de los sacerdotes en las fiestas patronales, fueron objeto de interés o desagrado entre los invasores.¹¹⁵ Una catedral católica era un espectáculo ináudito para aquellos que entraban por primera vez en ella. La mirada protestante condenó tácita y explícitamente los ornamentos ya que los concebían como una riqueza improductiva y suntuaria propia de la Edad Media.¹¹⁶

En efecto, toda esta opulencia y pompa contrastaba con la sencillez de los templos protestantes, a los cuales los invasores estaban acostumbrados a ver en su país,¹¹⁷ mientras que en México los hermosos trabajos artesanales adornaban las paredes de los recintos sagrados. Su atención era excitada por imágenes de santos alumbradas por veladoras, aunque el interés era mayor para los ornamentos de oro y plata. Después de todo, para muchos de

¹¹³ Norton, *op. cit.*, pp. 212-214.

¹¹⁴ Paul Foos, *op. cit.*, p. 128. En el capítulo siguiente se observará la relación entre los pensamientos y las acciones de este militar.

¹¹⁵ Anderson, *op. cit.*, p. 18, M'Sherry, *op. cit.*, p. 154 y Oswandel, *op. cit.*, p. 161.

¹¹⁶ Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 101.

¹¹⁷ Kurutz (ed.), *op. cit.*, p. 143.

ellos estos objetos suntuarios deberían ser utilizados para el crecimiento económico y no para ser expuestos en las casas de oración como trofeos o falsas reliquias:

Si venerar una imagen o a la hostia sagrada en un Cáliz era idolatría, ¿por qué no darles a estos objetos un destino más útil? Más de un voluntario se alistó soñando en la posibilidad de llevarse un Dios de oro y un Jesús de plata de una iglesia mexicana. Y si no se podía encontrar una figura de esa naturaleza, ¿por qué no llevarse un cáliz?¹¹⁸

En aquellos días de guerra, cantar fue una actividad importante para matar el tiempo y desplegar las tropas en el campo de batalla.¹¹⁹ También distraía a los hombres de las penalidades ocasionadas por el hambre, la sed o el cansancio.¹²⁰ ¿Pero esto qué tenía que ver con la profanación? Como expresión cultural, la canción reflejaba el sentir y pensar de la tropa. Entre el abundante repertorio existente sobresalen algunas cuya finalidad era incitar al saqueo de metales preciosos en México,¹²¹ mientras que en otras brillaba el deseo de robar las riquezas eclesiásticas:

Somos los soldados que vamos hacia México

cantando *Yankee Doodle Dandy*.

El oro y las imágenes de plata

son abundantes y están a nuestro alcance.

Las magníficas iglesias con sus altares ricos en ornamentos

¹¹⁸ Peter Guardino, “La Iglesia mexicana y la guerra con los Estados Unidos”, en Brian Connaughton y Carlos Rubén Ruíz Medrano (coords.), *Dios, religión y patria. Intereses, luchas e ideales socioreligiosos en México*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2010, p. 241.

¹¹⁹ Oswaldel, *op. cit.*, p. 46, 63 y 470.

¹²⁰ [Robertson], *op. cit.*, p. 278 y Moore, *Scott’s campaign...*, *op. cit.*, p. 102 y Oswaldel, *op. cit.*, p. 115.

¹²¹ “Liberty and Texas”, en William M’Carty (comp.), *National Songs, Ballads and others patriotic poetry, chiefly relating to the war of 1846*, Filadelfia, Publicado por el autor, 1846, p. 106.

y los santos con collares de diamantes,
se convertirán en nuestros brillantes dólares.¹²²

Después de todo, aquellas hermosas reliquias, copones, vasos, candelabros y demás objetos decorados con piedras preciosas habían sido adquiridos con la miseria del pueblo y el oportunismo de los sacerdotes que pedían limosnas -sin importarles que fueran ricos o pobres, estuviesen andrajosos o bien vestidos- a fin de continuar decorando las iglesias con más ornamentos innecesarios o acumulando fuertes sumas de dinero.¹²³ Así, un voluntario relataba que, cada sábado por la tarde, los viejos sacerdotes, en lugar de practicar el sagrado Sabbath, iban de puerta en puerta a fin de cobrar la renta de sus propiedades para engordar aún más la fortuna del clero.¹²⁴ Todo esto disgustaba a los combatientes que veían al catolicismo mexicano convertido en un negocio redituable más que en una doctrina de caridad y compasión.

7.- Los “siervos de Dios”, esos infieles “monstruos”

Los ataques contra los sacerdotes fueron un elemento central de las manifestaciones anticatólicas durante la ocupación estadounidense de México. Los “siervos de Dios” que, a menudo acusaban erróneamente de protestantes, herejes, judíos o demonios a todos los invasores,¹²⁵ se convirtieron también en símbolo de beligerancia, cuestión que los invasores desaprobaron.

¹²² Canción citada por Peter Guardino, “In The Name of Civilization...”, *op. cit.*, pp. 349-350 y Pinheiro, “Crusade...”, *op. cit.*, pp. 142-143.

¹²³ Preston, *op. cit.*, pp. 37-38.

¹²⁴ Jamieson, *op. cit.*, p. 50.

¹²⁵ Semmes, *op. cit.*, p. 115.

En todos los pueblos, haciendas o pequeños poblados, así como en las grandes ciudades, había al menos un sacerdote y algunas monjas, en ocasiones más de lo que una pequeña comunidad podía necesitar. Con frecuencia, la vida de estos “siervos de Dios” era un misterio para los invasores quienes nunca habían visto a tantos religiosos reunidos en un solo lugar. Estos hombres, “monstruos” para el voluntario Oswandel, esclavizaban a los mexicanos, en especial en los pueblos donde, junto con el alcalde, eran las personas más influyentes.¹²⁶

Los sacerdotes fueron acusados de causar la miseria del país pues, concluida la conquista española, en su fanático celo religioso, destruyeron gran parte de la cultura prehispánica a la que denominaron pagana.¹²⁷ También de herejes pues se creía que servían al demonio y usaban la máscara del catolicismo para conseguir esbirros al Diablo.¹²⁸ Por otro lado, un voluntario de Illinois pensaba que si México seguía vinculado a la religión católica y bajo la influencia de los “monstruos”, las personas continuarían embrutecidas día y noche.¹²⁹

Los curas se diferenciaban del resto de la población porque vestían con elegancia, si bien algunos portaban ropas muy humildes. Los combatientes protestantes observaron con desagrado sus riquezas, producto de interminables sangrías al pueblo: “Los pícaros sacerdotes viven bastante bien y visten con paño fino; aunque es posible verlos en harapos, es bastante fácil reconocerlos por su gordura pues tienen cuerpos bien alimentados”.¹³⁰ A

¹²⁶ M’Sherry, *op. cit.*, p. 90, Oswandel, *op. cit.*, pp. 205, 281 y 571, Kirkham, *op. cit.*, p. 18 y Moore, *op. cit.*, p. 100.

¹²⁷ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 131.

¹²⁸ Clinton (ed.), *op. cit.*, p. 88.

¹²⁹ Tennery, *op. cit.*, p. 100.

¹³⁰ Kirkham, *op. cit.*, p. 21

más de un religionario ver a un niño hambriento, sucio y desnudo que seguía una procesión encabezada por un “gordo” sacerdote y con ropas elegantes debió causarle indignación y molestia por los enormes contrastes entre uno y otro.

Los estadounidenses protestantes observaron cómo los religiosos utilizaban la superstición para subyugar al pueblo: “la gente es muy fanática, los sacerdotes ejercen un control ilimitado sobre ellos”.¹³¹ Así, después de un fuerte temblor, un combatiente se sorprendió ante el comportamiento de los mexicanos y el influjo del sacerdote:

Inmediatamente estuve seguro de que era un terremoto, y recordando lo que me habían dicho de los hábitos de la gente, salté y corrí hacia una ventana del frente donde, efectivamente, vi a todos los mexicanos de rodillas, algunos en medio de la calle, pero la mayoría en las banquetas. Directamente delante de mi ventana y en medio de la calle había un *sacerdote*. Despreciable bribón, pensé, tu superstición, tan impresionante para la pobre gente, te protege del temor de un peligro común. Algunos soldados norteamericanos estaban de pie contemplando la escena.¹³²

¹³¹ *Ibid.*, p. 18.

¹³² Baker (ed.), *op cit.*, pp. 106-107. Cursivas de la fuente.

Imagen 4



Fuente: Hedley Donovan y David Nevin (eds.), *The Mexican War*, Virginia, Time Life Books, 1979, p. 63.

Natalie Zemon Davies observó cómo los protestantes del siglo XVI tenían un concepto de contaminación que nacía de la presunta suciedad sexual del clero católico.¹³³ En el caso de México se vio una cuestión parecida pues, según los invasores, los sacerdotes no respetaban sus votos. Algunos estaban casados y tenían hijos rompiendo así el de castidad (imagen 4) mientras determinados “monstruos” bebían en exceso el vino (la sangre) y la Hostia (el cuerpo de Cristo) durante la Consagración. Otros entraban a las fondas a emborracharse y recriminaban a los soldados los saqueos a las iglesias al tiempo que éstos

¹³³ Natalie Zemon Davies, *Sociedad y cultura en la Francia Moderna*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 156 y Tennery, *op. cit.*, pp. 160-161.

reían a carcajadas y les decían en tono picaresco: “¡Te embriagas tan solo por una Virgen!”.¹³⁴

Para otros:

Los sacerdotes de todo el país deberían no solo predicar, sino también practicar sus preceptos. Esto no sucede en México. El bajo clero es responsable de los más graves y atroces crímenes. [Aunque] de hecho, en proporción a su número, nadie es encontrado *in fraganti* cometiendo tales actos contra la ley de Dios y del hombre.¹³⁵

En el imaginario estadounidense, los sacerdotes no eran los únicos “monstruos”, las monjas también solían ser, como habían anunciado una década atrás Rebecca Reed y Maria Monk, mujeres depravadas y asesinas. Se decía que en Puebla un oficial fue convencido por una de ellas para que visitara el convento de San Francisco; una vez ahí, se dirigió a la celda de su anfitriona donde después de tomar un vaso, descubrió el cadáver de otra hermana. La monja le dijo que sacara el cuerpo mientras le apuntaba con una pistola. Sin más que obedecer, él se marchó con el cuerpo en los hombros y tras encontrarse con el amigo que lo aguardaba, le relató lo sucedido y expiró por el veneno ingerido en el vino. Esta anécdota, aunque falsa, fue muy popular entre los invasores acantonados en Puebla, quienes pronto vieron con recelo y desconfianza a las “hijas de Dios”.¹³⁶

En el mismo sentido, cuando unos protestantes observaron a un grupo de monjas enclaustradas en el convento de la Limpia Concepción en Puebla, expresaron que en su país

¹³⁴ Wynkoop (comp.), *op. cit.*, pp. 13-14.

¹³⁵ Preston, *op. cit.*, p. 272. En el mismo sentido, un oficial de artillería aseguraba que el día 14 de noviembre de 1847, un sacerdote fue sorprendido cuando se robaba a una doncella. Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 108

¹³⁶ Corydon Donnavan, *Adventures in Mexico: experienced during a captivity of seven months in the interior having been captured at Camargo by Canales band of guerrillas, with other American citizens marched to Valladolid beyond the city of Mexico, and sold into slavery*, Cincinnati, Robinson & Jones, 1847, pp. 95-96 y Wynkoop (comp.), *op. cit.*, pp. 22-26. Véase también Pinheiro, “Crusade...”, *op. cit.*, p. 202. El último autor considera falso el relato.

sólo estaban así las bestias salvajes de circo y los criminales.¹³⁷ En otros casos, ante la mirada del invasor, si bien las monjas solían ser mujeres muy amigables e incluso podían compartir la sal y la mesa,¹³⁸ eran extremadamente “idiotas y supersticiosas”.¹³⁹ La suma de estas percepciones negativas en su contra, seguramente influyó en los combatientes, en especial cuando éstos las expulsaban de sus celdas con violencia y tomaban posesión del claustro para convertirlo en su cuartel o caballeriza.

Regresando al tema de los sacerdotes, los invasores se percataron de que en México eran objeto de respeto y veneración, lo cual los convertía en hombres influyentes y con autoridad. En la guerra sirvieron bajo el mando del ejército mexicano como capellanes, diplomáticos o líderes para acabar con el enemigo, como sucedió en el sitio de Puebla del 14 de septiembre de 1847.¹⁴⁰

En efecto, para el invasor la religión católica representó un verdadero peligro pues las donaciones económicas y los sacerdotes soldados fueron un obstáculo para pacificar el país.¹⁴¹ Los últimos, montados a caballo o mezclados con la muchedumbre, eran uno de los elementos que más odiaban y es que estos hombres invocaban a todos los santos del

¹³⁷ *El Monitor Republicano*, “Copia de una carta escrita en Puebla por persona de toda confianza”, 5 de Julio de 1847.

¹³⁸ Zeh, *op. cit.*, p. 84.

¹³⁹ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 158.

¹⁴⁰ Oswandel, *op. cit.*, p. 298 y 373.

¹⁴¹ AHMX, Actas de Cabildo, vol. 59, “Acta celebrada el 22 de abril de 1847”, ff. 74-75. Véase también Brian Connaughton Hanley, *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria*, México, UAM/FCE, 2010, pp. 203-204. Se dice que Moses Y. Beach, un enviado especial estadounidense, había convencido al alto clero mexicano de no apoyar la guerra ni donar un solo peso al ejército mexicano. Sin embargo, José Bravo Ugarte ha señalado que: “Las diversas diócesis mexicanas, que, cada una dentro de sus posibilidades, estuvieron ayudando al Gobierno Nacional para los gastos de la guerra con los Estados Unidos”. José Bravo Ugarte, *Temas Históricos Diversos*, México, Editorial Jus, 1966, p. 145.

calendario para defender la religión del “bárbaro protestante” que saqueaba las casas del Señor.¹⁴²

Quizá más peligrosa que el ejército mexicano fue la guerrilla que peleaba detrás de las líneas de abastecimiento de los estadounidenses, atacaba a sus caravanas y solía emboscarlos en caminos y puentes. Estos grupos aterrorizaron a más de un invasor que encontró los cuerpos insepultos de sus camaradas asesinados por ellos.¹⁴³ Para el voluntario Oswandel, los guerrilleros “estaban divididos en diferentes bandas y cada partida estaba compuesta por un sacerdote católico. Su propósito es matarnos y su lema es ‘Sin cuartel a los yankees’”.¹⁴⁴

En la mente de algunos protestantes, los sacerdotes volvían a tornarse peligrosos como en la época de las Cruzadas. En efecto, un voluntario señalaba que en las venas de los clérigos corría sangre belicosa, pues muchas órdenes católicas habían sido formadas por monjes-guerreros para combatir a los musulmanes.¹⁴⁵ Pero también, como en la época de la Reforma, esos “monstruos” fueron de nuevo los enemigos por excelencia del protestantismo.

El cura párroco Celedonio Domeco de Jarauta encabezó una cruda guerra de guerrillas en las regiones de Veracruz, Puebla, Hidalgo, Estado de México, Guanajuato y tal vez en la capital mexicana. Los supuestos saqueos y atrocidades que cometió le hicieron acreedor del

¹⁴² Moore, *op. cit.*, p. 194.

¹⁴³ Johannsen, *op. cit.*, pp. 23-24.

¹⁴⁴ Oswandel, *op. cit.*, p. 215.

¹⁴⁵ Moore, *op. cit.*, p. 195.

epíteto de bandido, pues atacaba a mexicanos e invasores por igual.¹⁴⁶ La publicación estadounidense *Daily American Star* señaló:

Es probable que jamás se haya congregado una partida de hombres más depravados, sin principios y de peores sentimientos, que los que están a las órdenes de Jarauta [...] Los *ladrones*, pues no podemos llamarlos por otro nombre, estaban bien vestidos y montados, y el que parecía ser el cabecilla tenía una casaca militar. Durante la mañana habían hecho un buen negocio; tal como, a fuerza de armas, haber quitado un par de zapatos a algún desgraciado peón, haber quitado un rebozo a una pobre mujer, y otros muchos hechos de valor que caracterizan a estos ladrones, que quieren llamarse guerrilleros.¹⁴⁷

Los rumores de una conspiración para exterminar a todo el ejército estadounidense fueron muy extendidos a partir de la batalla de Cerro Gordo y alcanzaron su clímax el 26 de septiembre de 1847, cuando el cuartel general imprimió órdenes para alertar a todo el ejército sobre un levantamiento masivo en la Ciudad de México dirigido por el clero, pero éste nunca sucedió.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Clinton (ed.), *op. cit.*, p. 94.

¹⁴⁷ *Daily American Star*, “Los guerrilleros”, México, 28 de Enero de 1848. Cursivas de la fuente.

¹⁴⁸ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, pp. 131-132 y Jamieson, *op. cit.*, pp. 314-315. A decir de Ethan Allen Hitchcock, inspector general del ejército estadounidense, estos religiosos habían tenido que ver con los disturbios de la Ciudad de México: “Supongo que también el clero ha estado haciendo algo, pues dije a uno de ellos en la catedral –y le dije que comunicara lo que había dicho al cura principal– que, si el pueblo no cesaba el fuego, el general destruiría la ciudad y la entregaría al saqueo y, además, que las iglesias y las propiedades de éstas compartirían el destino de la ciudad. Al bribón lo encontré escondido en un lugar seguro y cuando empecé a decirle que el clero debía esforzarse, se encogió de hombros y dijo algo sobre su ‘humildad’ y que no tenía ninguna influencia; pero despertó cuando le hablé de la destrucción de las iglesias y sus propiedades y prometió hacer todo lo posible. Baker (ed.), *op. cit.*, p. 104.

En efecto, en el imaginario estadounidense los sacerdotes fueron los enemigos más temidos ya que inculcaban en sus feligreses animadversión hacia los invasores,¹⁴⁹ les decían que matar a un infiel y “diabólico” protestante era su deber como cristianos y mexicanos:

Vi a dos sacerdotes hablando con cuatro o cinco grasosos que la noche anterior intentaron asesinar me. Estos religiosos son los peores enemigos que tenemos en la presente guerra; se mezclan entre los pobres, ignorantes y poco civilizados para hacerles creer que nosotros, los americanos, somos herejes y estamos peleando por la causa del Diablo y contra la Iglesia católica y que ellos combaten por Dios, Cristo y su sagrada doctrina. En este sentido convencen a las personas de que, si mueren peleando, su alma volará al cielo sin necesidad de una misa.¹⁵⁰

Las lanzas de la guerrilla mexicana o la incitación de matar a un protestante no fueron los únicos métodos para lastimar al enemigo. La persuasión también jugó un papel importante. Sacerdotes como Antonio Triate o Rafael Ignacio Cortés fueron acusados de invitar al sector católico del ejército invasor a unirse a la causa mexicana, ya que según ellos, era un terrible error y un pecado imperdonable pelear contra su religión.¹⁵¹ Los desertores que formaron el Batallón de San Patricio y más tarde capturados en la batalla de Churubusco eran, para los soldados religionarios, traidores y leales al Papa antes que a Estados Unidos.¹⁵²

¹⁴⁹ Blackwood (ed.), *op. cit.*, p. 163.

¹⁵⁰ Oswald, *op. cit.*, p. 337. El término “grasoso” o “grasiento” servía para designar al pueblo bajo de México.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 230 y 543 y Kenly, *op. cit.*, pp. 381-382.

¹⁵² John Christopher Pinheiro, “‘Religion without restriction’: Anti-catholicism, All Mexico, and the Treaty of Guadalupe Hidalgo”, en *Journal of the Early Republic*, vol. 23, núm. 1, (verano, 2003), pp. 69-70. Dato curioso es que los sacerdotes invitaron a los inmigrantes del ejército invasor a pelear por su causa y, poco antes de morir colgados frente al castillo de Chapultepec o en Mixcoac en septiembre de 1847, un fraile abogó por ellos ante el general Scott. “San Ángel, noviembre, 1847”, en Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, p. 422-423. Así, los clérigos estaban en todos los asuntos de la vida política y social, sin olvidar su intromisión en los asuntos militares. Para los invasores, ellos eran los verdaderos líderes en México.

En resumen, la participación de sacerdotes en la guerrilla, la incitación a la violencia o la deserción revitalizaron el anticatolicismo del invasor, ya que se vio en ellos a otro enemigo con el que lidiar, además de las enfermedades, el ejército mexicano y los molestos mosquitos. Esta belicosidad del bajo clero mexicano debe entenderse como una de las causas principales de los ataques que recibieron de los estadounidenses durante procesiones, exequias, en espacios públicos o en las iglesias donde dominaban a la gente con sus “absurdas supersticiones”.

8.- Cómo la religión determinaba el comportamiento del hombre en armas

¿Toda esta animadversión del combatiente en contra de la religión católica podía determinar su comportamiento? Ortega y Medina señala que sí, pues dos décadas atrás frailes y sacerdotes caracterizaban a los protestantes como hijos de Satanás y, como esbirros del Diablo que eran, tenían cola. Cuenta que la curiosidad de los “papistas” al ver a los “herejes” era grande y que, para cerciorarse de tal creencia, los espiaban cuando nadaban en el río o se cambiaban de ropa.¹⁵³ Así pues, la creencia o animadversión, según sea el caso, suelen determinar las acciones de los individuos. El ser humano utiliza su fe para definir el bien y el mal, así como para aceptar o rechazar aquello que está en contra de sus convicciones espirituales.

En tal sentido, el general John A. Quitman señaló que el ejecutivo estadounidense, comandante en jefe de todas las fuerzas armadas, tenía una clara influencia puritana heredada de sus padres que definía su comportamiento y educación.¹⁵⁴ En los invasores se pudo

¹⁵³ Ortega, *op. cit.*, pp. 108-110.

¹⁵⁴ J. F. H. Claiborne (ed.), *Life and correspondence of John A. Quitman, Major general, U.S.A., and governor of the State of Mississippi*, vol. 1, Nueva York, Harper & Brothers, 1860, p. 350.

constatar lo mismo. Según el historiador Robert R. Miller, aquellos de ascendencia irlandesa o germana debieron de sentir nostalgia al ver las iglesias católicas en México y oír el repique de sus campanas, motivándose así a desertar del ejército estadounidense. A este trasfondo religioso, ha de sumarse la promesa de recibir tierras, buena paga y conservar el rango militar que les ofreció el gobierno mexicano.¹⁵⁵

En el mismo sentido, las creencias determinaron las rivalidades religiosas entre católicos y protestantes del mismo ejército invasor. Por ejemplo, en el 1º regimiento de voluntarios de Pennsylvania, los irlandeses “papistas” solían discriminar y llamar “hereje americano” a los combatientes de su misma nacionalidad pero que profesaban el protestantismo.¹⁵⁶ En otro caso, durante la batalla de Cerro Gordo, pudo observarse una muestra de esta intolerancia:

Un sargento llamado Armstrong recibió una bala en el cuerpo que lo dejó herido. Uno de los hombres que pertenecía a su compañía llegó a donde estaba agonizando y le preguntó si estaba herido; él respondió que estaba muy mal, a lo que su subalterno contestó: “Entonces que el Diablo te cure, en especial a tu negro corazón de granuja” [...] Este espíritu diabólico fue engendrado por un fenómeno llamado odio religioso. El sargento era un *Orangeman* [protestante irlandés] y el hombre que lo maldijo un católico [también irlandés].¹⁵⁷

Si bien los irlandeses católicos eran propensos a la intolerancia, mostraban más o menos congruencia a la hora de aplicar sus principios religiosos a otros aspectos de la vida y la muerte. Así, en tanto que los invasores protestantes no tenían inconveniente alguno en

¹⁵⁵ Robert Ryal Miller, “Los San Patricios en la guerra de 1847”, en *Historia Mexicana*, vol. 47, núm. 2, (oct-dic.), 1997, p. 347. El ejército mexicano imprimió folletos en alemán, inglés y franceses para invitar a los inmigrantes a desertar. Zeh, *op. cit.*, p. 55.

¹⁵⁶ Oswaldel, *op. cit.*, p. 230.

¹⁵⁷ Ballentine, *op. cit.*, pp. 182-183.

despojar de sus pertenencias personales a los caídos porque su religión no lo censuraba, los “comepapas” reprobaban este “pecado” por temor a Dios.¹⁵⁸

La religión también determinaba el comportamiento de “romanistas” y religiosos frente a las ceremonias católicas de los mexicanos. En Xalapa se realizaba una procesión a la que se sumó el coronel Thomas Childs, perteneciente al ejército regular y ferviente católico, junto con otros oficiales. El coronel ordenó a los ciudadanos-soldados presentar armas e hincarse ante la comitiva, portando en la mano izquierda el fusil y en la derecha el gorro. Los voluntarios, quienes eran protestantes, se negaron a realizar tan “absurda práctica” que iba en contra de sus creencias religiosas.¹⁵⁹ Lo mismo sucedió en Puebla cuando Childs fue gobernador.¹⁶⁰

Uno de los elementos más importante para entender cómo una creencia religiosa acondicionaba el comportamiento de los individuos fue la predestinación divina. La frase “Destino Manifiesto” fue un término inventado desde la prensa y adoptado por sus lectores y no lectores en 1845. John O’Sullivan escribió en su revista *United States Magazine* un artículo titulado “Annexation” donde hizo referencia a la necesidad de integrar Texas a Estados Unidos así como de detener la posible oposición francesa e inglesa a la anexión.¹⁶¹

¹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 192-193.

¹⁵⁹ Ballentine, *op. cit.*, pp. 212-213. El Coronel William Barton Roberts del 2º regimiento de Pennsylvania confirma esta procesión. Bert Anson (ed.), “Colonel William Barton Roberts in the Mexico City campaign-1847”, en *The Western Pennsylvania Historical*, vol. 39, núm. 4, (invierno, 1956), p. 260.

¹⁶⁰ Jamieson, *op. cit.*, p. 48 y Blackwood (ed.), *op. cit.*, pp. 171-172.

¹⁶¹ Robert W. Johannsen, “The Meaning of Manifest Destiny”, en Haynes y Morris (eds.), *op. cit.*, p. 8.

El impacto de las ideas de O'Sullivan fue inmediato. Sus palabras resonaron en los debates del Congreso y en el imaginario de algunos sectores protestantes revitalizando así las aspiraciones expansionistas. La creencia de que Estados Unidos era guiado por la Providencia para cumplir una misión constituyó un elemento significativo en el pensamiento de los invasores en México. La misión del expansionismo estaba inseparablemente vinculado con la idea del "Destino Manifiesto".¹⁶²

Por otro lado, los estadounidenses creían en las bondades del protestantismo y pretendieron implantarlas en el país invadido. Para algunos, hacerle la guerra era un deber como cristianos y soldados,¹⁶³ mientras que otros sintieron la necesidad de reformar el catolicismo llevando el verdadero evangelio a los mexicanos que se habían desviado del camino.¹⁶⁴ Esto nos hace inferir que, más allá de la conflagración armada, algunos combatientes pensaban que la guerra debería imponer el libre ejercicio de la religión en México.

En resumen, la religión determinó, en buena medida, el comportamiento de los invasores. Las creencias inculcadas décadas atrás en los jóvenes protestantes hacían eco en sus pensamientos y el contacto cotidiano con la Iglesia mexicana reafirmó sus prejuicios. No tardaron en concebir al catolicismo como una doctrina inferior y responsable del atraso político-económico de México. También sintieron que la "Putas de Babilonia" era peligrosa y un enemigo a vencer en las sendas y caminos donde atacaban sus sacerdotes, provocando odio, deseo de venganza y resentimiento entre ellos.

¹⁶² *Ibid.*, pp. 9-15.

¹⁶³ Kirkham, *op. cit.*, p. 97.

¹⁶⁴ Pinheiro, "Crusade...", *op. cit.*, pp. 152-153.

9.- Consideraciones finales

Pese a que el catolicismo y protestantismo tienen bases teológicas en común, su manera de rendir culto, realizar ritos y expresar su devoción son en ocasiones diferentes e incluso antagónicas. Por ejemplo, la Iglesia católica se ha caracterizado por el uso del sincretismo, hecho que para el invasor representó una mezcla de paganismo e idolatría. Los santos, vírgenes y querubines parecían un caleidoscopio de otras doctrinas y no merecían, en la concepción protestante, respeto alguno.

Así, las imágenes de santos y los ritos fueron criticados por el protestante. Los primeros representaban iconoclasia e idolatría. Los segundos una manifestación de ridícula parafernalia que mantenía ignorantes a los mexicanos. Si estos elementos no eran respetados desde el punto de vista teológico, tampoco lo serían materialmente hablando, ya que, como vimos, sus ideas y creencias determinaban sus acciones. No existiría, pues, ninguna línea que separara el anticatolicismo expresado con palabras y el de las acciones.

Esto se debe a que muchos invasores jamás habían visto una iglesia católica, mientras que otros que las conocieron en Louisiana o en Texas, encontraron diferencias muy contrastantes como el excesivo lujo y las riquezas. Para otros, la percepción del mundo se centraba solo en su entorno, es decir, su comunidad, barrio o ciudad y, por lo tanto, sus creencias religiosas estaban determinadas por aquello aprendido en las congregaciones protestantes y en la lectura de la Biblia, sin olvidar que vivieron en una época en que el anticatolicismo florecía en Estados Unidos. Al conocer cada vez más a México, descubrieron un mundo diferente en todos los sentidos, la república no era una república y el cristianismo no era cristianismo.

Por otro lado, es un hecho que la sociedad estadounidense no era la única en el mundo que se interesó por los metales preciosos, sin embargo, sí fue una de las que más se esforzó por conseguirlos. Cuando estalló la fiebre de oro en California en 1848, muchos desertores y ex-voluntarios de la guerra con México marcharon para allá para conseguir tan anhelada riqueza. Los ciudadanos-soldados de Massachussetts, por ejemplo, expresaron de inmediato su deseo de partir hacía el oeste en búsqueda de fortuna. El joven Zeh, quien peleó bajo el mando de Scott en la unidad Mountain Howitzer y Rocket Batallion, arribó a las minas doradas en 1851.¹⁶⁵ Por lo demás, grata fue la sorpresa del viajero John Audubon cuando encontró a Herman Thorn, héroe de la batalla de El Molino del Rey y capitán del 2° regimiento de infantería regular, quien guiaba a cientos de inmigrantes para establecerse en el paraíso californiano.¹⁶⁶

En resumen, y volviendo a México en los días de la guerra del 47, ¿qué pasaría si conjugamos la presencia de iglesias ricas en oro y plata, la indisciplina del voluntario, su deseo de obtener riquezas a costa del clero, su alcoholismo y fuerte anticatolicismo? Estas y otras preguntas se pretenderán responder en el siguiente capítulo.

¹⁶⁵ Foos, *op. cit.*, p. 163, Wintson y Judah (comps. y edits.), *op. cit.*, pp. 453-455 y Zeh, *op. cit.*, p. 85.

¹⁶⁶ John W. Audubon, *Audobon's Western Journal: 1849-1850. Being the MS. record of a trip New York to Texas, and overland journey through Mexico and Arizona to the gold-fields of California*, Cleveland, The Arthur H. Clark Company, 1906, p. 161.

Capítulo III. Sacrilegio y blasfemia

Ni uno solo de los ejecutados, incluso James Connolly, que se proclamaba de socialista y tenía fama de ateo, había dejado de pedir auxilio de un sacerdote antes de enfrentarse al pelotón. En una silla de inválido, con las heridas todavía sangrando de los balazos que recibió en los combates, Connolly fue fusilado luego de besar un crucifijo que le alcanzó el capellán de la cárcel de Kilmainham.¹

Mario Vargas Llosa, sobre la guerra civil irlandesa

Introducción

La mayoría de los generales estadounidenses mantuvieron una postura de no agresión hacia los lugares religiosos. Las órdenes venían desde arriba. El presidente James K. Polk estaba convencido de que debían mostrarse respetuosos con el catolicismo y rechazó categóricamente toda propuesta de emprender una guerra religiosa contra México.² Tenía fines prácticos. Era consciente de que los mexicanos creían que los invasores atropellaban los lugares santos, robaban las iglesias y perseguían sin compasión al culto católico. Su preocupación más grande era la respuesta del pueblo invadido; si se atacaban sus instituciones clericales temía exacerbar su “fanatismo religioso”.³ Se percataba, además, de la importancia de los sacerdotes como líderes del pueblo:

¹ Mario Vargas Llosa, *El sueño del celta*, México, Alfaguara, 2010, p. 357.

² James Polk, *Diario del Presidente Polk [1845-1849] Reproducción de todos los asientos relativos a México, tomados de la edición completa de M. M. Quaipe con numerosos documentos anexos relacionados con la guerra entre México y Estados Unidos*, vol. I, México, Antigua Librería Robredo, 1948, p. 134.

³ *Ibid.*, vol. I, p. 71 y 295.

El obispo [católico de Missouri] designaría cierto número de sacerdotes para que acompañaran al ejército. Si los sacerdotes católicos de México pueden quedar convencidos de que sus iglesias y su religión estarán a salvo, la conquista del Norte de México será fácil y habrá probabilidad de que la guerra sea de corta duración; pero si prevalece una opinión contraria, la resistencia a nuestras fuerzas será contraria.⁴

De ahí que para sedar la beligerancia mexicana, el comodoro David Conner promulgara en Tampico la ley marcial el 19 de febrero de 1847.⁵ Más tarde, Winfield Scott, general en jefe de las operaciones en el centro de México, la reimprimió e hizo valer en Veracruz, Puebla, Hidalgo, Tlaxcala, Estado de México, Morelos y el corazón del país. Esta medida exigía a los invasores respetar la vida y las propiedades de los invadidos e indicaba que la guerra debería hacerse contra el gobierno, no contra las instituciones democráticas o la religión católica. Su artículo 2º aludía, entre otras cosas, a los aspectos religiosos:

Se habla con referencia a las siguientes ofensas y crímenes; asesinatos, el acto de matar alevosamente, el acto de envenenar, el acto de forzar a una mujer [...], la acción de acometer a otro con violencia, el robo y el hurto, la profanación de los templos, cementerios u otros lugares sagrados, la interrupción de las ceremonias religiosas y la destrucción de las propiedades públicas o particulares, sin orden expresa de un oficial superior.⁶

⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 72.

⁵ Winfield Scott, *Memoirs of Lieut-General Scott. Written by himself*, vol. II, Nueva York, Sheldon & Company, Publishers, 1864, p. 540.

⁶ *El Monitor Republicano*, “Ley Marcial dictada por el general Scott”, 27 de septiembre de 1847, Scott, *op. cit.*, vol. II, p. 541 y *Headquarters of the Army, Puebla, Mexico, June 26, 1847. General Orders-No. 190. The General in Chief republishes his general Orders, No. 20, of February 19, 1847, (declaring Martial Law,) with important additions, to govern all who may be concerned*, Puebla, Sin editorial, 1847, p. 1. En Xalapa, el general Scott declaró: “El ejército de los Estados-Unidos respeta y respetará siempre la propiedad particular de toda clase, y la propiedad de la Iglesia mexicana; y desgraciado de aquel que así no lo hiciere donde nosotros estemos”. *Manifiesto del Gral. Winfield Scott*, Jalapa, S/E, 1847, pp. 2-3. Para dar mayor fuerza a sus argumentos, Scott presenció una misa en una iglesia del puerto de Veracruz, visitó al obispo de Puebla y decía que su hija había estudiado en un convento. Además solía presenciar los funerales católicos con mucho respeto. John William Larnier (ed.), “A Westmoreland Guard in Mexico, 1847-1848: The Journal of William Joseph McWilliams”, en *The Western Pennsylvania Historical Magazine*, vol. 52, núm. 3, (julio 1969), p.

La ley marcial constituye nuestro punto de partida y es que, a pesar de ella, los combatientes cometieron actos violentos contra la religión católica con total autonomía. El rancio anticatolicismo estadounidense, que había cobrado fuerza durante la década de 1820, se reflejó nuevamente en México. Así pues, en el presente capítulo se analizarán la profanación, el robo de ornamentos sagrados así como la violencia contra los sacerdotes y el culto católico. La primera y segunda parte son cronológicas y engloban del inicio de la invasión hasta el motín de la Ciudad de México, desde la óptica del pillaje. La tercera es temática y se enfoca en el estudio del sacrilegio en Veracruz, Puebla, el Estado de México, Hidalgo, Tlaxcala y la capital.

1.- Granos de arena y el camino a los palacios de Moctezuma

En febrero de 1847, ya podían observarse a los primeros soldados estadounidenses en las playas de Veracruz. Su misión consistía en barrer los obstáculos que impidieran el arribo de las fuerzas de Scott.⁷ Al igual que Hernán Cortés, el grueso del ejército pisó la isla de Sacrificios y, para marzo, desembarcó en las arenas de Antón Lizardo a los Dragones del coronel William Harney, a una división de regulares apoyada por una compañía de Louisiana y a una de Kentucky. La división voluntaria se compuso por un destacamento de artillería ligera, el 1° y 2° regimiento de Tennessee, el 1° y 2° de Pennsylvania, el 3° y 4° de Illinois,

227 y George Wintson Smith y Charles Judah (comps. y edits.), *Chronicles of the Gringos, The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyewitnesses & Combatants*, Nuevo México, The University of New Mexico Press, 1968, p. 409.

⁷ Cristóbal Alfonso Sánchez Ulloa, “Del Golfo a los médanos. Veracruz y sus ocupantes estadounidenses en 1847-1848”, México, Tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto Mora, 2014, p. 16.

el 1° de Carolina del Sur, el 2° de Nueva York y un regimiento de Alabama y otro de Georgia.⁸

Los preparativos del sitio no se concluyeron en un solo día. Artilleros e infantes trabajaron día y noche para establecer sus baterías. Durante ese tiempo, los voluntarios ocuparon el Santuario del Señor del Buen Viaje, el camposanto y su capilla que se encontraban fuera de la ciudad de Veracruz. Más tarde, construyeron parapetos para cortar las comunicaciones entre el puerto y el interior del país.⁹ Las preguntas son: ¿qué material usaron y de dónde lo obtuvieron para realizar esta tarea? El cura párroco Ignacio José Jiménez responde a estas incógnitas:

Cuando llegó la época fatal de la guerra, y por ello la ocasión de que las tropas Americanas acampadas en las inmediaciones del mismo cementerio, y después de haber dejado del Santuario del Señor del Buen Viaje solo las paredes convirtiendo en leña las maderas de todos sus Altares, Pulpitos, Confesionarios, Bancas, y pues hicieron lo mismo con las mesas y puertas de la Capilla del Cementerio, ya estropeada, como las tapias por los proyectiles y lo es más acaso por las consecuencias: [los invasores] han hecho pedazos los nichos sepulcrales que había, y estando los cadáveres y huesos que se encontraban depositados en ellos, hoy se ven regados en el pavimento, excitando al sentimiento de unos, al horror de otros, y quizá las maldiciones de muchos de los vivientes que percibieron o tienen noticia de tales desordenes.¹⁰

⁸ José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) Por un joven de entonces*, Tomo I, México, CONACULTA, 2003, p. 212.

⁹ J. Jacob Oswandel, *Notes of the Mexican War 1846-47-48. Comprising incidents adventures and everyday proceedings and letters while with the United States Army in the Mexican War; also extracts from ancient histories of Mexico, giving an accurate account of the first and original settlers of Mexico, etc.; also the names and numbers of the different rules of Mexico; also influence of the Church*, Filadelfia, Sin Editorial, 1885, p. 75.

¹⁰ Archivo Histórico de Veracruz (en adelante AHV), Ayuntamiento, Caja 197, vol. 268, “Actas Consejo Municipal”, f. 241.

Como puede apreciarse, la acusación del sacerdote no identifica a los saqueadores, pero gracias a los diarios de guerra de algunos combatientes sabemos que fueron los voluntarios de Tennessee y Carolina del Sur quienes ocuparon esos lugares.¹¹ Estos hombres, por cierto los primeros en profanar un templo en el centro de México, entendían que la madera era un bien muypreciado, pues servía para hacer fogatas con las cuales cocinar los alimentos o paliar el frío (aunque en este caso, las altas temperaturas no eran ningún problema ya que el bochorno primaveral hacía innecesaria la búsqueda de calor).

En efecto, en el mundo preindustrial la madera era fundamental para cubrir necesidades domésticas y militares. Este recurso tenía entonces un enorme valor económico, equiparable al que actualmente posee el petróleo.¹² De ahí que los confesionarios, bancas, púlpitos y demás muebles del Santuario del Señor del Buen Viaje y de la capilla del cementerio terminaran en las trincheras o consumidos por el fuego de las hogueras.

La ciudad de Veracruz fue bombardeada y su guarnición se rindió a finales de marzo. El general Scott ordenó pronto al grueso del ejército marchar a tierras con un clima más afable, aunque dejó atrás a los heridos, mutilados y enfermos de diarrea o vómito negro. Los lugares que reunían los requisitos de comodidad y amplitud, por haber soportado el bombardeo, eran algunas iglesias y conventos que sirvieron como hospitales militares.¹³ El

¹¹ Chauncey Forward Sargent, *Gathering Laurels in Mexico. The Diary of an American Soldier in the Mexican American War*, Massachusetts, The Cottage Press, 1990, p. 5 y George C. Furber, *The Twelve months volunteer; or Journal a private in the Tennessee cavalry in the campaign, in Mexico, 1846-47*, Cincinnati, J. A. & U. P. James, 1848, pp. 548-549.

¹² Alejandro Tortolero Villaseñor, *Notarios y agricultores. Crecimiento y atraso en el campo mexicano, 1780-1920*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Siglo Veintiuno Editores, 2008, p. 149.

¹³ Richard M'Sherry, *El Puchero: or a mixed dish from Mexico, embracing general Scott's campaign, with Sketches of Military Life, in field and camp, of the character of the country, manners and ways of the people, etc.*, Filadelfia, Lippincott, Grambo & CO., 1850, p. 23. Para el caso del convento de

5° de infantería regular fue acantonado en el baluarte de Santiago mientras dos compañías de Louisiana se trasladaron al campamento Washington para sujetar el puerto.

Durante su camino, Scott enfrentó y derrotó al general Antonio López de Santa Anna en la batalla de Cerro Gordo el 18 de abril. Sin obstáculos, los invasores ocuparon Xalapa. Un mes más tarde una división de regulares tomó Puebla pacíficamente, a excepción del Convento de San Francisco donde hubo una ligera resistencia suprimida sin contratiempos. Mientras esto sucedía en la ciudad de los Ángeles, en Xalapa la caballería de Tennessee, el 3° y 4° de Illinois, el 1° y 2° de Tennessee así como los regimientos de Georgia y Alabama eran licenciados y enviados a Estados Unidos, salvo unos cuantos voluntarios que decidieron renovar su contrato con el ejército¹⁴ y los *camp followers* que permanecieron en México.

Como lo hiciera don Hernán Cortés trescientos años antes, una gavilla estadounidense visitó Tlaxcala, pero esta vez no concretaron una alianza con los aborígenes, pues en la noche del 2 de agosto robaron del convento de la orden de San Francisco: “la Custodia, [un] Copón y [varios] adorno[s] de plata de Nuestro Amo”.¹⁵

En Puebla los invasores pasarían tres meses de ocio viendo el arribo de viejos camaradas de armas y nuevos reclutas mientras el cuartel general de Scott discutía, con base

Santo Domingo, durante “el ataque de esta plaza por las tropas americanas infirió mucho [daño] dicho edificio destruyendo algunas partes de ambas salas cuyo reparo ha de hacerse con urgencia porque no venga todo ello en ruina.” AHV, Fondo Ayuntamiento, caja 197, vol. 268, “Actas Consejo Municipal”, f. 142.

¹⁴ Milton Jamieson, *Journal and notes of a campaign in Mexico: containing a history of Company C. of the second regiment of Ohio volunteers; with a cursory description of the country, climate, cities, waters, roads and forts along the southern line of the American army in Mexico. Also of the manners and customs, agriculture, &c. of the Mexican people*, Cincinnati, Sin editorial, 1849, p. 70 y Furber, *op. cit.*, p. 612.

¹⁵ Archivo Histórico del Estado de Tlaxcala (en adelante AHET), Fondo Incorporado, Sección Archivo Municipal de Tlaxcala, Serie Ayuntamiento, caja 82, exp. 10, f. 9.

en la obra de Alexander von Humboldt, cuál sería la ruta ideal para atravesar el valle de México.¹⁶ En agosto de 1847 decidió, por fin, partir rumbo a los palacios de Moctezuma. La 1°, 2° y 3° división de regulares fueron comandadas por los generales William J. Worth, David Twiggs y Gideon Johnson Pillow, respectivamente. John A. Quitman dirigió la 4° división voluntaria, compuesta por los regimientos del 2° de Pennsylvania, el 2° de Nueva York, el 1° Carolina del Sur, un destacamento de infantes de Marina, otro de artilleros y uno más de dragones. El 1° de Pennsylvania quedó acantonado en la ciudad de Puebla, acompañado de un contingente de regulares, para mantener las comunicaciones entre la capital y Veracruz.¹⁷

Durante la marcha algunos profanadores anónimos se hicieron presentes en Chalco, Estado de México:

Grandes destrozos han sufrido todos los pueblos y haciendas por donde han pasado estos malvados; han saqueado tiendas, casas y archivos destrozados a punto de encontrarse tirados en las calles de Chalco. Las iglesias y miserables capillitas también han sido objeto de su rapiña robándose vasos sagrados y aun desnudándose imágenes en los pueblos y haciendas en que hicieron mansión. Dejaron más fijadas sus señales de barbarie destrozando las puertas para quemarlas, los muebles y aun los techos de las miserables chozas de los indígenas. Todo esto lo hacían siempre vociferando que traían la guerra al gobierno, y no a la nación; que ellos no *ser ladrones* como los soldados mexicanos; que *todo pagar* y no hacer perjuicio, llegando su imprudencia al grado de que los vasos sagrados de la capilla de Venta Nueva, se los llevaron habiendo dormido el general Scott en la sacristía de la misma, y al

¹⁶ T. Harry Williams (ed.), *With Beauregard in Mexico. The Mexican War reminiscences of P. G. T. Beauregard*, Louisiana, Louisiana State University Press, 1956, p. 42.

¹⁷ Scott, *Memoirs...*, *op. cit.*, pp. 463-465 y J. F. H. Claiborne (Ed.), *Life and correspondence of John A. Quitman, Major general, U.S.A., and governor of the State of Mississippi*, vol. 1, Nueva York, Harper & Brothers, 1860, p. 330.

señor cura de Ayotzingo en su presencia le arrebataron el celo que tenía colgado en la cabecera de su cama. Dios le dé victoria a la nación mexicana.¹⁸

Nuevamente no existe una descripción precisa acerca de los responsables de este acto. Sin embargo, gracias a las memorias y diarios estadounidenses (incluidos los de los ciudadanos-soldados) fue posible identificar los movimientos del ejército invasor y, por ende, a los saqueadores. El 15 de agosto, día del pillaje en Chalco, la división que registró acuartelamiento en ese lugar fue la de voluntarios, comprobándose así quiénes fueron los responsables de la profanación en la capilla de Venta Nueva.¹⁹

Cuatro días más tarde, el general Scott derrotó al general Gabriel Valencia en Padierna y al día siguiente ganó una importante batalla en Churubusco. Durante ese tiempo, el voluntario Frederick Zeh fue enviado a instalarse en Mixcoac, pero como las casas estaban ocupadas por la división de Pillow, él y sus colegas improvisaron su alojamiento en un recinto sagrado a fin de pasar la noche. Arrancaron la madera de las bancas y los confesionarios para hacer sus camas frente al altar principal y un combatiente construyó su litera con una vitrina de cristal que resguardaba a San Cristóbal, santo patrono de la capilla. Como la figura fue arrojada al suelo, Zeh escribió después, con lenguaje sarcástico, que a San Cristóbal no le molestó dormir en el piso. Agregó que, en seguida: “nuestros hombres no se mostraron piadosos, cometieron un imperdonable vandalismo y devastaron las hermosas decoraciones

¹⁸ Josefina Zoraida Vázquez (comp.), “Breve diario de Don Mariano Riva Palacio”, en *Historia Mexicana*, vol. 47, núm. 2, octubre-diciembre, 1997, p. 450. Cursivas propias de la fuente. En el archivo municipal de Chalco no existen documentos sobre la intervención estadounidense.

¹⁹ Larner (ed.), *op. cit.*, p. 233, M´Sherry, *op. cit.*, p. 64 y Nathaniel Cheairs Hughes y Timothy D. Johnson (Eds.), *A fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA*, Boston, Kent State University Press, 2002, p. 108.

del lugar”.²⁰ Es posible que también hubieran devorado los cirios de los altares o, al menos una parte, pues eran proclives a comer su sebo.²¹

En su avance hacía las garitas de la capital, los invasores fortificaron las iglesias con sacos de tierra, madera y piedras. Colocaban tiradores en las alturas y de paso buscaban los tesoros religiosos. Los templos se convertían así en verdaderas fortalezas militares y, por su solidez y resistencia, en lugares estratégicos para contener un posible ataque mexicano,²² acuartelar tropas y protegerlas del fuego de cañón, como lo hizo el general Pedro María Anaya en Churubusco. Por otro lado, una iglesia podía servir como una posición que dominaba cierto rango de espacio y, por su altura, funcionaba como un mirador para observar las operaciones del enemigo sin exponerse demasiado al peligro, al menos no tanto, ya que en una ocasión una bala “quitó la cabeza de uno y el brazo de otro”.²³

Durante el tiempo del armisticio entre las dos naciones (23 de agosto-6 de septiembre), los invasores no se mantuvieron ociosos en sus nuevos cuarteles e indagaron qué podían robar en los pueblos y haciendas inmediatas a la capital. Algunos civiles resultaron asesinados porque se resistieron al despojo de sus pertenencias mientras que el

²⁰ Frederick Zeh, *An immigrant Soldier in the Mexican War*, Texas, Texas University Press, 1995, p. 75.

²¹ Manuel Rivera Cambas, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*, tomo III, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1871, p. 901. Otro testigo presencial dijo: “Ayer entraron 800 yankees en Tlalpan y no permitieron salir a nadie. Robaron las tiendas y, no cosa rara, hasta las velas de sebo comieron. Estos no son hombres, son bestias con figura humana desvariados de un hambre horrible”. “Manuscrito Bancroft, martes 17 de agosto”, en Carlos María de Bustamante, *Diario Histórico de México*, CD 2, México, El Colegio de México, Editores Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, 2003.

²² R. S. Ripley, *The War with Mexico*, vol. II, Nueva York, Harper & Brothers, 1849, p. 230 y 274 y Zeh, *op. cit.*, p. 74.

²³ “Anexo septiembre de 1847, Manuscrito Bancroft, Segunda parte, 17 de agosto”, en Bustamante, *op. cit.*

convento de Churubusco fue saqueado por los “nuevos conquistadores”: robaron los vasos sagrados y arrasaron con los alimentos.²⁴ La ocupación del edificio por las tropas mexicanas a finales de junio, la batalla del 20 de agosto así como estas profanaciones realizadas por los invasores, lo sumirían, según información del archivo histórico del mismo convento, en un estado deplorable.²⁵

La tregua entre las dos naciones terminó cuando el general Scott acusó al jefe del ejército mexicano, Antonio López de Santa Anna, de violar el armisticio, ya que en uno de los artículos pactados se estipulaba que los mexicanos se abstendrían de fortificar la ciudad y esto fue ignorado. Santa Anna contestó, siendo el saqueo de iglesias y los excesos cometidos por las tropas invasoras, objeto de su reproche:

No sin dolor y aun indignación he recibido comunicaciones de las ciudades y pueblos ocupados por el ejército de V. E. sobre la violación de los templos consagrados al culto de Dios, sobre el robo de los vasos sagrados y profanación de las imágenes que venera el pueblo mexicano. Profundamente me he afectado de las quejas de los padres y esposos sobre la violencia ejercida en sus hijas y esposas; y esas mismas ciudades y pueblos han sido saqueados no solamente con violación del armisticio, sino aún con los principios sagrados que proclaman y observan las naciones civilizadas.²⁶

²⁴ “Manuscrito Bancroft, 23 de agosto de 1847”, en Bustamante, *op. cit.*,

²⁵ Archivo Histórico del Exconvento de Santa María de los Ángeles de Churubusco (en adelante AHECH), Gobierno, Tablas capitulares, Gob/IX/18, caja 11, carpeta 17, f. 11. La valoración del convento se realizó el 25 de septiembre de 1847, un mes después de la batalla de Churubusco. El documento dice así: “Viose [...] los daños que a padecido el convento, así como la resignación, constancia y sufrimiento de N. H. Guardián [*sic*]”. El convento fue reparado en los años siguientes, ya que los informes sobre él lo describían como “muy bueno”. AHECH, Gob/IX/20, Gobierno, Tablas capitulares, caja 11, carpeta 19, f. 6 y AHECH, Gob/IX/19, Gobierno, Tablas capitulares, caja 11, carpeta 18, sin número de fojas. Véase también: Daniel Escorza Rodríguez, “Biografía de un monumento histórico. El ex-convento de Churubusco (1678-1991)”, Tesis de Maestría en Historia, UNAM, 2009, p. 82.

²⁶ Antonio López de Santa Anna, *Detall de las operaciones en la defensa de la capital de la República, atacada por el ejército de los Estados Unidos de Norte*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido,

Las profanaciones y los excesos de los voluntarios así como las violaciones a la tregua por parte de los mexicanos, deterioraron las relaciones entre ambos bandos. Así pues, concluido el armisticio el 8 de septiembre, el general Scott ordenó el ataque de Molino del Rey, que consideraba un objetivo importante para detener la supuesta producción de armas. Conquistada esta valiosa posición preparó su siguiente golpe.

2.- Las fortalezas, tridentes y sotanas

Las torres de las iglesias y los puntos elevados de la capital se llenaban de curiosos cuando los ejércitos antagónicos medían fuerzas.²⁷ Las alturas, incluso para el lépero más ignorante –así lo concebían los invasores-, eran lugares de primera fila para ver las batallas ya que el ajetreo cotidiano de comerciantes, heridos, soldados y animales impedía divisarlas desde las calles de la ciudad. Fue además en el cenit de las iglesias, casas y edificios donde se pelearía el último combate por la capital.

El 13 de septiembre, alrededor de las seis de la tarde, un mexicano enfurecido caminaba por las calles mientras la artillería invasora, colocada en las torres de una iglesia, bombardeaba las garitas de Belén y San Cosme.²⁸ Horas antes se había consumado la caída del castillo de Chapultepec y la ejecución de los San Patricios capturados en Churubusco. Difícil es saber cuál era la razón de su frenesí, aunque es posible suponer que veía con recelo a todos los advenedizos de piel blanca, no hispanohablantes y por supuesto protestantes.

1847, p. 20. Estas comunicaciones fueron reimprimadas en *Daily American Star*, “Número 4”, 13 de diciembre de 1847.

²⁷ Robert H. Smith (comp.), *A series of intercepted Mexican letters: captured by the American Guard, at Tacubaya. August 22, 1847*, Ohio, Statesman Steam Press, 1848, pp. 36-37.

²⁸ Zeh, *op. cit.*, p. 79.

Amenazaba con matar tanto a los invasores como a los ciudadanos de otras naciones y, acompañando las palabras con la acción, enterró su puñal cerca del corazón de un extranjero.

A este mexicano lo seguían otros individuos, tales como un oficial de infantería que desenvainó su espada y en repetidas ocasiones arremetió contra el brazo del mismo extranjero, quizás para mutilárselo, aunque sin éxito, pues cortar un hueso requiere una depurada técnica y un filo exquisito en el arma. El resto de los agresores apedreó sin cesar la cabeza ensangrentada de la víctima que yacía en el suelo.²⁹ Su crimen: no haber nacido en la tierra que pisaba y ser estadounidense en tiempos de conflicto con México. Esta acción aislada vaticinaba la tormenta de violencia que se venía encima.

La mañana del 14 de septiembre se percibía el olor de la pólvora de las batallas anteriores y se escuchaba el lamento de los heridos. Cuando las tropas de Scott entraron en el corazón de la ciudad, la población pensó que la retirada de las fuerzas mexicanas era una estratagema, pero no tardó en darse cuenta de su error. En pequeños grupos, con armas y sin ellas, a caballo o a pie, los ciudadanos vieron como los estadounidenses, aquellas “toscas caricaturas andrajosas”,³⁰ se posesionaban de la capital.³¹

²⁹ Archivo Histórico Genaro Estrada (en adelante AHGE), Archivos Particulares, Colección Belton-Carter, Libro 2, f. 4.

³⁰ *Sencilla relación de los sucesos de la capital de la Republica mexicana, acaecidos desde el 9 de agosto hasta el 18 de Setiembre de 1847, ó sea cuarenta días de guerra desde el cañonazo de generala, hasta la total posesión de la capital, por los norte-americanos. Escrita por un testigo presencial que no pertenece á partidos, y que expone los hechos conforme pasaron*, México, S/E, 1847, p. 14.

³¹ Para una descripción detallada de la entrada de las tropas, véase la obra de Fabiola García Rubio, *La entrada de las tropas estadounidenses a la ciudad de México. La mirada de Carl Nebel*, México, Instituto Mora, 2002, pp. 79-86. Para un excelente análisis y una narración cronológica, véase el libro de Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras: alzamiento ocurrido en la Ciudad de México, 14, 15, y 16 de septiembre de 1847*, México, Era, 2003.

Imaginemos por un momento la impresión que sintieron los mexicanos al ver recorrer las calles a un grupo de hombres que parecían “bandidos o piratas”, con remiendos en todas sus ropas, sucios y desordenados a la hora de marchar, en lugar de a los marciales guerreros que esperaban observar.³² Una decepción para ellos que no tardaron en agredirlos con palabras altisonantes y burlas.

¿Cómo se inició el motín de la Ciudad de México y quién disparó la primera bala? Probablemente un mexicano anónimo que atacó desde el callejón de López, cerca del convento de Santa Isabel; en seguida, y como si fuera una señal, se escucharon decenas de descargas de fusil en varias direcciones.

Mujeres, niños y perros se vieron arrastrados en una tormenta de violencia contra el enemigo, utilizando cuchillos, mosquetes, macetas, piedras y puñales. Las bóvedas y las cúpulas de las iglesias del sur, centro y norte de la ciudad no tardaron en cubrirse con tiradores mexicanos mientras en las entradas de las casas se improvisaron trincheras con muebles rotos.³³ Los invasores respondieron a la agresión con creces. Se ordenó bombardear con artillería los lugares de dónde parecían proceder las descargas de fusilería enemiga al tiempo que las iglesias fueron tomadas a bayoneta calada.³⁴ Estos lugares se convirtieron en uno de los objetivos principales. Eran la llave de la conquista; dominar sus alturas equivalía a arrebatar su única ventaja a los amotinados y, con ello, aplastar la rebelión.

³² Juan de la Granja, *Epistolario*, México, S/E, 1937, p. 189.

³³ Gustavus W. Smith, *Company “A”, corps of engineers, U.S.A., 1846-48 in the Mexican War*, sin lugar de publicación, The Battalion Press, 1896, p. 54.

³⁴ Cadmus M. Wilcox, *History of the Mexican War*, Washington, The Church News Publishing Company, 1892, pp. 484-485.

Así pues, los invasores también se apostaron en las torres de los campanarios para cazar con mayor efectividad a los enemigos.³⁵ Resultaban lugares excepcionales para colocar hasta cuatro de sus mejores tiradores, ya que muchas campanas habían sido retiradas por el ejército mexicano para fundir cañones.³⁶ Los combatientes se protegían tras las almenas y podían emplear a unos cuantos ayudantes para recargar las armas mientras ellos disparaban a discreción.

Ante tales ventajas, los generales Quitman y Smith recibieron la orden de ocupar los edificios más grandes, mientras los combatientes del general Worth tomaron el Colegio de Minería para cazar a los rebeldes, aunque fueron emboscados desde las alturas de otro edificio. Entre tanto, los practicantes de medicina, junto con más mexicanos, disparaban hacia las cabezas de sus enemigos desde las azoteas del hospital y la iglesia de San Andrés. Para acabar con esta amenaza, los estadounidenses avanzaron hacia la entrada principal del nosocomio, donde mataron al portero y redujeron a prisión al capellán Ignacio Quintanar.³⁷

³⁵ Nicolás Pizarro, *El Monedero*, México, UNAM, 2005, p. 262.

³⁶ El Ayuntamiento de la Ciudad de México, el ministro de Guerra y el gobierno solicitaron en repetidas instancias al clero campanas para fundirlas y fabricar cañones y proyectiles, teniendo en el mayor de los casos respuesta positiva. Archivo Histórico del Arzobispado de México (en adelante AHAM), Episcopal, Sección Museo Catedral, Serie Correspondencia, año 1847, caja 120, exp. 65, f. 1; año 1847, caja 109, exp. 21, f. 1. Los sacerdotes de la iglesia de la Profesa enviaron lonas a fin de que fueran empleadas como tiendas de campaña para la infantería y en el Peñón se ofició una misa y bendijeron las banderas de la infantería. Roa Bárcena, *op. cit.*, vol. II, p. 390. En casos excepcionales, el clero se mostró renuente y no apoyó los pedidos de material bélico. Por ejemplo, Guillermo Prieto, Miguel Lerdo de Tejada, José María Iglesias y Lorenzo Ceballos solicitaron las cadenas de la reja principal de la Catedral porque, según ellos, eran ornamentos superfluos; el clero contestó que no eran lujo ni ornato, “sino necesarias para cerrar el atrio de esta iglesia e impedir se introduzcan a los animales”. AHAM, Cabildo, Sección Secretaría Capitular, Serie Correspondencia, año 1847, exp. 11, fs. 2.

³⁷ Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Imprenta de Antonio García Cubas, hermanos sucesores, 1904, p. 435.

Diferente fue el asedio al convento de Santo Domingo. Los atacantes primero enviaron patrullas de reconocimiento para indagar la situación de la “pequeña fortaleza”. Al estar ocupada por el enemigo, colocaron tiradores en las esquinas de las calles de Santo Domingo, Del Factor y Manrique, pero sin acercarse lo suficiente para asaltarla pues les arrojaban macetas, piedras y agua caliente desde las azoteas.³⁸ Como el sitio se prolongó durante horas, desistieron de su empresa y buscaron un objetivo más débil, aunque el convento cayó definitivamente el 16 de septiembre.

En otros casos, los estadounidenses fueron más perseverantes y cuando por fin lograban acercarse a las “fortalezas”, derribaban sus rejas con barretas, troncos de árbol y hachas. Las batallas cuerpo a cuerpo con los mexicanos se hacían necesarias y los invasores tomaban a sangre y fuego el interior de los templos. Al respecto, Carlos María de Bustamante señaló: “ayer por la mañana entraron al convento de la Concepción, forzaron y rompieron varias puertas y se subieron a la torre, y se comieron cuanto encontraron en las celdas de las pobres monjas. Hoy me aseguraron que han hecho otro tanto en el convento de Santa Isabel”.³⁹

Igualmente, un ex-integrante de la Guardia Nacional de la Ciudad de México declaró que, en una iglesia desconocida, los voluntarios:

³⁸ Granja, *op. cit.*, p. 174. El ayuntamiento de la Ciudad de México recibió noticias de la ocupación de este convento: “Con el más vivo sentimiento acabo de saber que una reunión de mexicanos, mínimamente celosos de las incolumidades de nuestras libertades patrias, se han reunido en las alturas del convento de Santo Domingo y otros puntos, con objeto de continuar [hostilizando] a las fuerzas militares Americanas que ocupan esta capital”. Archivo Histórico en Micropelícula Antonio Pompa y Pompa (en adelante AHMAPyP), Sección Colección Bustamante, rollo 8, vol. 41, 1846-1847, documento 11.

³⁹ “Manuscrito Museo, 15 de septiembre de 1847”, en Bustamante, *op. cit.*

Dieron al fin con la ventana del costado [por donde] uno de tantos fornidos gigantes subió, pero tropezó con la cornisa saliente, y en vez de ser auxiliado tirándolo de una mano, recibió un golpe en la cabeza con la culata de un fusil [de un mexicano], y cayó al suelo con el cráneo hecho pedazos. Los voluntarios resolvieron hacer escalas con vigas arrancadas de otras casas y ramas de árbol. La operación fue larga, difícil, laboriosa e imperfecta, pero al fin volvieron a la carga con aparatos que les sirvieron para subir a las azoteas por diversas partes. Dieron con la puerta de la capilla y la abrieron a balazos; derribaron las imágenes de Cristo y de la Virgen, que eran de la magnífica escultura de Guatemala, las hicieron trizas con los clavos de sus pesadas botas y se revistieron con las casullas y albas guardadas en una cómoda de la pequeña sacristía, y así ataviados, unos con estos ornamentos sacerdotales y otros con chales y pañolones de mujer, recorrieron los corredores riendo y haciendo un simulacro de una grotesca mojiganga. Acertaron en su sacrílega procesión a pasar por la cocina y la despensa, y su alegría feroz no tuvo límites.⁴⁰

El autor de *El Fistol de Diablo* no mentía cuando describió estas blasfemias. Un sobreviviente de la batalla de Churubusco recordó con tristeza el saqueo del templo y el convento de Balvanera, que no habían servido como bastión militar y cómo los invasores iban “vistiendo sobre sus uniformes las casullas, las capas pluviales y los sobrepellices dedicados al culto religioso”.⁴¹ Como ha afirmado Natalie Zemon Davies, las multitudes suelen actuar entre los ritos de la violencia y el reino de la comedia a la hora de profanar.⁴²

⁴⁰ Manuel Payno, *El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*, México, Porrúa, 2007, p. 934. El autor atribuyó erróneamente estas profanaciones a los voluntarios de Texas e Indiana, quienes no arribaron a la Ciudad de México sino hasta después de ocupada. Los texanos lo hicieron en diciembre, mientras los voluntarios de Indiana en 1848. El error de Payno es comprensible ya que estos últimos cometieron depredaciones en otros lugares como Tlaxcala (Tlaxcala), Izúcar de Matamoros (Puebla), Nopalucan (Puebla), Huejotzingo (Puebla), Huamantla (Tlaxcala), Coatepec (Veracruz), Tulancingo, Zacualtipán y Huejutla (actualmente Hidalgo). Payno relaciona estos saqueos donde también hubo profanaciones como los de la capital. Véase el capítulo IV.

⁴¹ Perfecto Falcón, “La gloriosa jornada de Churubusco relatada por un superviviente”, en *Batalla de Churubusco. El 20 de agosto de 1847*, México, Departamento del Distrito Federal, 1983, p. 122.

⁴² Natalie Zemon Davies, *Sociedad y cultura en la Francia Moderna*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 179.

Conventos como el de Santa Clara, La Encarnación, San Pedro, San Pablo y San Francisco⁴³ fueron testigos mudos de la sangre derramada por invasores e invadidos, aunque también de las profanaciones pues, en época de guerra se da pie al saqueo de edificios públicos, privados y religiosos, ya que la violencia que comienza en el campo de batalla se traslada muchas veces a otras direcciones.

Los invasores entraban a los edificios católicos arrancando por la fuerza los objetos de los altares en pos de oro y plata. Esto explica el porqué de los robos de los invasores durante el motín, aunque no justifica la destrucción de elementos de veneración religiosa como estatuas o imágenes, que para ellos no tenían ningún valor económico o artístico, mucho menos espiritual. En mi opinión, con esto hicieron patente la aversión que sentían algunos sectores estadounidenses hacía la religión católica y lo demostraron reduciendo a escombros los instrumentos de la fe romana y apostólica:

En la tarde de hoy saquearon la capilla de nuestra Señora del Rosario que está bajo el cubo de la Torre de Santa Catalina de Siena; se llevaron la imagen que tenía buen vestido y corona de plata, tiraron las puertas que cayeron sobre la imagen y dicha capilla ha quedado abierta. Aseguran que también han sido visitadas las religiosas de Santa Isabel del modo que las anteriores. Cotéjese la conducta observada [en la Ciudad de México], y se verá que la careta se les ha caído a estos supercheros y embaidores [*sic*], cuya exterioridad brutal indica que no son capaces de ejercer un acto de virtud.⁴⁴

Los invasores se acuartelaron cómodamente en aquellos lugares donde el fuego de fusilería o artillería era nulo o había disminuido. Los oficiales, acusó un testigo presencial:

Se están posesionando de todos los edificios públicos, y de los que muchos particulares abandonaron temporalmente, así como de los conventos de religiosos de ambos sexos, en cuyas celdas viven también las mujeres que los acompañan. Cuanto necesitan para su uso lo

⁴³ Granados, *op. cit.*, p. 47 y 61.

⁴⁴ “Manuscrito Bancroft, 15 de septiembre de 1847”, en Bustamante, *op. cit.*

toman sin pedirlo. Se han encerrado en los conventos cuyas puertas tienen bien atrancadas y en los cementerios han colocado a los caballos. De las once del día en adelante todos andan ebrios por las calles y peleando a puñetazos unos con otros, por lo que a esta hora ya no transita gente por ellas.⁴⁵

Intoxicados de alcohol y bienes saqueados, muchos invasores combatieron para sobrevivir, continuar embriagándose y enriquecerse. Los mexicanos capturados eran golpeados y conducidos al Palacio Nacional donde se les juzgaba por sus actos. En las casas se colocaron banderas blancas y de pabellones extranjeros para evitar el saqueo, pero las depredaciones estadounidenses fueron generalizadas. No importó la calidad pacífica o violenta de los habitantes, muchos sufrieron igual trato.⁴⁶

¿Qué explica esta actitud de los voluntarios e incluso de los profesionales? Cuando el teniente John Laughin del 6° regimiento de infantería regular fue capturado e interrogado por el ejército mexicano días antes del motín, dijo que no existía la orden de saquear la ciudad.⁴⁷ Pero ya en el fragor de la batalla muchos combatientes se mostraron disgustados con la resistencia del pueblo y se prometieron a sí mismos que conseguirían una “rica cosecha” de los tesoros de la metropoli.⁴⁸

El alcoholismo jugó también un papel importante en la gestación de la violencia. El día 15 de septiembre de 1847, los invasores irrumpieron en una tienda y con humor negro:

Habiendo dado muerte a un hombre que estaba dentro de ella, y después de robar absolutamente todo cuanto había en la citada tienda, sacaron el cadáver y lo arrastraron a la calle, y sobre él rompieron muchas botellas de licor y tomaron por diversión un acto tan cruel.

⁴⁵ *Sencilla relación...*, *op. cit.*, p. 16. Véase también Granja, *op. cit.*, pp. 188-189.

⁴⁶ Archivo Histórico del Distrito Federal (en adelante AHDF), Ayuntamiento, Sección Historia, Serie Guerra con Estados Unidos, vol. 2268, exp. s/n, fs. 153 y 158.

⁴⁷ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Archivo de Guerra, vol. 921, sin exp. ni número de fojas.

⁴⁸ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 129.

Después condujeron el robo sobre varios mexicanos. Estos americanos son soldados desnaturalizados que se sostienen de la rapiña.⁴⁹

Los mexicanos no solo sufrieron los estragos del motín, también los causaron. En la plazuela de Santo Domingo se encontraron los cadáveres de seis invasores desnudos, apuñalados y sin pene.⁵⁰ En la historia de la atrocidad, los verdugos le cortan las manos al ladrón, al delator la lengua, al espía le sacan los ojos y al violador le mutilan los genitales. Cada parte cercenada significa la herramienta criminal, no importa que sea parte del cuerpo. Se infiere entonces que mutilar el miembro viril representó un castigo ejemplar por la destrucción de la castidad de las féminas. Los perros se entretenían devorando esta carne que comenzaba a descomponerse mientras los invasores, en un festín de violencia, seguían profanando como lo hicieron en el templo de Santa Clara donde perdieron la vida a causa de un descuido propio:

Abiertas después las iglesias, los yanquis se metían en ellas con los sombreros puestos y elegían de preferencia los confesionarios para dormir allí y roncar como unos lirones. Se repartieron en muchas casas alojados que las trastornaban de arriba abajo. En los balcones se veían hileras de patas de los yanquis que allí se solazaban [...] Estos voluntarios son brutos sobre toda ponderación: un pelotón de éstos se posesionó de la portería de Santa

⁴⁹ AHDF, Ayuntamiento, Sección Historia, Serie Guerra con Estados Unidos, vol. 2268, exp. s/n, f. 181. Las calles se llenaron de mexicanos que gemían y cadáveres que comenzaban a descomponerse. El día y la noche se manchó de sangre y a las familias si no las mataban, les robaban cuanto tenían en su propiedad: “Sólo se oían tiros de fusil y cañón, lamentos de los heridos y de las familias saqueadas y estropeadas que no pudieron huir por las calles, saltan por las azoteas de las casas y pedían socorro que nadie podía impartirles”.⁴⁹ José Ramón Malo, *Diario de Sucesos Notables*, Tomo I: 1832-1853, México, Editorial Patria, 1948, p. 325. Una carta dirigida al político, historiador y testigo ocular Carlos María de Bustamante, dice: “Arruinado completamente por la barbarie de los hombres que han ocupado esta capital, me hallo sin poder salir a la calle, porque el día 15 se llevaron cuanto encontraron en mi casa hasta las botas y sombreros, y no solo ha pasado en esto, sino que este susto ha costado la vida a mi mujer que falleció antier a las cinco y media de la tarde”. AHMAPyP, Sección Colección Bustamante, rollo 8, vol. 41, 1846-1847, documento 17.

⁵⁰ Abraham López citado en María Gayón Córdova (comp.), *La ocupación yanqui de la Ciudad de México, 1847-1848*, México, INAH/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 68.

Clara, se encerró a piedra y lodo, arrancó tablas a montón, vigas, hizo fuego y se acostaron a dormir. Al siguiente día sacaron muertos a aquellos bárbaros [...] ⁵¹

Un sector combativo del bando mexicano fueron los sacerdotes pues, a lo largo de todo el conflicto, y en especial durante el motín, mostraron diversas caras. Una con rostro humano que dio consuelo y esperanza al pueblo, aunque también otra de semblante furioso que atizó el “furor bélico” de sus feligreses. En efecto, los curas predicaron en sus sermones la defensa de la fe católica, ligada a derechos sagrados: la independencia y la soberanía nacional. ⁵² Además, en un país católico y religioso como México (salvo algunos hombres de letras como Ignacio Ramírez, por citar un ejemplo), donde el bajo clero estaba en contacto con la población en las misas, los confesionarios, los sacramentos y las fiestas patronales, los sacerdotes eran personajes respetados e incluso queridos por la comunidad.

No olvidemos, además, que las profanaciones estadounidenses realizadas durante la campaña del general Zachary Taylor fueron difundidas con escándalo por la prensa mexicana que invitaba a defender lo sagrado. ⁵³ Así pues, la participación de los clérigos en el motín de la capital debe entenderse no sólo por el temor que sentían ante el saqueo de sus iglesias de parte de los voluntarios, sino ante la amenaza que éstos representaban como protestantes en un país católico o, quizá, si vamos más lejos, para vengar los sacrilegios del motín como probablemente lo hizo un sacerdote del convento de la Merced que peleó a capa y espada contra los “diablos americanos” (dicho edificio fue saqueado por los invasores)

⁵¹ “Carta de N.”, en Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, p. 419 (obras completas I)

⁵² Archivo del Cabildo Catedral Metropolitano de México (en adelante ACCMM), Actas de Cabildo, Libro 80, ff. 168-169.

⁵³ Jesús Velasco Márquez, *La Guerra del 47 y la opinión pública*, México, SEP, 1975, pp. 88-89.

Ahora bien, cuando se habla de la Independencia mexicana se recrean en nuestra mente los nombres de curas como Miguel Hidalgo, José María Morelos o Mariano Matamoros, pero pocas veces se dice que en la guerra del 47 algunos presbíteros combatieron hombro a hombro con las masas. Se ignoran los nombres de aquellos religiosos quienes, imitando a los Caballeros Templarios de las Cruzadas medievales, encabezaron la ofensiva contra los “infieles”. Su elocuencia con las palabras y la Cruz en sus hábitos los convertía en verdaderos remolinos de violencia:

En esos grupos de léperos y decentes, de viejos, de mujeres disputadoras de todos los tamaños, de muchachos y de perros; en esos grupos en que hay todos los colores y todos los medios, y todos los rasgones, y todos los gestos, y todas las muecas, se veían hombres de a caballo, y de vez en cuando, un clérigo o un fraile que arengaban, y eran de los arremetedores y temerarios. Cuatro de estos padres se hicieron muy notables. González y Martínez, de San Diego, a quienes vamos pronto a ver en campaña. Un padre de la Merced, que se me ha hecho relajo en la memoria; y el padre Sánchez Espinosa, clérigo. Este último predicaba como un San Agustín y le volaba la sotana entre el gentío, y rejuntaba mucha gente de pelea.⁵⁴

Los sacerdotes estuvieron en distintos puntos de la ciudad durante el motín. Uno combatía por la calle de Donceles, otro por el Cacahuatal y los alrededores de la Palma.⁵⁵ El padre Lector González llevaba un potente imán de guerreros entre sus manos: un estandarte de la Virgen de Guadalupe, santa patrona del pueblo mexicano. Con inteligencia logró así movilizar a quienes lo seguían, llamándolos para matar al “bárbaro protestante”. Otros religiosos, solo con una lanza en mano pero con mucho furor bélico, excitaban al pueblo a combatir sin cuartel, como lo atestiguó el ayuntamiento capitalino durante el motín:

⁵⁴ Guillermo Prieto, *Mi guerra del 47*, México, UNAM, 2006, pp. 74-75

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 81-82.

Ha tenido noticia el Ayuntamiento de esta capital, que un religioso del convento de la Merced, a caballo y con lanza en mano, anda por los barrios de Sta. Ana excitando al pueblo para que se levante contra el ejército norteamericano que ocupa ya esta capital. Igual conducta más o menos observan otras personas, pues en las circunstancias actuales, continúan moviendo al pueblo para que se defienda y los excita a la guerra, cuando esta por ningún motivo es ya conveniente.⁵⁶

En efecto, cerca de la calle de la Amargura podía verse a otro fraile montado a caballo, con sus hábitos arremangados y un estandarte de las Tres Garantías, al frente de un puñado de hombres. Arengaba a sus feligreses a seguir peleando y gritaba con entusiasmo: “Viva México y mueran los yanquis”. Los curiosos que asomaban la cabeza desde las ventanas, electrificados por sus palabras, se unían al motín (imagen 5). Al frente de la columna, este religioso se dirigió a la iglesia de Santo Domingo donde entabló una feroz lucha contra los estadounidenses⁵⁷ (¿este clérigo sería el responsable de los estadounidenses castrados?)

En un bando publicado el 17 de septiembre de 1847 en Puebla y hallado en el Archivo Histórico del Estado de Tlaxcala, se confirman los combates sostenidos por los sacerdotes: “Por donde quiera que los yankees transitan son asaltados por el pueblo que los aniquila y los mata. Los religiosos de la Merced, San Francisco y otros, se han puesto a la cabeza de la insurrección, y por donde quiera atacan a los enemigos”.⁵⁸

Más allá de participar en la refriega y dirigir a la población en el combate, es probable que los sacerdotes bendijeran a los amotinados y a sus armas antes o durante de la batalla,

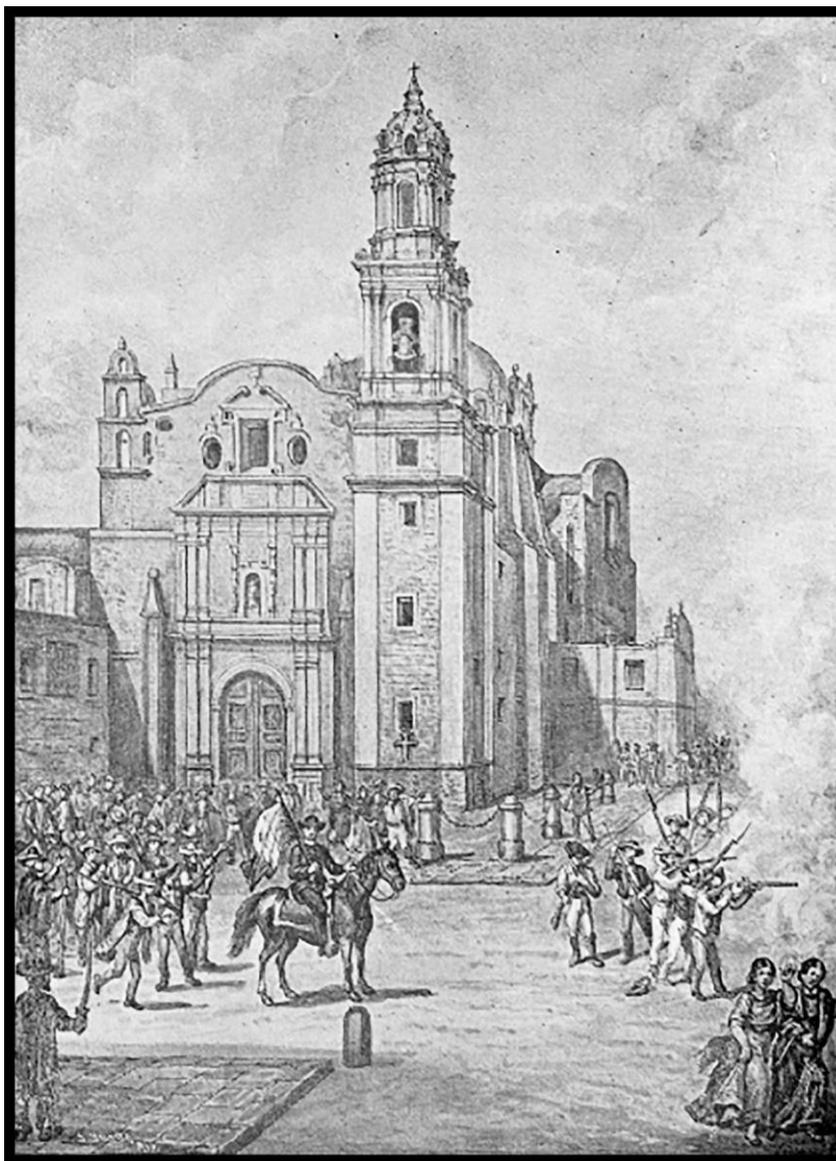
⁵⁶ AHDF, Ayuntamiento, Sección Historia, Serie Guerra con Estados Unidos, vol. 2265, exp. 28, f. 30. Véase que en las narraciones de Guillermo Prieto y la del Ayuntamiento de la Ciudad de México, se menciona la participación de un sacerdote de la iglesia de la Merced. Tanto la literatura como los acervos documentales confirman esta historia.

⁵⁷ García, *op cit.*, p. 437. Antonio García Cubas asegura que era Celedonio Domeco de Jarauta, pero es probable que fuera otro sacerdote, pues Jarauta operó en las inmediaciones de Veracruz, Puebla e Hidalgo.

⁵⁸ AHET, Fondo Histórico, Sección Guerra, Serie Gobierno, año 1847, caja 16, exp. 37, ff. 1-2.

que prestaran auxilios espirituales a los heridos de gravedad, sirvieran como enfermeros o médicos vendando heridas para detener hemorragias y dieran los Santos Sacramentos a quienes estaban a punto de morir.

Imagen 5



Fuente: Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Imprenta de Antonio García Cubas, hermanos sucesores, 1904, p. 437.

Ante las bajas sufridas por los invasores, el general en jefe estadounidense amenazó al ayuntamiento con ordenar el saqueo general de edificios públicos, iglesias y casas. En

respuesta, el gobierno capitalino y el arzobispo de Cesarea y vicario capitular de la mitra, Juan Manuel Irisarri, exhortaron a los clérigos a abandonar las armas y retomar el crucifijo. Se les invitó a predicar la paz y no la guerra reconociendo así su importancia para influir en el pueblo y la rebelión.⁵⁹ En efecto, el papel de los sacerdotes resultó vital en dos aspectos: como sedante en episodios de violencia o revulsivo durante levantamientos armados.

Agotadas las municiones y convencida la muchedumbre de que el general Santa Anna no los apoyaría, el 16 de septiembre la “guerra urbana” disminuyó en consideración y las tiendas capitalinas comenzaron tímidamente a reabrir.⁶⁰ El amotinado, sin la furia de los días anteriores, no dejaría de pelear con armas punzocortantes durante la ocupación estadounidense de la ciudad.⁶¹ Pero las consecuencias de los sucesos de los días previos fueron muy graves. Un testigo ocular quedó impresionado al observar el estado lastimoso de las pequeñas capillas, iglesias y conventos; saqueadas, profanadas y con las puertas destrozadas. Sin embargo, fue peor el impacto de ver “casi todas las calles regadas de sangre

⁵⁹ AHDF, Ayuntamiento, Sección Historia, Serie Guerra con Estados Unidos, vol. 2265, exp. 28, fs. 26-29 y 34. Nuevamente el clero mostró su importancia días después del motín cuando se negó a abrir sus iglesias por miedo a los saqueos. El general Scott, quien temió que fuera una táctica para incitar otra vez al motín, advirtió que si no abrían las casas de culto serían saqueadas. El clero cedió. ACCMM, Cabildo, Actas capitulares, Libro 80, fs. 162-163, George Turnbull Moore Davis, *Autobiography Of the Late Geo. T.m Davis: Captain and Aid-de-camp Scott's Army Of Invasion (mexico), From Posthumous Papers-Primary Source Edition*, Charleston, Nabu Press, 2014, pp. 258-260 y Peter Guardino, “‘In The Name of Civilization and with a Bible in Their Hands:’ Religion and the Mexican American War 1846-48”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 30, núm. 2, (verano, 2014) p. 363.

⁶⁰ Gilberto López y Rivas, *La guerra del 47 y la resistencia popular a la ocupación*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1976, p. 138.

⁶¹ *Sencilla Relación...*, *op. cit.*, p. 16.

humana; hay algunas manchas tan grandes que parece imposible que un solo cuerpo haya arrojado tanta sangre”.⁶²

El motín de la Ciudad de México no solo surgió por razones sociales como Luis Fernando Granados o Fabiola García Rubio sugieren, o por un ferviente patriotismo como apunta Gilberto López y Rivas,⁶³ apareció también por cuestiones religiosas. La defensa de los lugares santos, la preservación de lo sagrado y el deber moral de proteger su religión garantizaban la salvación de los combatientes aun si morían sin una misa, ya que el clero oraba por todos los caídos.⁶⁴ Este fue un móvil muy importante para aquellos católicos que emprendieron una cruzada defensiva contra los “diablos protestantes” en cada iglesia, capilla o convento disputado durante el levantamiento.

Los pequeños asedios que sufrieron conventos e iglesias fueron parte esencial del motín. En mi opinión, el levantamiento debe considerarse como una serie de microcombates desarrollados en espacios públicos, privados y sagrados, y en los que la profanación generalmente estuvo presente, como en el edificio del Consejo Superior de Salubridad donde resultó robado un crucifijo.⁶⁵

3.- Profanación y blasfemia en la ruta de Hernán Cortés

Después de haber acompañado al ejército estadounidense en su ruta de Veracruz a la Ciudad de México, vía Puebla, vale la pena analizar de una forma más general la profanación, la

⁶² “Diario exactísimo de lo ocurrido en México en los días de su invasión por el general Scott o continuación de *El Nuevo Bernal*, [mayo-septiembre de 1847], Día 17”, en Bustamante, *op. cit.*

⁶³ Granados, *op. cit.*, p. 19, García, *op. cit.*, p. 98 y López, *op. cit.*, p. 131.

⁶⁴ Archivo Histórico Privado de Amado Manuel Izaguirre, Siglo XIX, fojas sueltas.

⁶⁵ AHDF, Ayuntamiento, Actas secretas del Cabildo, 23 de septiembre de 1847, sin número de fojas.

blasfemia y la agresión contra los sacerdotes, pero ahora incluyendo ejemplos de otros lugares de la república mexicana.

Imagen 6



Fuente: Harry Williams (ed.), *With Beauregard in Mexico. The Mexican War reminiscences of P. G. T. Beauregard*, Louisiana, Louisiana State University Press, 1956, p. 68.

Las iglesias, además de ser minas de metales preciosos para los invasores, también sirvieron para otros fines. En su camino a la ciudad de Xalapa, el general de voluntarios Robert Patterson, militar que deseaba despojar de sus bienes materiales al catolicismo, estableció en el templo de la población de Plan del Río su cuartel y un depósito de armas.⁶⁶ El general Scott, por su parte, convocó el 11 de septiembre de 1847 en la Ciudad de México, desde el convento y la iglesia de la Piedad a todos los generales e ingenieros para decidir las futuras operaciones militares (imagen 6).⁶⁷

⁶⁶ Oswaldel, *op. cit.*, p. 112 y Zeh, *op. cit.*, p. 57.

⁶⁷ Williams (ed.), *op. cit.*, p. 68.

Además, cuando los oficiales determinaban que las casas de oración podrían servir como nosocomio cundía el pánico entre curas y monaguillos, ya que era bien conocida su afición a profanar y cometer toda clase de desacatos. En Xalapa, el padre vicario de la parroquia del Señor de San José intentó que no ocuparan su templo y desalojaren el de San Francisco y San Ignacio, donde ya habían establecido hospitales. Sin embargo, el general Patterson decidió que la mejor opción para sus mutilados y heridos era enviarlos a esos lugares.⁶⁸

Con las abundantes enfermedades entre las tropas como vómito, cólera y diarrea, cientos de protestantes caídos necesitaron tumbas. William Burgess, un voluntario de Nueva York, señala que se excavaba un agujero grande, cubriendo el fondo con paja donde, después de ser depositados los cadáveres envueltos en una manta, se arrojaba tierra.⁶⁹ Las sepulturas se hacían en los alrededores de las ciudades o donde moría el convaleciente, pero en algunas instancias, como en Xalapa, se les otorgó como última morada el cementerio general cerca de la iglesia de El Calvario y en los alrededores de la de Santiago (actualmente Santiaguito).⁷⁰

Así como en la ciudad de Veracruz los invasores tenían sus tiendas de campaña fuera del puerto, en Xalapa establecieron su campamento lejos de la capital y en Perote ocuparon la fortaleza de San Carlos. Fue hasta en la ciudad de Puebla donde los conventos se emplearon

⁶⁸ Archivo Histórico Municipal de Xalapa “Rubén Pabello Acosta” (en adelante AHMX), Actas de Cabildo, vol. 60, “Actas celebradas el 21, 24 y 26 de mayo de 1848”, ff. 74-75, 81 y 84.

⁶⁹ Alicia Gojman Goldeberg, “Testimonio de un soldado norteamericano en la guerra con México: William Burgess”, en Alvaro Matute (comp. y ed.), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, México, UNAM, 1992, p. 143.

⁷⁰ AHMX, Actas de Cabildo, vol. 59, “Actas celebradas el 1 de mayo y el 20 de mayo de 1847”, f. 74 y 90.

por Scott para el acantonamiento de sus combatientes.⁷¹ Por un tiempo el templo de San Juan de Dios fue hospital militar y acogió al 1° Pennsylvania y al 2° de Ohio, mientras la capilla de Nuestra Señora de Loreto sirvió como barraca para los regulares del general Worth. Los voluntarios de Carolina del Sur se acomodaron en el convento de Santo Domingo, mientras el 4° regimiento de Ohio se sirvió de la iglesia de San Agustín.⁷² De acuerdo con un testimonio presencial, el 7° de regulares que se alojó en el convento del Carmen exigió al clero celdas con camas y colchones “para ellos y sus gringas que andan por los claustros sin licencia episcopal según previenen los cánones”.⁷³

Después del motín de la Ciudad de México, el amplio convento de San Francisco, Santo Domingo, San Bernardo y San Agustín fueron destinados al mismo fin.⁷⁴ Estos lugares habían sido ocupados por el ejército mexicano con anterioridad, aunque los soldados nacionales los respetaron, quizá no por verdadera disciplina, la cual era muy relajada, sino por temor a incurrir en un pecado que los arrastraría al infierno. Cabe señalar que esas tropas veneraban y respetaban el culto católico, que era la religión de sus padres y una doctrina

⁷¹ Ningún convento, monasterio o iglesia ocupada por el ejército estadounidense recibió renta alguna por sus nuevos huéspedes. AHGE, Guerra México-Estados Unidos, legajo 1092, ff. 90-116.

⁷² Jamieson, *op. cit.*, p. 60 y 70. Para una revisión completa de los edificios ocupados por las tropas estadounidenses, véase el anexo 1. El archivo histórico de la catedral de Puebla y del arzobispado de Puebla se encontraban en inventario/catalogación cuando solicité acceso, por ello no pude consultar su documentación. En el archivo histórico en micropelícula Antonio Pompa y Pompa en la Ciudad de México existen algunos documentos sobre el cabildo de la catedral de Puebla pero no de la intervención estadounidense. Por otro lado, de acuerdo con la responsable del acervo de la catedral de Xalapa, no hay documentos sobre la guerra del 47.

⁷³ *El Monitor Republicano*, “Copia de una carta escrita en Puebla por persona de toda confianza”, 5 de julio de 1847.

⁷⁴ George Baker (ed.), *México ante los ojos del ejército invasor de 1847: diario del Coronel Ethan Allen Hitchcock*, México, UNAM, 1978, p. 121. Un viajero austriaco describió los conventos de San Francisco y Santo Domingo como los edificios más grandes y dignos de apreciarse en la capital. Carl Bartholomaeus Heller, *Viajes por México en los años 1845-1848*, Trad. y nota preliminar de Elsa Cecilia Frost, México, Banco de México, 1987, p. 141.

arraigada en ellos desde su infancia. La toma de posesión por las fuerzas invasoras, en su mayoría protestantes, resultaba diferente, como acusó el ayuntamiento capitalino: “al ocupar las tropas americanas algunos conventos de los designados para alojamiento han cometido algunos excesos, desenrejando las celdas y ejecutando otras violencias”.⁷⁵

Según el testimonio del arzobispo de Cesarea, “nuestras plazas y calles, y hasta nuestros templos y casas han prestado el aspecto de los campamentos militares”.⁷⁶ En efecto, después del motín de la Ciudad de México, los invasores se posesionaron de conventos y monasterios de forma pacífica, aunque la ocupación de éstos solía ser violenta. Dichos lugares fueron transformados en el nuevo hogar de los invasores, las celdas de las monjas en cuarteles y los jardines y atrios en establos.⁷⁷ (Cuadro I).

Ahora bien, a fin de no entorpecer el funcionamiento de los lugares de educación y caridad así como para no molestar a las religiosas, el coronel Ethan Allen Hitchcock, inspector general del ejército, se encargó de supervisar el acantonamiento de las tropas en los edificios católicos de la capital.⁷⁸ Sin embargo, sus esfuerzos resultaron infructuosos. En el convento de la Antigua Enseñanza no solo se expulsó a las profesas, sino también a 400 niñas del asilo y algunas féminas de edad avanzada. Al respecto, la priora del Convento informó al gobierno mexicano que el desalojo de las monjas fue “derramando lágrimas de dolor, porque

⁷⁵ AHDF, Ayuntamiento, Sección Historia, Serie Guerra con Estados Unidos, vol. 2268, sin exp., f. 395.

⁷⁶ *Exhortación que dirige a los fieles de este Arzobispado*, Juan Manuel Irisarri, Arzobispo de Cesarea, Vicario Capitular de la Mitra, México, Imprenta de Mariano Arévalo, 1847, p. 6. Existe un ejemplar en el AHAM, Episcopal, Sección Secretaría Arzobispal, Serie Exhortaciones, año 1847, caja 74, exp. 12, fs. 10.

⁷⁷ AHDF, Ayuntamiento, Sección Historia, Serie Guerra con Estados Unidos, vol. 2268, sin expediente, f. 395.

⁷⁸ Baker (ed.), *op. cit.*, p. 121.

se les obliga a abandonar el asilo en donde creyeron pasar tranquilos sus últimos días”. Este caso llegó hasta el ministro de Relaciones Exteriores, para que mediara en el asunto, pero sin resultados positivos para su causa.⁷⁹

Cuadro 1. Ocupación de edificios religiosos por las fuerzas estadounidense en la Ciudad de México (1847-1848)

Número	Edificio ocupados	Propósito de la ocupación	Ocupado por
1	Convento del Espíritu Santo	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
2	Convento de la Merced	Acuartelamiento de tropas	El 7° de Infantería regular
3	Palacio Arzobispal	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
4	Convento de San Agustín	Acuartelamiento de tropas	El 3° de infantería regular
5	Convento de San Francisco	Acuartelamiento de tropas	El 5° y 8° de infantería regular
6	Oratorio de San Felipe Neri	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
7	Colegio de San Pedro	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
8	Convento de Santo Domingo	Acuartelamiento de tropas	11° y 14° de Infantería regular
9	Convento del Carmen	Acuartelamiento de tropas	9° de Infantería regular

⁷⁹ AHGE, Guerra contra los Estados Unidos de América, Legajo 1092, f. 125. Véase también ACCMM, Cabildo, Actas capitulares, Libro 80, ff. 205-211.

10	Convento de Corpus Cristi	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
11	Convento de San Diego	Acuartelamiento de tropas	Cuartel Maestre de la División del general William J. Worth
12	Colegio de San Pablo	Acuartelamiento de tropas	
13	Convento de San Cosme (Hospital de los estadounidenses)	Acuartelamiento de tropas	6° de Infantería regular
14	Colegio de San Fernando	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
15	Convento de San Bernardo	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
16	Colegio de la Antigua Enseñanza	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
17	Convento de la Antigua Enseñanza	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
18	Colegio de San Juan Letrán	Acuartelamiento de tropas	Desconocido
Total de edificios ocupados: 18			

Fuente: María Gayón Córdoba, 1848. *Una ciudad de grandes contrastes. I. La vivienda en el censo de población levantado durante la ocupación militar norteamericana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013, pp. 102-103. En este cuadro solo incluimos los sitios religiosos donde se acuartelaron las tropas, ya que la autora si englobó a todos los edificios ocupados. Los datos del convento de San Bernardo, de la Antigua Enseñanza y los colegios de San Juan Letrán así como de

la Antigua Enseñanza fueron tomados de AHGE, Guerra contra los Estados Unidos de América, legajo 1092, ff. 123-139. La información sobre a qué regimiento pertenecían los soldados fue obtenida del: *Daily American Star*, “Cuarteles para el ejército Norteamericano”, 12 de diciembre de 1847.

Tres días después se repitió este fenómeno en el de San Bernardo, donde los invasores apiñaron a las monjas, estudiantes y criados en el patio, mientras sus camaradas saqueaban el edificio; luego, el mayordomo y dos capellanes fueron escoltados por una patrulla, a bayoneta calada, a través de las calles y plazas hacia el Palacio Nacional. También en el antiguo edificio de la Inquisición, en ese tiempo Colegio Seminario, resultaron desalojados más de 250 niños, quienes sin hogar o con qué sobrevivir, días después se les podía ver pidiendo limosna y vagando por las calles.⁸⁰

Las tropas voluntarias que llegaron a México a finales de 1847 y principios de 1848 fueron reclutadas en Texas, Massachusetts, Ohio, Illinois, Indiana, Louisiana, Nueva Jersey, Georgia, Mississippi, Florida, Kentucky, Tennessee y Maryland y el Distrito de Columbia.⁸¹ La mayoría procedía directamente de Estados Unidos vía Nueva Orleans-Veracruz-Puebla y era alojada en conventos de la capital mexicana:

Dícenme que en este momento [cinco de la tarde, sábado 18 de abril de 1848] se hace por la entrada [de la ciudad] un convoy, y que conduce al segundo enviado de

⁸⁰ AGN, Justicia Eclesiástica, vol. 155, ff. 212-215.

⁸¹ Con tales refuerzos, el 1 de marzo de 1848 fue reorganizada la división voluntaria con un batallón montado de Georgia, tres compañías montadas de Illinois, un regimiento del Distrito de Columbia y Maryland, el 3° y 4° regimiento de Ohio, el 2° de Illinois, una compañía de a pie de Florida, un batallón de infantería de Georgia y otro de Nueva Jersey, siete compañías montadas de Louisiana, un batallón montado de Texas, la Legión Marmulake (3° compañía independiente montada de Illinois liderada por el capitán Michael K. Lawler), 3° y 4° regimiento de Kentucky, 4° y 5° de Indiana, 3°, 4° y 5° de Tennessee, un regimiento de infantería de Louisiana y un batallón de a pie de Mississippi y otro más de Louisiana. Todos bajo el mando del mayor general Robert Patterson. John R. Kenly, *Memoirs of a Maryland Volunteer. War with Mexico, in the years 1846-7-8*, Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., 1873, pp. 384-385 y Hugh Robarts, *Mexican War Veterans. A complete roster of the regular and volunteer troops in the war between The United States and Mexico, from 1846 to 1848*, Washington, Bretanos's, 1887, pp. 37, 45 y 55-56.

Washington, precedido y acompañado de más de mil quinientos hombres chorreados, sucios y apestosos, que no tienen donde se les pare un piojo; esta plaga se ha hospedado en la Casa Profesa, y cada uno dormirá en las plastas de mierda que componen su biombo. Gente infame, ladrona e impudente, cortejados de yankas putas, pero dignas damas de tales galanes.⁸²

De acuerdo con la prensa contemporánea, los alrededores de estas casas de redención estaban infestadas de mierda y de desperdicios que los invasores arrojaban diariamente.⁸³ Es evidente que dichos recintos dejaron de ser lugares de oración para convertirse, a juicio de muchos, en guaridas de criminales, pues “los americanos han tomado la costumbre de asesinar a los mexicanos que pasan de noche por sus cuarteles”.⁸⁴ Por supuesto, también hubo estadounidenses que sufrieron la furia de los léperos. Cerca del convento del Carmen en San Ángel, por ejemplo, fue encontrado el cadáver de un soldado ultimado con su propia bayoneta.⁸⁵

En la plaza de la Concepción de la capital mexicana, un puñado de invasores robaba a los transeúntes desarmados y saqueaba las tiendas buscando alcohol. La situación del clero no fue mejor que la del comerciante; así, las abadesas del convento de Balvanera solicitaron al general Scott un salvoconducto “para que ni esta iglesia, ni este convento, puedan ser invadidos ni entrados al saqueo por las tropas, ni por los voluntarios”.⁸⁶ Esta petición no llegó a tiempo o fue ignorada por completo, pues ambos edificios sufrieron atentados y pillaje.

⁸² “8 de abril, 1848”, en Bustamante, *op. cit.* El término yanka o margarita hace alusión a las mexicanas que mantuvieron íntima relación con los estadounidenses.

⁸³ *El Nopal Mexicano, o el noticioso de la ciudad*, “Importante a la salubridad de las tropas americanas y a la población en general”, 26 de septiembre de 1847.

⁸⁴ AHDF, Ayuntamiento, Sección Policía, Serie Seguridad, vol. 3690, exp. 98, f. 1.

⁸⁵ *Daily American Star*, “Assassination”, 2 de noviembre de 1847.

⁸⁶ AHDF, Ayuntamiento, Sección Historia, Guerra con Estados Unidos, vol. 2265, exp. 28, ff. 34-35.

Cabe recordar que, si bien el general en jefe ordenó a sus subordinados respetar los bienes del clero desde Xalapa, los voluntarios solían ignorar esta orden.

Podría pensarse que las iglesias, conventos y monasterios fueron los únicos objetivos mancillados. Sin embargo, también los sitios de producción o almacenamiento del clero sufrieron daños. En Coyoacán, lugar donde se estableció el 2° de Pennsylvania, el 2° de Nueva York y el 1° de Carolina de Sur, los ciudadanos-soldados cometieron desmanes:

Llegué a la Colecturía en la que me encontré con que las tropas de los voluntarios del Norte que se alojaron en ella habían desenrejado y lastimado la mayor parte de las puertas así como de la calle como interiores, arrancándose y llevándose las cerraduras y llaves de unas, rompiendo otras, astillando y quebrando sus tablas; quemaron y tomaron las trancas, morillos, algunas tablas del techo y vigas que había para la obra [...] Se llevaron las palas, unas barretas grandes y algunos costales y finalmente lastimaron algunos ladrillos del suelo, ahumaron algunas paredes por dentro y fuera de la casa, dejando la finca en tal estado de inmundicia y destrucción que estaba inhabitable.⁸⁷

De tal modo, para muchos invasores protestantes las iglesias representaron una fuente inagotable de riquezas. El oro y la plata de los ornamentos alimentaban su ambición y, como “cazadores de fortuna”, entraban a los templos con la intención de robar aquello que, a sus ojos, valía algo, monetariamente hablando, claro está:

⁸⁷ AHAM, Cabildo, Sección Haceduría, Serie Jueces Hacedores, año 1848, caja 73, exp. 2, ff. 1-8. Algunos de los gastos ocasionados por los desmanes estadounidenses son los siguientes: “Por cinco pesos y siete reales [...] que el carpintero y el herrero compusieran en lo posible las puertas, chapas y llaves de la Casa Colecturía, cuando se fueron las tropas Norte-Americanas [...] Por siete pesos [y] cuatro reales que se gastaron en cinco días en cuatro peones pagados a tres reales, que se emplearon en limpiar la casa, sacar y quemar basura y levantar el escombros de las paredes que tiraron los Norte-Americanos [...] Por cuatro pesos [y] cuatro reales que costó desempolvar y limpiar el pozo que dejó muy sucio la tropa Norte-Americana [...] Por ciento ochenta y seis pesos [y] cinco reales que me dato por haber sido la cantidad de reales saqueados por los voluntarios del ejército Norte-Americano”. Costo total de las reparaciones ocasionadas por los desmanes estadounidenses y del dinero robado: 202 pesos y 20 reales. ACCMM, Colecturía, Libro 63, f. 16.

Tengo el sentimiento de decir a V. S. I. que desde aquella fecha [16 de septiembre de 1847] casi no ha habido día de algún nuevo atentado; consumando por último, la semana pasada el más escandaloso y sacrílego robo de las iglesias y sacristías del Tercer Orden y capilla de la Espiración, horadando paredes, forzando puertas, ventanas, alacenas, nichos de iglesia y hasta levantando tapas de sepulcros y rompiendo cojines de sillas y confesionarios, con el objeto de buscar alhajas o dinero [...] Desnudas todas las imágenes, vacías enteramente las cajas, cajones y alacenas de ornamentos de los templos y demás adornos, faltando también alfombras y cuanto encontraron de algún valor.⁸⁸

Los camposantos fueron empleados por los invasores para comer y celebrar reuniones donde se consumía alcohol. De ahí que, al finalizar la guerra, pudieran observarse en ellos cabezas de carnero revueltos con huesos humanos así como cuerpos exhumados y dispersos en diversas direcciones. Las tumbas sufrían profanaciones porque los invasores buscaban alhajas, anillos, *golden Jesuses* o los dientes de oro de los cadáveres.⁸⁹

Cabe agregar que en el periodo de la ocupación estadounidense hubo casos de plagio a sitios religiosos, cuyos ladrones no resultaron identificados. En la Capilla de La Pastora en

⁸⁸ *Comunicaciones entre el Illmo. Sr. Vicario Capítular del Arzobispado de México y los señores gefes del ejército norte-americano publicadas por la causal que se expresa en las mismas*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1848, p. 2.

⁸⁹ Thomas D. Tennery, *Diario de la guerra contra México*, México, CONACULTA, 2007, p. 70. Los mexicanos también profanaban tumbas protestantes. En efecto, cuando un anglosajón moría, se le podía enterrar más allá de la garita de San Cosme: “en un lamentable camposanto que de mala manera y casi a regañadientes se les había concedido a los 'cochinos herejes' para sepultar a sus muertos”. Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Antigua Librería Robledo, 1955, p. 105. Dos décadas atrás, cuando una procesión pasaba frente al negocio de Hayden, un protestante yanqui, quien no se incorporó al ritual, pero sí se hincó porque respetaba las ceremonias católicas, sufrió la furia de un oficial mexicano. Éste le preguntó, desenvainando la espada, por qué no seguía la comitiva. Hayden intentó huir, pero el militar le atravesó su arma por la espalda y le destrozó el corazón. El representante estadounidense, Mr. Black, llevó el cuerpo de Hayden a su camposanto. Entre los mexicanos no tardó en difundirse la noticia de que el cadáver había sido enterrado con dinero y alcohol para su viaje al otro mundo. Al día siguiente, la tumba fue encontrada abierta, el cadáver desnudo y arrojado de mala gana al suelo. El caso se encuentra detallado en Brantz Mayer, *Mexico, as it was as it is*, Philadelphia, G. B. Zieber & Company, 1847, pp. 140-141.

Veracruz desapareció la Virgen Patrona, en la Catedral Metropolitana de México existen denuncias de robos en los cepillos limosneros (caja de limosnas) y en la villa de San Andrés, Xalapa, la iglesia supuestamente fue saqueada por un teniente.⁹⁰ Asimismo, no cabe duda de que entre los mexicanos no faltaba quienes robaran templos, como en el año de 1857 en Tepellamalco, Ver.,⁹¹ sin importarles el rechazo de la sociedad, arresto, excomulgación o persecución. Pero si comparamos el alto índice de hurtos habidos durante “la segunda conquista de México”, es probable que entonces los latrocinios desconocidos fueran de los invasores.

Las profanaciones fueron tan cotidianas que los mexicanos buscaron la manera de pararlas. En Puebla, por ejemplo, después de haber sido mancillado un convento, se tocaron las campanas de las iglesias para pedir auxilio a los creyentes y encontrar al ladrón.⁹² Esto hace suponer que los nacionales repudiaban los sacrilegios e intentaron ellos mismos restablecer el orden religioso pues las autoridades civiles (mexicanas) y militares (estadounidenses) resultaban incompetentes.

La salida de las tropas estadounidenses hacia los Estados Unidos comenzó a mediados de 1848 y en general se realizó con buen orden, salvo en algunos casos pues, antes de salir de sus cuarteles, no faltó quienes buscaran oro de nuevo. Por ejemplo en la capital del país,

⁹⁰ Miguel Lerdo de Tejada, *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz, precedidos de una noticia de los descubrimientos hechos en las islas y el continente americano, y de las providencias dictadas por los reyes de España para el gobierno de sus nuevas posesiones, desde el primer viage de Don Cristobal Colon, hasta que se emprendió la conquista de México*, tomo III, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1857-1858, p. 33, ACCMM, Cabildo, Actas capitulares, Libro 80, ff. 203-204 y Kenly, *op. cit.*, p. 379.

⁹¹ Archivo Histórico Municipal de Perote “Mtro. Rafael Arriola Medina”, Juzgado Municipal 1846-1864, “Cuaderno de filiaciones de reos prófugos”, año 1857, sin número de foja.

⁹² *El Monitor Republicano*, “De una carta de Puebla, del 11 de este mes”, 15 de octubre de 1847.

cuando los voluntarios desocuparon el convento de la Merced, “fracturaron la puerta del Sagrario y robaron el sol de la custodia”.⁹³

Los profanadores intentaron vender estos objetos para su propia subsistencia o para salir de un apuro económico, ya que los periódicos católicos estadounidenses denunciaron la comercialización en su país.⁹⁴ Pero no es necesario ir tan lejos, en México, el arzobispo de Cesaréa señaló que:

Es verdad que en los próximos aciagos pasados días vimos profanados nuestras iglesias suburbias de esta capital, y vendidos a viles precios los vasos y los paramentos sagrados [...] Estos eran alienígenas que o no conocían a Dios o eran protestantes y estaban fuera del gremio de la Iglesia [católica].⁹⁵

Por supuesto, el oro no fue el único objetivo deseado. Ya se observó cómo, durante el saqueo al convento de Balvanera, los invasores usaron las casullas, capas pluviales y sobrepellices para mofarse del culto católico. En La Profesa, Bustamante relata que:

Hasta esta pobre iglesia ha participado de las rapaces uñas de los infames yankees que hospeda, pues se robaron la mitad de la cortina del altar mayor que forma el teatro del Calvario [...] Ya salieron de La Profesa estos pícaros porque se iban a asfixiar a causa de la mucha mierda de que estaban rodeados [...] Acaban estos infames de romper el gran nicho

⁹³ Niceto de Zamacois, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a la luz los más caracterizados historiadores y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que hasta hace poco existían en las de los conventos de aquel país*, tomo XIII, Barcelona-México, J. F. Parres y Compañía, 1888, pp. 167-168.

⁹⁴ John Christopher Pinheiro, “Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny, and the U.S.-Mexican War of 1846-1848”, Tennessee, Universidad de Tennessee, Tesis de Doctorado, 2001, p. 211.

⁹⁵ Archivo Histórico del Ex-convento Franciscano y Parroquia El Sagrario, Sección Disciplinar, Edictos y decretos, “A todos nuestros muy amados hijos en Jesucristo Nuestro Señor”, cédula SDG/04/02, impresos sueltos. El mismo documento se encuentra en el Archivo Parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe, El Sagrario (en adelante APNSGES), Sección Disciplinar, Circulares, Libro 217, impresos sueltos.

del Camarín de Nuestra Señora de los Dolores de la Capilla de la Casa Profesa, y el gran vidrio [...] solo por dañar el culto.⁹⁶

¿Cuánto dinero obtendrían vendiendo una cortina? ¿Qué ganaban con romper un nicho o un vidrio? Con la cortina quizá conseguirían unas monedas o la emplearían como cobija, pero un vidrio, o mejor todavía un nicho, no proporcionaban ningún beneficio económico. Lo único que esta acción les daba era el placer de destruir las cosas que representaban o formaban parte de una religión que abominaban. También agredían objetos molestos o incómodos. Tal fue el caso de las campanas de las iglesias, que eran retiradas de las torres y destrozadas,⁹⁷ porque, como se vio en el capítulo anterior, los protestantes perdían la cabeza con su irritante sonido.

A menudo, los jóvenes invasores se dispersaban en búsqueda de diversiones y entretenimientos colectivos en las ciudades ocupadas. Ir al teatro o cortejar a las margaritas eran actos frecuentes, aunque beber “whiskey mexicano” (aguardiente de caña de azúcar) o pulque resultaba aún más común y a menudo los metía en problemas. El vandalismo en las calles afectaba a muchos ciudadanos, entre ellos a los curas. Si bien los voluntarios solían tratar a los “monstruos” con indiferencia y desprecio, también podían considerarlos como minas caminantes de metales preciosos. John O’Brien, miembro de la pandilla callejera de los *Killers*, de la compañía D del 1º Regimiento de Pennsylvania, fue acusado de robar una pesada cadena y un espléndido reloj a un sacerdote de Xalapa, ambos objetos de oro.⁹⁸

Cuando los sacerdotes se dirigían a suministrar el viático a los moribundos, eran despojados de sus pertenencias. Sabemos que esto sucedió en la Ciudad de México y en

⁹⁶ “9 de abril de 1848,” en Bustamante, *op. cit.*

⁹⁷ Pinheiro, *op. cit.*, p. 214.

⁹⁸ Oswaldel, *op. cit.*, p. 155.

Toluca, capital del Estado de México.⁹⁹ En este último lugar, sus “desacatos e irreverencias” causaron tal indignación entre los clérigos que se quejaron amargamente con el Arzobispado de México. Cabe señalar que los combatientes allí acuartelados pertenecían al 4º, 6º y 8º regimiento de infantería regular y a los Voltiguers (infantería ligera). Fue uno de los pocos casos registrados en los que participaron soldados del ejército profesional.¹⁰⁰

La incompreensión del idioma español y la doctrina católica hacía insuficientes las explicaciones de los curas. Pese a que los religiosos usaban sus casullas, un invasor protestante veía a un sacerdote como a un simple mortal más, al cual podría darle los buenos días o asaltarlo. No representaba para él alguien importante o distinguido como sí lo era para los mexicanos. El ayuntamiento de la Ciudad de México buscó detener estos asaltos porque temía que las cosas derivaran en algo más grave:

El Sr. Díaz expuso que temeroso de que hoy no hubiera cabildo, manifestó anteriormente a algunos Sres. Capitulares que en vista de que cuando el *Divinisimo* sale en la forma acostumbrada para ministrarse de viáticos, muchos individuos del Ejército Americano cometen grandes desacatos, bien porque no tienen idea de esta práctica religiosa, o bien por otros motivos: que esto puede ocasionar entre ellos y nuestro pueblo un choque que refluya contra toda la población [...] ¹⁰¹

⁹⁹ Para el caso de la Ciudad de México, véase: ACCMM, Cabildo, Libro 80, ff. 179-182.

¹⁰⁰ AHAM, Juzgado eclesiástico de Toluca, Sección Licenciado Juan Antonio, Serie correspondencia, año 1848, caja 115, exp. 36, fs. 2. Para ver la información sobre el acantonamiento véase a Kenly, *op. cit.*, p. 385. La ocupación de Cuernavaca, Morelos, no registra reporte de atentados contra la Iglesia. *El Monitor Republicano*, “El coronel Clarke sale hoy para”, 1 de febrero de 1848, *Daily American Star*, “From Cuernavaca”, 22 de febrero de 1848 y *Daily American Star*, “Cuernavaca, Marzo de 1º de 1848”, 3 de marzo de 1848.

¹⁰¹ AHDF, Ayuntamiento, Serie Actas de Cabildo ordinario, vol. 300, 28 de septiembre de 1847. Este caso también puede verse en ACCMM, Actas de Cabildo, Libro 80, f. 183 y Marta Eugenia García Ugarte, “El Cabildo de la catedral y la guerra con Estados Unidos”, en *Estudios*, vol. 59, año, 2000, p. 65.

El arzobispo de Cesarea promulgó una serie de medidas para contrarrestar estos abusos en la capital. Se ordenó que, en adelante, se suministraran los viáticos por las mañanas y las tardes, no en las noches cuando el índice de criminalidad aumentaba; de darse el caso, se viajaría en carro, con luces y una campanilla para pedir auxilio en un atentado. Los sacerdotes vestirían de manera que no llamaran la atención. Por lo demás, los estadounidenses fueron obligados a escoltar estas diligencias. Ya en Xalapa se había ejercido esta protección, con motivo de una procesión de religiosos, los miembros del regimiento de Illinois recibieron orden de escoltarla.¹⁰² Con estas medidas trataron de calmarse los ánimos de los mexicanos para “evitar toda clase de disturbios”¹⁰³ y hacer respetar a la religión católica, día a día atropellada por los protestantes.

Si bien esta actitud contra los sacerdotes puede explicarse como una expresión del anticatolicismo analizado en el capítulo anterior, también fue una reacción a su beligerancia, ya que se especulaba que en los conventos y monasterios había equipo militar para promover una revuelta.¹⁰⁴ Lo que sí es un hecho es que en los barrios de la Ciudad de México los curas predicaban a su rebaño resistir la ocupación,¹⁰⁵ y acaso por esto, hubo mañanas en las que aparecían en las calles invasores asesinados a sangre fría.

Por su parte, el pueblo invadido también agredió a los capellanes protestantes del ejército estadounidense. El reverendo John McCarty, quien regresaba de un funeral, fue detenido por tres mexicanos que le pusieron una pistola en la cabeza para volarle la tapa de los sesos si se resistía al atraco. Él cedió, perdió su reloj y caballo, pero salvó la vida. No fue

¹⁰² Thomas D. Tannery, *Diario de la guerra contra México*, México, CONACULTA, 2007, p. 114.

¹⁰³ AGN, Justicia Eclesiástica, vol. 159, fs. 54-58.

¹⁰⁴ *Daily American Star*, “Captura de propiedad pública”, 12 de diciembre de 1847 y *El Monitor Republicano*, “Según la Estrella, la tropa que”, 12 de diciembre de 1847.

¹⁰⁵ *Daily American Star*, “Eclesiásticos”, 13 de noviembre de 1847.

un asalto al azar como los que solían ocurrir con regularidad. Los amantes de lo ajeno sabían quién era porque al interceptarlo saludaron con un “buenos días padre”.¹⁰⁶

Además de robar y agredir a los sacerdotes, los voluntarios ofendían al culto católico, a veces adrede y otras ocasiones sin intención, pues entraban a las iglesias de Xalapa o la Ciudad de México fumando sus pipas o masticando alimentos.¹⁰⁷ Además, respetaban poco la santidad de las casas de Dios pues las utilizaban para cocinar:

Ya te he dicho que estos yanquis ocuparon [la Ciudad de] México como país conquistado, como aduar de salvajes, comiendo y haciendo sus necesidades en las calles, convirtiéndolas en caballerizas y haciendo fogatas contra las paredes, lo mismo en el interior del Palacio, que de los templos, [con las] que cocinaban y comían alrededor.¹⁰⁸

Muchos voluntarios observaban todo con ojos curiosos ya que jamás habían visto una iglesia católica y les parecían antiguos museos posteriores a la conquista española. No mostraban respeto alguno como acostumbran los mexicanos y unos iban más lejos cuando expresaban blasfemias frente a las imágenes sagradas, como sucedió en Pachuca, Hidalgo. Otros más subían a la torre más alta de la catedral capitalina para mirar el hermoso panorama ofrecido por la ciudad y de paso “cometían algunos perjuicios” contra las campanas.¹⁰⁹

Cuando los sacerdotes daban misa, los invasores interrumpían la ceremonia blasfemando y destrozando las imágenes. En el interior de la capilla del Rosario, por ejemplo, un puñado de invasores disparó sus armas contra el altar de San Miguel y provocaron el

¹⁰⁶ Sargent, *op. cit.*, p. 21.

¹⁰⁷ Roa Bárcena, *op. cit.*, Tomo I, p. 318 y Hughes y Johnson (Eds.), *op. cit.*, p. 135.

¹⁰⁸ “Otra carta”, en Prieto, *Memorias...*, *op. cit.*, p. 421.

¹⁰⁹ ACCMM, Cabildo, Actas capitulares, Libro 81, f. 13. Véase también a Maria Clinton Collins (ed.), “Journal of Francis Collins. An Artillery Officer in the Mexican War”, en *Quarterly Publication of the Historical and Philosophical Society of Ohio*, vol. 10, núm. 2 y 3, (abril-juli, 1915), p. 91 y Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 108 y 160.

pánico de los feligreses.¹¹⁰ Mientras eso ocurría dentro de las casas de oración, en las calles sucedían acciones similares. Una vez que cientos de mexicanos participaban en una procesión nocturna, la comitiva tuvo que soportar las risas y burlas de la compañía C del 4º regimiento de Ohio que no paró de divertirse durante los tres días en que se repitió la ceremonia.¹¹¹

Hechos como estos provocaron que a principios de 1848 algunas iglesias de la Ciudad de México fueran clausuradas como la de Santo Domingo para evitar más “atentados cometidos por los americanos”.¹¹² La situación se agravó durante los meses siguientes ya que el arzobispo de Cesarea, por recomendación del ayuntamiento capitalino, giró una orden para cerrar todos los templos antes de oscurecer:

¡Cuán sensible nos es, amados Diocesanos, anunciaros la necesaria clausura en los próximos días de la Semana Mayor! [abril de 1848] A esta sensible providencia nos vemos hoy precisados para evitar la profanación del lugar santo [...] Para evitar por tanto nuevas profanaciones, especialmente en las horas ocasionadas por la noche, de acuerdo con la autoridad Superior Civil debemos mandar se cierren antes de la noche todos los templos de esta capital, suprimiéndose igualmente todas las procesiones que estaban en práctica hacerse en la Semana Mayor.¹¹³

En este sentido, el pueblo mexicano disputó los espacios públicos y religiosos con los protestantes, lo cual advierte una fuerte aversión hacia ellos. Así, el festejo de los Reyes Magos en una pulquería terminó en un baño de sangre entre ambas partes, pues varios fueron asesinados y un puñado de combatientes del 1º regimiento de Pennsylvania resultó herido.¹¹⁴

¹¹⁰ *Comunicaciones...*, *op. cit.*, p. 2.

¹¹¹ Jamieson, *op. cit.*, p. 80.

¹¹² ACCMM, Cabildo, Actas capitulares, Libro 81, f. 14.

¹¹³ APNSGES, Sección Disciplinar, Circulares, “El vicario capitular del arzobispado de México, a sus amados hijos en nuestro Señor Jesucristo”, Libro 217, impresos sueltos

¹¹⁴ John William Larnier (ed.), “A Westmoreland Guard in Mexico, 1847-1848: The Journal of William Joseph McWilliams. Part II”, en *The Western Pennsylvania Historical Magazine*, vol. 52,

Se dice que en venganza al ataque, los invasores buscaron más tarde a uno de los agresores quien se encontraba postrado en su cama a causa de las heridas y lo mataron de un balazo.

Todo esto hizo creer al vicario capitular de la Ciudad de México que los invasores vejaban a los mexicanos solo porque eran católicos.¹¹⁵ Esta es una verdad a medias, pues a ella debemos agregar el sentimiento de superioridad racial, el alcohol, la indisciplina de los ciudadanos-soldados y el fuerte sentimiento anticatólico que existía en Estados Unidos desde al menos la década de 1820.

4.- Consideraciones finales

En resumen, como en todas las invasiones de ciudades por fuerzas armadas enemigas, en que la pérdida de vidas y bienes materiales son importantes, durante la ocupación estadounidense la agresión contra sitios religiosos ocasionó tres clases de traumas: el económico, el histórico y el moral.

Resultaron evidentes los daños materiales que sufrieron los edificios católicos. Al término de la guerra, sus moradores encontraron patios, alcobas y celdas en ruinas o pésimo estado. Las condiciones sanitarias también eran deplorables, al grado de percibirse el hedor de la carne putrefacta, especialmente al mediodía, cuando el calor era más fuerte. En el convento de San Diego, por ejemplo, se encontraron las huertas convertidas en depósito de inmundicias ya que los invasores mataban reses y arrojaban ahí las vísceras y la sangre.¹¹⁶ Las calles adyacentes se habían convertido en caldo de cultivo de enfermedades gracias al estancamiento de aguas negras y basura.

núm. 4, (octubre, 1969), p. 393. Este caso también se dio a conocer en *The American Star*, “San Ángel”, 11 de enero de 1848. *El Monitor Republicano*, “San Ángel, Enero 8”, 10 de enero de 1848.

¹¹⁵ *Comunicaciones...*, *op. cit.*, p. 1.

¹¹⁶ *El Siglo XIX*, “Remitidos”, 1 de julio de 1848.

Los edificios de enseñanza a cargo de la Iglesia también sufrieron daños y afectaron el aprendizaje de los alumnos, ya que las reparaciones requirieron de tiempo y dinero. En Córdoba, Veracruz, a tres años de finalizada la guerra del 47, los agravios realizados por los *Texas Rangers* (voluntarios de Texas) aún repercutían en la sociedad: “Con motivo de la ocupación que hicieron los americanos de varios edificios públicos y particulares, entre ellos del Colegio de Estudios, Escuela de Niños, Hospital y arrecogidas de mujeres, causaron en ellos bastantes deterioros en los cuatro meses que los tuvieron.”¹¹⁷

Otro daño económico fue la paralización de los sectores productivos de la Iglesia. En la Colecturía de Coyoacán, por ejemplo, el almacenamiento de bienes se estancó debido a la migración de trabajadores, la ocupación del edificio y la devastación de los campos de cultivo por las tropas estadounidenses. Si cotejamos las existencias de semillas en julio y agosto de 1847 (Anexo 2) con el corte de septiembre y octubre de ese mismo año (Anexo 3), podrá observarse la brusca interrupción en la recaudación de bienes cuando entraron a la Ciudad de México las tropas de Scott.

La segunda consecuencia fue la pérdida de documentos con la destrucción de archivos históricos. Parte de esta memoria colectiva fue utilizada como combustible en las fogatas ya que, como vimos, los invasores utilizaban los papeles para atizar el fuego y conseguir calor, especialmente en la temporada de invierno. También sirvieron como sustituto de leña para la preparación de alimentos. Sabemos que:

De todas las iglesias Catedrales y Parroquiales de las provincias de regulares y conventos de las señoras religiosas, así como sobre las reales órdenes y demás providencias por las cuales se han firmado, y de las reglas que observan repetidamente, para que sirvan a la

¹¹⁷ Archivo Histórico Municipal de Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, Tomo 122, año 1851, “Parte Mensual que se pasa a la Jefatura Política del Cantón”, fojas sueltas.

historia, así como para que puedan acordarse con acierto los asuntos [de] que está a cargo dicha Secretaría, de donde con motivo de la ocupación de las tropas americanas desaparecieron los libros y papeles que contenían algunas de las noticias que se trata.¹¹⁸

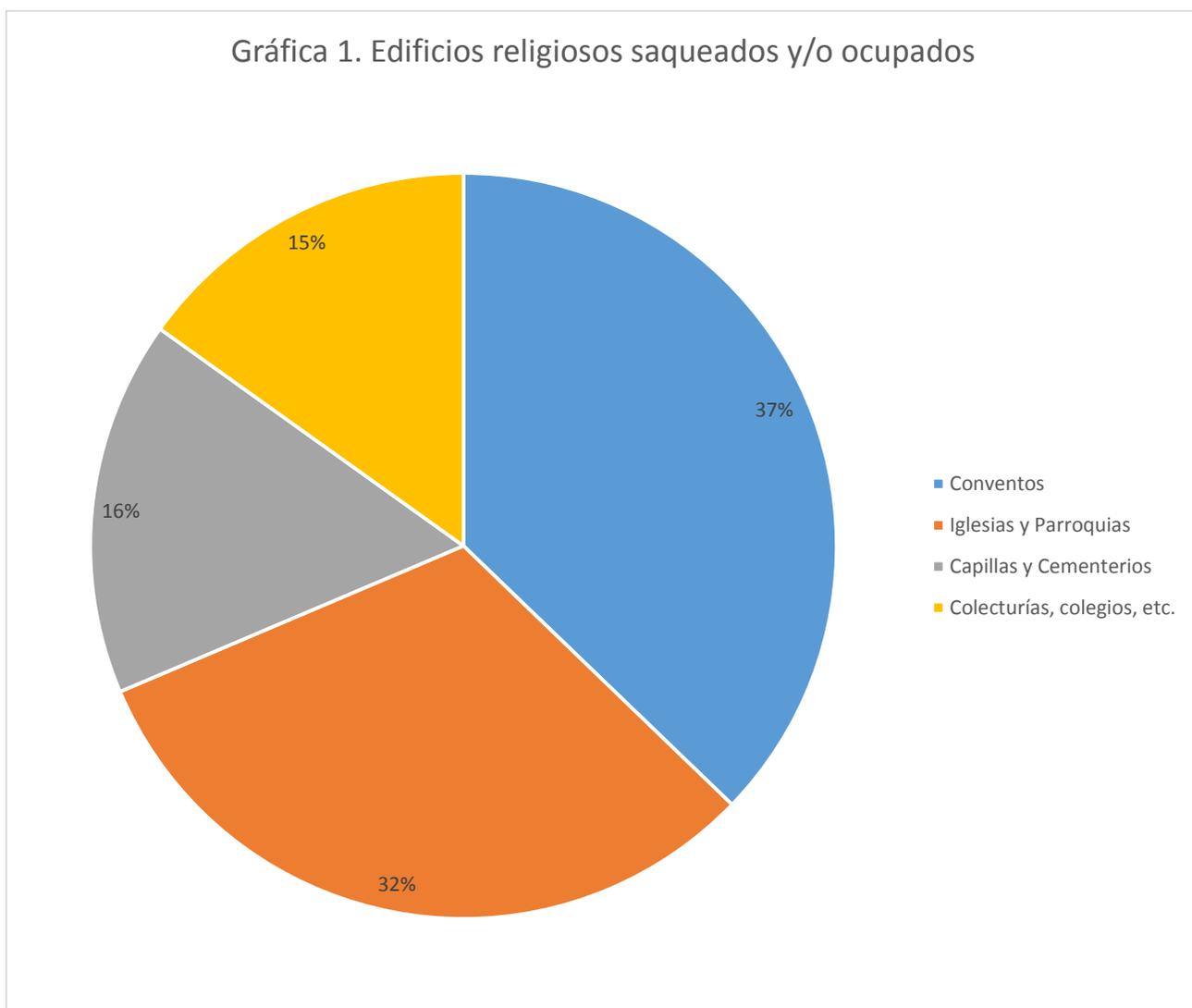
La tercera consecuencia fue una mayor aversión hacia la libertad de cultos y el protestantismo. Las heridas abiertas por la profanación religiosa no cicatrizaron con prontitud pues, en un país “papista”, las prácticas anticatólicas no podían verse “sin el más vivo y amargo sentimiento”.¹¹⁹ La derrota en la guerra coadyuvó a reforzar el catolicismo de algunos sectores de la sociedad, en especial del clero católico y los más conservadores, ya que la oración y la fe fueron las únicas armas que los acompañaron durante toda la guerra, a diferencia de los mosquetes que fueron vencidos en el campo de batalla.

En la gráfica 1 puede observarse que los edificios religiosos fueron ocupados y/o saqueados por los estadounidenses en 86 ocasiones. Los conventos llevaron la peor parte (37%) ya que 32 sirvieron como cuarteles y hospitales y se sabe al menos que siete sufrieron saqueos (el de Tlaxcala en dos ocasiones). Las iglesias y parroquias, interesantes desde el punto de vista económico, también recibieron mucho daño durante la guerra (32%) ya que 27 fueron profanadas directamente (robo de ornamentos) o indirectamente (al ser empleadas como dormitorios). En tercer lugar, capillas y cementerios, igualmente codiciadas por sus metales preciosos (16%), sufrieron 14 sacrilegios y múltiples exhumaciones de cadáveres, respectivamente. Finalmente, once colecturías, colegios y palacios del clero, no fueron tan acosadas (15%) porque carecían de atractivo monetario y no siempre servían para el acantonamiento de combatientes. Además, con respecto a las anteriores, no proliferaban en demasía.

¹¹⁸ AHAM, Cabildo, Sección Haceduría, Serie Jueces hacedores, 1853, caja 87, exp. 36, f. 2.

¹¹⁹ *Comunicaciones...*, *op. cit.*, p. 7.

Gráfica 1. Edificios religiosos saqueados y/o ocupados



Fuente: Anexo 1.

Con base en la información proporcionada en este capítulo, la profanación tuvo diversos matices desde la perspectiva geográfica actual (gráfica 2). El estado de Veracruz, por ser paso obligatorio para llegar a los palacios de Moctezuma o, por el contrario, para abandonar el país, sufrió considerables acantonamientos en conventos e iglesias así como pérdidas religiosas (20%). Otros lugares no recibieron tanto impacto porque la ocupación invasora no se consolidó sino hasta muy tarde (Estado de México 5%), concentró grandes contingentes de combatientes pero la estancia fue breve (Puebla 15%), hubo incursiones

relámpago (Tlaxcala 3%) o carecían de importancia geográfica como Hidalgo (en ese entonces pertenecía al Estado de México) con un 5% (no así de metales preciosos).¹²⁰



Fuente: Anexo 1.

La necesidad de los invasores para establecerse en enormes urbes como la Ciudad de México, derivó en el sacrilegio y ocupación de lugares santos (52%), pues es evidente que el contacto con estos aumentó la profanación. Por ejemplo, con el éxodo de miles de capitalinos hacía Tenancingo, Estado de México, cientos de hogares quedaron desocupados y algunos

¹²⁰ La ocupación estadounidense de edificios católicos en Puebla probablemente fue mayor pero, como ya se mencionó, no tuve acceso a varios archivos religiosos y parroquiales. Esto hace que la información aquí proporcionada sea incompleta.

oficiales aprovecharon esto para instalarse en casas particulares, mesones u hoteles. Pero a los voluntarios se les acomodó, para evitar la proliferación de enfermedades, en conventos contruidos con piedra maciza, amplios y limpios, en lugar de las casuchas periféricas hechas con barro, carrizo y sin higiene. Esto explica, en alguna medida, las depredaciones de los edificios religiosos a manos de los indisciplinados ciudadanos-soldados.

Sin embargo, quedan dos interrogantes por responder, ¿qué pasó con la guerra no convencional, es decir, la lucha entre fuerzas guerrilleras y contraiguerrilleras en caminos, sendas y pueblos? y ¿cuál fue el papel de los famosos voluntarios texanos en la profanación de iglesias? En las páginas siguientes se intentará responder a estas preguntas.

Capítulo IV. Los “perros”, botín de guerra y profanación: Los *Texas Rangers* y el general

Joseph Lane

Cuando los hombres se comprometen en estos negocios de matanza, generalmente arrojan de su pensamiento a Dios, la idea de sus leyes y la responsabilidad con Él contraída y no conocen religión, dominio ni misericordia. El lema es matar, saquear e incendiar.

Abiel Abbot Livermore¹

Introducción

El general Winfield Scott enfrentó una dura prueba para controlar la antigua ruta de Hernán Cortés: la guerrilla mexicana. El problema no era menor. El general en jefe sabía que los “rancheros” entorpecían dos elementos vitales de su campaña.² El primero consistía en mantener abiertas las comunicaciones entre los lugares ocupados para así proteger las caravanas cargadas con pertrechos importados, ya que las municiones y armas capturadas al ejército enemigo resultaban obsoletas o no correspondían al calibre correspondiente. Asimismo requería dinero para pagar, alimentar y vestir a la tropa.³

La segunda preocupación de Scott fue mantener vivos a los nuevos reclutas quienes solían ser emboscados por los “bárbaros rancheros” en caminos, puentes y pueblos. Esto era

¹ Abiel Abbot Livermore, *Revisión de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 219.

² Los invasores también llamaban “ranchero” al guerrillero.

³ Los estadounidenses además brindaron seguridad a las caravanas comerciales financiadas por sus propios ciudadanos. Archivo General de la Nación, Tribunal Superior de Justicia, Distrito Federal, 1848, caja 2 [246], exp. 8, f. 18. Para un análisis particular de este caso, véase Eliud Santiago Aparicio y David García González, “La guerra de guerrillas: un arma de dos filos en la Guerra de 1847. Documentos del Tribunal Superior de Justicia, Distrito Federal”, en *Signos Históricos*, núm. 32, julio-diciembre, 2014, pp. 184-195.

vital para el general en jefe porque, si bien utilizó presos y bandidos mexicanos para engrosar sus filas, necesitaba muchos más hombres para cubrir las bajas ocasionadas por las deserciones, muertes, enfermedades y amputaciones así como por el licenciamiento de cientos de voluntarios al finalizar su contrato con el ejército.

Para paliar estos problemas fue necesario combatir el fuego con fuego.⁴ Por lo tanto, una fuerza estadounidense, cuyo núcleo principal era de voluntarios texanos (*Texas Rangers*), recibió la tarea de exterminar a las guerrillas mexicanas.⁵ Estos hombres, conocidos como contraguerrilleros y apodados por los mexicanos como “perros” por su afición al saqueo,⁶ son pieza fundamental en la historia texana y representan un capítulo poco conocido de la nuestra.

Pese a parecer un enfrentamiento netamente militar, la guerra de guerrillas presentó rasgos religiosos pues las partidas de “rancheros” estaban a veces comandadas por sacerdotes que peleaban en nombre de Dios y, cuando los estadounidenses intentaron frenar sus acciones ocupando pueblos, haciendas y ranchos, cayeron en la profanación, la blasfemia y el robo de crucifijos y demás ornamentos tan caros a la Iglesia católica. No olvidemos tampoco que los

⁴ Cuando el general Joseph Lane estaba en persecución del padre Celedonio Domeco de Jarauta, el teniente Daniel Harvey Hill del 4º regimiento de artillería dijo: “¡Será un hermoso encuentro, bestia contra guerrillero! Le deseo éxito al general salvaje”. Nathaniel Cheairs Hughes y Timothy D. Johnson (eds.), *A fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA*, Boston, Kent State University Press, 2002, p. 168.

⁵ En el presente estudio solo nos interesa analizar la participación de la contraguerrilla estadounidense. Para el caso de la mexicana (*Mexican Spy Company*) véase a: Alfredo Ávila, “La contraguerrilla de Manuel Domínguez 1847-1848”, en *Los Panfletos de Historia en Red*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, 1997, pp. 1-8.

⁶ José María Naredo, *Estudio geográfico, histórico y estadístico del Cantón y de la ciudad de Orizaba*, volumen 1, Orizaba, Imprenta de Hospicio, 1898, p. 110.

invasores pensaban que los religiosos no combatientes ayudaban a sus enemigos con alojamiento, comida y bendiciones.

Por otro lado, hasta ahora solo se había hablado de robos aislados, realizados en contra de la voluntad del general en jefe, pero no de botín de guerra. Y es que hablar de él requiere de una matización específica: quien está al mando permite a sus subordinados y, en ocasiones, los alienta a saquear y profanar. En este sentido, el botín es originado por diversas cuestiones. Se hurtan alimentos para saciar el hambre, joyas para enriquecerse y ornamentos religiosos para presumirlos como trofeos.

En efecto y para el caso de la guerra contra México, el despojo tenía raíces teológicas para muchos protestantes: profanar lugares católicos representaba purificar falsas reliquias por gracia, y hasta mandato del Señor, pero además, no lo olvidemos, era un medio para obtener riquezas a costa de los mexicanos y de la Iglesia católica tan detestada por ellos.⁷

Antes de analizar estas acciones, me detendré en la belicosidad y el anticatolicismo texano practicado en su terruño para entender cómo esto se expresaría en la guerra contra México. De tal modo, el presente capítulo está dividido en cuatro secciones. La primera analiza la llegada de los colonos a Texas, su fe y animadversión hacia el “papismo”. La segunda estudia sus acciones en las inmediaciones de la ciudad de Veracruz, Xalapa y Coatepec, lugares pertenecientes al estado de Veracruz. En seguida se dará paso al arribo de refuerzos compuesto por regulares y voluntarios de Indiana y Ohio. Finalmente se abordarán las profanaciones llevadas a cabo en Zacualtipán y Huejutla, Hidalgo.

⁷ Véase el capítulo II.

1.- Texas, colonos y anticatolicismo (1821-1846)

En general, Texas era tierra de invasiones filibusteras, inmigración, fronteras y violencia. Todos estos elementos serían parte del bagaje de cada voluntario texano que sirvió bajo el mando del general Scott, pues servirían para frenar las múltiples amenazas de la guerrilla mexicana.

La mayoría de los filibusteros eran jóvenes estadounidenses quienes emprendían su odisea en búsqueda de aventuras, tierras y riquezas. Tal fue el caso de una expedición emprendida por 91 hombres bajo el mando de James Long en la Bahía del Espíritu Santo (actualmente Goliad), Texas en 1822.⁸ La gente huyó despavorida de sus casas y estuvo a punto de ser aniquilada por los “indios bárbaros” que encontraron en las inmediaciones, pero pudieron regresar a sus hogares cuando los invasores resultaron derrotados.

Las fuerzas locales capturaron a 53 filibusteros, en su mayoría estadounidenses y protestantes. Estos hombres causaron gran preocupación a las autoridades católicas, pues su invasión trajo algo más que armas a Texas: el miedo a que contaminaran con sus blasfemias y “creencias diabólicas” a la comunidad, ya que “divulgan entre la gente ignorante varias especies denigrativas contra nuestra Santa Religión [...] y asisten a los Templos para hacer mofa de los Sacrosantos Misterios [...], de los ritos y [las] ceremonias de la Iglesia”.⁹

⁸ Long anteriormente había emprendido otra expedición en Nacogdoches en el año de 1819. “XXVII. Derrota de Long”, en Vicente Ribes Iborra (comp.), *Ambiciones estadounidenses sobre la provincia novohispana de Texas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. 70.

⁹ Archivo Histórico Genaro Estrada (en adelante AHGE), Guerra de Texas, Legajo 1055, ff. 15-102. Véase en especial las fojas 94-95 que hablan sobre las blasfemias de los invasores. Los prisioneros eran 24 estadounidenses, siete irlandeses, tres ingleses, cinco escoceses, cinco prusianos, dos suecos, dos franceses, un polaco, un alemán cuyo reino de procedencia se desconoce, un holandés, un ruso y un español. Muchos texanos eran protestantes y, durante la guerra con México, los combatientes

Los estadounidenses protestantes también llegaban a territorio mexicano como inmigrantes y de manera legal. Muchos eran convencidos por la prensa de su país de que visitaran Texas y conocieran la facilidad con la cual podían amasar grandes fortunas en tan poco tiempo.¹⁰ Seducidos así arribaron miles de hombres y mujeres en búsqueda de nuevas oportunidades, quienes se desempeñaron en las labores del campo, la especulación de tierras y el comercio.¹¹

Los recién llegados describieron a la Iglesia católica de Texas como indolente, corrupta y ambiciosa. Dentro de esta serie de críticas, los curas recibieron la peor parte. Según los trotamundos, eran hipócritas, borrachos, jugadores empedernidos, tenían hijos ilegítimos, en suma, solían ser bastantes libertinos. Dichos ataques procedían tanto de los prejuicios protestantes como de la ausencia de autoridades religiosas en el septentrión mexicano.¹² Esta

continuaron con esta inclinación religiosa, pues el reverendo presbiteriano Samuel H. Corley, quien era al mismo tiempo ministro y combatiente, gozó de mucha popularidad entre ellos. John Salmon Ford, *Rip Ford's Texas*, Texas, University of Texas Press, 1991, p. 61.

¹⁰ AHGE, Guerra con Texas, legajo 1055, f. 171. También llegaron a Texas cientos de inmigrantes irlandeses y germanos quienes profesaban la religión católica. Véase a Robert E. Wright, “The Hispanic Church in Texas under Spain and Mexico”, en *U.S. Catholic Historian*, vol. 20, núm. 4, verano, 2002, p. 25.

¹¹ Andreas Reichstein, “¿Era realmente inevitable? ¿Por qué México perdió Texas en 1836?”, en *Historia Mexicana*, vol. 42, núm. 4, (abril-junio, 1993), p. 873 y María Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle, *Las relaciones México-Estados Unidos, 1756-2010*, vol. I, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM/Secretaría de Relaciones Exteriores, 2012, p. 153.

¹² David J. Weber, *La frontera norte de México, 1821-1846*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 120. Sobre la debilidad de la Iglesia en Texas, Weber señala: “El primer prelado que visitó San Antonio después de la independencia de Texas suspendió en sus funciones a los padres Refugio de la Garza y José Antonio Valdez. A lo largo del periodo mexicano, la parroquia de San Fernando en San Antonio había sido muy mal administrada, con descuido en los registros de sus finanzas y actividades”. *Ibid.*, pp. 121. Por otro lado, no olvidemos que los estadounidenses eran reacios a aceptar al catolicismo y muchos criticaban los ritos y formas en que los mexicanos expresaban su devoción. Por ejemplo, el viajero Josiah Gregg afirma que el norte de México era una de las zonas más fanáticas, supersticiosas e idólatras que existían en el mundo. Josiah Gregg, *El comercio en las llanuras*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, p. 149. Según este autor, “parte

aversión continuaría en México en tiempos de guerra, cuando los voluntarios texanos se encontrarán cara a cara con sacerdotes-soldados quienes les harían la vida imposible.

Mapa 6. Fuertes militares para proteger el territorio texano de incursiones indias.



Fuente: Véase la nota 13.

Ahora bien, Texas era una tierra de dos fronteras, una interna y otra externa y ambas estaban marcadas por la violencia. La primera se refiere a la serie de combates librados contra los indios en el oeste (véase el mapa 6) y la segunda a los mexicanos en el sur de su territorio,

de la ceguera de esta gente consiste en creer que cada uno de la legión de santos canonizados tiene el poder de hacer milagros, e invocan su ayuda en casos de enfermedad o desesperación". *Ibid.*, p. 153.

conseguida su independencia. En efecto, las vastas praderas de Texas hicieron muy difícil garantizar la seguridad de las aldeas, comunidades y colonias de migrantes. Para enfrentar estos problemas, en 1850 los texanos establecieron un sistema de fuertes para vigilar el territorio de las incursiones aborígenes.¹³

Hacia 1846, los mismos mexicanos del norte temían más a los indios que a la inminente guerra contra Estados Unidos, pues los primeros poseían un equipo bélico superior al suyo y defendían mejor sus tierras e inclusive incursionaban hacia el interior del país.¹⁴ Saqueaban rancherías, robaban ganado, mujeres, niños y a los hombres les quitaban la cabellera para hacer bailes ceremoniales y rituales.¹⁵

Los comanches fueron una de las tribus indias más belicosas de Texas y el septentrión mexicano. En general atacaban poblados con pequeñas partidas, armadas con arcos, flechas y armas de fuego. Resultaron excelentes jinetes y bravos guerreros.¹⁶ El trato otorgado a los cautivos era duro. En ocasiones mataban a los hombres porque no tenían cárceles para encerrarlos y a los bebés los estrellaban contra los árboles porque representaban una carga que alimentar. Pero a las mujeres y los niños, quienes podían trabajar para ellos, se les preservaba. A los infantes los arrojaban a los arbustos con espinas para que se hicieran “buenos indios” y aprendieran la dureza de la vida trashumante.¹⁷

¹³ <http://www.texasbeyonhistory.net/forts/images/frontier49.html>. Consultado el 12 de febrero de 2016.

¹⁴ Weber, *op. cit.*, p. 129.

¹⁵ Gregg, *op. cit.*, p. 348.

¹⁶ Wilson T. Davidson, “A Comanche Prisoner in 1841”, en *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 45, núm. 4, (abril, 1942), p. 337.

¹⁷ *Ibid.*, p. 336. Para protegerse de los comanches, algunos habitantes de Texas, Alabama y otras tribus pacíficas y sedentarias, formaron la unión anti-comanche. Véase Sheri Marie Shuck-Hall,

Imagen 7



Fuente: Bern Keating, *An illustrated history of Texas Rangers*, Chicago-Nueva York-San Francisco, Rand McNally & Company, 1975, p. 20. Un Ranger antes de la guerra del 47.

“Borderlands and Identities in Imperial Texas: The Alabamas and Coushattas in the Anti-Comanche Union, 1820-1840”, en *The International History Review*, vol. 25, núm. 3, (sep. 2003), pp. 563-591.

A fin de detener las incursiones de los *Kronks* y los *Tonks*, aliados de los comanches, así como solucionar la incapacidad del gobierno mexicano para defender Texas, Stephen Austin empleó en 1823 a diez hombres para actuar como *Rangers*.¹⁸ Más tarde él mismo dirigió a otros 20 para perseguir a una banda de *Tonkawas* quienes habían saqueado algunas casas. La inmigración estadounidense también proporcionó excelentes hombres para combatir a los indios. John Coffe “Jack” Hays, quien pensaba que Texas era un excelente lugar para “el ejercicio de sus energías, industria y habilidades” y quien en la guerra del 47 pelearía en la ruta de Cortés, se convirtió en una de las figuras más representativas de los *Texas Rangers*, pues a partir de 1839 estableció un sistema de defensa muy efectivo. Tras un ataque indio, a él y a sus hombres les tomaba menos de 50 minutos ir detrás de los agresores, a los cuales perseguían y hostigaban hasta que salían de sus territorios.¹⁹

En sus comienzos, los *Rangers* formaron una guerrilla mal organizada.²⁰ Carecían de disciplina militar, uniforme y sólo se alistaban por el tiempo que duraba una amenaza.²¹ Cada hombre solventaba los gastos de su equipo personal. Al respecto, Brantz Mayer escribió que una de sus primeras acciones consistía en adquirir un caballo para echar de sus tierras al invasor. Utilizaban rifles, un cuchillo Bowie y, durante la guerra contra México, los famosos

¹⁸ La palabra *Ranger* fue usada en Escocia durante el siglo XVII para describir a los individuos que vigilaban los caminos del clan enemigo. Esta práctica emigró a las colonias inglesas de Norteamérica, donde James Oglethorpe constituyó en Georgia (1739) un destacamento llamado *Troop of Highland Rangers*. Después de la independencia de Estados Unidos, el término *Ranger* fue aplicado a hombres armados quienes patrullaban los bosques, perseguían indios u hombres blancos que habían cometido crímenes. Stephen Hardin y Richard Hook, *The Texas Rangers*, Oxford, Osprey Military, 1996, p. 3 (Elite Series, 36)

¹⁹ Robert M. Utley, “The Texas Rangers Tradition Established: Jack Hays and Walker Creek”, en *The Magazine of Western History*, vol. 52, núm. 1, (verano, 2002), p. 4 y 7.

²⁰ Bern Keating, *An illustrated history of the Texas Rangers*, Chicago-Nueva York, San Francisco, Rand McNally & Company, 1975, p. 15.

²¹ Hardin y Hook, *op. cit.*, p. 4.

revólveres Colt modelo 1847, tecnología única en su tiempo.²² A diferencia del mosquete o escopeta que con cada descarga era necesario recargar, el revólver podía disparar hasta seis veces continuas, con mayor precisión y alcance. En este sentido, los voluntarios texanos contaban con superioridad tecnológica frente a la guerrilla mexicana.

Robert Utley ha señalado que las campañas contra los indios otorgaron a los texanos liderazgo, experiencia en combate y destreza para desenvolverse en ambientes hostiles como el desierto.²³ Sin embargo, Utley no señala que los enfrentamientos contra los comanches les dieron otros elementos que pondrían en práctica en México. En efecto, los combatientes aprendieron a vivir de la naturaleza y de su entorno, es decir, tomaban todo lo necesario del medio ambiente para su alimentación –y la de sus caballos- sin la necesidad de pagar por ello. También se acostumbraron a resolver los problemas por la vía de la coacción, pues la persecución y la quema de campamentos enemigos eran prácticas comunes entre ellos. La violencia, entonces, fue su principal método para eliminar una amenaza y la apropiación de recursos la manera más común de subsistir durante una campaña.

Entre 1823 y 1840, los *Texas Rangers* pelearon casi exclusivamente contra los indios, pues en el frente externo, ocasionado por la guerra de independencia (1835-1836), no vieron acción contra el ejército mexicano ya que continuaron combatiendo las correrías aborígenes.²⁴ Conseguida la autonomía, la nueva república se vio envuelta en un serio problema cuando su antigua metrópoli la invadió en 1842 y se negó a reconocer su emancipación. Las hostilidades entre ambas partes hicieron que muchos texanos

²² Brantz Mayer, *History of the War between Mexico and The United States, with a preliminary views of its origins*, Nueva York y Londres, Wiley y Putnam, 1848, pp. 158-161.

²³ Utley, *op. cit.*, pp. 2-3.

²⁴ Prescott, *op. cit.*, p. 23.

desarrollaran un sentimiento de venganza hacia México, en especial la masacre de El Álamo, y esto se cristalizó en la cultura popular a través de canciones como: “¡A galope en la batalla y al grito de venganza por Texas, Dios bendice a los justos!”.²⁵

Texas Rangers como Benjamin McCulloch, Samuel Hamilton Walker, Michael H. Cheville y John Coffe Hays servirían bajo la bandera estadounidense durante la guerra del 47. Los cuatro tuvieron altos mandos militares y una destacada actuación en el conflicto.²⁶ El primero serviría como mayor, explorador y vanguardia del ejército de Zachary Taylor mientras que el resto como capitán, mayor y coronel respectivamente. Los tres últimos actuaron como contraguerrilleros en la vieja ruta de Cortés. Las experiencias obtenidas en Texas las transmitirían a sus subordinados en México pues al dirigirlos en combate, desarrollarían lazos de camaradería y amistad.²⁷

Así pues, antes de comenzar las hostilidades en la guerra del 47, los dos frentes de guerra dieron a los texanos ventajas determinantes con las que otros regimientos voluntarios no contaron. Las incursiones comanches en los asentamientos fronterizos los hicieron excelentes jinetes, cazadores furtivos y combatientes especializados en las escaramuzas. Con seguridad durante la guerra contra México, a más de uno le pareció que la lucha contra los

²⁵ Hardin y Hook, *op. cit.*, pp. 14-15. Para una descripción sobre los enfrentamientos entre texanos y mexicanos, véase a Keating, *op. cit.*, p. 37 y 49-58.

²⁶ Merece especial atención Samuel H. Walker quien formó primero parte de los *Texas Rangers* donde destacó como explorador, espía y cazador de guerrillas bajo las órdenes del general Taylor durante los primeros meses de la guerra. Gracias a sus servicios y liderazgo fue ascendido a capitán del ejército regular por el presidente Polk. Con Scott combatiría a las guerrillas y comandaría a cientos de voluntarios texanos. James K. Polk, *Diario del Presidente Polk [1845-1849] Reproducción de todos los asientos relativos a México, tomados de la edición completa de M. M. Quaipe con numerosos documentos anexos relacionados con la guerra entre México y Estados Unidos*, vol. I, México, Antigua Librería Robredo, 1948, p. 164.

²⁷ Ford, *op. cit.*, pp. 64-65.

indios se asemejaba a los combates contra la guerrilla, es decir, ambos eran expertos en la emboscada, conocían el terreno como la palma de su mano y se comportaban de manera despiadada con sus enemigos. La diferencia más evidente radicó en que los primeros contaban con armas más sofisticadas mientras que los segundos no, ya que combatían con escopetas y lanzas.

2.- Los “diablos texanos”

Los texanos se caracterizaron por sus acciones violentas contra los mexicanos desde el comienzo de la guerra. En una ocasión cuando uno de ellos intentó apoderarse de un caballo, los *Rangers* le dispararon a quemarropa y dejaron su cuerpo insepulto para prevenir a otros ladrones de lo que les pasaría si robaban. En otra instancia capturaron a un oficial del ejército enemigo al que interrogaron y, tras saber que era general, lo mataron sin una corte marcial previa y desnudaron el cadáver. Su uniforme se convirtió en un trofeo de guerra. Con esta clase de acciones no tardaron en ser conocidos entre sus enemigos como los “diablos texanos”.²⁸

²⁸ Hardin y Hook, *op. cit.*, p. 13. Sobre el asesinato de este general desconocido, véase a: Ford, *op. cit.*, p. 68.

Imagen 8



Fuente: Bern Keating, *An illustrated history of Texas Rangers*, Chicago-Nueva York-San Francisco, Rand McNally & Company, 1975, p. 66. Un *Texas Ranger* de la guerra del 47.

Los *Texas Rangers* vestían de una forma especial. De los mexicanos adoptaron el pañuelo, sombrero de paja, jorongo, bigote y cantimplora de calabaza mientras que de los

españoles la silla de montar y las espuelas de punta.²⁹ Según Frederick Wilkins, con la mezcla cultural de todo este atuendo y equipo, su apariencia parecía más la de monstruos que de seres humanos.³⁰ Lo anterior permitió que los contemporáneos los distinguieran de los demás voluntarios, reflejándose esto en los documentos históricos estadounidenses y nacionales.

Los *Rangers* copiaron de los comanches la aplicación del rastreo para seguir las huellas del enemigo y la destrucción de aldeas para evitar su reagrupamiento. Además, los primeros conocían al mexicano, su idioma y sus fronteras. Por tal motivo sirvieron como exploradores y muchas veces abrieron paso al cuerpo principal del ejército en las primeras batallas de la guerra. Su carácter era bien conocido tanto por propios como extraños. El mayor Luther Gidding los describió como indisciplinados.³¹ El sargento Compton Smith, por su parte, veía con admiración a los miembros de las primeras compañías de texanos que sirvieron bajo el mando del general Taylor, aunque estaba convencido que los nuevos miembros eran pura calaña: “Algunos de los llamados *Texas Rangers*, quienes han venido al país en el último periodo, parecen aventureros y vagabundos que tienen por único objetivo saquear. Estos hombres no son soldados pero sí borrachos repugnantes que carecen de honor y buena conducta.”³²

En mayo de 1847, bajo el mando del coronel Walker, los texanos arribaron a las arenas de Veracruz y se les alejó del puerto para evitar excesos en contra de la población

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Frederick Wilkins, *The Highly Irregular Irregulars. Texas Rangers in the Mexican War*, Texas, Eakin Press, 1990, p. 169.

³¹ George Wintson Smith y Charles Judah (comps. y edits.), *Chronicles of the Gringos, The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyewitnesses & Combatants*, Nuevo México, The University of New Mexico Press, 1968, p. 40.

³² *Ibid.*, p. 43.

civil. Es sabido que ellos y los voluntarios de Massachusetts compartieron campamento en Vergara, Veracruz, pero poco se conocía sobre su disciplina. Una investigación reciente apunta que los invasores robaban a los comerciantes cuando éstos se dirigían al mercado del puerto,³³ aunque se desconoce si eran los “diablos texanos”.

Los que sí se sabe con certeza son los destrozos ocasionados en Medellín, Veracruz. De acuerdo con el diario de guerra de un oficial de artillería: “el cónsul español de aquella ciudad ha demandado satisfacción por los ultrajes cometidos contra ciudadanos españoles por una compañía de *Texas Rangers* bajo el mando del capitán Armstrong”.³⁴ Soldado raso u oficial, ambos compartían el gusto por el saqueo y los ultrajes.

Emprender una expedición tierra adentro, obligó al mando estadounidense formar destacamentos de más de 1 000 hombres para soportar los ataques de los “rancheros” que merodeaban en las inmediaciones de los campamentos.³⁵ Esto golpeó profundamente en el imaginario de muchos invasores. Desde los primeros días del desembarco en Veracruz, circulaban historias sobre el destino de aquellos quienes caían en sus garras. Por ejemplo, se decía que el capitán Seth B. Thornton, del 2º regimiento de Dragones, había sido ejecutado y desmembrado.³⁶ Sin embargo, con base en los registros militares, se sabe que si bien la compañía de Thornton sirvió bajo las órdenes de Scott, él no marchó con su unidad a

³³ Alfonso Cristóbal Sánchez Ulloa, “Del golfo a los médanos. Veracruz y sus ocupantes estadounidenses en 1847-1848”, México, Tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto Mora, 2014, p. 112. Los voluntarios de Indiana, quienes pelearían hombro a hombro con los texanos, también serían enviados a ese campamento. Albert Brackett G., *General Lane’s Brigade in Central Mexico*, New York, H. W. Derby & CO Publishers, 1854, p. 41.

³⁴ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 142.

³⁵ Sánchez, *op. cit.*, p. 110.

³⁶ George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War*, Oklahoma, Universidad de Oklahoma, 1999, p. 202.

Veracruz y murió en San Antonio, Texas.³⁷ Así pues, en esas condiciones de guerra, el miedo a la muerte, una de las más antiguas emociones del hombre,³⁸ era constante y cualquier mexicano armado constituía un detestable enemigo al que debía capturarse o matarse.³⁹

En este sentido, la llegada tardía al centro de México de los “diablos texanos” coincide con el aumento de las quejas del ayuntamiento xalapeño durante los meses de mayo y septiembre de 1847. En efecto, sabemos que operaron entre Perote, Xalapa y el puerto de Veracruz para limpiar los caminos infestados de guerrilleros.⁴⁰ En su tarea afectaron a la población xalapeña pues en el acervo histórico de la ciudad se encuentran las denuncias de cateos injustificados y robo de víveres a la población civil y desarmada.⁴¹

A mediados de 1847 la actividad guerrillera continuaba al tiempo que se incrementaron las acciones de la contraguerrilla estadounidense.⁴² El capitán Walker

³⁷ Hugh Robarts, *Mexican War Veterans. A complete roster of the regular and volunteer troops in the war between The United States and Mexico, from 1846 to 1848*, Washington, Bretanos's, 1887, p. 11. Para conocer las operaciones militares de las guerrillas mexicanas, véase Ramón Alcaraz *et. Al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, pp. 436-439.

³⁸ Gabriela Sánchez Reyes, “San José, esperanza de los enfermos y patrono de los moribundos; un eficaz remedio durante el tránsito de la muerte”, en Elisa Speckman Guerra, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo Aizpuru (coords.), *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 291.

³⁹ Las autoridades del ayuntamiento de la Ciudad de México decidieron: “Que en estas circunstancias de desorden juzgó el gobierno [...] que el tránsito [...] no encontrara obstáculos, y al efecto trazó una línea de policía desde Toluca hasta Santa Fe con los rurales de infantería y caballería del Estado [de México]; que estas fuerzas han sido sorprendidas y desorganizadas, y varios de sus individuos llevados como prisioneros por algunas partidas del ejército americano que han expedicionado [*sic*] hasta Xalapa, que son muy graves los males, entre ellos la escasez de víveres [...]” Archivo Histórico del Distrito Federal “Carlos de Sigüenza y Góngora”, Ayuntamiento, Actas de Cabildo Secreto, 6 de noviembre de 1847, vol. 300A, s/f.

⁴⁰ Francisco González de Cossio, *Xalapa. Breve reseña histórica*, México, 1957, p. 216.

⁴¹ Archivo Histórico Municipal de Xalapa “Rubén Pabello Acosta” (en adelante AHMX), Ayuntamiento, Actas de cabildo, “Acta celebrada el 22 de septiembre de 1847”, f. 128.

⁴² González, *op. cit.*, p. 216.

revolucionó las tácticas para eliminar a sus enemigos. En lugar de defender el convoy ante una posible embestida “ranchera”, emprendió una serie de ataques militares preventivos. La contraguerrilla pasó a la ofensiva. Utilizó unidades para rastrear los campamentos enemigos y tender emboscadas, amén de las experiencias aprendidas en la lucha contra los comanches. Creyendo ser nido de guerrilleros, Walker destruyó poblaciones y realizó toda clase de depredaciones quemando pueblos enteros como en Las Vigas, Veracruz.

Además, en agosto arribaron a Veracruz cinco compañías más de *Texas Rangers* bajo el mando del coronel Hays. El mismo presidente de los Estados Unidos dispuso su arribo para apoyar al general Scott en su lucha contra la guerrilla.⁴³ Desde su llegada al centro de México, estos combatientes mostraron más hostilidad hacia los mexicanos que sus predecesores. Cuando el general de voluntarios Robert Patterson les ordenó atrapar “rancheros”, atacaron poblaciones y saquearon comunidades.⁴⁴ No solo esto sucedió, sino que recurrieron a la vieja práctica del *arson* pues quemaron haciendas y ranchos ante la sospecha de que allí se refugiaban sus enemigos.

Fue el caso de la incursión que llevaron a cabo en una hacienda desconocida donde intercambiaron balazos con un grupo de “rancheros,” a los que derrotaron matando a dos. Después entraron a una casa ricamente amueblada, en la que encontraron unos pantalones “americanos” agujereados y con sangre. Consideraron que el lugar era un escondite de

⁴³ Polk, *op. cit.*, vol. I, p. 292.

⁴⁴ Sánchez, *op. cit.*, pp. 115-116. En un reporte del coronel Hays a sus superiores atestiguó la muerte de cinco mexicanos en un enfrentamiento. Sin embargo, en una plática secreta con uno de sus subordinados, confesó que la cifra correcta era de 25 caídos. Ford, *op. cit.*, p. 72. Se desconoce el nombre de dicha batalla, pero todo indica que fue en el municipio de Coatepec, Veracruz.

guerrilleros y dieron a los civiles, quienes aún se encontraban ahí, un minuto para sacar sus pertenencias. Acto seguido quemaron la hacienda.⁴⁵

El 26 de agosto de 1847, bajo el liderazgo del coronel Hays, los “diablos texanos” invadieron el municipio de Coatepec, Veracruz, donde residía Juan Soto, gobernador del estado.⁴⁶ Este caso representa una excepción en cuanto a profanaciones. Ninguna batalla precedió a su entrada, los *Rangers* fueron al pueblo con la única intención de reducir a las personas a la miseria y es que en la guerra, como dice un viejo proverbio siberiano: “Al enemigo vencido debe quitársele todo, menos los ojos para que pueda llorar”.⁴⁷ Así fue como el gobernador describió su arribo:

Vertiendo lágrimas de dolor, he tomado la pluma para describir en parte lo que hasta este momento se sabe ha sucedido. Inmediatamente que aparecieron, con la mayor violencia, al centro de la calle principal, se dirigieron por distintos rumbos, persiguiendo a toda clase de ciudadanos: hicieron pedazos las puertas de las casas, forzaron las del templo del Sagrado Corazón de Jesús, de donde con la mayor infamia sacaron la copa de oro; botaron por el suelo las Sagradas Hostias: ¡oh dolor! Los vasos sagrados restantes se encontraron tirados en el patio de la casa contigua, y se llevaron el expresado copón. Un cáliz y una patena, después de haber tirado por los suelos la cruz del altar y los ornamentos, y hecho pedazos la Hara del propio altar y estantes de la sacristía. A ese mismo tiempo; los demás impíos americanos, que se jactan de ser católicos, fueron a hacer prisioneros al señor cura y su teniente, así como el que suscribe, que por una viva casualidad se encontraba con estos, y se escapó de las garras de un enemigo horroroso [...] Al juez le saquearon la casa, se llevaron cuanto tenía, tanto en dinero, como en efectos, y enseguida lo pusieron entre sus filas y lo condujeron consigo. A

⁴⁵ Ford, *op. cit.*, pp. 67-68.

⁴⁶ AHMX, Ayuntamiento, Actas de Cabildo, vol. 59, “Acta celebrada el 9 de septiembre de 1847”, f. 114.

⁴⁷ Federico Wagner, *Cautivo durante seis años en Siberia: Historia de un cabo austro-húngaro durante la 1ª Guerra Mundial*, México, Aurora, 1956, p. 122.

esta hora todo es confusión, lágrimas y desesperación de estos vecinos, quedando sus casas y muebles hechos mal pedazos y observando a sus familias llenas de susto y horror [sic].⁴⁸

Fue el bautizo de fuego del coronel Hays. La noticia se difundió rápidamente en la prensa nacional. Con su sola presencia intimidó al ayuntamiento de la capital veracruzana, pero también llamó la atención de las autoridades militares del ejército estadounidense quienes le ordenaron comportarse.⁴⁹ Esto podría explicar porque “los diablos texanos” se mantuvieron tranquilos durante su breve estancia en Xalapa, de donde más tarde se dirigieron a la fortaleza de Perote para unir fuerzas con las del capitán Walker.

En la lucha contra la guerrilla destacó Joseph Lane quien sería comandante de los *Rangers*. Fue elegido democráticamente coronel del 1º regimiento de Indiana en 1846 y por sus méritos brigadier general de voluntarios un año más tarde.⁵⁰ Después de su participación en la batalla de la Angostura y de tomarse un descanso, sirvió bajo el mando del general Scott.

Los acervos históricos mexicanos demuestran que Lane tenía dotes de un hábil diplomático. Antes de arribar a Orizaba y Córdoba, informó al ayuntamiento de cada localidad que respetaría la propiedad pública, privada y religiosa.⁵¹ El objetivo era simple y

⁴⁸ *Diario del Gobierno de la República Mexicana*, “Ministerio de Guerra y Marina”, 5 de septiembre de 1847. El poblado de Coatepec se encuentra a escasos 45 minutos de la ciudad de Xalapa. El ayuntamiento de este último dejó constancia del saqueo: “Que a las seis de ayer [de la] tarde [...] [un grupo de estadounidenses] cometió en el vecindario porción de excesos, robos y otros atentados”. AHMX, Ayuntamiento, Actas de Cabildo, Acta de la sesión celebrada el 26 de agosto de 1847, f. 116. El municipio de Coatepec me proporcionó acceso a su acervo pero este se encuentra sin clasificar y en un estado de abandono completo. Por ello no encontré información sobre el saqueo.

⁴⁹ AHMX, Ayuntamiento, Actas de Cabildo, Acta celebrada el 28 de agosto de 1847, f. 117.

⁵⁰ Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997, p. 40.

⁵¹ Archivo Histórico de Orizaba (AHO) Archivo Histórico, Subsección Primer Imperio Centralismo y Reforma, Sección Documental, años 1822-1861, volumen único, foja suelta y “The Quarters Gen.

práctico. Buscaba que las autoridades políticas impidieran, en lugar de hacerlo él, cualquier resistencia posible a la ocupación. Sin embargo, documentos recién salidos a la luz pública muestran que también era un hombre que cometía profanaciones e inducía al exceso a sus subalternos.⁵²

Lane llegó a Veracruz acompañado de otros refuerzos. El Congreso estadounidense aprobó una ley en febrero de 1847 para aumentar el número de combatientes. Esta medida decretaba la formación de ocho regimientos de infantería regular, uno de dragones, otro de rifles a pie y uno de *voltigeurs* (infantería ligera). Todos dejarían el servicio de las armas concluida la guerra y serían reincorporados a la vida civil.⁵³ Al igual que los voluntarios, carecían de experiencia, por lo que más de uno se ganó el título de “recluta bruto” por compañeros más experimentados.⁵⁴ El coronel William S. Harney, comandante de la brigada de caballería, escribió al adjunto del general Scott sobre los nuevos y flamantes dragones que acompañarían a los “diablos texanos” en su odisea contraguerrillera: “Desde el 10 de julio de 1847, el 3° regimiento de Dragones está bajo mi mando en la ciudad de Puebla. Los oficiales y hombres ignoran todas las cosas correspondientes a la instrucción militar y a la disciplina. He intentado hacer ver a los oficiales que deben aprender sus deberes e instruir a sus hombres pero no hacen caso.”⁵⁵

En teoría, estos soldados eran regulares, pero en la práctica se parecían a los voluntarios: indisciplinados y a veces alcohólicos y profanadores. Las únicas diferencias

Lane command. Orizava January 26 1848”, en Archivo Histórico Municipal de Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, Correspondencia oficial, Tomo 118, año 1846-1851, fojas sueltas.

⁵² Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 171.

⁵³ Winders, *op. cit.*, p. 10.

⁵⁴ Smith y Judah (comps. y edits.), *op. cit.*, p. 28.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 28 y 29.

entre unos y otros era el uniforme y la cadena de mando: los primeros vestían de azul y en ocasiones los dirigían oficiales profesionales, mientras que los segundos, como se observó en el capítulo II, usaban cualquier ropa para cubrirse y contaban con oficiales con poca o nada de experiencia.

Otra unidad que sirvió bajo las órdenes del general Lane fue el 4° regimiento voluntario de Indiana. Desde su formación presentó problemas de indisciplina y anticatolicismo. Apenas en Nueva Orleans, Louisiana, uno de sus integrantes se enfrascó en una disputa por haber ofendido a la esposa de un francés. Una vez en el norte de México, un oficial vio una cruz en el camino que servía para indicar la muerte de un mexicano y, por el solo deseo de burlarse del catolicismo, la profanó ante la mirada atónita de sus subordinados.⁵⁶

3.- Huamantla, Atlixco, Nopalucán e Izúcar de Matamoros

Como se sabe, el general Antonio López de Santa Anna abandonó el corazón del país con los restos del ejército el 14 de septiembre de 1847. La infantería, al mando de José Joaquín de Herrera, se dirigió hacia Querétaro, mientras que la caballería y cuatro piezas de artillería lo acompañaron hacia Puebla, donde unió fuerzas con el general Joaquín Rea para tomar la ciudad de los Ángeles que estaba defendida por el coronel Thomas Childs.

Gracias a sus espías, Lane supo pronto que el general Santa Anna había comenzado el asedio de Puebla y se apresuró a auxiliar la plaza con cerca de 3 000 efectivos. Cuando

⁵⁶ Brackett, *op. cit.*, p. 14 y 23.

Santa Anna se enteró del despliegue enemigo, intentó interceptarlo mientras el general Rea mantenía el cerco.

En su travesía, la vanguardia de Lane fue embestida por un grupo de lanceros, que fueron de inmediato derrotados por los *Texas Rangers* del capitán Walker. Sin embargo, las bajas causadas por la guerrilla continuaron. Así, al día siguiente, a un oficial extranjero le volaron la tapa de los sesos en una emboscada cerca del Paso de Ovejas, Veracruz.⁵⁷ Estas acciones seguramente indignaron a los invasores y más de uno buscó vengar las afrentas recibidas.

Mientras tanto, la caballería mexicana se agrupaba en Huamantla, Tlaxcala, donde la población, a la que no le importaba el conflicto, veía con total desagrado la concentración de soldados en sus viviendas, ya que no había edificios suficientes para acuartelarlos.⁵⁸ Aquí, Santa Anna recibió noticias de que el enemigo avanzaba hacia El Espinal y decidió desplegar sus tropas para interceptarlo, pero abandonó la artillería para que no retrasara su marcha. Por lo demás, al conocer la proximidad de los estadounidenses, el pueblo ahora pedía armas para defender a sus familias de los horrores de la guerra.⁵⁹

Al mismo tiempo, los espías estadounidenses informaron a Lane que la artillería mexicana se encontraba en Huamantla.⁶⁰ De inmediato cambió de parecer, rehusó un

⁵⁷ A reporter, "Indiana Sentinel, October 30, 1847", en Oran Perry (comp. y ed.), *Indiana in the Mexican War*, Indianapolis, WM. B. Burford, 1908, pp. 235-236.

⁵⁸ Aún más, las personas del pueblo estaban inconformes porque, dado el estado de sitio en que se encontraba Tlaxcala, estaba prohibido el toque de las campanas en la parroquia e iglesias. Archivo Histórico Municipal de Huamantla (en adelante AHMH), Sección Presidencia, Serie Comunicado, Año 1847, caja 5, exp. 20, ff. 1-2.

⁵⁹ Alcaraz, *op. cit.*, pp. 237-238.

⁶⁰ *General Scott and his Staff: Comprising memoirs of generals Scott, Twiggs, Smith, Quitman, Shield, Pillows, Lane, Cadwalader, Patterson and Pierce; Colonels Childs, Riley, Harney, and*

encuentro con Santa Anna y dispuso la captura del pueblo. El contingente consistía del 4° regimiento voluntario de Ohio, el 4° de Indiana, 800 regulares del 15° de infantería, cinco piezas de artillería bajo el mando del capitán George Taylor del 3° de artillería, dos compañías de caballería de Louisiana y una de Georgia, cuatro del 1° de Pennsylvania y los “diablos texanos” comandados por el capitán Walker. En total sumaban más de 4 000 efectivos contra menos de 100 mexicanos y dos cañones de artillería.

Se cuenta que los coyotes seguían a los invasores y quienes caían por el cansancio eran devorados por ellos. Por fin, tras largas penurias llegaron a Huamantla el 9 de octubre. Las compañías montadas C e I de *Texas Rangers*, dos compañías de caballería de Louisiana y otra de Georgia formaron la primera oleada de ataque. La siguiente línea de batalla estuvo a cargo de la infantería e integrada por el 4° regimiento de Indiana, las cuatro compañías del 1° de Pennsylvania y cinco piezas de artillería.⁶¹

El capitán Walker y la caballería cargó contra el cuerpo principal del enemigo acuartelado en la plaza del pueblo.⁶² La guarnición mexicana fue sorprendida y, cuando un

Butler, and other distinguished officers attached to general Scott's army; together with notice of general Kearny, colonel Doniphan, colonel Fremont, and others officers distinguished in the conquest of California and New Mexico. Interspersed with numerous anecdotes of the Mexican War, and personal adventures of the officers. Compiled from public documents and private correspondence. With accurate portraits, and other beautiful illustrations, Nueva York, Books for Libraries Press, 1970, pp. 132-133. El reporte también se encuentra en Joseph Lane, brigadier-general, “Batle of Huamantla”, Perry (comp. y ed.), *op. cit.*, pp. 250-252.

⁶¹ Brackett, *op. cit.*, p. 80 y 89.

⁶² Las fuentes estadounidenses aseguran que la guarnición mexicana ascendía a dos mil soldados, cifras completamente equivocadas si consideramos el alto número de desertiones entre sus filas y que el grueso de las tropas estaba con Santa Anna rumbo a El Espinal para interceptar a Lane. *Niles' National Register*, 13 de noviembre de 1847.

oficial cargaba su pieza de artillería para contraatacar, Walker, en una brillante demostración de cazador de comanches, le cortó la cabeza con su espada.

El general Santa Anna, enterado de la incursión enemiga, envió 35 hombres bajo el mando del capitán Eulalio Villaseñor, quien con su escaso número de elementos, hizo retroceder a la caballería enemiga que se refugió en el jardín de un edificio religioso,⁶³ quizá en el convento de San Luis Obispo de Toulouse.

Imagen 9



Fuente: Hedley Donovan y David Nevin (eds.), *The Mexican War*, Virginia, Time Life Books, 1979, p. 220. La muerte del capitán Samuel Walker durante la batalla de Huamantla.

⁶³ Gilbert Adams Hays (edit y comp.), *Life and Letters of Alexander Hays. Brevet Major General United States Volunteers*, Pittsburgh, Publicado por Gilbert Adams Hays, 1919, p. 76.

Villaseñor y su contingente mataron a más de 50 enemigos. Entre los caídos se encontró el capitán Walker quien murió como un mártir en los brazos de sus hombres. Aquí, en el núcleo de la refriega, se interrumpen abruptamente las narraciones de los historiadores estadounidenses como Walter Prescott Webb, Wilkins y Judah Swann.⁶⁴ Lo cierto es que gracias a la muerte de Walker, el desconcierto fue total y los invasores, a iniciativa del general Lane, vengaron su muerte matando, profanando y destruyendo propiedades públicas y privadas:

Encontramos al general Lane y nos pidió que “vengáramos la muerte del capitán Walker, rompiéramos las puertas de las casas y tomáramos todo lo que nuestras manos pudieran cargar”. Obedecimos su mandato. Primero forzamos las tiendas para obtener licor y se realizaron toda clase de excesos. Las ancianas y las niñas fueron despojadas de sus ropas y algunas violadas mientras los hombres eran asesinados a sangre fría. Las casas, iglesias y negocios sufrieron saqueos. Sólo se escuchaba el llanto de la gente, sus gritos, los disparos y el crujir de las puertas y ventanas al ser destrozadas [...] En el suelo yacían caballos muertos y cuerpos de mexicanos sin vida al tiempo que los soldados, completamente borrachos, gritaban y perseguían a los pobres mexicanos que huían para salvar su vida [...] En la tarde salimos de Huamantla, aunque 200 de nuestros hombres estaban muy ebrios e incapaces de ponerse en píe. Fueron abandonados a su suerte pero al día siguiente llegaron al campamento.⁶⁵

⁶⁴ Además de las obras de los primeros dos historiadores ya citados, véase Judah Swann, “The Texas Ranger in The Mexican War”, California, California State University Dominguez Hills, Tesis de Maestría en Artes, 2000, p. 53.

⁶⁵ Smith y Judah (comps. y edits.), *op. cit.*, p. 271. Otro combatiente señaló: “Las tropas de Lane cometieron los excesos más viles y muchos de sus hombres estaban tan ebrios que si un contingente mexicano los hubiera atacado, seguro los habrían masacrado a todos.” Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 162. Hasta los instrumentos de música, probablemente de las iglesias, fueron robadas, pues éstas, además del municipio y algunos particulares, tenían la capacidad económica para adquirir tales artefactos. Brackett, *op. cit.*, p. 142. Wilkins no menciona estos desmanes, pese a utilizar la obra de Brackett.

De acuerdo con archivos históricos mexicanos, las tropas de Lane se dirigieron a la cárcel y liberaron a 52 criminales, quizá para alistarlos a sus filas como hicieron en Puebla. Inutilizaron los fusiles que servían para guardar el orden público y destruyeron el carro que utilizaba el cura párroco para suministrar los Santos Óleos, pues los invasores pensaron que servía como medio de transporte para la artillería del ejército mexicano. Las oficinas de Hacienda fueron exprimidas hasta la última gota y las casas de comercio y de particulares recibieron el mismo trato. El municipio perdió documentos históricos y los invasores cuando no podían llevarse algo lo destrozaban para que los mexicanos no lo usaran. Robaron hasta las sabanas de las camas y se dedicaron “a sacrificar impunemente a algunos ciudadanos inocentes, decrepitos y achacosos que ninguna parte habían tenido en el combate”.⁶⁶

El general Lane aseguró que el número de bajas mexicanos fue de 150.⁶⁷ Sin embargo, el archivo Parroquial de San Luis Obispo de Toulouse, en Huamantla, Tlaxcala, se encontró un saldo de 20 civiles y militares.⁶⁸ Se sabe el nombre de cinco personas, todos hombres cuya edad oscilaba entre los 18 y 59 años, es decir, estaban en edad militar por lo cual se infiere eran soldados o, en todo caso, confundidos como tales. Se ignora el nombre de los demás, probablemente porque no eran residentes del pueblo, se les decapitó o su rostro resultó desfigurado o mutilado durante la batalla, lo cual hacía imposible reconocer el cadáver. Sea como fuere, ninguno recibió los Santos Sacramentos de Penitencia ni la Extrema Unción por

⁶⁶ AHGE, Guerra contra los Estados Unidos de América, Legajo 1093, ff. 131-136. Sobre la pérdida de documentos históricos veáse el AHMH, Sección Gobierno-Presidencia, Serie Relaciones Interiores, año 1848, caja 5, exp. 51, f. 28.

⁶⁷ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 162.

⁶⁸ De acuerdo con el testimonio personal de Villaseñor, el segundo al mando de su fuerza, Lino Alonso, cayó durante la batalla. El documento se encuentra en el Archivo Histórico Parroquial de San Luis Obispo de Toulouse (en adelante AHPSLOT), Sección Sacramental, Serie Defunciones, caja 101, vol. 5, años 1842-1860, Libro 28, foja suelta.

“haber muerto violentamente ayer [en la] tarde de balazos en la lucha con los Norte Americanos (*sic*)”.⁶⁹

El botín de guerra conseguido fue enorme. Un solo combatiente robó 1 500 dólares en oro, otro 500 en metales preciosos y algunos del 15° regimiento regular hurtaron cada uno entre 40 y 60 dólares en sedas, chales y joyas.⁷⁰ Cabe señalar que el general Lane no habló del saqueo en su informe que dirigió al departamento de Guerra de su país;⁷¹ no consideró necesario manchar con sangre y sacrilegios la gloria militar del ejército. Sin embargo, a más de un año del despojo, según el ayuntamiento de Huamantla, la situación era aún muy triste gracias a los “trastornos consiguientes de la guerra desastrosa que nos han traído nuestros injustos invasores”.⁷²

¿Qué pasó con el saqueo de las iglesias? Pese a que la información resulta inexistente en el AHPSLO y el AHMH, es seguro que los invasores robaran alcancias, destrozaran altares y saquearan las reliquias de las iglesias, pues se sabe que un soldado regaló un crucifijo de oro a un oficial del 9° regimiento de infantería.⁷³ Los estadounidenses se retiraron alrededor de las nueve de la noche, pero la violencia de las tropas de Lane no terminó en Huamantla, pues depredaron los pueblos por donde pasaban. Sin embargo, quienes se retrasaron fueron atacados por tropas mexicanas:

⁶⁹ AHPSLOT, Sección Sacramental, Serie Defunciones, caja 101, vol. 5, años 1842-1860, Libro 28, ff. 114-115 y 117. El nombre de los paisanos era: José Antonio Montes (18 años), Mariano Baleros (45) años, José Trinidad (59 años), Vicente Barela (50 años) y Antonio Hermenegildo Ferrer de Ugarte (19 años).

⁷⁰ Smith y Judah (comps. y edits.), *op. cit.*, p. 271.

⁷¹ “Brigadier General Lane”, en *General Scott and his Staff...*, *op. cit.*, pp. 129-135.

⁷² AHMH, Sección Gobierno-Presidencia, Serie Relaciones Interiores, año 1848, caja 5, exp. 50, f. 1.

⁷³ Ludwell H. Johnson (ed.), “William Booth Taliaferro’s Letters from Mexico, 1847-1848”, en *The Virginia Magazine of History and Biography*, vol. 73, núm. 4, (oct-1965), p. 457.

Los invasores se entregaron a todos los excesos, saqueando y asesinando hasta las mujeres; que al día siguiente contramarcharon los americanos [de Huamantla] llenos de botín a Nopalucan, y en esta jornada se contentó S. E. [Santa Anna] en hostilizarlos por la retaguardia, y los lanceros [mexicanos] comenzaron a matar a varios soldados [estadounidenses] que se habían quedado entretenidos en el saqueo, logrando hacerles cosa de 100 muertos y prisioneros.⁷⁴

Los invasores por fin llegaron a Puebla y, alegando vengar las atrocidades del ejército mexicano cuando los generales Santa Anna y Rea sitiaban la ciudad,⁷⁵ robaron, mataron y cometieron toda clase de vejaciones en los barrios y las calles,⁷⁶ así como desacatos en contra de los sacerdotes.⁷⁷

El descanso de los estadounidenses duró poco pues muy pronto tuvieron que emprender una expedición contra las fuerzas mexicanas, dando muerte a varios soldados en el suroeste de la ciudad de Puebla.⁷⁸ Por fin, en la noche del 21 de octubre de 1847, cuando Lane y sus hombres arribaron a Atlixco, lugar donde el gobierno del estado de Puebla se

⁷⁴ *El Libro del Pueblo*, “Escaramuzas en Puebla y final campaña en Huamantla”, 20 de noviembre de 1849.

⁷⁵ Brackett, *op. cit.*, p. 108.

⁷⁶ Niceto de Zamacois, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a la luz los más caracterizados historiadores y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que hasta hace poco existían en las de los conventos de aquel país*, tomo XII, Barcelona-México, J. F. Parres y Compañía, 1888, p. 17.

⁷⁷ Brackett, *op. cit.*, p. 125.

⁷⁸ Archivo Parroquial de Santa María de la Natividad (en adelante AHPSMN), Sección Sacramental, Serie Defunciones, años 1839-1849, caja 87, vol. 6, f. 11. El documento dice así: “En esta iglesia Parroquial de la ciudad de Atlixco a veinte de octubre de mil ochocientos cuarenta y siete Yo D. Antonio Curiel jefe de Cura de Sepultura Ecta. Expatrio al cuerpo de D. Camilo Anacorta [y] envió a el Puebla (*sic*). [Él era] subteniente abanderado del Batallón de Libres de esta ciudad [y] dejó viuda a Doña Guadalupe Muñoz [y] no recibió Sacramento alguno por haber fallecido en la campaña contra los norteamericanos [...]”

había instalado desde mayo del mismo año, mes que los invasores arribaron a la ciudad de los Ángeles.⁷⁹

Sin pruebas certeras sobre la existencia de las guerrillas del general Rea en ese punto,⁸⁰ Lane colocó, en las afueras del pueblo, su artillería en el cerro de San Miguel y posiblemente en el atrio del ex-convento de San Francisco a fin de aumentar el alcance de sus cañones. En Atlixco sólo pernoctaba un piquete de la Guardia Nacional para custodiar a los presos de la cárcel. Según el reporte oficial de Lane, se vivió una especie de Sodoma y Gomorra:

El bombardeo fue uno de los espectáculos más brillantes que el hombre pudiese imaginar. Cada cañón disparaba con la mayor prontitud posible y, al estrepitoso ruido que producían paredes y techos de las casas al desplomarse, se mezclaba el estruendo de las baterías. La claridad de la luna nos proporcionaba luz para dirigir nuestras bombas a los puntos más populares de la ciudad [durante una hora]⁸¹

Al amanecer, los invasores entraron al centro del pueblo y notaron que ningún fuego de fusilería los recibió. Vieron las ruinas de las casas, escucharon las quejas de los heridos y observaron cómo las personas lloraban a lado de los seres amados quienes habían muerto durante el bombardeo. Otros perdieron una pierna o un brazo tras ser alcanzados por las esquirlas de las bombas. Finalmente registraron casa por casa en búsqueda de armas que no

⁷⁹ Componían al contingente el 4° regimiento de Indiana y el 4° de Ohio, un batallón del 1° de Pennsylvania, dos baterías del 3° regimiento de artillería, el 15° regimiento de infantería regular y un escuadrón de caballería formado por “diablos texanos”. Brackett, *op. cit.*, p. 147. Por desgracia, el personal del Archivo Histórico de Atlixco me negó el acceso al acervo documental por cuestiones administrativas internas e inventario.

⁸⁰ Un voluntario de Indiana relata una escaramuza entre la caballería estadounidense y algunos lanceros mexicanos. El autor pensaba que los guerrilleros se refugiaron en Atlixco. Brackett, *op. cit.*, p. 149.

⁸¹ Parte del general Lane en Zamacois, *op. cit.*, tomo XII, p. 59. La versión mexicana está en AHGE, Guerra México-Estados Unidos, 1846-1848, legajo 1088, ff. 15-17.

encontraron. Irrumpieron en las iglesias donde descubrieron comida, papel y tinta que atribuyeron a la guerrilla y escucharon rumores sobre la existencia de cañones en ellas. Tampoco hallaron nada. Después robaron y profanaron los lugares santos. El saldo de la jornada fue de 219 muertos y más de 300 heridos, todos mexicanos.⁸²

Como en Pompeya, del cielo cayó un diluvio de fuego que acabó con la vida de quienes en ese momento disfrutaban del que sería su último sueño. Norman Davies sostiene que el deber del historiador es, entre otras cosas, recordar a aquellos inocentes que perdieron la vida en acciones militares.⁸³ El caso de Atlixco ejemplifica con claridad la muerte de cientos de civiles no combatientes. Así, el bombardeo fue una operación que, según mis cálculos, mató a casi cuatro personas por minuto durante una hora. Uno de los artilleros estadounidenses fue ascendido a capitán porque mostró grandes cualidades durante el cañoneo.⁸⁴

Después de las acciones de Atlixco, Lane y sus hombres entraron a Huejotzingo, Puebla, donde se comprometieron a proporcionar todas las garantías al ayuntamiento y a la población, siempre y cuando les entregaran dos piezas de artillería que consideraban estaban en su poder. Ante la negativa de las autoridades, depredaron el lugar y quemaron incluso dos carretas que, como en Huamantla, suponían eran utilizadas por el ejército mexicano para

⁸² Brackett, *op. cit.*, p. 150 y 214. En los acervos parroquiales existen algunos registros de decesos mexicanos, pero no mencionan si fueron causados por el bombardeo. APSMN, Sección Sacramental, Serie Defunciones, años 1847-1849, caja 87, vol. 6, f. 4. Por políticas internas que no fueron aclaradas, me negaron el acceso a la Parroquia de Santa María de la Asunción Acapetlahuacan, donde se encuentra la información sobre las muertes causadas por el ataque de Lane.

⁸³ Norman Davies, *Europa en Guerra. 1939-1945. ¿Quién ganó realmente la segunda guerra mundial?*, Barcelona, Planeta, 2008, p. 391.

⁸⁴ Brackett, *op. cit.*, p. 150 y 214.

transportar la artillería cuando en realidad tenían fines religiosos (suministrar los Santos Óleos) o comerciales.⁸⁵

Pasaron algunos días para que Lane volviera a emprender otra ofensiva. Parecía como si el general Rea hubiera desaparecido después del sitio de Puebla y fue hasta que ciudadanos mexicanos lo acusaron de haber atacado una caravana comercial y estar escondido en la ciudad de Tlaxcala. De acuerdo con reportes oficiales del ejército estadounidense, se tomaron 20 hombres de cada compañía aunque se desconoce si los “diablos texanos” participaron en la empresa, pero todo sugiere que si lo hicieron, pues se sabe que unidades montadas similares a ellos tuvieron participación en la refriega.

En la segunda expedición invasora a Tlaxcala, ocurrida el 9 de noviembre de 1847, fueron capturados más de 100 caballos, pero no encontraron guerrilleros que supusieron estar ocultos en casas, cuevas e iglesias.⁸⁶ Un dato que no aparece en el informe oficial del general Lane fue el de que los invasores robaron de un convento franciscano “tres copones de ornamentos de la sacristía, el medio punto del altar mayor, tres alfombras, [...] y madera nueva [...] para reposición del convento”,⁸⁷ así como unas túnicas sacerdotales,⁸⁸ las cuales se pusieron hiriendo, según el prefecto de Puebla, “lo más sensible del corazón humano”.⁸⁹

⁸⁵ AHGE, Guerra México-Estados Unidos, legajo 1092, ff. 40-42. Brackett, *op. cit.*, p. 154.

⁸⁶ “Head-Quarters, Dept., Puebla, Puebla, Nov. 15, 1847”, en Brackett, *op. cit.*, pp. 168-170. La primera expedición a Tlaxcala ocurrió en el mes de agosto de 1847. Véase el capítulo III.

⁸⁷ Archivo Histórico del Estado de Tlaxcala (en adelante AHET), Fondo Incorporado, Sección Archivo Municipal, Serie Ayuntamiento, caja 82, exp. 10, f. 9. Esta incursión, junto a la de agosto de 1847, son constatadas en las actas de cabildo del municipio de Tlaxcala, AHET, Fondo Incorporado, Sección Archivo Municipal, Serie Ayuntamiento, caja 82, exp. 13, f. 173.

⁸⁸ Brackett, *op. cit.*, p. 215.

⁸⁹ Baltazar Fúrlong [Prefecto de Puebla], *Exposiciones dirigidas al Señor General Scott*, Puebla, Imprenta de A. Cestillero, 1847. Existe un ejemplar de este bando en el Archivo General Municipal de Puebla, Fondo Gobierno, Sección Documentos del Cabildo, vol. 114, f. 829. Luis Espino, gobernador de Tlaxcala en ese entonces, tras enterarse de estos sucesos, escribió al general Scott lo

Se infiere entonces que atacaron este lugar considerándolo centro de operaciones y escondite enemigo.

A mediados de noviembre, cinco compañías de “diablos texanos” comandadas por el coronel Hays se sumaron a las fuerzas de Lane. Con estos hombres, así como con una compañía montada de Louisiana y dos baterías de artillería, el 22 de noviembre invadieron Izúcar de Matamoros, Puebla, donde “haciendo fuego a todo al que veían correr o andaba a caballo saquearon no solo las tiendas sino algunas casas particulares, quemaron las armas que estaban en Santo Domingo, maltrataron muchísimo al señor Pavon y en carros que pidieron a las haciendas inmediatas se llevaron todo lo que pudieron”. Catorce mexicanos perdieron la vida y algunas familias se mudaron a tierras más seguras.⁹⁰

De acuerdo a la versión estadounidense, los invasores encontraron en Izúcar grandes cantidades de whiskey así como a varios mexicanos intoxicados por el abuso de alcohol. Los

siguiente: “V. E. no aprobará ciertamente que estos moradores del territorio de mi cargo hayan soportado más de tres veces irrupciones vandálicas [el primer saqueo en Tlaxcala, la batalla de Huamantla y el segundo saqueo de Tlaxcala], propias de una guerra asoladora e incivil. Mezclados entre los súbditos del gobierno de los Estados Unidos los más inmorales facinerosos [los miembros de la *Mexican Spy Company*] que gemían en las cárceles [de Puebla] expiando sus delitos se han precipitado unos y otros a fue de impetuoso torrente sobre estas inermes poblaciones, siendo sus habitantes víctimas del escarnio, del pillaje, de la violencia e insultos de todo género. De todo género digo, porque hasta nuestra creencia y culto ha sido impía y sacrílegamente vulnerado desacatando lo más santo que veneramos los católicos”. Archivo Histórico en Micropelícula Antonio Pompa y Pompa, Sección Colección Bustamante, rollo 8, vol. 41, 1846-1847, documento 52.

⁹⁰ *El Arco Iris*, “Interesante del Interior”, 23 de diciembre de 1847. En un caso excepcional, las propias fuentes estadounidenses afirman la violencia de sus compañeros de armas: “Mataron a buenos mexicanos [que eran civiles desarmados], se apoderaron de artillería, armas pequeñas, municiones y liberaron a 50 prisioneros estadounidenses [...] El coronel Hays imprimió una orden dirigida a sus hombres para que devolvieran a los ciudadanos pacíficos todas las propiedades que habían tomado por la fuerza”. Ford, *op. cit.*, p. 78. Por desgracia, el archivo municipal de Izúcar de Matamoros se encontraba en catalogación cuando intenté consultarlo, por lo cual no pude acceder a él.

texanos se esparcieron por el pueblo para emborracharse y buscar diversiones.⁹¹ Al día siguiente salieron hacia Puebla. Marchaban con torpeza y desorden cuando los emboscó una guerrilla mexicana. El general Lane ordenó preparar un pequeño cañón de campaña y, pese a que los “diablos texanos” se hallaban en un punto medio entre la resaca y la ebriedad, entraron en combate y obtuvieron la victoria.⁹² Mataron a 50 mexicanos.⁹³

Los ataques de los “rancheros” a las caravanas estadounidenses continuaron después de la acción de Izúcar.⁹⁴ Parecían una hidra a la que, cuando le cercenaban una de sus cabezas, le resurgía otra igual de venenosa. Ante tal problema, el general en jefe del ejército invasor acudió a una acción desesperada para exterminarla de una vez. El 12 de diciembre de 1847, Scott ordenó una guerra sin cuartel contra todo individuo que obstruyera o atacara a sus hombres.⁹⁵ Esto significaba no respetar vidas humanas, propiedades públicas y religiosas. En realidad las fuerzas contraguerilleras ya operaban matando, saqueando, profanado y

⁹¹ En una ocasión, cuando los *Rangers* estaban en Veracruz, un texano encontró un barril con whiskey que su comandante, el coronel Hays, permitió que bebieran sus hombres. Esto sugiere su predisposición a consumir alcohol en cualquier momento así como una disciplina flexible del comandante inmediato. Ford, *op. cit.*, p. 69.

⁹² John Holmes Jenkins III (ed.), *Recollections of Early Texas. The Memoirs of John Holmes Jenkins*, Texas, University of Texas Press, 1958, p. 147.

⁹³ Joseph Lane, “Mexico, March 3rd, 1848”, en Adams (edit y comp.), *op. cit.*, p. 85. En el archivo parroquial de Santa María de la Asunción en Izúcar de Matamoros, se encuentran los registros de dos mexicanos muertos en el día de la invasión estadounidense pero no se especifica si fenecieron a causa de la batalla. Por tal motivo, no se englobaron en la suma total de caídos presentados al final de este capítulo. Archivo Histórico Parroquial de Santa María de la Asunción, Sección Sacramental, Serie Defunciones, caja 97, Libro 9, ff. 75-76.

⁹⁴ Véase por ejemplo, la batalla entre las tropas de Lane y las guerrillas mexicanas en las inmediaciones de Cholula, donde los últimos perdieron 14 hombres en el combate. Sus cuerpos fueron quemados. Brackett, *op. cit.*, pp. 203-206 y Adams (edit y comp.), *op. cit.*, p. 86.

⁹⁵ Wilkins, *op. cit.*, p. 171.

quemando poblaciones enteras. La única diferencia radicó en que, a partir de ese momento, era legal hacer esta clase de acciones.

4.- Tehuacán, Orizaba, Córdoba, Tulancingo y Zacualtipán

En plena Navidad de 1847, 65 “diablos texanos” bajo el mando del coronel Hays se dirigieron hacia Otumba, Estado de México, para capturar al sacerdote Celedonio Domeco de Jarauta. Durante la marcha, unos cuantos hombres se desprendieron del contingente para robar un poblado, pero fueron descubiertos por sus propios compañeros cuando disparaban a la población civil y desarmada.⁹⁶ En efecto, no todos los ataques de los *Texas Rangers* fueron en respuesta a la beligerancia de los mexicanos. En ocasiones como ésta solo buscaban riquezas materiales o simplemente matar mexicanos.

Los espías informaron que el sacerdote soldado pernoctaba en San Juan Teotihuacán, Estado de México, y marcharon hacia ahí sin encontrarlo, pero decidieron quedarse en este pueblo para recuperar el aliento. Aún era joven la noche cuando los guerrilleros se apostaron en las azoteas disparando sus escopetas mientras la caballería embestía a los texanos sin perjudicarlos aunque la población sufrió daño durante el ataque.⁹⁷ De acuerdo con las crónicas estadounidenses, los hombres de Jarauta fueron derrotados y 50 “rancheros”

⁹⁶ Ford, *op. cit.*, p. 87.

⁹⁷ “En el cementerio de San Juan Evangelista a trece de enero de mil ochocientos cuarenta y ocho, se sepultó el cadáver de don José Ma. Gauna. Español catalán, muerto de un balazo que recibió el día anterior en el mesón de la plaza en el asalto que dio la guerrilla del padre Jarauta a los americanos que ocupaban este pueblo. Se ignora su edad y estado, se confesó y oleó. Y para que conste lo firmé [...] Francisco Bernal”. Archivo Histórico Parroquial de San Juan Bautista (en adelante AHPSJB), Entierros (1844-1853), Libro 23, f. 58. El archivo municipal de este lugar no alberga información de la guerra, ya que los documentos más antiguos datan de la década de 1860. En el acervo de Texcoco, pese a tener información de la colonia, se encuentra en desorden y no hallé nada relacionado con la invasión estadounidense. Busqué aquí porque se encuentra muy cerca de San Juan Teotihuacán.

asesinados durante la batalla.⁹⁸ Más tarde, otro contingente invasor, probablemente compuesto por *Rangers*, regresó al pueblo “saqueándolo y cometiendo multitud de excesos, acompañados por los guerrilleros poblanos [...] y mataron 12 individuos que [en] parte fueron de la población y [en parte] de la guerrilla del coronel Falcón [...]”.⁹⁹

Mientras estas operaciones ocurrían, Santa Anna pensaba seriamente en solicitar permiso al gobierno mexicano para salir del país cuando 200 “diablos texanos” y el mismo número de hombres bajo el mando del mayor William H. Polk, del 3° regimiento de dragones y hermano menor del presidente Polk, se hallaban a dos horas de distancia de su ubicación en Tehuacán, Puebla.¹⁰⁰

El espectro de la derrota aún perseguía a Santa Anna quien, tras enterarse de la expedición de Lane, huyó del pueblo. Los invasores, ignorando su partida, irrumpieron en su casa el 23 de enero de 1848, derribaron las puertas y se entregaron al saqueo. Muchos se abalanzaron sobre su equipaje mientras que los altos mandos militares robaban la plata labrada. Como se ve, los estadounidenses respetaban la jerarquía castrense aún durante el latrocinio: el *private* podía llevarse las cosas de poca importancia pero los oficiales aquellas de mayor valor. Para llegar a casa con un lindo recuerdo, un saqueador se apoderó de un costoso uniforme del general mexicano.¹⁰¹

⁹⁸ Ford, *op. cit.*, pp. 86-89.

⁹⁹ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (en adelante AHSDN), Operaciones Militares, exp. XI/481.3/2784, fs. 4-6. Además, en el camino hacía un rancho de Ixtlahuaca murieron cinco personas más, tres civiles y dos guerrilleros del coronel Falcón. AHPSJB, Entierros, f. 60.

¹⁰⁰ Willis A. Gorman, “Letter from Colonel Gorman, Fourth Indiana”, en Perry (comp. y ed.), *op. cit.*, pp. 275-276.

¹⁰¹ Zamacois, *op. cit.*, tomo XII, p. 98. Véase también Antonio López de Santa Anna, *Apelación al buen criterio de los nacionales y extranjeros. Informe que el Escmo. Sr. General de Division, benemerito de la Patria D. Antonio Lopez de Santa Anna, dió por acuerdo de la sección del gran*

Después de esto, el general Lane, junto a las compañías de *Texas Rangers* y el 3° de dragones, se retiró a las localidades de Orizaba (25 de enero de 1848) y Córdoba (28 de enero). En su breve estancia en estos sitios saquearon fincas y dañaron la plaza de toros de Orizaba.¹⁰² No fue todo; en una ocasión, con hachas y barretas, destrozaron las puertas de una casa y robaron alhajas y dinero.¹⁰³ Los sucesos en las poblaciones afectadas por estos desmanes ejemplifican el comportamiento violento de los voluntarios de Texas y cómo siempre estaban dispuestos, hubiera o no una batalla, a despojar a los mexicanos de sus pertenencias.

Como la guerra de guerrillas continuaba en el centro de México, se emprendió otra cacería exhaustiva para capturar al presbítero Jarauta quien, junto a sus “rancheros,” no dejaba de causar problemas a los estadounidenses. Por tal motivo, Lane se dirigió a Tulancingo el 22 de febrero de 1848 para capturarlo y comunicó al secretario de Guerra que la población mexicana recibió durante la ocupación “la mayor cortesía y protección posible.”¹⁰⁴ La realidad fue otra, pues 200 “diablos texanos”, 150 hombres del 3° de dragones y la *Mexican Spy Company* se presentaron:

jurado, sobre las acusaciones presentadas por el señor diputado Don Ramón Gamboa. Acompañan a dicho Informe diversos documentos de la mayor importancia para la historia, y de los cuales algunos no se habían publicado hasta hoy, México, Imprenta de Cumplido, 1849, p. 5. Las memorias de John Salmon Ford, que son la base documental de las investigaciones de Wilkins y Precott, no hablan de este saqueo.

¹⁰² AMO, Archivo Histórico, Subsección Primer Imperio Centralismo y Reforma, Sección Documental, años 1822-1861, volumen único, f. 5 y AMO, Archivo Histórico, Acuerdos del Y. A. Celebrados en los años de 1848 y 1849, Sesión del 1° de mayo de 1848, f. 37. Para el caso de la ciudad de Córdoba, véase el capítulo III.

¹⁰³ Naredo, *op. cit.*, p. 110.

¹⁰⁴ Joseph Lane, “Mexico, March 3rd, 1848”, en Gilbert Adams Hays (edit y comp.), *Life and Letters of Alexanders Hays. Brevet Major General United States Volunteers*, Pittsburgh, Publicado por Gilbert Adams Hays, 1919, p. 92.

Ayer a las seis de la mañana en número de quinientos y tantos a esta población los norteamericanos, trayendo consigo a los contraaguerrilleros poblanos y texanos, y sino hubiera escapado, hubiera sido víctima de ellos, pues como perros de rabia entraron a mi casa y la saquearon después de maltratar con las expresiones más soeces y groseras a mi familia. La población ha resentido en la mayor parte toda clase de excesos como saqueos y algunas personas indefensas murieron, pues irritados porque el padre Jarauta había estado en aquella población y no lo encontraron, se desquitaban vejando a los infelices vecinos del pueblo.¹⁰⁵

No existen datos concretos sobre muertos en el Archivo Histórico de la Parroquia de El Sagrario, Tulancingo.¹⁰⁶ La *Mexican Spy Company* se retiró con los heridos a la Ciudad de México, pero Lane continuó con la cacería de guerrilleros en Zacualtipán, Hidalgo, donde supo que estaba el sacerdote soldado. Durante la marcha, él y sus hombres acamparon en una hacienda que tenía casas, una capilla y algunos peones. Los *Texas Rangers* encontraron un barril con vino de Madeira (licor importado de las islas Madeira, Portugal). La fatiga ocasionada por la marcha los llevó a degustar tan delicioso néctar, cuando un mexicano, evidentemente molesto, se acercó y les pidió que lo dejaran. La conversación fue así:

¹⁰⁵ AHSDN, Operaciones Militares, exp. XI/481.3/2784, f. 37. Nuevamente, las memorias de Ford jamás hablaron de estos saqueos. Por otro lado, cuando visité el archivo histórico de Tulancingo no pude realizar una investigación porque los documentos sobre la intervención estadounidense estaban aún sin clasificar. En la prensa mexicana se señaló lo siguiente: “La partida del general Lane ha robado las haciendas por donde han pasado; pero en Tulancingo es donde sus excesos han sido inhumanos; porque sobre haber saqueado casi el pueblo; a las mujeres las han forzado sin distinción alguna, y jóvenes vírgenes, de familias decentes, han sido víctimas de su lubricidad [...]”, *El Monitor Republicano*, “La partida del general Lane”, 1 de marzo de 1848. La información sobre los saqueos antes de llegar a Tulancingo dice así: “En la villa de Tlalnepantla una partida de texanos, guiados por dos mexicanos, robaron la administración de contribuciones y otras de comercio; a la primera le robaron \$215 y a la segunda \$800”. María del Carmen Salinas Sandoval, *Política interna e invasión norteamericana en el Estado de México 1846-1848*, Estado de México, El Colegio Mexiquense, 2000, p. 186.

¹⁰⁶ Un mexicano feneció de una herida pero se desconoce si fue hecha por los invasores, otro de sarampión y una mujer de una muerte no identificada. Archivo Histórico del Ex-convento Franciscano y Parroquia El Sagrario, Sección Sacramental, Libro de Entierros de indios de Tulancingo, Cedula SSE/10/04, sin número de fojas.

Alex Hays [El intérprete texano]: Pero mi amigo, te pagaremos el vino que estamos bebiendo.

Mexicano: ¡Oh!, no lo beban, pertenece al sacerdote.

Alex Hays: Se lo pagaremos a él.

Mexicano: Les ruego que no lo beban, está consagrado hacia el Señor.

Alex Hays: Entonces lo beberemos por el amor de Dios.¹⁰⁷

El humor negro protestante es evidente. La religión católica considera al vino consagrado como la sangre de Cristo, pero los texanos, conscientes de ello, solo vieron un alcohol por el que podían pagar y con el cual divertirse. Así, el encuentro de dos mundos religiosos tan diferentes entre sí y en ocasiones antagónicos ocasionó blasfemias como producto de la intolerancia religiosa y la incomprensión hacia el “otro”.

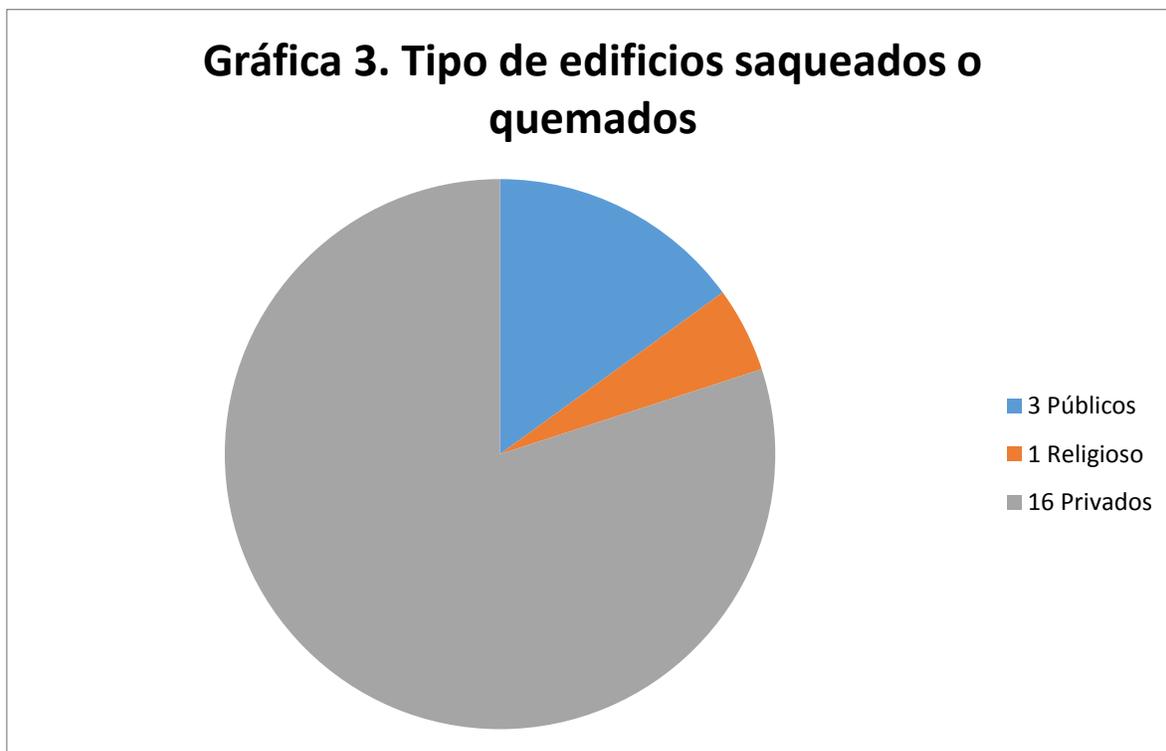
Zacualtipán se encuentra a 92 kilómetros al norte de Pachuca y sobre la Sierra Alta del Estado de Hidalgo.¹⁰⁸ En mi visita al lugar aprecié la vegetación y los cerros circundantes que le dan una excelente posición para esconderse de cualquier peligro o, en su defecto, permitir el avance enemigo sin ser detectado por sus habitantes. Jarauta había decidido pernotar ahí, instalarse en el curato y dirigirse al ayuntamiento para pedir una fuerte contribución de guerra, alojamiento y comida para sus hombres y caballos.

El 25 de febrero, a las seis de la mañana, una hora escogida para sorprender a los guerrilleros, pues algunos estaban dando agua a los caballos mientras otros aún dormían, cuando el general Lane y su partida entraron al poblado. La vanguardia texana se dirigió hacia la plaza principal y los lugares donde pernoctaban sus adversarios. Con furia atacaron a las fuerzas de Jarauta y dispersaron a sus hombres, aunque algunos lanceros se reagruparon

¹⁰⁷ Ford, *op. cit.*, pp. 93-94. Está anécdota no es mencionada por Wilkins.

¹⁰⁸ <http://zacualtipan.hidalgo.gob.mx/index.php/turismo/99-destinos-turisticos/39-destinos-turisticos>. Consultado el 28 de septiembre de 2015.

y contraatacaron inútilmente pues fueron derrotados.¹⁰⁹ Nuevamente, aquí terminan las narraciones de los historiadores estadounidenses.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de *El Monitor Republicano*, “Parte sobre los acontecimientos de Zacualtipán”, 11 de marzo de 1848.

El fuego se generalizó, se disparó a discreción y en todas direcciones: niños, féminas y ancianos y quienes no portaban armas, fueron masacrados a sangre fría mientras algunas

¹⁰⁹ Para conocer la perspectiva estadounidense, véase: Brackett, *op. cit.*, pp. 264-265 y Wilkins, *op. cit.*, pp. 180-185. La versión mexicana dice que los invasores siendo “conducidos por guías de los pueblos inmediatos a esa población encontraron a la guerrilla de Jarauta desprevenida que se hallaba dando agua a los caballos y dispersa toda ella, encontrándose puramente cinco hombres en cada cuartel de los que ocupaban, que eran seis, a donde se dirigieron los enemigos, y los que únicamente les hicieron resistencia, así como la guerrilla del capitán Beltrán que se hallaba montada y se componía de cuarenta hombres y al que le mataron diez y ocho, resultando entre los demás treinta y cinco muertos, entre ellos el coronel Montaña [...]”, AHSDN, Operaciones Militares, exp. XI/481.3/2784, f. 7.

mujeres eran violadas.¹¹⁰ Poco tiempo después el saqueo sustituyó al combate. Se derribaron las puertas de casas y chozas con las culatas de los rifles y el filo de las hachas (Gráfica 3). Los estadounidenses se sumergieron en una orgía de violencia, pues: “desde las casas más principales hasta de los más infelices, [han] saqueando ropa, oro, plata, alhajas, caballos, sillas, armas blancas y de fuego, y cuanto encontraron, de manera que lo que no pudieron llevarse lo tiraron a la calle, y los muebles y ajuares de casas los hicieron pedazos”.¹¹¹

También hubo pérdidas de carácter histórico, intelectual y material. El archivo del Juzgado de Letras, el acervo municipal, la casa consistorial así como muchas propiedades privadas fueron convertidos en escombros y cenizas (Anexo 4). Las cárceles resultaron igualmente quemadas pero se desconoce si los presos murieron calcinados. Las descripciones estadounidenses sostienen que el incendio fue un accidente, pero no dejan claro quién lo ocasionó, mientras las mexicanas culpan a los invasores.¹¹² En mi visita al poblado pregunté a los lugareños si durante febrero, mes en que ocurrió la batalla, el viento azota con violencia, lo cual propagaría el fuego. También inquirí si esto había cambiado a lo largo del tiempo o si mostraba un patrón regular. La respuesta fue “hace frío pero no mucho aire [viento]”,¹¹³ lo cual me hace pensar que los invasores posiblemente recurrieron a la vieja práctica del *arson*.

¹¹⁰ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 172. El testimonio del prefecto de Huejutla dice lo siguiente: “cometieron actos cuanto más feroces sobre la población y sus habitantes, cuanto que solo son propios de los caribes o vándalos”. AHSDN, Operaciones Militares, XI/481.3/2784, f. 39.

¹¹¹ *El Monitor Republicano*, “Parte sobre los acontecimientos de Zacualtipán”, 11 de marzo de 1848.

¹¹² Joseph Lane, “Mexico, March 2d, 1848”, en Brackett, *op. cit.*, p. 266 y Ford, *op. cit.*, p. 97. De acuerdo con el testimonio de un guerrillero de Jarauta, los invasores “quemaron el curato donde estaba alojado [Jarauta], y así mismo los cuarteles”. AHSDN, Operaciones Militares, XI/481.3/2784, f. 38.

¹¹³ Entrevista realizada el 15 de enero de 2016. La persona no dio su nombre. Según mi percepción personal, en esta temporada del año, el lugar es frío por las mañanas, cálido en las tardes y nuevamente frío por las noches. Percibí poco viento ya que Zacualtipán se encuentra en las faldas de un cerro que se asemeja más a una barranca profunda, lo que me hace deducir que el incendio del pueblo fue

Si comparamos los daños económicos ocasionados en Zacualtipán (se calcularon en 500 000 pesos), sin contar los 8 000 arrebatados a la guerrilla de Jarauta, con la contribución exigida por el general Scott tras tomar la capital del país (150 000 pesos), podemos observar que en el primer lugar las pérdidas materiales fueron superiores.

Robar, asesinar y dejar en la miseria a las familias fue el método de Lane para exterminar a los “bandidos” de Jarauta, pues consideraba que cada pueblo, rancho y hacienda eran guarida de guerrilleros o, en todo caso, que sus habitantes los encubrían y apoyaban. Sea como fuere, los mexicanos de Zacualtipán solo se quedaron con la ropa que tenían puesta al momento de arribar los invasores. salvaron la vida gracias a que su comunidad estaba rodeada por bosques donde se escondieron, obligados a vagar por los montes y cerros, como nómadas hambrientos. Uno de ellos fue el cura de la parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación, quien disfrazándose de paisano porque temía ser capturado, escribió que:

Con este atroz saqueo, estos vecinos y yo anohecimos con algo y amanecimos sin nada, tirados encima de la más espantosa miseria y necesidad. Pero todo esto y cuanto por lo ya dicho pueda inferirse para figurar semejante desdicha, es en lo moral nada, y unas cosas insignificantes cotejado con el atroz hecho de haberse robado hasta la custodia y el copón con sus formas consagradas que tenían en depósito el Sacramento del Altar, habiendo roto el Sagrario que trataron con tal desprecio que se ensuciaron en el, esto y haberse robado también cuantos paramentos que tenía la Sagrada Sacristía, y despedazando las imágenes del Templo, es la mejor prueba de su barbaridad y de su intención con que muestran querer destruir nuestra Nación, nuestra Religión y nuestro culto. Los sagrados Oleos y el Crisma lo derramaron en el suelo, lo pisaron, se llevaron las ánforas en que estaba, de cristal y de plata. ¿Qué más pudiera haber hecho una Nación de Sarracenos y de Bárbaros? Pues lo hacen los hombres cultos del Norte que por desgracia nos están poseyendo = No hallé en mi Sacristía después de este día ni una casulla habilitada con que poder decir misa, ni cosa alguna de las otras necesarias para ese Sacramento. El Templo del señor fue convertido por ellos en esa

ocasionado adrede por los invasores. Este lugar no tiene archivo municipal ni parroquial que apoyen o refuten mi supuesto.

noche del expresado día veinticinco, en establo de bestias y en lupanares de su desenfrenada lujuria [...] ¹¹⁴

A diferencia del saqueo de Coatepec, en Zacualtipán sí hubo una batalla y los invasores demostraron ser más feroces e incluso despectivos ya que defecaron sobre el altar mayor, lo que demuestra, una vez más, que al mancillar los lugares santos se divertían con burlas y acciones con tintes de humor negro. A su juicio, el “papismo” no agradaba a Dios, por lo cual tal conducta gozaba de su beneplácito. Así, estos sacrilegios sugieren que, en la concepción de muchos invasores adversos a la religión de los mexicanos, el Todopoderoso era protestante y los dejaba obrar con total autonomía a la hora de mancillar los recintos católicos.

En Zacualtipán se ve claramente la ambición y el deseo estadounidense de no compartir su botín con nadie, pues destruían aquello que ya no podían cargar o no tenía valor económico como muebles. Se infiere entonces, que su motivo era fastidiar a los mexicanos a los que tanto aborrecían, sin importar su condición económica, militar, política o social, pues suponían a todos colaboradores de Jarauta.

El saldo de la batalla en el bando mexicano fue de más de 400 muertos, pero se desconoce el número exacto de civiles y combatientes, ¹¹⁵ además de 130 prisioneros de guerra. El sacerdote Juan Antonio Martínez, segundo al mando de Jarauta, murió a manos de

¹¹⁴ Archivo General de la Nación, Justicia Eclesiástica, vol. 154, exp. 154, fs. 271-275. Este mismo escrito se encuentra en: AHSDN, operaciones militares, XI/481.3/2784, ff. 45-47. Como puede observarse en cualquier capilla, iglesia o parroquia, una custodia es una cruz adornada con metales preciosos.

¹¹⁵ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 172. Una investigación señala que fueron 100 los caídos. Daniel Escorza Rodríguez, “La ocupación norteamericana en Pachuca y Real del Monte en 1848”, en Laura Herrera Serna (coord.), *México en Guerra (1846-1848). Perspectivas regionales*, México, Museo Nacional de las Intervenciones/CONACULTA, 1997, p. 370.

los “diablos texanos” y del *arson*; después de haber sido descuartizado, como supuestamente habían hecho los guerrilleros con el capitán Thornton, su cuerpo fue quemado y sus cenizas se mezclaron con la tierra.¹¹⁶ Todo se hizo como un escarnio ejemplar y una advertencia para aquellos rancheros que osaran enfrentar al poder estadounidense.

Del lado del invasor, 50 individuos fenecieron en la refriega a los que sus compañeros abandonaron donde habían caído. Cabe señalar que fueron quemados y no sepultados por los mexicanos. Esta acción se realizó por tres razones. Para evitar la proliferación de enfermedades en el pueblo y porque pensaban que los estadounidenses no compartían la religión de los mexicanos, pues entre los católicos era –y en algunos casos aún es– costumbre enterrar los cadáveres porque se consideraba que al regreso de Cristo a la tierra, se juzgará tanto a vivos y muertos y el cuerpo sería necesario para la resurrección. Otra interpretación apunta a la incineración como una manera simbólica de enviar al infierno a las almas protestantes que habían profanado una parroquia. No existen datos concretos sobre heridos, desertores o dispersos.¹¹⁷

Concluida la acción de Zacualtipán, los invasores continuaron con su cacería de guerrilleros y el 29 de febrero llegaron a Huejutla, Hidalgo, lugar donde cometieron excesos. Esta expedición, hasta ahora desconocida tanto por historiadores mexicanos como estadounidenses, resultó en graves perjuicios para civiles desarmados y la Iglesia católica:

Entraron a este pueblo los norteamericanos, quienes a más de cometer mil excesos robaron varias casas, siendo una de ellas la mía [...] [y se llevaron] el dinero en efectivo que había, como las demás cosas [como] muebles que ella contenía y que aun aparte

¹¹⁶ AHSDN, Operaciones Militares, exp. XI/481.3/2784, f. 39.

¹¹⁷ El teniente coronel Ethan Allen Hitchcock, quien no participó en la batalla, se enteró de que fueron tres los heridos y que se perdió un caballo. George Baker (ed.), *México ante los ojos del ejército invasor de 1847: diario del Coronel Ethan Allen Hitchcock*, México, UNAM, 1978, p. 119.

[saquearon] los papeles que contenía el archivo [de la colecturía y] se extraviaron porque los invasores los tiraron.¹¹⁸

Después de esto, las tropas del Lane se dirigieron a la capital del país. En su camino pasaron por la ciudad de Pachuca, donde exhibieron los trofeos arrebatados a los “rancheros” en Zacualtipán y a los lugareños de Huejutla. Mostraban los gorros, sarapes y chaquetas de los pobladores, algunos incluso vestían ropa de mujer o de los guerrilleros. Robaron hasta los pericos, loros y gallos de pelea. Presumían el estandarte del sacerdote Jarauta que decía: “Viva la República Mexicana” mientras gritaban, disparaban e imitaban los chillidos de los animales.¹¹⁹ Otros, en cambio, corroboraban la denuncia del párroco de Nuestra Señora de la Encarnación, ya que “conducen su botín de géneros, caballos y otras mil cosas, entre ellas una custodia; todos vienen bien surtidos [del saqueo]”.¹²⁰

Ahora bien, el padre Jarauta tendría aún otro enfrentamiento, esta vez en la localidad de San Carlos. Se desconoce la fecha y ubicación exacta del suceso pero existe un breve relato del capitán texano E. M. Daggett, quien participó en la batalla. Según él, una compañía de *Texas Rangers* pernoctaba en ese lugar. Algunos dormían, otros charlaban con sus camaradas cuando los sorprendió el ataque.

¹¹⁸ Archivo del Cabildo Catedral Metropolitano de México, Haceduría, 1853, caja 3, exp. 11, fojas sueltas. No se confunda esta acción con la batalla del Calabozo, la cual sucedió a mediados de 1847 y se encuentra debidamente documentada. Véase, por ejemplo, Salinas, *op. cit.*, p. 181.

¹¹⁹ Hughes y Johnson (eds.), *op. cit.*, p. 172.

¹²⁰ *El Monitor Republicano*, “Pachuca 28 de febrero”, 1 de marzo de 1848. Lo último que se tiene noticia sobre los “diablos texanos” y sus saqueos es que obsequiaron 500 dólares en oro a su capellán protestante Sam Corley. Ford, *op. cit.*, p. 106. Durante la guerra a todos los combatientes se les pagó en dinero contante y sonante, siendo un hecho que consiguieron los metales preciosos robando las decoraciones y tesoros de algunas iglesias (quizá las de Coatepec, Huamantla, Tlaxcala o Zacualtipán) o los ahorros de una familia acaudalada.

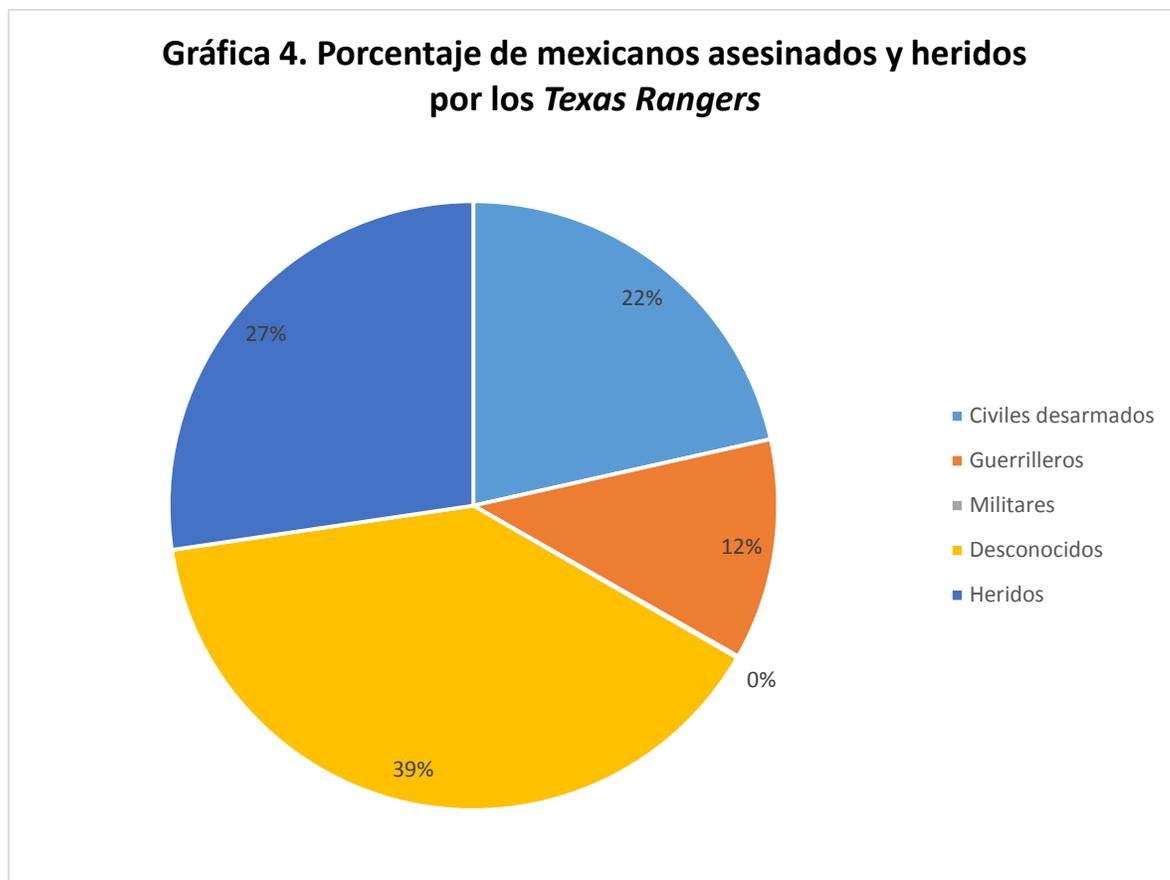
Un poco antes, Jarauta había infundido valor a sus 350 lanceros con aguardiente y una arenga sobre cuán fácil sería conseguir la victoria. El combate se inició. Los civiles horrorizados corrían por las calles al ver la avalancha de lanzas que se acercaba. Uno de los *Rangers* saltó de su cama y, según su relato, el cual se asemeja más al de una batalla contra los “indios bárbaros” de Texas: “Corrí entre los hombres y grité como una pantera o como un comanche [para despertarlos]”. Entonces, cada revólver fue disparado con desesperación. Era matar o morir, no había mañana. Después de momentos tan angustiosos, la balanza se inclinó a favor de los texanos, quienes ganaron el combate. Una vez que este concluyó, Daggett asegura haber platicado con el sacerdote de la población, quien confirmó que entre los atacantes había seis enemigos muertos y 50 heridos.¹²¹

5.- Consideraciones finales

De acuerdo con los datos presentados en este capítulo, durante las correrías de los “diablos texanos”, las bajas mexicanas se calculan en 236 civiles desarmados (22%), 129 “rancheros” (12%), un soldado (0.1%), 432 cuya calidad civil, guerrillera o militar se desconoce (39%) y 300 heridos (27%). En total 1 096 afectados, de los cuales 796 fueron asesinados y 300 resultaron heridos (gráfica 4).

¹²¹ E. M. Dagget, “Adventure With Guerrillas”, en Isaac George (comp.), *Heroes and Incidents of the Mexican War, containing Doniphan’s Expedition. The Cause of the War With Mexico. A description of the People and Customs at that Time. A Sketch of the Life of Doniphan. Together with Sketches and Portraits of the Heroes of the Struggle*, Greensburg, Review Publishing CO., 1903, pp. 209-213. ¿Y Jarauta? Después de la batalla de San Carlos se dirigió a la hacienda de Tepetates, Hidalgo, donde disolvió a su maltrecha guerrilla y desapareció misteriosamente. Tras renegar el tratado de Guadalupe Hidalgo se convirtió en una amenaza para la estabilidad política de México. Se alió con el general Mariano Paredes y Arrillaga para derrocar al gobierno nacional, pero sin resultados positivos para su causa. Poco después fue capturado por el ejército mexicano y ejecutado.

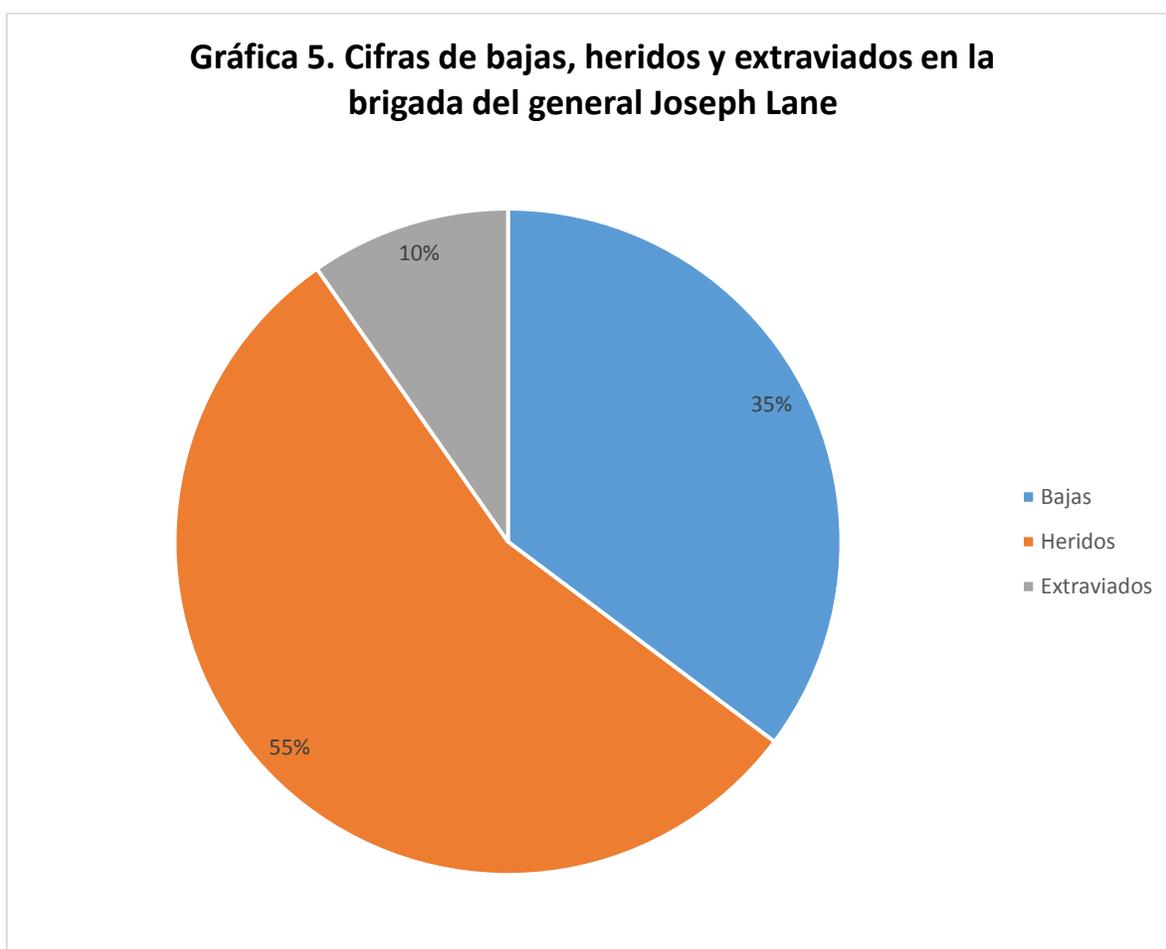
Gráfica 4. Porcentaje de mexicanos asesinados y heridos por los *Texas Rangers*



En la ruta de Cortés, el número de civiles muertos duplicó al de guerrilleros caídos. Esto se debió a que los combates se desarrollaron en pueblos, haciendas y ranchos donde el remolino de la batalla arrastró a la población desarmada. Además, estas cifras sugieren que los “diablos texanos” y compañía no respetaron ni diferenciaron la condición civil o beligerante de las personas, pues mataban a quien entorpeciera sus operaciones militares. Sin embargo, estas cifras son grises porque en muchos casos se desconoce la calidad beligerante o pacífica de cientos de ultimados, ya que las fuentes no lo aclararan.

Las bajas de Lane fueron inferiores con respecto a las mexicanas. Durante sus expediciones, apoyadas por voluntarios de Texas, Indiana, Ohio y regulares reclutados para la guerra, murieron 98 individuos, 153 resultaron heridos y de 27 se desconoce su fin (en esta

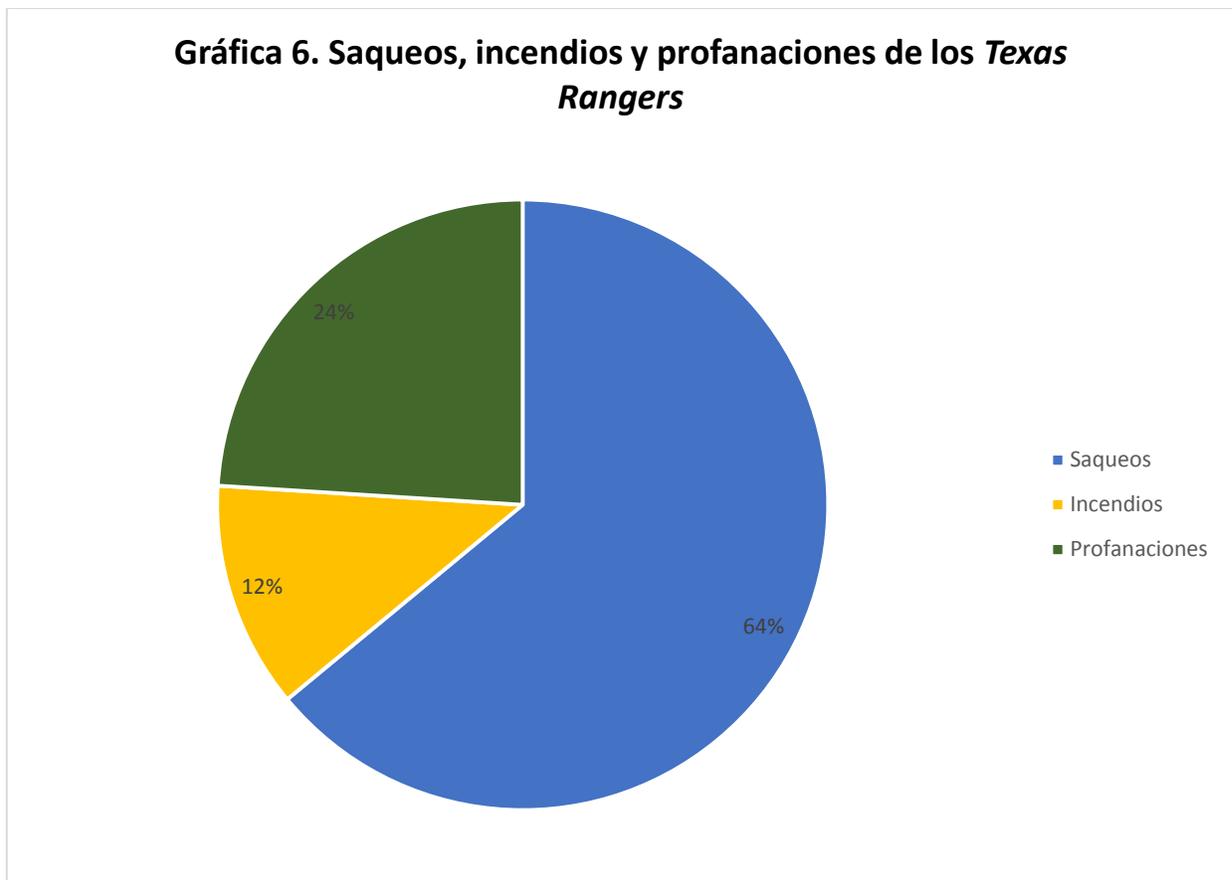
lista no se incluye a la *Mexican Spy Company*). En total, 278 inhabilitados para el servicio de las armas (gráfica 5). Si comparamos las cifras entre coterráneos y contraguerrilleros estadounidenses, los primeros sufrieron cinco veces más los estragos de la guerra que los segundos, pues en muchos casos, destruidos los objetivos militares, los civiles desarmados se convirtieron en los blancos a eliminar porque se les consideraban aliados de sus enemigos.



Fuente: Gilbert Adams Hays (edit y comp.), *Life and Letters of Alexanders Hays. Brevet Major General United States Volunteers*, Pittsburgh, Publicado por Gilbert Adams Hays, 1919, p. 97.

Para el caso de la propiedad privada, la situación fue similar. De 21 incursiones emprendidas por los *Texas Rangers*, en un 99% realizaron desmanes. El saqueo de propiedades públicas o privadas fue su práctica preferida (64%), seguida de la profanación

de lugares santos (24%) y de incendios (12%). El sacrilegio fue una actividad importante durante sus correrías y expediciones. En suma, su estrategia de hacer la guerra incluía quemar las guaridas enemigas y enriquecerse a costa de la religión, los mexicanos acomodados y aún pobres (Gráfica 6).



En general, para que los soldados robaran fue necesario un poco de confianza entre ellos y para que profanaran debió existir un sentimiento en común: el anticatolicismo. El capitán Walker, el coronel Hays así como el general Lane tenían carisma entre sus hombres, quienes a su vez estaban acostumbrados a vivir de su entorno y profesaban alguna denominación protestante. Tomaban lo que estaba a su alcance; así había sido la lucha contra los indios y los mexicanos en el frente interno y externo de Texas, y así era la guerra en el

valle de México y sus alrededores. El oro de iglesias y particulares constituía una recompensa material por sus sufrimientos, batallas y conquistas.

Ahora bien, no todo se redujo a una simple repetición de prácticas en ambos países. Las diferencias más visibles eran geográficas. En Texas existen largas planicies donde los indios podían desplazarse a placer, mientras que en el centro de México los territorios escabrosos, montañosos y a veces selváticos o boscosos complicaron la tarea de exterminar a las guerrillas. Además, las tentaciones fueron mayores: los “diablos texanos” encontraron en el país invadido decenas de iglesias decoradas con hermosos trabajos de oro y plata, mientras que en sus terruños carecían de casas de culto atiborradas de “lujo” y objetos “suntuarios”.¹²² Nada les costaba tomar lo que por derecho de armas y conquista creían merecer.

La brutalidad real o imaginada de las guerrillas mexicanas ocasionó que los contraguerrilleros estadounidenses saquearan pueblos, profanaran altares y mataran a cientos de civiles desarmados. Se infiere que, a su juicio, los rancheros que asaltaban sus caravanas y cortaban las gargantas de camaradas merecían una muerte ejemplar para hacerles entender cuál era su fin si continuaban sus ataques.

Los choques entre guerrilleros y contraguerrilleros produjeron cantidades importantes de caídos y pérdidas materiales y religiosas. ¿Cuántos combatientes imploraron compasión a sus verdugos con el último aliento? ¿Cuántos recordaron a la madre o a la esposa con las fuerzas que escapaban de su cuerpo? ¿Cuántos curas lloraron al tener un Cristo roto entre sus

¹²² Al respecto, los estadounidenses resaltaban más bien la arquitectura megalítica y de estilo gótico de las iglesias texanas, como la de Natchez. J. P. Bryan (ed.), *Mary Austin Holley. The Texas Diary, 1835-1838*, Texas, University of Texas, 1965, p. 33.

manos? Pese a los datos presentados, nunca lo sabremos con exactitud porque existen muchos vacíos históricos en los archivos consultados. Sin embargo, lo que si podemos asegurar es que en el espesor de las veredas y en los caminos de terracería, yacían como dormidos decenas de cadáveres podridos y fétidos al olfato humano. Sus restos descompuestos se convirtieron en pasto para las fieras salvajes.¹²³

¹²³ Manuel Rivera Cambas, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*, tomo IV, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1871, pp. 80-81.

Consideraciones generales

La profanación, la blasfemia y la ocupación

Cuando los estadounidenses arribaron a México, presenciaron una cultura diferente a la suya y, como muchos otros extranjeros no católicos, pocas veces intentaron comprender las creencias del “otro”. En sus escritos denotaron burlas contra iglesias e imágenes que no tardaron en reflejarse en profanaciones. Entre pensamiento y acción la línea fue muy delgada, a veces inexistente. Estos combatientes llevaron su realidad personal a lo cotidiano, a la guerra que estaban viviendo.

Muchos estadounidenses protestantes no vieron en los santos, vírgenes o ángeles representaciones de la cristiandad, pues en su país estaban acostumbrados a sus templos que estaban libres de imágenes o figuras de barro, metales preciosos o madera. A más de uno le pareció que estos “falsos ídolos”, que en ocasiones expresan el dolor de un mártir, la crucifixión o un pasaje bíblico tan caros para los católicos, eran absurdas y merecedoras de risas. Con estas ideas demostraron su predisposición a destruir lo sagrado para hacer patente su sentir y pensar.

En el mismo sentido, muchos combatientes protestantes, contrarios a la religión católica, despreciaban al Papa y a sus instituciones. Estaban en desacuerdo con su supuesta corrupción, codicia e inmoralidad. También se le señalaba como un paladín de la estupidez humana, pues su sola presencia irradiaba retroceso y despotismo en las naciones. Ahora bien, el Sumo Pontífice es un ser abstracto que ha sido criticado por una tradición colectiva que se remonta al siglo XVI, época de la Reforma, más que por la convicción personal de cada

combatiente protestante en la guerra del 47, pues en ese momento ninguno sabía siquiera que su nombre eclesiástico era Pío IX.

Si bien resulta difícil establecer una relación entre el imaginario y las acciones de cada invasor, sus escritos son un punto de partida que permiten aproximarnos a su anticatolicismo. Las coincidencias encontradas demuestran un vínculo directo entre sacrilegio y aversión. Por ejemplo, el general Robert Patterson, un *orangeman* (protestante irlandés), pensaba que las iglesias y conventos eran bienes innecesarios y, por consiguiente, los ocupó para fines “más útiles” y necesarios como hospitales, cuarteles y depósitos de armas.

La postura del general Winfield Scott fue contraria a la de Patterson. Él estaba convencido, por orden directa del presidente James Polk, de no atacar los lugares santos para no irritar aun más a los mexicanos, siempre y cuando no fueran un bastión militar o entorpecieran sus operaciones bélicas. Pero sus combatientes, en especial los voluntarios, no siempre estuvieron de acuerdo con él; veían la guerra desde otra perspectiva y estaban convencidos que las iglesias no eran sagradas, sino lugares paganos.

En términos generales, durante el tiempo que duró la intervención en el valle de México, los regulares se mantuvieron al margen del sacrilegio, salvo en algunos descatos contra los sacerdotes de Toluca, Estado de México. Los voluntarios hicieron lo contrario, eran los campeones de la blasfemia gracias a su poca disciplina y profundo rechazo al catolicismo. En Tlaxcala, por ejemplo, se conocen tres invasiones; en dos de ellas los ciudadanos-soldados mancillaron lugares religiosos y en la tercera no se pudo identificar al transgresor.

Los voluntarios realizaron sacrilegios por cuatro motivos diferentes. El primero para satisfacer sus ambiciones económicas. El segundo con el fin de utilizar la madera de púlpitos, confesionarios y bancas para construir trincheras y alimentar las fogatas en las que preparaban sus alimentos. Las dos profanaciones eran materiales, ya que las iglesias representaban “minas de oro” y a la vez “aserraderos” que proporcionaban una rica fuente de metales preciosos y madera, ambos bienes dirigidos al uso cotidiano. El primero en una transacción económica, el segundo servía a la subsistencia de los combatientes.

Más allá de este valor económico, los ornamentos robados o destruidos tenían un significado histórico equivalente a obras de arte, pues muchos eran producto de un trabajo con acabado artístico y/o profesional. Además, estaban en armonía con la arquitectura de las iglesias y representaban una parte significativa de la estética del edificio. La guerra del 47, en muchas ocasiones, se llevó parte de la herencia colonial indígena y española.

El tercer motivo tuvo el fin de acabar con la Iglesia. Se destruyeron nichos y altares porque pertenecían a un culto no protestante y desde su perspectiva absurda. Además, ante sus ojos, la veneración de imágenes de santos resultaba una blasfemia y un paganismo. La profanación, entonces, mezclaba la burla y el humor negro para erradicar la religión del “anticristo”. Los voluntarios vistieron las casullas sacerdotales para mofarse de la dignidad del clero, defecaron sobre un altar y bebieron el vino consagrado “por amor a Dios” y como muestra de desprecio.

Los estadounidenses protestantes y contrarios al catolicismo consideraban que ser mexicano era sinónimo de “papista”. Al perjudicar los bienes de la Iglesia expresaban su desprecio hacia ella, pero también pretendían eliminar el culto religioso enemigo, pues un copón, una custodia o una imagen de un santo tenían –y tienen hoy en día- un valor muy

grande para los católicos. Nada mejor que mancillar aquello que el “otro” veneraba para así socavar su supuesta belicosidad.

Finalmente, en determinados casos las profanaciones de iglesias, parroquias y conventos estaban ligadas a las operaciones militares. Algunos invasores pensaron que el sacerdote de los pueblos era aliado de los guerrilleros ya que ciertas partidas de estos últimos estaban encabezados por clérigos como Celedonio Domeco de Jarauta o Juan Antonio Martínez (además de otros religiosos anónimos), quienes los pusieron en jaque en más de una ocasión. Con los hechos de Coatepec, Veracruz, y Zacualtipán, Hidalgo, se confirma esta actitud. En el primer caso el cura fue apresado, mientras en el segundo apenas logró huir.

En este sentido, la colaboración eclesiástica con las fuerzas mexicanas hizo que muchos invasores vieran en las expediciones militares una oportunidad para interrumpir dicha alianza. En las profanaciones a la ciudad de Tlaxcala, en especial en la segunda, se aprecia con claridad cómo transgredir lo sagrado representó una manifestación de venganza pues suponían que las iglesias eran las guaridas de sus adversarios.

Además, es probable que los estadounidenses creyeran que si destruían el reducto moral, sagrado y simbólico de los “rancheros”, como era una iglesia, convencerían a éstos de frenar sus ataques contra los convoyes militares. Así pues, los tesoros encontrados en los lugares sagrados fueron saqueados para dañar al enemigo, materializar el anticatolicismo que sentían y acabar con la guerra de guerrillas a través de la intimidación y la coacción.

Ahora bien, hubo veces en que se realizaron profanaciones durante el cese de hostilidades entre ambos ejércitos (el convento de Churubusco), cuando las tropas atravesaban pueblos que no habían ofrecido resistencia (capilla de Venta Nueva) e incluso durante la celebración de la misa cuando la ciudad estaba tomada (capilla del Rosario). No

existía derramamiento de sangre, ni disturbios de los mexicanos, solo el deseo de conseguir oro y plata. En todos estos casos se aprecia que la profanación era contra objetivos bien definidos y se hacía con una cautela superior a la de otros combatientes quienes transgredían el orden (robos a transeúntes, por ejemplo), ya que de las decenas de sacrilegios habidos durante la campaña del general Scott, ningún saqueador recibió un juicio castrense.

De tal modo, la guerra recrudesció las pasiones humanas como la ambición e hizo más fuertes los deseos de placer para contrarrestar los sufrimientos de la campaña. Vender los ornamentos robados para conseguir alcohol fue un hecho común en la guerra. Tampoco olvidemos el aburrimiento. Las batallas en el valle de México fueron pocas, la ocupación de pueblos y ciudades se prolongó durante meses y se hizo necesario encontrar entretenimientos. Finalmente, la vida parecía escaparse con rapidez ya que el peligro siempre era latente y parecían pocas las oportunidades de disfrutarla. Para los combatientes, el exceso y la profanación constituían un escape de la realidad, pero también, reiteramos, una manera de expresar el anticatolicismo que sentían desde su terruño.

Resulta difícil conocer cuál fue el final de cada objeto robado. Es probable que terminara en el desván de algún coleccionista protestante, en las manos de un comerciante mexicano o en el altar de un “papista” estadounidense que nunca pisó México. También cabe la posibilidad de que algunos resultaran fundidos en monedas para alimentar la economía de la Unión Americana y de otras partes del mundo.

Pese a todos los esfuerzos realizados en la elaboración de este trabajo, he de admitir que la investigación resulta gris ya que fue imposible encontrar las huellas de las profanaciones en las iglesias, pues finalizada la intervención estadounidense, los edificios religiosos fueron reconstruidos, reparados, demolidos, expropiados o transformados en

escuelas, museos, negocios o lugares públicos. Además, con el paso del tiempo se perdieron algunos registros históricos de los sacrilegios, ya que en ciertos casos la documentación histórica se extravió por diversos motivos (inundaciones, guerras civiles o negligencia) y los sucesos de la Guerra de Reforma (1857-1860) y Cristera (1926-1929) borrarán aún más todo indicio de las transgresiones protestantes.

Por otro lado, cuando visité las iglesias mancilladas y platiqué con sacerdotes, secretarías o administradores sobre los sacrilegios acaecidos durante la guerra con Estados Unidos, algunos se quedaron boquiabiertos mientras otros se mostraron escépticos. Recuperar el enfoque blasfemo y profano de una guerra que se ha considerado como política y de rapiña, proporciona una visión más amplia y precisa de la misma. Sin embargo, aún queda mucho por estudiar al respecto en el norte de México.

La Historiografía

Las investigaciones sobre las profanaciones de la primera mitad del siglo XIX en Estados Unidos no hacen énfasis en las formas en que se expresó la violencia contra la religión católica. Por ejemplo, Ray Allen Billington no detalla la quema de Biblias y cruces durante la destrucción del convento de Santa Úrsula en Charlestown, Massachusetts. Esto, quizá, para que su trabajo no fuera considerado una apología de la violencia, pues escribió durante la guerra de Vietnam.

Si comparamos los sacrilegios de Charlestown o Filadelfia, Pennsylvania, con los realizados en México, existen algunas similitudes. En los primeros lugares las cruces eran de madera u otro material mientras en las segundas de metales preciosos. Los profanadores en Estados Unidos las quemaron para manifestar su aversión, pero durante la guerra del 47 las

robaron porque representaban una fuente de riqueza extra para complementar sus ingresos monetarios.

Durante los combates callejeros entre nativistas e irlandeses en Filadelfia, los edificios religiosos e inclusive las personas resultaron quemadas. En México estas prácticas volvieron a repetirse. La contraguerrilla estadounidense incendió cadáveres de “rancheros”, casas, haciendas, pueblos enteros y estuvo a punto de quemar la parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación de Zacualtipán, Hidalgo.

Cuando la historiografía estadounidense habla del anticatolicismo durante la ocupación, lo hace con una visión unilateral pues la sustenta con base en información de los archivos históricos de su país. Esta investigación tuvo el objetivo de presentar una perspectiva proyectada desde los acervos municipales, estatales, privados y parroquiales de México lo cual nos permite observar que el conflicto estuvo bañado de blasfemias y profanaciones.

Entre los trabajos más importantes de la historiografía de la guerra están los de Robert Johanssen y Richard Winders. El primero realiza un análisis del pensamiento de los invasores así como su relación con el entorno y la sociedad mexicana; pero no enfatiza en el anticatolicismo que había cobrado fuerza décadas atrás y se reflejó en el país invadido. El segundo menciona la indisciplina de los combatientes pero, al igual que Johanssen, estudia superficialmente la animadversión hacia el “papismo” por parte de los estadounidenses.¹

¹ Robert W. Johanssen, *To the Halls of the Moctezumas, The Mexican War in the American Imagination*, New York, Oxford University Press, 1985, p. 31 y Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997, pp. 66-87 y 181-183.

Por otro lado, Peter Guardino, James McCafrey, Paul Foos, Ted C. Hincley y John Christopher Pinheiro no profundizan en el sacrilegio. Pese a que Guardino y Foos dan algunos ejemplos de saqueos a iglesias, dejan de lado las profanaciones en tumbas, la destrucción de archivos religiosos y demás propiedades de la Iglesia como colecturías.²

En este sentido, ni Foos ni Guardino hacen énfasis en las particularidades de cada región o espacio de convivencia. Y es que las blasfemias y profanaciones no fueron iguales en los diversos puntos ocupados por el ejército estadounidense. La ciudad y el campo mostraron matices propios y diferentes entre sí. En la primera el sacrilegio formó parte de robos aislados premeditados o espontáneos, mientras en el segundo del botín de guerra colectivo. Ted Hinkley, por su parte, en su estudio sobre el papel de la prensa protestante en Estados Unidos durante la guerra, observa el anticatolicismo en los discursos pero no cómo esto se refleja en hechos concretos.³

Pinheiro detalla cómo se difundieron las ideas de saquear las iglesias mexicanas en Estados Unidos, pero no analiza los sacrilegios, pues solo considera el robo de *Golden Jesuses* sin apreciar la destrucción de confesionarios que servían como combustible y materia prima para realizar construcciones militares. Tampoco presta atención a la destrucción de

² Paul Foos, *A short, offhand, killing affair. Soldiers and Social Conflict during the Mexican-American War*, Caroline, University of North Carolina Press, 2002, pp. 130-131, John Christospher Pinheiro, “Crusade and Conquest: Anti-catholicism, Manifest Destiny and The U.S.-Mexican War of 1846-1848”, Tennessee, University of Tennessee, 2001, pp. 130-216, Ted C. Hinkley, “American Anti-Catholicism during the Mexican War”, en *Pacific Historical Review*, vol. 31, núm. 2, (mayo, 1962), pp. 121-137, Peter Guardino, “La Iglesia mexicana y la guerra con los Estados Unidos”, en Brian Connaughton y Carlos Rubén Ruíz Medrano (coordinadores), *Dios, religión y patria. Intereses, luchas e ideales socioreligiosos en México*, San Luis, El Colegio de San Luis, 2010, p. 244 y James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny. The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848*, Nueva York y Londres, Universidad de Nueva York, 1992, p. 27.

³ Ted C. Hinkley, “American Anti-Catholicism during the Mexican War”, en *Pacific Historical Review*, vol. 31, núm. 2, (mayo, 1962), pp. 121-137.

objetos sagrados sin un fin particular aparente o un beneficio económico, ya que los profanadores buscaban expresar su animadversión contra lo “papista”.

La historiografía sobre los *Texas Rangers* es basta y diversa. Los trabajos enfocados a la época posterior a la guerra del 47 denotan la actitud hostil y violenta de los “diablos texanos” para con los mexicanos o descendientes de estos. William D. Carrigan y Clive Webb realizaron un profundo análisis cualitativo y cuantitativo de linchamientos y homicidios en el sur estadounidense. Texanos y *Texas Rangers* serán los principales causantes de muerte de grasosos.⁴

Para el caso de la intervención estadounidense en México, seguimos los pasos del capitán Samuel Hamilton Walker, el coronel John Coffe Hays y el general Joseph Lane y sus “diablos texanos” para conocer su participación en la guerra. El pueblo estadounidense se siente orgulloso de sus instituciones democráticas que han emanado de éstas como los *Texas Rangers* y los historiadores se encargaron de continuar venerándolos. Estos últimos solo se enfocaron en su participación durante las batallas, la cuales, según su percepción, resultó siempre importante.⁵ No dudo que ellos fueran pioneros en su tierra, símbolos de justicia y valentía, pero muy pronto se olvidó que, durante la intervención en México, realizaron profanaciones y toda clase de acciones militares que violaban sus propias leyes castrenses.

⁴ William D. Carrigan y Clive Webb, “The lynching of persons origin or descent in the United States, 1848 to 1928”, en *Journal od Social History*, number 2, 2003, pp. 411-438.

⁵ Frederick Wilkins, *The Highly Irregular Irregulars. Texas Rangers in the Mexican War*, Texas, Eakin Press, 1990, p. 165 y Bern Keating, *An illustrated history of the Texas Rangers*, Chicago-Nueva York, San Francisco, Rand McNally & Company, 1975, pp. 59-70.

Algunos historiadores les dedican sus obras como Stephen Hardin.⁶ Otros más los admiran con su silencio, pues al ignorar sus desmanes en la lucha contra la guerrilla mexicana dejan de lado una parte esencial de muchas guerras de la humanidad: el sacrilegio, la matanza y el saqueo. Frederick Wilkins, por ejemplo, no habla sobre las profanaciones de la parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación, la capilla de El Sagrado Corazón de Jesús, las iglesias de Huamantla y el convento de Tlaxcala. Los asesinatos a sangre fría y las blasfemias efectuadas cuando los revólveres y el crujir de los cañones habían dejado de sonar, quedan completamente olvidadas.⁷

Wilkins sostiene que las memorias de John Salmón Ford y Albert Brackett son fundamentales para estudiar la participación de los *Texas Rangers*,⁸ pero realiza una selección subjetiva de los elementos que conforman su relato. Subraya aquellas acciones que los engrandecen y suprime las nocivas a su imagen. Por lo demás, dichos documentos por sí solos no reflejan aquellos días de combate y blasfemia, pues necesitan complementarse con fuentes mexicanas.

Walter Prescott Webb sigue la misma línea y se limita a realizar una apología de los texanos al repetir la vieja máxima de un observador: “Un Texas Ranger puede cabalgar como un mexicano, rastrear como un indio, disparar como un oriundo de Tennessee y pelear como un demonio”.⁹ No habla del bombardeo de Atlixco y los saqueos de Nopalucan e Izúcar de

⁶ Stephen Hardin y Richard Hook, *The Texas Rangers*, Oxford, Osprey Military, 1996, (Elite Series, 36)

⁷ *Ibid.*, pp. 184-185.

⁸ Wilkins, *op. cit.*, pp. 155-157.

⁹ Walter Prescott Webb, *The Texas Rangers: A century of frontier defense*, Texas, University of Texas Press, 1965, p. 15.

Matamoros porque sus “héroes” dejarían de serlo para convertirse en militares que mataban civiles desarmados y violaban mujeres.

Los errores de estos historiadores se deben, entre otros elementos, a que los autores de la documentación que consultaron mintieron intencionalmente. El general Joseph Lane es un claro ejemplo de ello. En las comunicaciones dirigidas al secretario de Guerra habla sobre las bajas causadas al enemigo y aumenta las cifras para hacer pensar a sus contemporáneos que él era un hábil estratega. Cuando refiere la convivencia entre sus subordinados y la sociedad, tergiversa igualmente los hechos para evitar cortes marciales y de paso demostrar su supuesta magnanimidad. En este sentido dice haber tratado con respeto a los mexicanos cuando en realidad éstos recibían un trato contrario. Lo anterior sirve para demostrar que los reportes oficiales de las fuerzas armadas, sean de cualquier ejército y época, deben cotejarse con otras fuentes para no caer en falsedades. Los historiadores estadounidenses bebieron de estas mentiras durante sus investigaciones.

Participantes en el conflicto como Jacob Oswandel también cometieron errores históricos. Según él, en la segunda expedición de Tlaxcala, donde no participó, no hubo sacrilegios,¹⁰ cuando en realidad probamos lo contrario. En mi opinión, los combatientes difícilmente reconocían las profanaciones de sus compañeros para no echar abajo la idea de que Estados Unidos era un país que respetaba la libertad de cultos. Preferían autoengañarse y considerarse tolerantes, quizá sí lo eran entre las diversas denominaciones protestantes,

¹⁰ J. Jacob Oswandel, *Notes of the Mexican War 1846-47-48. Comprising incidents adventures and everyday proceedings and letters while with the United States Army in the Mexican War; also extracts from ancient histories of Mexico, giving an accurate account of the first and original settlers of Mexico, etc.; also the names and numbers of the different rules of Mexico; also influence of the Church*, Filadelfia, Sin Editorial, 1885, pp. 480-481.

salvo con los mormones, pero con otras religiones no siempre se mostraron condescendientes, al menos hasta la primera mitad del siglo XX.

Por otro lado, estudiar a los “diablos texanos” demuestra que anticatolicismo, batalla y ebriedad fueron elementos vinculados entre sí. En Huamantla iniciaron el saqueo forzando las tiendas en búsqueda de alcohol. En Izúcar de Matamoros se hallaban borrachos cuando entraron en combate. Esto no fue exclusivo de ellos pues en otros regimientos voluntarios la situación se dio de manera similar. Determinados desmanes y profanaciones ocurridas durante el motín de la Ciudad de México se hicieron cuando los combatientes estaban intoxicados, al igual que una década atrás, durante la quema del convento de Santa Úrsula, en Massachusetts. En este sentido, el historiador Richard Bruce Winders está consciente que en el ejército estadounidense era común el abuso de bebidas nocivas, pero no lo relaciona con el sacrilegio y el robo.¹¹

Todo lo anterior no implica que los texanos fueran seres malignos. Debemos entender su contexto colectivo. Muchos deseaban vengar las afrentas sufridas durante su guerra de independencia, estaban acostumbrados a ejecutar indios, saquear sus campamentos y solucionar los problemas mediante la violencia. En suma, cuando estaban en campaña vivían saqueando y matando indios y esto lo repitieron en el valle de México, pues no conocían otra manera de guerrear.

Además, los anales del hombre nos dicen que en una conflagración nacional o internacional ningún ejército está exento de atropellar a civiles desarmados o a las creencias religiosas del “otro”. Esta es, por desgracia, una de las constantes más comunes en la historia

¹¹ Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997, pp. 135-138.

bélica y, para el caso de la guerra del 47, los desacatos de los voluntarios tienen su origen, en muchas ocasiones, en los reclutadores de la tropa quienes, desde Estados Unidos, los incentivaron a violentar a los mexicanos en momentos de no combate (robo) y a la profanación de sus lugares católicos.

Regresando al tema de la guerra de guerrillas, los historiadores estadounidenses no mencionan las masacres en el centro del país; sin embargo, en Atlixco y Zacualtipán, además de la acción de armas, decenas de civiles desarmados resultaron ejecutados bajo la complacencia del general Lane. El número de muertos superó a las matanzas más famosas del conflicto, como la ocurrida en una cueva de Saltillo donde resultaron asesinados decenas de hombres, pero se respetó la vida de mujeres y niños.¹² En cambio, en el valle de México muchas personas perdieron la vida sin distinción de género, edad o beligerancia.

El análisis del saqueo de Huamantla resulta más complejo. Fue una mezcla de venganza colectiva, odio, impotencia, indisciplina, anticatolicismo, alcoholismo, venganza y deseo de relaciones carnales. Así pues, las cuestiones personales, grupales y bélicas estuvieron íntimamente relacionadas a la hora de masacrar y mancillar lugares santos. En este sentido, la profanación de las iglesias huamantlecas fue resultado de una batalla, un héroe caído y la complacencia del general Lane.

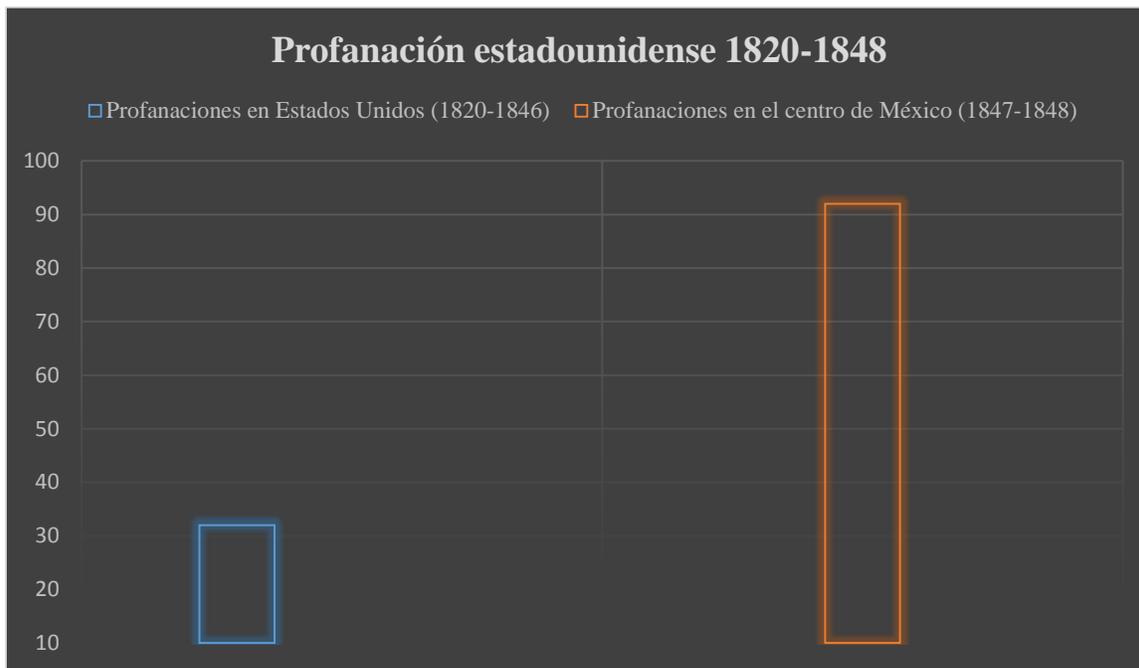
Ahora bien, concluido el conflicto, las acciones derivadas de la guerra de guerrillas fueron también manipuladas por los mexicanos. Las autoridades municipales y estatales se aprovecharon del sufrimiento de sus ancestros para tergiversar la historia y así elevar a la categoría de “heroica ciudad” a Atlixco y Huamantla. La primera colocó una placa

¹² Krystyna M. Libura, Luis Gerardo Morales y Jesús Velasco Márquez (comps. y edits.), *Ecos de la Guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Ediciones Tecolote, 2004, p. 244.

conmemorativa en las faldas del cerro de San Miguel la cual informa que los habitantes ofrendaron su vida por la causa nacional durante el bombardeo; de hecho dormían plácidamente cuando murieron porque ninguna batalla había precedido al cañoneo ni interrumpido su rutina. La segunda puso una placa en el museo del ayuntamiento para recordar la valentía de sus pobladores, quienes, sin embargo, no quisieron tener al ejército mexicano en su comunidad ni acatar las disposiciones necesarias para cumplir con el estado de sitio. En ambos casos, los políticos transformaron la muerte, la profanación y lo trágico en una mentira para realzar el orgullo local.

La intervención estadounidense, además de significar la pérdida territorial de más de la mitad de México, devoró el patrimonio, la historia y las personas. Casas e iglesias resultaron destruidas o dañadas, la documentación de los archivos religiosos quemada y miles de vidas cegadas con la guadaña de la violencia. Se concluye entonces, que la coyuntura bélica no solo fue de expansionismo, sino también una donde salieron a relucir los elementos individuales de cada invasor anticatólico. Si bien el conflicto nunca llegó a ser una guerra religiosa porque los altos mandos políticos y militares de Estados Unidos así lo decidieron, la postura “antipapista” de muchos voluntarios y algunos elementos regulares, le dio dimensiones blasfemas y profanas.

Gráfica 7



Fuente: Anexo 1 y capítulo I.

De acuerdo con los resultados arrojados en la presente investigación (gráfica 7), se sabe que el número de profanaciones en la invasión a México fue superior a los años que la precedieron. Entre 1820-1846 se estiman 32 ataques al catolicismo y tres a punto de suceder. En los 17 meses que duró la ocupación del general Scott, en cambio, se conocen 92 transgresiones a la Iglesia (86 contra edificios y seis contra la comunidad católica), es decir, se realizaron casi tres veces más sacrílegos y en un lapso muy breve. Así pues, la guerra del 47 representa uno de los capítulos más intolerantes de los anales de la nación de las barras y las estrellas, pues en ningún otro momento de la posteridad, a excepción de la quema de cruces realizadas por el Ku Klux Klan, se atacó tanto al “papismo”, sus instituciones y su culto.

Para el bando opuesto los resultados de los sacrílegios también fueron importantes. Hasta ese momento y tras tres siglos de relativa armonía religiosa, el clero católico jamás había sufrido tantas profanaciones. En las primeras tres décadas de vida independiente, los sacrílegios ocasionales, aislados y menores de algunos mexicanos no se comparaban en dimensiones o daños económico-morales con los estadounidenses.

Además, durante la guerra la Iglesia desconfió de las autoridades civiles (locales) y federales porque no supieron proteger al catolicismo, servir como intermediarios o representantes de su seguridad ante los gobiernos militares estadounidenses (establecidos en las ciudades mexicanas) o ante el general y jefe del ejército advenedizo. Esto se infiere porque las reclamaciones del clero sobre los desacatos siempre quedaron impunes ante sus ojos, pues solo un invasor recibió una corte marcial (por robar a un sacerdote) y ninguno un castigo como consecuencia de una profanación.

En este sentido, finalizada la guerra, varios sectores de la comunidad católica y conservadora de México lloraron con amargura la agresión protestante contra sus creencias y templos, pues tres siglos de veneración, tradición y respeto habían sido interrumpidos abruptamente y a gran escala. Lo anterior fortaleció, como una consecuencia inmediata y hasta traumática, el deseo de preservar y proteger la religión para así evitar nuevas transgresiones de enemigos externos o internos. A la postre, esta intención chocaría con la libertad de cultos, el liberalismo radical y el deseo (y más tarde la implantación) de un estado laico, lo que desembocaría, junto a otros y más importantes elementos, en una sangrienta guerra civil en 1857.

Anexos

Anexo 1. Catálogo de lugares católicos ocupados o saqueados por el ejército estadounidense en Veracruz, Puebla, Estado de México, Ciudad de México, Tlaxcala e Hidalgo (1847-1848)

	Nombre	Lugar	Saqueado	Ocupado	Observaciones
1	Capilla del cementerio	Veracruz, Ver.	Si	Si	Su interior fue destruido.
2	Cementerio	Veracruz, Ver.	Si	Si	Una compañía de Tennessee exhumó los cadáveres.
3	Santuario del Señor del Buen Viaje	Veracruz, Ver.	Si	Si	Cuartel de voluntarios de Carolina del Sur y Tennessee. Saqueada completamente.
4	Iglesia desconocida	Puente Nacional, Ver.	Se desconoce	Si	Utilizada como depósito de pertrechos y como cuartel del general Robert Patterson.
5	Iglesia desconocida	Plan del Río, Ver.	Se desconoce	Si	Cuartel del general Robert Patterson
6	Capilla de Santiaguito	Xalapa, Ver.	Se desconoce	Si	Convertida en cementerio estadounidense.
7	Convento de San Francisco	Xalapa, Ver.	Se desconoce	Si	Utilizado como Hospital. Fue demolido y actualmente es el parque Benito Juárez.
8	Iglesia de San Ignacio	Xalapa, Ver.	Se desconoce	Si	Empleada como hospital.
9	Iglesia de San Francisco	Xalapa, Ver.	Se desconoce	Si	Utilizada como nosocomio.
10	Parroquia del Señor de San José	Xalapa, Ver.	Se desconoce	Si	Empleada como hospital.

11	Iglesia de San Francisco	Xalapa, Ver.	Se desconoce	Si	Utilizada como nosocomio.
12	Iglesia de San Ignacio	Xalapa, Ver.	Se desconoce	Si	Empleada como hospital.
13	Capilla desconocida	San Andrés, Xalapa	Si	No	Saqueada.
14	Iglesia de El Calvario	Xalapa, Ver.	Se desconoce	Si	Sirvió como nosocomio.
15	Capilla de la Fortaleza de San Carlos	Perote, Ver.	Se desconoce	Si	Utilizada como hospital.
16	Iglesia desconocida	Las Vigas, Ver.	Se desconoce	Si	Acuartelamiento del 1° de Pennsylvania. El patio fue utilizado como caballeriza.
17	Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús	Coatepec, Ver.	Si	No	Profanada. Se robaron un copón de oro y tiraron al suelo el cuerpo de Dios (Hostia).
18	Iglesia de San Juan de Dios	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Hospital y cuartel del 1° de Pennsylvania.
19	Capilla de Nuestra Señora de Loreto	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Acantonados los regulares del general Worth (mayo de 1847)
20	Convento de Santo Domingo	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Barracas del regimiento de Carolina del Sur.
21	Iglesia de San José	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Utilizada como hospital.
22	Convento de San Francisco	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Se instalaron los enfermos de Carolina del Sur. Más tarde fue ocupado por el 4° de Ohio.

23	Convento del Carmen	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Acuartelado el 7° regimiento de infantería regular.
24	Iglesia de San Agustín	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Acantonados el 1° Pennsylvania y el 4° de Ohio.
25	Convento de San Agustín	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Acuartelado el 4° de infantería regular
26	Cementerio del Obispo	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Se enterraban a los invasores caídos.
27	Hospicio	Puebla, Pue.	Se desconoce	Si	Utilizada como hospital.
28	Iglesia desconocida	Nopalucan, Pue.	Se desconoce	Si	Acantonamiento del 1° de Pennsylvania.
29	Iglesias desconocida	Atlixco, Pue.	Si	No	Se desconoce quién la ocupó.
30	Convento de Santo Domingo	San Martín Texmelucan, Pue.	Se desconoce	Si	Acuartelamiento de la División del general Davis Twiggs.
31	Convento franciscano	Tlaxcala, Tlax.	Si	No	Robo de ornamentos. Saqueado en dos ocasiones.
32	Iglesia desconocida	Huamantla, Tlax.	Si	No	Profanada.
33	Iglesia desconocida	Río Frío, Estado de México.	Se desconoce	Si	Utilizada como cuartel.
34	Convento de San Francisco	Toluca, Estado de México	Se desconoce	Si	Empleada como barraca.
35	Capilla de Venta Nueva	Chalco, Estado de México.	Si	No	Profanada.
36	Iglesia desconocida	San Bernabé, Estado de México	Si	No	Los estadounidenses saquearon una iglesia, al juez y a los habitantes porque un sujeto a su vez

					les había robado unos caballos.
37	Capilla de San Cristóbal	Ciudad de México	Si	Si	Mancillada y ocupada.
38	Capilla de Nuestra Señora del Rosario	Ciudad de México	SI	No	Un altar fue destruido.
39	Convento de Churubusco	Ciudad de México	Si	No.	Profanado después de la batalla de Churubusco. Algunas partes del edificio fueron utilizadas como cárceles.
40	Convento de San Diego	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Cuartel Maestro de la División del general William J. Worth.
41	Cementerio del convento de San Diego	Ciudad de México	No	Si	En él arrojaron inmundicias.
42	Convento de San Bernardo	Ciudad de México	Si	Si	Dos capellanes fueron maltratados.
43	Iglesia desconocida	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Utilizada como cuartel.
44	Convento del Carmen	Ciudad de México	Si	Si	Acantonamiento del 9° de infantería regular, el 2° de Pennsylvania (sept 1847-mayo 1848), Nueva York, Carolina del Sur y Massachusetts (19 de noviembre de 1847-1 de mayo de 1848)
45	Convento de San Cosme	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Sirvió como hospital y barracas del 6° de infantería regular.

46	Convento de la Piedad	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Cuartel del general Winfield Scott (septiembre de 1847)
47	Iglesia de la Piedad	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Profanada.
48	Convento de la Merced	Ciudad de México	Si	Si	El sacerdote de este convento peleó durante el motín de la Ciudad de México. Acantonamiento del 7° de infantería regular y el 4° de Kentucky (19 de diciembre de 1847)
49	Convento de San Francisco	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Ocupado durante el motín de la Ciudad de México. Acantonado el 5° y 8° de infantería regular.
50	Casa Profesa	Ciudad de México	Si	Si	Acantonado el 4° de artillería regular.
51	Capilla de la Casa Profesa	Ciudad de México	Se desconoce	Se desconoce	Destrozaron ornamentos.
52	Convento de San Fernando	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Acuartelamiento del 6° infantería regular.
53	Convento de La Encarnación	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Ocupada durante el motín de la Ciudad de México.
54	Convento de Santa Clara	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Ocupada durante el motín de la Ciudad de México y más tarde por el 5° de Indiana.
55	Convento de San Pedro	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Ocupada durante el motín de la Ciudad de México.

56	Convento de San Pablo	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Ocupada durante el motín de la Ciudad de México.
57	Palacio del Arzobispo	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Empleado como hospital.
58	Convento de San Agustín	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Utilizado como guarnición militar y barracas de 3° de infantería regular. En sus alturas se colocaron cañones de artillería.
59	Convento de la Concepción	Ciudad de México	Se desconoce	No	Profanada durante el motín de la Ciudad de México.
60	Convento de Santa Isabel	Ciudad de México	Si	No	Profanada durante el motín de la Ciudad de México.
61	Convento de Balvanera	Ciudad de México	Si	Si	Saqueada y ocupada como barracas.
62	Iglesia de Balvanera	Ciudad de México	No	Si	Profanada.
63	Convento de la Antigua Enseñanza	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Se expulsó a niñas y religiosas del lugar.
64	Colegio Seminario (antiguo edificio de la Inquisición)	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Fueron expulsados 250 niños quienes vagaron en búsqueda de un hogar.
65	Capilla de la Espiración	Ciudad de México	Si	No	Levantaron sepulcros y confesionarios en búsqueda de oro.
66	Colecturía de San Ángel	Ciudad de México	Si	No	Robaron palas, semillas y barretas.
67	Iglesia del Tercer Orden	Ciudad de México	Si	No	Robo de ornamentos de la Sacristía.

68	Convento del Espíritu Santo	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Se desconoce a los ocupantes.
69	Oratorio de San Felipe Neri	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Se desconoce a los ocupantes.
70	Colegio de San Pedro	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Se desconoce a los ocupantes.
71	Convento de Corpus Cristi	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Se desconoce a los ocupantes.
72	Colegio de San Pablo	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Se desconoce a los ocupantes.
73	Convento de Santo Domingo	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Acantonamiento del 2° de Illinois (1847), 11° y 14° de infantería regular.
74	Parroquia convento de Santo Domingo	Ciudad de México	Si	No	Los estadounidenses realizaron atentados.
75	Colegio de San Fernando	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Se desconoce a los ocupantes.
76	Colegio de la Antigua Enseñanza	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Se desconoce a los ocupantes.
77	Iglesia de El Altillo	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Sirvió como cárcel para los desertores del Batallón de San Patricio.
78	Catedral Metropolitana de la Ciudad de México	Ciudad de México	No	No	Dañaron las campanas de las torres de la Catedral.
79	Convento de Minerva	Ciudad de México	Se desconoce	Si	Empleado como hospital.
80	Palacio arzobispal de México	Ciudad de México	Si	Se desconoce	Sufrió daños en su interior.

81	Palacio arzobispal de Tacubaya	Ciudad de México	Si	Se desconoce	Sufrió daños en su interior.
82	Convento de San Francisco	Pachuca, Hidalgo	Se desconoce	Si	Cuarteles del 4° de artillería.
83	Convento de Carmelitas	Pachuca, Hidalgo	Se desconoce	Si	Barracas del 9° de infantería regular, una compañía de dragones y algunos artilleros.
84	Parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación	Zacualtipán, Hidalgo.	Si	No	Defecaron sobre el altar mayor y saquearon muchos ornamentos.
85	Colecturía de Huejutla	Huejutla, Hidalgo	Si	No	Robaron alimentos y el archivo de la colecturía.

Número de edificios ocupados y/o saqueados: 86 (el convento de Tlaxcala fue profanado en dos ocasiones)

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos expuestos en los capítulos III y IV, así como de Gary F. Kurutz (ed.), *Recollections of the War with Mexico. Major John Corey Henshaw*, Columbia y Londres, University of Missouri Press, 2008, p. 145, Archivo Histórico Municipal de Xalapa “Rubén Pabello Acosta”, Actas de Cabildo, vol. 60, “Acta celebrada el 21 de mayo de 1848”, f. 74, Archivo General de la Nación, Justicia Eclesiástica, vol. 154, ff. 291-293, Frederick Zeh, *An immigrant Soldier in the Mexican War*, Texas, Texas University Press, 1995, p. 57, Jacob Oswandel, *Notes of the Mexican War 1846-47-48. Comprising incidents adventures and everyday proceedings and letters while with the United States Army in the Mexican War; also extracts from ancients histories of Mexico, giving an accurate account of the first and original settlers of Mexico, etc.; also the names and numbers of the different rulers of Mexico; also influence of the Church*, Filadelfia, Sin Editorial, 1885, p. 112, James M. McCaffrey (ed.), *Surrounded by Dangers of All Kinds. The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley*, Texas, University of North Texas Press, 1997, p. 64, Albert Brackett G., *General Lane’s Brigade in Central Mexico*, New York, H. W. Derby & CO Publishers, 1854, p. 131 y 146, Frederick Zeh, *An immigrant Soldier in the Mexican War*, Texas, Texas University Press, 1995, p. 84, Raphael Semmes, *The campaign of general Scott in the valley of Mexico*, Cincinnati, Moore & Anderson Publishers, 1852, p. 107, Ludwell H. Johnson (ed.), “William Booth Taliaferro’s Letters from Mexico, 1847-1848”, en *The Virginia Magazine of History and Biography*, vol. 73, núm. 4, (oct-1965), p. 463, Nathaniel Cheairs Hughes y Timothy D. Johnson (Eds.), *A fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA*, Boston, Kent State University Press, 2002, p. 106 y 155, George Turnbull Moore Davis, *Autobiography Of the Late Geo. T.m Davis: Captain and Aid-de-camp Scott’s Army Of Invasion (mexico), From Posthumous Papers-Primary Source Edition*, Charleston, Nabu Press, 2014, p. 172, Richard Bruce Winders, *Mr. Polk’s Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997, p. 153, Daniel Escorza Rodríguez, “Biografía de un monumento histórico. El ex-convento de Churubusco (1678-1991)”, Tesis de Maestría en Historia, UNAM, 2009, p. 82 y *El Regulador*, “Arenga pronunciada en el hospicio el día de su reinstalación”, 15 de mayo de 1849 (Se encuentra un ejemplar en el Archivo Histórico del Estado de Puebla) y María del Carmen Salinas Sandoval, *Política interna e invasión norteamericana en el Estado de México 1846-1848*, 2000, El Colegio Mexiquense, p. 188.

Anexo 2. Ingresos y egresos de la colecturía de Coyoacán en julio-agosto de 1847

	Trigo	Maíz	Cebada	Haba
Existencia anterior	13.2 @	10.0 @	5.1.03	0
Ingreso en la cabecera	0	0	0	0
Ingreso en la recaudación de Tacuba	0	10.1 @	1.0.50	0
Suman los ingresos	13.12	20.1	6.1.53	0
Suman los egresos	13.12	18.0.	6.1.28	0
Existencias	0	2.1	0.0.25	0

Fuente: Elaboración propia a partir de Archivo Histórico del Arzobispado de México (en adelante AHAM), Cabildo, Sección Hacerdura, Serie Jueces Hacedores, año 1848, caja 73, exp. 2, f. 11.

Anexo 3. Ingresos y egresos de la colecturía de Coyoacán en septiembre-agosto de 1847

	Trigo	Maíz	Cebada	Haba
Existencia anterior	0	0	0	0
Ingreso en la cabecera	0	0	0	0
Ingreso en la recaudación de Tacuba	0	0	0	0
Suman los ingresos	0	0	0	0
Suman los egresos	0	0	0	0
Existencias	0	0	0	0

Fuente: Elaboración propia a partir de AHAM, Cabildo, Sección Haceduría, Serie Jueces Hacedores, año 1848, caja 73, exp. 2, f. 11.

Anexo 4. Pérdidas materiales en Zacualtipán, Hidalgo

Tipo de edificio saqueado y/o quemado	Pertenecía a	Tipo de propiedad	Número de edificios
Archivo del Juzgado de Letras	Ayuntamiento	Pública	1
Archivo del Ayuntamiento	Ayuntamiento	Pública	1
Casa consistorial, incluyendo las cárceles	Ayuntamiento	Pública	1
Parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación	Clero	Religiosa	1
Casa	Gregorio Morales	Privada	2
Casa	María Pando	Privada	1
Casa	Patricio Hernández	Privada	1
Casa	Juan Córdova	Privada	1
Casa	Marcela Espíndola	Privada	1
Casa	Juan Espíndola, Alcalde Primero	Privada	1
Casa	Rafael Pérez	Privada	1
Casa	Nicolasa Córdova	Privada	1
Casa	Miguel Hernández	Privada	1
Casa	José Licona	Privada	1

Casa	Jesús Olayo	Privada	1
Casa	Vicente Espíndola	Privada	1
Casa	Carlos Ruíz	Privada	1
Casa	Antonio Pinete	Privada	2
Casa	Jesús Espíndola	Privada	1
			Total:
			21
Costo total aproximado: Más de 500 000 pesos.			

Fuente: Elaboración propia a partir de *El Monitor Republicano*, “Parte sobre los acontecimientos de Zacualtipán”, 11 de marzo de 1848.

Archivos

Archivo del Cabildo Catedral Metropolitano de México. Ciudad de México

Cabildo

Colecturía de Diezmos

Haceduria

Archivo General de la Nación. Ciudad de México

Archivo de Guerra

Justicia Eclesiástica

Tribunal Superior de Justicia

Gobierno

Archivo General Municipal de Puebla. Puebla, Puebla.

Gobierno

Archivo Histórico del Arzobispado de México. Ciudad de México.

Cabildo

Episcopal

Juzgado eclesiástico de Toluca

Archivo Histórico del Distrito Federal “Carlos de Sigüenza y Góngora”. Ciudad de México.

Ayuntamiento

Archivo Histórico del Estado de Puebla. Puebla, Puebla.

Prensa

Archivo Histórico del Estado de Tlaxcala. Tlaxcala, Tlaxcala.

Fondo Histórico

Fondo Incorporado

Archivo Histórico del Exconvento de Santa María de los Ángeles de Churubusco. Ciudad de México

Gobierno

Archivo Histórico del ex-convento Franciscano y Parroquia El Sagrario. Tulancingo, Hidalgo.

Sacramental

Archivo Histórico de Veracruz. Veracruz, Veracruz.

Ayuntamiento

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional. Ciudad de México.

Operaciones militares

Archivo Histórico en Micropelícula Antonio Pompa y Pompa. Ciudad de México.

Sección Colección Bustamante

Archivo Histórico Genaro Estrada. Ciudad de México.

Archivos Particulares, Colección Belton-Carter

Guerra contra los Estados Unidos de América

Archivo Histórico Municipal de Córdoba. Córdoba, Veracruz.

Ayuntamiento de Córdoba

Archivo Histórico Municipal de Huamantla. Huamantla, Tlaxcala.
Presidencia

Archivo Histórico Municipal de Perote “Mtro. Rafael Arriola Medina”. Perote, Veracruz.
Juzgado Municipal 1846-1864

Archivo Histórico Municipal de Toluca. Toluca, Estado de México.
Ayuntamiento de Toluca.

Archivo Histórico Municipal de Xalapa “Rubén Pabello Acosta”. Xalapa, Veracruz
Ayuntamiento

Archivo Histórico Parroquial de San Luis Obispo de Toulouse. Huamantla, Tlaxcala.
Sacramental

Archivo Histórico Parroquial de San Juan Bautista. San Juan Teotihuacán, Estado de México.
Entierros

Archivo Histórico Parroquial de Santa María de la Natividad. Atlixco, Puebla.
Sacramental

Archivo Histórico Parroquial de Santa María de la Asunción. Izúcar de Matamoros, Puebla.
Sacramental

Archivo Histórico Particular de Amado Manuel Izaguirre. Xico, Veracruz.
Siglo XIX

Archivo Municipal de Orizaba “José María Naredo”. Orizaba, Veracruz.
Archivo Histórico
Presidencia

Archivo Parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe, El Sagrario. Cuernavaca, Morelos.
Disciplinar

Hemerografía:

El Regulador, 1849.
El Monitor Republicano, 1847-1848.
El Nopal Mexicano, o el noticioso de la ciudad, 1847.
El Siglo XIX, 1848.
Daily American Star, 1847-1848.
Diario del Gobierno de la República Mexicana, 1847.
El Arco Iris, 1847.
El Libro del Pueblo, 1849.
Niles' National Register, 1847.

Fuentes primarias:

Account of the terrific and fatal riot at the New-York Astor Place Opera House, on the night of may 10th, 1849; with the Quarrels of Forrest and Macready. Including all the causes which led to that Awful tragedy, Nueva York, H. M. Ranney, 1849.

Adams Hays Gilbert (edit y comp.), *Life and Letters of Alexanders Hays. Brevet Major General United States Volunteers*, Pittsburgh, Publicado por Gilbert Adams Hays, 1919.

Address of the Louisiana Native American Association to the citizens of Louisiana and the inhabitants of the United States, Nueva Orleans, D. Felt, 1839.

A full and accurate report of the trial for riot before the mayor's court of Philadelphia, on the 13th of October, 1831, Arising out of a protestan procession on the 12th of July, and in which the contending parties were protestants and roman catholics. Including the indictments, examinations of witnesses, speeches of counsel, recorder's charge, verdict and sentences, Filadelfia, Jespera Harding, 1831.

A full and complete account of the late awful riots in Philadelphia, Philadelphia, sin editorial, sin año, Alcaraz Ramón, et al., *Apuntes para la Historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.

Anderson Robert, *An Artillery Officer in the Mexican War 1846-7. Letters of Robert Anderson Captain 3rd Artillery, U. S. A.*, Nueva York y Londres, G. P. Putnam's Sons y The Knickerbocker Press, 1911.

[A protestant and native Philadelphian], *The truth unveiled; or, a calm and impartial exposition of the origin and immediate cause of the terrible riots in Philadelphia, on may 6th, 7th and 8th, A.D. 1844*, Filadelfia, Impreso por M. Fithian, 1844.

Audubon John W., *Audobon's Western Journal: 1849-1850. Being the MS. record of a trip New York to Texas, and overland journey through Mexico and Arizona to the gold-fields of California*, Cleveland, The Arthur H. Clark Company, 1906.

Balbontín Manuel, *La invasión americana 1846-1848. Apuntes del subteniente de artillería Manuel Balbontín*, México, Imprenta de Gonzalo A. Esteva, 1883.

Ballentine George, *Autobiography of an English soldier in the United States Army. Comprising observations and adventures in the States and Mexico*, Nueva York, Stringer & Townsend, 1853.

Bailey Thomas, "Diary of the Mexican War", en *Indiana Magazine of History*, vol. 14, núm. 2, (Junio, 1918)

Baker George (ed.), *México ante los ojos del ejército invasor de 1847: diario del Coronel Ethan Allen Hitchcock*, México, UNAM, 1978.

Blackwood Emma Jerome (ed.), *To Mexico with Scott. Letters of captain E. Kirby Smith to his wife*, Cambridge/London, Harvard University Press/Oxford University Press, 1917.

[Blout Robertson John], *Reminiscences of a campaign in Mexico; By a member of "The bloody-first"*, Nashville, John York & Co., Publishers, 1849.

Brackett Albert G., *General Lane's Brigade in Central Mexico*, New York, H. W. Derby & CO Publishers, 1854.

Brown Janes Ann (ed.), *Gathering Laurels in Mexico. The Diary of an American Soldier in the Mexican American War*, Massachusetts, The Cottage Press, 1990.

Bryan J. P. (ed.), *Mary Austin Holley. The Texas Diary, 1835-1838*, Texas, University of Texas, 1965.

Bustamante Carlos María de, *Diario Histórico de México*, México, El Colegio de México, Editores Josefina Zoraida Vázquez y Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, CD 2.

- Carter Ruth C. (ed.), *For honor, glory and unión: The Mexican and Civil War letters of Brig. Gen. William Haines Lytle*, Kentucky, University Press of Kentucky, 1999.
- Claiborne J. F. H. (ed.), *Life and correspondence of John A. Quitman, Major general, U.S.A., and governor of the State of Mississippi*, vol. 1, Nueva York, Harper & Brothers, 1860.
- Clinton Collins Maria (ed.), “Journal of Francis Collins. An Artillery Officer in the Mexican War”, en *Quarterly Publication of the Historical and Philosophical Society of Ohio*, vol. 10, núm. 2 y 3, (abril-julio, 1915).
- Comunicaciones entre el Illmo. Sr. Vicario Capitular del Arzobispado de México y los señores gefes del ejército norte-americano publicadas por la causal que se expresa en las mismas*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1848.
- Coulter Richard (comp.), “The Westmoreland Guards in the war with Mexico, 1846-1848”, en *Western Pennsylvania Historical Magazine*, vol. 24, núm. 2, (1941).
- Dagget E. M., “Adventure With Guerrillas”, en Isaac George (comp.), *Heroes and Incidents of the Mexican War, containing Doniphan’s Expedition. The Cause of the War With Mexico. A description of the People and Customs at that Time. A Sketch of the Life of Doniphan. Together with Sketches and Portraits of the Heroes of the Struggle*, Greensburg, Review Publishing CO., 1903.
- Davidson Wilson T., “A Comanche Prisoner in 1841”, en *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 45, núm. 4, (abril, 1942)
- Dickens Charles, *American Notes*, New York, The Modern Library, 1996.
- Documents relating to the Ursuline Convent in Charlestown*, Boston, Samuel N. Dickinson, 1842.
- Donnavan Corydon, *Adventures in Mexico: experienced during a captivity of seven months in the interior having been captured at Camargo by Canales band of guerrillas, with other american citizens marched to Valladolid beyond the city of Mexico, and sold into slavery*, Cincinnati, Robinson & Jones, 1847.
- Exhortación que dirige a los fieles de este Arzobispado*, Juan Manuel Irisarri, Arzobispo de Cesarea, Vicario Capitular de la Mitra, México, Imprenta de Mariano Arévalo, 1847.
- Falcón Perfecto, “La gloriosa jornada de Churubusco relatada por un superviviente”, en *Batalla de Churubusco. El 20 de agosto de 1847*, México, Departamento del Distrito Federal, 1983.
- Ford John Salmon, *Rip Ford’s Texas*, Texas, University of Texas Press, 1991.
- Furber George C., *The Twelve months volunteer; or Journal a private in the Tennessee cavalry in the campaign, in Mexico, 1846-47*, Cincinnati, J. A. & U. P. James, 1848.
- Fúrlong Baltazar* [Prefecto de Puebla], *Exposiciones dirigidas al Señor General Scott*, Puebla, Imprenta de A. Cestillero, 1847.
- García Cubas Antonio, *El libro de mis recuerdos*, México, Imprenta de Antonio García Cunas, hermanos sucesores, 1904.
- Gayón Córdova María (comp.), *La ocupación yanqui de la Ciudad de México, 1847-1848*, México, INAH/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.
- General Scott and his Staff: Comprising memoirs of generals Scott, Twiggs, Smith, Quitman, Shield, Pillows, Lane, Cadwalader, Patterson and Pierce; Colonels Childs, Riley, Harney, and Butler, and other distinguished officers attached to general Scott’s army; together with notice of general Kearny, colonel Doniphan, colonel Fremont, and others officers distinguished in the conquest of California and New Mexico. Interspersed with numerous anecdotes of the Mexican War, and personal*

- adventures of the officers. Compiled from public documents and private correspondence. With accurate portraits, and other beautiful illustrations*, Nueva York, Books for Libraries Press, 1970.
- Granja Juan de la, *Epistolario*, México, S/E, 1937.
- Gregg Josiah, *El comercio en las llanuras*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- Hamilton Charles S., "Memoirs of Mexican War", *The Wisconsin Magazine of History*, vol. 14, núm. 1, (Sep., 1930).
- Hammond Moore John, "Private Johnson Fights the Mexicans, 1847-1848", en *The South Caroline Historical Magazine*, vol. 47, núm. 4, (oct., 1966).
- Hartman W. George, *A private's own journal: giving an account of the battles in Mexico, under Gen L. Scott, with descriptive scenes, and a Roll of Company E, 2nd Pa. Regiment, with the Age, Height, Occupation and Residence of Officers and Men: Also; a table of heights and distances from Veracruz to the City of Mexico*, Greencastle, Impreso por E. Robinson, 1849.
- Headquarters of the Army, Puebla, Mexico, June 26, 1847. General Orders-No. 190. The General in Chief republishes his general Orders, No. 20, of February 19, 1847, (declaring Martial Law,) whit important additions, to govern all who may be concerned*, Puebla, Sin editorial, 1847.
- Heller Carl Bartholomaeus, *Viajes por México en los años 1845-1848*, Trad. y nota preliminar de Elsa Cecilia Frost, México, Banco de México, 1987.
- Holmes Jenkins John III (ed.), *Recollections of Early Texas. The Memoirs of John Holmes Jenkins*, Texas, University of Texas Press, 1958.
- Hughes John, *A letter on the moral causes that have produced the evil spirit of the times; adressed to the Honorable James Harper, mayor of New-York. Including a vindication of the autor from infamous charges made against him by Jas. Gorfon Bennet, William L. Stone and others*, Nueva York, J. Winchester/New Worl Press, 1844.
- Hughes Nathaniel Cheairs y Timothy D. Johnson (Eds.), *A fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA*, Boston, Kent State University Press, 2002.
- Jamieson Milton, *Journal and notes of a campaign in Mexico: containing a history of Company C. of the second regiment of Ohio volunteers; with a cursory description of the country, climate, cities, waters, roads and forts along the southern line of the American army in Mexico. Also of the manners and customs, agriculture, &c. of the Mexican people*, Cincinnati, Sin editorial, 1849.
- Kendall George Wilkins, *Dispatches from the Mexican War*, Oklahoma, Universidad de Oklahoma, 1999.
- Kenly John R., *Memoirs of a Maryland Volunteer. War with Mexico, in the years 1846-7-8*, Filadelfia, J. B. Lippincott & Co., 1873.
- Kenrick Francis Patrick, *Diary and Visitation Record of the Rt. Rev. Francis Patrick Kenrick Administrator and Bishop of Philadelphia 1830-1851 Later Archbishop of Baltimore*, Lancaster, Wickersham Printing Co., 1916.
- Kirkham Ralph W., *The Mexican War. Journal & Letters of Ralph W. Kirkham*, Edited by Robert Ryal Miller, Texas, Texas University Press, 1991.
- Kurutz Gary F. (ed.), *Recollections of the War with Mexico. Major John Corey Henshaw*, Columbia y Londres, University of Missouri Press, 2008.

Larner John William (ed.), "A Westmoreland Guard in Mexico, 1847-1848: The Journal of William Joseph McWilliams", en *The Western Pennsylvania Historical Magazine*, vol. 52, núm. 3, (julio 1969).

_____, "A Westmoreland Guard in Mexico, 1847-1848: The Journal of William Joseph McWilliams. Part II", en *The Western Pennsylvania Historical Magazine*, vol. 52, núm. 4, (octubre, 1969).

López de Santa Anna Antonio, *Apelación al buen criterio de los nacionales y extranjeros. Informe que el Escmo. Sr. General de Division, benemerito de la Patria D. Antonio Lopez de Santa Anna, dió por acuerdo de la sección del gran jurado, sobre las acusaciones presentadas por el señor diputado Don Ramón Gamboa. Acompañan a dicho Informe diversos documentos de la mayor importancia para la historia, y de los cuales algunos no se habían publicado hasta hoy*, México, Imprenta de Cumplido, 1849

_____, *Detall de las operaciones en la defensa de la capital de la República, atacada por el ejército de los Estados Unidos de Norte*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1847.

Malo José Ramón, *Diario de Sucesos Notables*, Tomo I: 1832-1853, México, Editorial Patria, 1948. *Manifiesto del Gral. Winfield Scott*, Jalapa, S/E, 1847.

Mayer Brantz, *Mexico, as it was as it is*, Philadelphia, G. B. Zieber & Company, 1847.

McCaffrey James M. (ed.), *Surrounded by Dangers of All Kinds. The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley*, Texas, University of North Texas Press, 1997.

McCarty John, *Thanksgiving sermon, preached in the National Palace, city of Mexico, on sunday, october third, A. D., 1847, on the occasion of a public thanksgiving for the victories achieved by the army of the United States, in the basin of Mexico, under command of Major-General Winfield Scott: consummated by the capture of the capital*, México, Publicado por algunos oficiales del ejército estadounidense, 1847.

M'Carty William (comp.), *National Songs, Ballads and others patriotic poetry, chiefly relating to the war of 1846*, Filadelfia, Publicado por el autor, 1846.

McClellan George B., *The Mexican War Diary and Correspondence of George B. McClellan*, Luisiana, Louisiana State University Press/Baton Rouge, 2009.

Memoranda of a settler in Lower Canada; or the emigrant to North America. Being a compedium of useful practical, Montreal, Lovell and Gibson, 1842.

Monk Maria, *Awful Disclosures, by Maria Monk, of the Hotel Dieu Nunnery of Montreal*, New York, Publicado por la autora, 1836.

Moore Davis George Turnbull, *Autobiography Of the Late Geo. T.m Davis: Captain and Aid-de-camp Scott's Army Of Invasion (mexico), From Posthumous Papers-Primary Source Edition*, Charleston, Nabu Press, 2014.

Moore H. Judge, *Scott's campaing in Mexico; from the rendezvous on the Island of Lobos to the taking of the City, including an account of the siege of Puebla, with sketches of the country, and manners and customs of the inhabitants*, Charleston, J. B. Nixon, Publisher, 1849.

M'Sherry Richard, *El Puchero: or a mixed dish from Mexico, embracing general Scott's campaign, with Sketches of Military Life, in field and camp, of the character of the country, manners and ways of the people, etc.*, Filadelfia, Lippincott, Grambo & CO., 1850.

- Nathaniel Cheairs Hughes y Timothy D. Johnson (eds.), *A fighter from Way Back: The Mexican War Diary of Lt. Daniel Harvey Hill, 4th Artillery, USA*, Boston, Kent State University Press, 2002.
- Norton Lewis A., *Life and adventures of Col. L. A. Norton. Written by himself*. Oakland, Pacific Press Publishing House, 1887.
- Oran Perry (comp. y ed.), *Indiana in the Mexican War*, Indianapolis, WM. B. Burford, 1908.
- Oswandel J. Jacob, *Notes of the Mexican War 1846-47-48. Comprising incidents adventures and everyday proceedings and letters while with the United States Army in the Mexican War; also extracts from ancient histories of Mexico, giving an accurate account of the first and original settlers of Mexico, etc.; also the names and numbers of the different rules of Mexico; also influence of the Church*, Filadelfia, Sin Editorial, 1885.
- Payno Manuel, *El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*, México, Porrúa, 2007.
- Pizarro Nicolás, *El Monedero*, México, UNAM, 2005.
- Polk James K., *Diario del Presidente Polk [1845-1849] Reproducción de todos los asientos relativos a México, tomados de la edición completa de M. M. Quaipe con numerosos documentos anexos relacionados con la guerra entre México y Estados Unidos*, vol. I, México, Antigua Librería Robredo, 1948.
- Prieto Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.
- Preston William, *Journal in Mexico by lieutenant colonel of the fourth Kentucky regiment of volunteers. Dating from november 1, 1847 to May 25, 1848*, Sin lugar de publicación, sin editorial, sin fecha de publicación.
- Reed Rebecca, *Six months in a convent, or, the narrative of Rebecca Theresa, who was under the influence of the roman catholics about two years, and an inmate of the Ursuline convent on Mount Benedict, Chalestown, Mass. Nearly six months, in the years 1831-2*, Boston, Russell, Odiorne & Metcalf, 1835.
- Ribes Iborra Vicente (comp.), *Ambiciones estadounidenses sobre la provincia novohispana de Texas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.
- Rivera Cambas Manuel, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*, tomo III, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1871.
- Roa Bárcena José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) Por un joven de entonces*, Tomo I y II, México, CONACULTA, 2003.
- Ruxton George Frederick, *From Veracruz to Chihuahua in the Days of the Mexican War*, Nueva York, Outing Publishing Company, 1915.
- Sawin B., “No. VIII. A second letter from B. Sawin, esq”, en James Rusell Lowell (comp.), *The Biglow Papers*, Londres, Trubner & Co., 1859.
- Scott Wilnfield, *Memoirs of Lieut-General Scott. Written by himself*, vol. II, Nueva York,
- Sedwick John, *Correspondence of John Sedwick Major General*, vol. 1, Carl & Ellen Battelle Stoeckel, 1902.
- Semmes Raphael, *The campaign of General Scott in the valley of Mexico*, Cincinnati, Moore & Anderson Publishers, 1852.

Sencilla relación de los sucesos de la capital de la Republica mexicana, acaecidos desde el 9 de agosto hasta el 18 de Setiembre de 1847, ó sea cuarenta días de guerra desde el cañonazo de generala, hasta la total posesión de la capital, por los norte-americanos. Escrita por un testigo presencial que no pertenece á partidos, y que expone los hechos conforme pasaron, México, S/E, 1847.

Sioussat George L. (ed.), “Mexican War Letters of Col. William Bowen Campbell of Tennessee, Written to Governor David Campbell of Virginia, 1846-1847”, en *Tennessee Historical Magazine*, (junio, 1915).

Smith Gustavus W., *Company “A”, corps of engineers, U.S.A., 1846-48 in the Mexican War*, sin lugar de publicación, The Battalion Press, 1896, p. 54 y R. S.

Smith Robert H. (comp.), *Captured by the American Guard, at Tacubaya. August 22, 1847*, Ohio, Statesman Steam Press, 1848.

Tennery Thomas D., *Diario de la guerra contra México*, México, CONACULTA, 2007.

The Charlestown Convent; its destruction by a mob, on the night of august 11, 1834. With history the excitement before the burning, and the strange and exaggerated reports relating thereto; the feeling of regret and indignation afterwards; the proceedings of meetings and expressions of the contemporary Press. Also the trials of the rioters, the testimony and the speeches of counsel. With a review of the incidents, and sketches and records of the principal actors; and a Contemporary Appendix. Compiled from authentic sources, Boston, Publicado por Patrick Donahoe, 1870.

The Full particulars of the late riots, with a view of the burning of the catholic churches, St. Michaels & St. Agustines, Filadelfia, Sin editorial, sin año.

Thompson Waddy, *Recollections of Mexico. Late envoy extraordinary and minister plenipotentiary of United States at Mexico*, Nueva York y Londres, Wiley and Putnam, 1846.

Tocqueville Alexis de, *Journey to America*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1959.

Trollope Fanny, *Usos y costumbres de los americanos*, Barcelona, Alba Editorial, 2001.

Ward Benjamin, *The “high private” : with a full and exciting history of the New York Volunteers, illustrated with facts, incidents, anecdotes, engravings, &c., &c., including the mysteries and miseries of the Mexican War: in three parts-part first*, Nueva York, Publicado por el autor, 1848.

Wagner Federico, *Cautivo durante seis años en Siberia: Historia de un cabo austro-húngaro durante la 1ª Guerra Mundial*, México, Aurora, 1956.

Welter Everhard, *Forty two years of eventual life in two wars, in the great wild west and Washington D. C., of a veteran of Mexican War, now almost blind, whit a appendix*, Washington D. C., Sin Editorial, 1888.

Whitney Louisa, *The burning of the Convent. A narrative of destruction, by a mob, of the Ursuline school on mount benedict, Charlestown, as remembered by one of the pupils*, Boston, James R. Osgood and Company, 1877.

Williams T. Harry (ed.), *With Beauregard in Mexico. The Mexican War reminiscences of P. G. T. Beauregard*, Louisiana, Louisiana State University Press, 1956.

Wintson Smith George y Charles Judah (comps. y edits.), *Chronicles of the Gringos, The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyewitnesses & Combatants*, Nuevo México, The University of New Mexico Press, 1968.

Wynkoop J. M. (comp.), *Anecdotes and incidents: comprising daring exploits, personal and amusing adventures of the officers and privates of the army, and thrilling incidents of the Mexican War*, Pensilvania, Sin Editorial, 1848.

Zavala Lorenzo de, *Viage a los Estados Unidos de Norte América*, París, Imprenta de Decourchant, 1854.

Zeh Frederick, *An immigrant Soldier in the Mexican War*, Texas, Texas University Press, 1995.

Fuentes secundarias:

Anson Bert (ed.), “Colonel William Barton Roberts in the Mexico City campaign-1847”, en *The Western Pennsylvania Historical*, vol. 39, núm. 4, (invierno, 1956)

Barkun Michael, “The Awakening-Cycle Controversy”, en *Sociological Analysis*, vol. 46, núm. 4, (invierno, 1985).

Billington Ray Allen, “The Burning of the Charlestown convent”, en *The New England Quarterly*, vol. 19, núm. 1, (marzo, 1937).

_____, “Tentative Bibliography of Anti-Catholic Propaganda in the United States (1800-1860)”, en *The Catholic Historical Review*, vol. 18, núm. 4, (Enero, 1933).

_____, “Maria Monk and her influence”, en *The Catholic Historical Review*, vol 22, núm. 3, (octubre, 1936).

Birdsall, Richard D., “Te Second Great Awakening and the New England Social Order”, en *Church History*, vol. 39, núm. 3, (septiembre 1970)

Bravo Ugarte José, *Temas Históricos Diversos*, México, Editorial Jus, 1966.

Cantrell Gregg, “Lyndon’s Granddaddy: Samuel Ealy Johnson Sr., Texas Populism, and the improbable Roots of American Liberalism”, en *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 118, núm. 2, (octubre, 2014).

Cantrell Gregg y Scott Barton, “Texas Populists and the Failure of Biracial Politics”, en *The Journal of Southern Hhistry*, vol. 55, núm. 4, (noviembre, 1989).

Capers Thomas Stacy, “The Great Awakening in the Middle Colonies”, en *Journal of the Presbyterian Historical Society (1901-1930)*, vol. 8, núm. 7, (septiembre, 1917).

Carpio Pérez Amílcar, “Todo rezo esconde un miedo. Miedos y rito en el proceso migratorio actual”, en *Signos Históricos*, núm. 30, julio-diciembre, 2013.

Carroll Bret E., *The Routledge Historical Atlas of Religion in America*, Routledge, Nueva York/Londres, 2000.

Carrigan William D. y Clive Webb, “The lynching of persons origin or descent in the United States, 1848 to 1928”, en *Journal od Social History*, number 2, 2003, pp. 411-438.

Carwardine Richard, “The Second Great Awakening in the Urban Centers: An Examination of Methodism and the ‘New Measures’”, en *The Journal of American History*, vol. 59, núm. 2, (sep., 1972).

Clarck Jerome L., *1844. Religious Movement*, Sin lugar de publicación, Teach Services, Inc., 2005.

Cohen Daniel A., “Passing the Torch: Boston Firemen, ‘Tea Party’ Patriots and the Burning of the Charlestown Convent”, en *Journal of Early Republic*, vol. 24, núm. 2, (invierno, 2004).

_____, "Miss Reed and the Superiors: The Contradictions of Convent Life in Antebellum America", en *Journal of Social History*, vol. 30, núm. 1, (otoño-1996).

_____, "The respectability of Rebecca Reed: Gentel Womanhood and Sectarian Conflict in Antebellum America", en *Society for Historians of the Early American Republic*, vol. 16, núm. 3, (otoño, 1996).

Connaughton Hanley Brian, *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria*, México, UAM-I/FCE, 2010.

Curran Thomas J., "Assimilation and Nativism", en *International Migration Digest*, vol. 3, núm. 1, (verano, 1996).

Davies Norman, *Europa en Guerra. 1939-1945. ¿Quién ganó realmente la segunda guerra mundial?*, Barcelona, Planeta, 2008.

Dorcey Bruce, "Freedom of religión: Bibles, Public Schools, and Philadelphia's Riots of 1844", en *Pennsylvania Legacies*, vol. 18, núm. 1, (mayo, 2008),

Dowling John, *The History of Romanism: From Earliest Corruptions of Christianity To The Present Time*, Nueva York, Edward Walke, 1845.}

Escorza Rodríguez Daniel, "Biografía de un monumento histórico. El ex-convento de Churubusco (1678-1991)", Tesis de Maestría en Historia, UNAM, 2009.

_____, "La ocupación norteamericana en Pachuca y Real del Monte en 1848", en Laura Herrera Serna (coord.), *México en Guerra (1846-1848). Perspectivas regionales*, México, Museo Nacional de las Intervenciones/CONACULTA, 1997.

Everette Bell Michael, "Regional Identity in the Antebellum South: How German Immigrant Became 'Good Charlestonians'", en *The South Carolina Historical Magazine*, vol. 100, núm. 1, (Enero, 1999).

Feldberg Michael, *The Philadelphia Riots of 1844. A Study of Ethnic Conflict*, Connecticut, Greenwood Press, 1975.

Fessenden Tracy, "The Nineteenth-Century Bibles Wars and the Separation of Church and State", en *Church History*, vol. 74, núm. 4, (Diciembre 2005).

Foos Paul, *A Short, Offhand, Killing Affair: Soldiers and Social Conflict During the Mexican-American War*, Chapell Hill y Londres, University of North Carolina Press, 2002.

Fremont Brand Carl, "The History of the Know Nothing Party in Indiana", en *Indiana Magazine of History*, vol. 18, núm. 1, (marzo, 1922).

Frost John, *The Mexican War and its warriors; comprising a complete history of all the operations of the American armies in Mexico: with biographical sketches and anecdotes of the most distinguished officers in the regular army and volunteer force*, New Haven & Philadelphia, H. Mansfield, 1848.

Froude Anthony James, "Romanism and the Irish Race in the United States. Part. I", en *The North American Review*, vol. 129, núm. 277, (diciembre, 1879).

García Rubio Fabiola, *La entrada de las tropas estadounidenses a la ciudad de México. La mirada de Carl Nebel*, México, Instituto Mora, 2002.

García Mar Guillermo, "Entre saqueo, aroma de humo y reliquias prohibidas: el santuario de la Santísima Cruz de Tepic, 1619-1812", en *Letras Históricas*, núm. 8, primavera-verano, 2013, pp. 41-69.

García Ugarte Marta Eugenia, *Poder Político y religioso. México Siglo XIX*, Tomo I, H. Cámara de Diputados LXI Legislatura, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, Asociación Mexicana de Promoción y Cultura, A. C., Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, Miguel Ángel Porrúa, 2010

_____, “El Cabildo de la catedral y la guerra con Estados Unidos”, en *Estudios*, vol. 59, año, 2000.

Gayón Córdova María, 1848. *Una ciudad de grandes contrastes. I. La vivienda en el censo de población levantado durante la ocupación militar norteamericana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013.

Geffen Elizabeth M., “Violence in Philadelphia in the 1840’s and 1850’s”, en *Pennsylvania History*, vol. 36, núm. 4, (octubre-1969).

Gilje Paul A., ”The Baltimore Riots of 1812 and the Breakdown of the Anglo-American Mob Tradition”, en *Journal of Social History*, vol. 13, núm. 4, (verano, 1980).

González de Cossio Francisco, *Xalapa. Breve reseña histórica*, México, 1957.

Gorn Elliot, “Good-Bye Boys, I Die a True American”: Homicide, Nativism, and Working-Class Culture in Antebellum New York City”, en *The Journal American History*, vol. 74, núm. 2, (septiembre-1987).

Granados Luis Fernando, *Sueñan las piedras: alzamiento ocurrido en la Ciudad de México, 14, 15, y 16 de septiembre de 1847*, México, Era, 2003.

Griffin Susan M., “Awful Disclosures, Womens’ Evidence in the Escaped Nun’s Tale”, en *Modern Language Association*, vol. 111, núm. 1, (Enero-1996).

Grimsted David, “Rioting in Its Jacksonian Setting”, en *The American Historical Review*, vol. 77, núm. 2, (abril, 2972).

Gojman Goldeberg Alicia (comp.), “Testimonio de un soldado norteamericano en la guerra con México: William Burgess”, en Alvaro Matute (comp. y ed.), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, México, UNAM, 1992.

González de Cossio Francisco, *Xalapa. Breve reseña histórica*, México, 1957.

Guardino Peter, “‘In The Name of Civilization and with a Bible in Their Hands:’ Religion and the 1846-48 Mexican American War”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 30, núm. 2, (verano, 2014).

_____, “La Iglesias mexicana y la guerra con los Estados Unidos”, en Brian Connaughton y Carlos Rubén Ruíz Medrano (coords.), *Dios, religión y patria. Intereses, luchas e ideales socioreligiosos en México*, San Luis, El Colegio de San Luis, 2010.

Hamilton Jeanne, “The Nunnery as Menace: The Burning of the Charlestown Convent, 1834”, en *U.S. Catholic Historian*, vol. 14, núm. 1, (invierno-1996).

Hammett Theodore M., “Two Mobs of Jacksonian Boston: Ideology and interest”, en *The Journal of American History*, vol. 62, núm, 4, (Marzo, 1976).

Hardin Stephen y Richard Hook, *The Texas Rangers*, Oxford, Osprey Military, 1996 (Elite Series, 36)

Headley J. T., *Pen and pencil sketches of the Great Riots. An illustratred history of the railroad and other Great American Riots Including all the Riots in the Early History of the Country*, New York, H. W. Kelley/H.H. Natt & Co./Louis Lloyd & Co., 1877.

- Higham John, *Strangers in the Land. Patterns of American Nativism 1860-1925*, New Jersey, Rutgers University Press, 1955.
- Hindus Michael S., “A City of Mobocrats and Tyrants”: Mob Violence in Boston, 1747-1863”, en *Issues in Criminology*, vol. 6, núm. 2, (verano, 1971).
- Hoerber Francias W., “Drama in the Courtroom, Theater in the Streets: Philadelphia’s Irish Riots of 1831”, en *The Pennsylvania Magazine of History and Biography*, vol. 123, núm. 3, (Julio, 2003).
- Huntington Samuel P., *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004.
- Jay William, *Revista de las causas y las consecuencias de la guerra mexicana*, México, Instituto de Administración Pública del Estado de México, 2013.
- Javits Jacob K, *Discrimination-U.S.A.*, New York, Harcourt, Brace and Company, 1960.
- Johannsen Robert W., *To the Halls of the Moctezumas*, Oxford, Oxford University Press, 1985.
- Johannsen Robert W., “The Meaning of Manifest Destiny”, en Sam W. Haynes y Christopher Morris (eds.), *Manifest Destiny and Empire American Antebellum Expansionism*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997.
- _____, *To the Halls of the Moctezumas*, Oxford, Oxford University Press, 1985.
- Johnson Tyler V., “Punishing the Lies on the Rio Grande: Catholic and Immigrant Volunteers in Zachary Taylor’s Army and the Fight against Nativism”, en *Journal of the Early Republic*, vol. 30, núm. 1, verano (2010)
- Katcher Philip y G. A. Embleton, *The Mexican-American War 1846-1848*, Oxford, Osprey Military, 2000, p. 8 (Men at Arms Series 56)
- Keating Bern, *An illustrated history of the Texas Rangers*, Chicago-Nueva York, San Francisco, Rand McNally & Company, 1975.
- Kinsey Winston Lee, “The immigrant in Texas Agriculture during Reconstruction”, en *Agricultural Lee Kinsey*, vol. 53, núm. 1, (enero, 1979).
- Lannie Vincent P., “Alienation in America: The Immigrant Catholic and Public Education in Pre-Civil War America”, en *The Review of Politics*, vol. 32, núm. 4, oct., 1970.
- Lannie Vincent P. y Bernard C. Diethorn, “Fort the Glory of God: The Philadelphia Bible Riots of 1840”, en *History of Education Quarterly*, vol. 8, núm. 1, (primavera, 1968).
- Lerdo de Tejada Miguel, *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz, precedidos de una noticia de los descubrimientos hechos en las islas y el continente americano, y de las providencias dictadas por los reyes de España para el gobierno de sus nuevas posesiones, desde el primer viage de Don Cristobal Colon, hasta que se emprendió la conquista de México*, tomo III, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1857-1858.
- Levine Bruce, “Conservatism, Nativism, and Slavery: Thomas R. Whitney and the Origin of the Know Nothing Party”, en *The Journal of American History*, vol. 88, núm. 2, (septiembre, 2001).
- Levinson David y Melvin Ember, *American immigrant cultures. Builders of a Nation*, vol. I, New York, Simon & Schuster MacMillan, 1997.
- Livermore Abiel Abbot, *Revisión de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

- López Rivas Gilberto, *La guerra del 47 y la resistencia popular a la ocupación*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1976.
- Maquiavelo Nicolás, *El arte de la guerra*, Estado de México, Ediciones Leyenda, 2010.
- Maier Pauline, “The Pope at Harvard: The Dudleian Lectures, Anti-Catholicism, and The Politics of Protestantism”, en *Proceedings of the Massachusetts Historical Society*, vol. 97, (1985).
- Matson Richard James, “The Mexican-American War: Patriotism despite religious persecution”, Tesis de Maestría en Artes, Universidad de Utah, 2008.
- Mayer Brantz, *History of the War between Mexico and The United States, with a preliminary views of its origins*, Nueva York y Londres, Wiley y Putnam, 1848.
- McCaffrey James M., *Army of Manifest Destiny. The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848*, Nueva York y Londres, Universidad de Nueva York, 1992.
- McCrary Royce, “John Macpherson Berrien and the Know-Nothing Movement in Georgia”, en *The Georgia Historical Quarterly*, vol. 61, núm. 1, (verano, 1977).
- McGowan Brian M., “The Second Conquest of Mexico: American volunteers, Republicanism and the Mexican War”, Nueva Orleans, Tesis de Historia, Universidad de Tulane, 2011.
- _____, “The Second Battle of New Orleans: The Crescent City and the Anglo ‘Invasion’ of 1846”, en *Louisiana History: The Journal of the Louisiana Historical Association*, Vol. 51, No. 1 (invierno, 2010)
- Miller Robert Ryal, “Los San Patricios en la guerra de 1847”, en *Historia Mexicana*, vol. 47, núm. 2, (oct-dic.), 1997.
- Mora Mérida José Luis, *Iglesia y religión en los Estados Unidos y Canadá*, Madrid, Mapfre, 1992.
- Montgomery David, “The Suttle and the Cross: Weavers and Artisans in the Kemsington Riots of 1844”, en *Journal of Social History*, vol. 5, núm. 4, verano, 1972.
- Moyano Pahissa Ángela et al. (comps.), *Documentos para su historia política*, vol. 1, México, Instituto Mora, 1988.
- Naredo José María, *Estudio geográfico, histórico y estadístico del Cantón y de la ciudad de Orizaba*, volumen 1, Orizaba, Imprenta de Hospicio, 1898.
- Ortega y Medina Juan, *México en la conciencia anglosajona*, México, Antigua Librería Robredo, 1955, (México y lo mexicano, 22)
- Oxx Katie, *The Nativist Movement in America: religious conflict in the 19th century*, Nueva York, Routledge, 2013.
- Page David P., “Bishop Michael J. Curley and Anti-Catholic Nativism in Florida”, en *The Florida Historical Quarterly*, vol. 45, núm. 2, (octubre, 1966).
- Pagliarini Marie Anne, “The Pure American Woman and the Wicked Catholic Priest: An analysis of Anti-Catholic Literature in Antebellum America”, en *Religion and American Culture: A Journal of Interpretation*, vol 9, num. 1, (invierno, 1999).
- Phinney Munroe James, “The destruction of the convent at Charlestown, Massachusetts”, en *New England Magazine Co.*, 1901.
- Pinheiro John Christopher, “‘Religion without restriction’: Anti-Catholicism, All Mexico, and the Teatry of Guadalupe Hidalgo”, en *Journal of the Early Republic*, vol. 23, núm 1, (verano, 2013).

_____, “Crusade and Conquest: Anti-Catholicism, Manifest Destiny and the U.S.-Mexican War of 1846-1848”, Tesis de doctorado en Historia, Universidad de Tennessee, 2001.

Prescott Webb Walter, *The Texas Rangers: A century of frontier defense*, Texas, University of Texas Press, 1965.

Prescott William H., *The conquest of Mexico*, vol. I, Londres, Chatto & Windus, 1922.

Ripley R. S., *The War with Mexico*, vol. II, Nueva York, Harper & Brothers, 1849.

Prince Carl E., “The Great ‘Riot Year’: Jacksonian Democracy and Patterns of Violence in 1834”, en *Journal of the Early Republic*, vol. 5, núm. 1, (Primavera, 1985).

Ramírez Rodríguez Rodolfo, “Una mirada cautivada. La nación mexicana vista por los viajeros extranjeros, 1824-1874”, México, Tesis de Maestría en Historia, UNAM, 2010.

Ripley, *The War with Mexico*, vol. II, Nueva York, Harper & Brothers, 1849.

Rivera Cambas Manuel, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*, tomo III y IV, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1871.

Robarts Hugh, *Mexican War Veterans. A complete roster of the regular and volunteer troops in the war between The United States and Mexico, from 1846 to 1848*, Washington, Bretanos’s, 1887.

Rousey Dennis C., “Catholics in the Old South: Their Population, Institutional Development, and Relations with Protestants”, en *U.S. Catholic Historians*, vol. 24, núm. 4, (otoño, 2006).

Salinas Sandoval María del Carmen, *Política interna e invasión norteamericana en el Estado de México 1846-1848*, Estado de México, El Colegio Mexiquense, 2000.

Sánchez Reyes Gabriela, “San José, esperanza de los enfermos y patrono de los moribundos; un eficaz remedio durante el tránsito de la muerte”, en Elisa Speckman Guerra, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo Aizpuru (coords.), *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

Sánchez Ulloa Cristóbal Alfonso, “Del golfo a los médanos. Veracruz y sus ocupantes estadounidenses en 1847-1848”, México, Tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto Mora, 2014.

_____, “La vida en la Ciudad de México durante la ocupación del ejército estadounidense. Septiembre de 1847-junio de 1848”, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, Tesis de Licenciatura en Historia, 2012.

Santiago Aparicio Eliud y David García González, “La guerra de guerrillas: un arma de dos filos en la Guerra de 1847. Documentos del Tribunal Superior de Justicia, Distrito Federal”, en *Signos Históricos*, núm. 32, julio-diciembre, 2014.

_____, “Las atrocidades en la guerra entre México y los Estados Unidos (1846-1848)”, México, UAM-I, Tesis de Licenciatura en Historia, 2013.

Schultz Nancy Lusignan, *Fire & Roses: The Burning of the Charlestown Convent, 1834*, Boston, Northeastern University Press, 2002.

Shuck-Hall Sheri Marie, “Borderlands and Identities in Imperial Texas: The Alabamas and Coshattas in the Anti-Comanche Union, 1820-1840”, en *The International History Review*, vol. 25, núm. 3, (sep. 2003)

Smith Albert C., “Southern Violence Reconsidered: Arson as Protest in Black-Belt Georgia, 1865-1910”, en *The Journal of Southern History*, vol. 51, núm. 4, (noviembre, 1985).

- Smith Harold T., "The Know-Nothing in Arkansas", en *The Arkansas Historical Quarterly*, vol. 34, núm. 4, (invierno, 1975).
- Starr William, "Know Nothing and Ku Klux Klan", en *The North American Review*, vol. 219, núm. 818, (Enero, 1924).
- Stephenson George M., "Nativism in the Forties and Fifties, with Special Reference to the Mississippi Valley", en *The Mississippi Valley Historical Review*, vol. 9, núm. 3, (Diciembre, 1922).
- Stewart David M., "The Disorder of Libraries", en *The Library Quarterly*, vol. 76, núm. 4, (octubre, 2006).
- Strum Harvey, "South Carolina and Irish Famine Relief, 1846-47", en *The South Carolina Historical Magazine*, vol. 103, núm. 2, (abril-2002).
- Sumner Ellsworth Clayton, "The American Churches in the Mexican War", en *The American Historical Review*, vol. 45, núm. 2, (enero, 1940).
- Swann Jadah, "The Texas Ranger in The Mexican War", California, California State University Dominguez Hills, Tesis de Maestría en Artes, 2000.
- Talbot Winthrop, "Illiteracy and Democracy", en *The North America Review*, vol. 202, núm. 721, (Diciembre, 1915).
- Tortolero Villaseñor Alejandro, *Notarios y agricultores. Crecimiento y atraso en el campo mexicano, 1780-1920*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Siglo Veintiuno Editores, 2008.
- Utley Robert M., "The Texas Rangers Tradition Established: Jack Hays and Walker Creek", en *The Magazine of Western History*, vol. 52, núm. 1, (verano, 2002)
- Velasco Márquez Jesús, *La Guerra del 47 y la opinión pública*, México, SEP, 1975.
- Walker Gollar C., "Early Protestant-Catholic Relations in Southern Indiana and the 1842 Case of Roman Weinzapfel", en *Indiana Magazine of History*, vol. 95, núm. 3, (septiembre, 1999).
- Watson Samuel J., "The uncertain Road to Manifest Destiny Army officers and the Course of American Territorial Expansionism, 1815-1846", en Sam W. Haynes y Christopher Morris (eds.), *Manifest Destiny and Empire American Antebellum Expansionism*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997.
- Weber David J., *La frontera norte de México, 1821-1846*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Wilcox Cadmus M., *History of the Mexican War*, Washington, The Church News Publishing Company, 1892.
- Wilkins Frederick, *The Highly Irregular Irregulars. Texas Rangers in the Mexican War*, Texas, Eakin Press, 1990.
- Winders Richard Bruce, *Mr. Polk's Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas, Texas A. M. University Press, 1997.
- Zemon Natalie Davies, *Sociedad y cultura en la Francia Moderna*, Barcelona, Crítica, 1993.
- Zamacois, Niceto de, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a la luz los más caracterizados historiadores y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico*,

de las bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que hasta hace poco existían en las de los conventos de aquel país, tomo XII, Barcelona-México, J. F. Parres y Compañía, 1888.

Internet

Theodore S. Ebbert, Mexican War Letters, 1847-1848:
http://library.uta.edu/usmexicowar/transcription.php?content_id=451. Consultado el 2 de octubre de 2014.

<http://zacualtipan.hidalgo.gob.mx/index.php/turismo/99-destinos-turisticos/39-destinos-turisticos>. Consultado el 28 de septiembre de 2015.